

BIBLIOTECA POPULAR VENEZOLANA
M. V. ROMEROGARCIA

PEONIA

NOVELA DE COSTUMBRES VENEZOLANAS

PROLOGO DE EDOARDO CREMA



NOVELAS Y CUENTOS

46

EDICIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACION

PEONIA

por

MANUEL VICENTE
ROMERO GARCIA

NACIÓ en la ciudad de Valencia y mantuvo siempre una intensa y apasionada actividad. Es un legítimo hijo de su ambiente y de su época. Se distinguió en el periodismo y en las polémicas fué particularmente respetado por el apasionamiento con que defendió sus puntos de vista. Fué, además, político activo y militar. Acaso el tiempo que consagró a estas actividades le impidió adquirir la madurez intelectual que falta en lo que dejó escrito —bastante escaso— y dar la obra que sus facultades prometieron.

En el año de 1890 dió a la publicidad su novela «*Peonia*», que tan contradictorios juicios críticos ha suscitado. Y si bien es cierto que el valor estético de esta obra no la coloca en sitio de primer orden, el valor histórico es indiscutible: es la novela que inicia la interpretación de lo auténticamente venezolano.

Don Mariano Picón Salas, nuestro gran escritor, ha dicho de *Peonia*: «es la primera gran tentativa de criollizar plenamente nuestra novela; de meter la lengua popular en una larga

(*Sigue en la 2.ª solapa*)

ES PROPIEDAD

Ediciones EDIME — MADRID-CARACAS

VB63.42
R763
1952
2.3-
BIBLIOTECA POPULAR VENEZOLANA

46

M. V. ROMEROGARCIA

PEONÍA

(NOVELA DE COSTUMBES VENEZOLANAS)



EDICIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACION

DIRECCION DE CULTURA Y BELLAS ARTES

CARACAS, 1952

Títulos de la BIBLIOTECA POPULAR VENEZOLANA

SERIE ROJA: Novelas y Cuentos

- 1.—Las Memorias de Mamá Blanca.—Teresa de la Parra.
- 2.—Tío Tigre y Tío Conejo.—Antonio Arráiz.
- 7.—Cantaclaro.—Rómulo Gallegos.
- 9.—Peregrina.—Manuel Díaz Rodríguez.
- 11.—Leyendas de Caroni.—Celestino Peraza.
- 13.—Memorias de un Vividor.—F. Tosta García.
- 15.—Las Lanzas Coloradas.—Arturo Uslar Pietri.
- 17.—Las Sabanas de Barinas.—Capitán Vowel.
- 18.—El Mestizo José Vargas.—Guillermo Meneses.
- 22.—Cubagua.—Orinoco.—Enrique Bernardo Núñez.
- 25.—Por los llanos de Apure.—F. Calzadilla Valdés.
- 38.—«En este país.»—L. M. Urbaneja Achelphol.
- 46.—Peonia.—M. V. Romerogarcía.
- 47.—La tienda de muñecos.—Julio Garmendia.

SERIE AZUL: Historia y Biografía

- 2.—Mocedades de Bolívar.—R. Blanco Fombona.
- 5.—José Félix Rivas.—J. V. González.
- 8.—Sucre.—Juan Oropesa.
- 12.—Hombres de Ideas en América.—Augusto Mijares.
- 19.—Al Margen de la Epopeya.—Eloy G. González.
- 21.—El Regente Heredia.—Mario Briceño Irigorry.
- 24.—Vargas, el Albacea de la Angustia.—Andrés Eloy Blanco.
- 28.—Historia de Margarita.—Francisco Javier Yanes.
- 30.—Cinco Tesiis sobre las Pasiones y otros Ensayos.—Ismael Puertast Flores.
- 33.—El Misterioso Almirante y su enigmático descubrimiento.—Carlos Brandt.
- 37.—Andrés Bello.—Rafael Caldera.
- 39.—Venezuela heroica.—Eduardo Blanco.
- 44.—Vida anecdótica de venezolanos.—Eduardo Carreño.

SERIE MARRON: Antologías y Selecciones

- 3.—Cuentistas Modernos.—Julián Padrón.
- 6.—Cancionero Popular.—José E. Machado.
- 10.—Añoranzas de Venezuela.—Pedro Grases.
- 14.—Poetas Parnasianos y Modernistas.—Luis León.
- 16.—Crónica de Caracas.—Aristides Rojas.
- 20.—Poesías y Traducciones.—J. A. Pérez Bonalde.
- 23.—Folklore venezolano.—R. Olivares Figueroa.
- 26.—Muestuario de Historiadores Coloniales de Venezuela.—Joaquín Gabaldón Márquez.
- 27.—El Paso Errante.—Pedro Emilio Coll.
- 29.—Antología de Andrés Bello.—Pedro Grases.
- 31.—Geografía Espiritual.—Felipe Massiani.
- 32.—Sones y Canciones y Otros Poemas.—Alfredo Arvelo Larriva.
- 34.—Comprensión de Venezuela.—Mariano Picón Salas.
- 35.—Jaghey.—Héctor Guillermo Villalobos.
- 36.—«Canta, Pirulero!»—Manuel F. Rugeles.
- 40.—Retablo.—J. A. De Armas Chitty.
- 41.—Doctrina.—Cecilio Acosta.
- 42.—Antología.—Francisco Pimentel (Job Pim).
- 43.—Las Nubes.—Arturo Uslar Pietri.
- 45.—La voz de los cuatro vientos.—Fernando Paz Castillo.
- 48.—Mitos y Tradiciones.—Tullo Febrés Cordero.

INTERPRETACION DE PEONIA

LA CRITICA FAVORABLE

La impresión que inspira la lectura de las críticas elaboradas alrededor de *Peonia*, es la de un desconcierto asombroso: pocas obras venezolanas—acaso la «Silva a la Agricultura»—han sido objeto de un contraste tan profundo entre los varios juicios críticos: que van desde la negación rotunda de todo valor estético, hasta la afirmación entusiasta de valores propios de las obras maestras, pasando a través de unas afirmaciones dirigidas a reconocer tan sólo cierto valores, en su totalidad más relativos que absolutos.

Es Urbaneja Achelpohl, quien inicia (1), al parecer, la serie de los juicios, basándose en ciertos criterios críticos. En un artículo aparecido en «Cosmópolis» en junio de 1895, con el título «Más sobre literatura nacional», entroncaba a *Peonia* en la corriente literaria nacida de la fórmula experimental, de carácter objetivo, de la cual Emilio Zola representaba la cumbre, en las postrimerías del siglo. «Aparece en nosotros esa forma, dice Urbaneja Achelpohl, ensanchando el objetivismo, con la magistral *Peonia*: semi-novela, como dice el autor: bocetos característicos de personajes, costumbres a grandes rasgos, Venezuela sal-

(1) En un artículo sobre el novelista uruguayo Eduardo Acevedo Díaz, el chileno Pedro Pablo Figueroa, colocaba a Romerogarcía entre los novelistas representativos de América, junto a Cirilo Villaverde, Jorge Isaacs e Ignacio Manuel Altamirano, afirmando que *Peonia* pintaba «más bien el realismo moderno que las manifestaciones de los ideales de la sociabilidad venezolana» (*Cofio Ilustrado*, núm. 114, 1896).

vaje y servil, con todos sus dolores y heroísmos. De sabor llena la boca: en colorido falla; un rayo de luz chispeando en las descripciones, hubiera hecho más que el detalle ajustado, pero opaco: la frase vibrante y colorida se encuentra en todas las clases sociales venezolanas.» La ausencia de *colorido*, de luz chispeante y de *frases vibrantes y coloridas*, constituía, para Urbaneja Achelpohl, el aspecto negativo de *Peonía*; pero los aspectos positivos eran, para él, más numerosos y significativos; «*Peonía* viene a decirnos: Tomad la pluma, que he sorprendido en su lánguido cantar a la *Soy-Sola* en el taral en flor, entre los gajos de estrellas de oro, de negros centros brillantes y carnosos; seguid mis huellas por las laderas, cuando vagan muchachas tarareando la última canción, cargadas con su haces de chamizas y los negros cigarrones zumbadores se embriagan en los morados cálices de las parchas silvestres, y algún ojo juvenil y malintencionado, se extasia mirando detrás de los troncos las choquezuelas bronceadas.» Urbaneja Achelpohl veía, en *Peonía*, el modelo que, en cuanto a temas de inspiración, debían tener delante de sí los escritores venezolanos: «Con ella comienza de nuevo la lucha (2); ya los jóvenes iniciados contamamos con un árbol corpulento a semejanza de nuestros samanes, a cuya sombra robustece nuestro ideal en las horas de decepción. Por más que los pequeños la señalen con el dedo, con ella confundiremos a todos los adversarios de la literatura nacional. Una obra tan característica como

(2) Julio Planchart opina que «*Zárates*», de Eduardo Blanco, y sobre todo el capítulo «*Alas blancas en el fondo de un antro*», tenían ya, antes de *Peonía* y del criollismo, elementos nacionales. «por la sugestión y descripción del ambiente y personajes criollos» («Reflexiones sobre novela venezolana», 1926). Aceptó la misma idea F. Radcliff en «*Venezuelan Prose Fiction*»; y recientemente Uslar Pietri remachó la idea, afirmando que «*Zárates*», publicada en 1892, contenía ya «buena copia de personajes de la tierra vivos y vistos, y el ambiente era en gran parte verdadero» («*Letras y Hombres de Venezuela*», 1948).

Peonía, no es hija de la mera casualidad como algunos críticos murmuradores la consideran: sino la hija legítima de una larga e inconsciente gestación de la literatura americana» (3). A través de las entusiastas imágenes comparativas, que a la sazón todos consideraban como un legítimo recurso de crítica literaria (4), y que yo llamaría

(3) Urbaneja Achelpohl habla de una *gestación* de la literatura americana, que habría nacido, por lo tanto, hacia el final del pasado siglo, con el criolismo: yo pienso, por el contrario, que en final del siglo xix la literatura americana *no nació, sino resucitó*. La literatura americana estaba ya viviente en poemas y cuentos y mitos pre-colombinos: los himnos del Emperador azteca Netzahualcoyotl, los himnos religiosos aztecas y los yaravies quéchuas, ya tenían imágenes locales, tanto en creaciones imaginíficas como en creaciones emotivas: el árbol corpulento con el cual el Emperador Poeta comparaba su poder y su vida, y la mulle roja con la cual un yaraví del *Ollantay* comparaba los labios de la mujer, ya servían para crear armonías líricas orgánicas y analíticas, mucho antes de la llegada de la literatura europea, la cual, por el contrario, cortó aquella veta original, para sustituirla por una corriente importada (la de los labios rojos como claveles o corales, por ejemplo), que sólo con el criolismo fué eliminada o desviada, a fin de que la veta cortada en el siglo xvi volviera a desarrollarse. El criolismo, por lo tanto, no sería el nacimiento, sino el *Renacimiento* de la literatura americana: y tendría, en la perspectiva histórica de la literatura, el mismo valor del Romanticismo respecto al Renacimiento, el cual desvió o cortó la corriente pura de la poesía medioeval, para ser a su vez interrumpida por el Romanticismo, que remontó a la Edad Media para inspirarse y desarrollarse.

(4) No estará mal, en este punto, recordar cómo juzgaba a *Peonía* Vargas Vila: «Obra múltiple y preciosa, tiene páginas de una *alegría primaveral*, pero al volver la hoja la sombra de aquella alma enferma se dibuja allí con la *lúgubre proyección del cuervo de Edgar Poe sobre la cabeza del busto de Minerva*; y no ha expirado la sonrisa en los labios cuando pugna el llanto para humedecernos la pupila. Alegría malsana, sonrisa histérica.» Crítica lírica de base impresionista, que ha dado obras maestras, pero, no de análisis crítico, sino de impresiones

más bien crítica lírica, salta a la vista que el concepto que de *Peonía* tenía Urbaneja Achelpohl era excepcionalmente favorable.

Igualmente favorable, y con un entusiasmo acaso más vivo, es el juicio que, acerca de *Peonía*, emitía Pimentel Coronel en el mes de mayo de 1895. Romerogarcía volvía a Venezuela, tras una larga ausencia en el *Norte helado*; pero el célebre autor de *Peonía*, volvía demudado, volvía enfermo: el «compañero de instantes fúlgidos y de horas grises», ya no era «el bohemio radiante, el batallador enérgico»; él, que había cantado, «con canción inimitable en regiones extranjerías las patrias melodías, era un ave enferma»; pero su obra *estaba, y estaría*, siempre de pie. Y era esto lo que importaba: Romerogarcía «era el ungido: el creador de una vida nueva en la literatura nacional; el maestro del realismo en la novela venezolana». El juicio de Pimentel Coronel coincidía con el de Urbaneja Achelpohl: también él veía en *Peonía*, aunque con otras palabras, un punto de salida y un carácter estrictamente criollo: «*Peonía* tiene una trascendencia mayor que la asignada por la crítica: nacional y subjetiva, sería exótica en las demás tierras del globo: de generación espontánea, no tiene antecesores... Sólo en *Peonía* está palpitante, sangrada y convulsiva como una entraña abierta, la fisonomía y la tristeza de una época de la vida nacional.» Y Pimentel Coronel terminaba su saludo afirmando que «quien así escribe será inmortal»: porque «*Peonía* es nuestra como nuestros samanes, como nuestras flores de pascua, como la fe sencilla de nuestros campesinos, como la flor incipiente de nuestros pueblos».

Y los juicios favorables que han venido después, no han

que, siendo siempre muy personales, en los grandes coincidían con lo que diría la crítica estética, pero en los pequeños e ínfimos se quedaban en puras divagaciones y fantaseos. y lo malo es, no que haya existido, o siga existiendo, ese tipo de impresionismo crítico, sino que sea considerado, por quienes tienen interés en ello, como un verdadero juicio crítico.

salido, en sus líneas características, de ese molde ya elaborado por Urbaneja Achelpohl: Pedro Emilio Coll califica a *Peonía* de «grito en favor del terruño», y Rufino Blanco-Fombona la define como «el más admirable estudio de costumbres bajo el régimen de Guzmán Blanco»; Ángel César Rivas ve en *Peonía* «la iniciación de un alma nueva en el campo literario»: y Mario Briceño Iragorri afirma que «*Peonía* echó las bases de la novela auténticamente venezolana», que «con tal obra se inicia el movimiento hacia la literatura venezolana auténtica», y «que su estilo es fácil, elegante, ajustado a las necesidades del género cultivado con tanta excelencia por el escritor»; Carlos L. Capriles dice que «este libro produjo entre nosotros un movimiento intelectual criollista tan grande, que aún nos esforzamos para que no se pierda»; y agrega que «*Peonía* es la primera gran novela nacional, que no nos avergüenza y que podemos presentar con orgullo al mundo»; Key-Ayala saludaba con entusiasmo, en 1943, el instante en que, después de cierto olvido o de cierta incompreensión, Romerogarcía «volvía a ser interesante»; y agregaba que «los que siempre lo habían admirado, tenían confianza en el remozamiento, la consolidación de su renombre», porque Romerogarcía había tenido «atisbos de precursor, no sólo en la novela venezolana», sino también en el campo de los problemas sociales y económicos, pues *Peonía* es un *ideario*, una «vía nueva para la interpretación de la Historia de Venezuela»; y Pedro César Domínicí, en 1941, reconocía que «*Peonía* marcaba un punto de salida», pues constituía «la iniciación, hoy tan de moda, de lo que llamóse *criollismo*» (5), y ponía de relieve el enre-

(5) Afirma Julio Planchart que Urbaneja Achelpohl inventó el vocablo *criollismo*, «o a lo menos lo puso de moda», en «Cosmópolis»: y yo creo que deberíamos entender ese vocablo en el sentido de una escuela o tendencia literaria que se inspira en la *totalidad* de los elementos *criollos*, así en los que se refieren al hombre individual y social de América, como en los que se refieren a la naturaleza americana. Y digo *creo* porque, en

do de la novela para subrayar que el «sistema empleado por el novelista venezolano es el mismo en toda nuestra América indo-española».

Peró el crítico que más ensalzó a *Peonía*, y por ella luchó cuerpo a cuerpo con los críticos adversos a la novela, es, sin duda alguna, Rafael Angarita Arvelo: quien, en su «Historia y Crítica de la novela en Venezuela», publicada en Berlín en 1938, afirmaba que «*Peonía* es el heraldo (6) y

realidad, a cada paso se tropieza, en la lectura de obras americanas, con una palabra que parece tener el mismo sentido, es decir, *nativismo*. Y no hay dudas de que, etimológicamente, el *nativismo* abarca todo lo nativo, así lo humano como lo natural: pero en este sentido, la palabra *nativismo* podría ser empleada también por escritores de otros continentes, porque hubo escritores que se inspiraron en las costumbres y en la naturaleza de su tierra, aun en España, en Italia, en Francia, y así hasta el fin. Es más que razonable, pues, que, para indicar el nativismo de América, se emplee un término que lo diferencie del de las demás partes del mundo: y por ello yo creo que deberíamos de una vez aceptar la palabra *criollismo*, en todos los casos en que se trate de obras inspiradas en las costumbres y naturaleza de América.

Peró, en este punto, recuerdo que, al lado de las palabras *criollismo* y *nativismo* existe también la palabra *costumbrismo*, y que a menudo se usa la palabra *nativismo* para indicar obras que sólo hablan de las costumbres nativas. Y no hay dudas: por su misma etimología, *nativismo* podría indicar tanto las costumbres como la naturaleza de un determinado ambiente; pero, como ya se ha forjado la palabra *costumbrismo* para indicar las obras que se inspiran en las solas costumbres de un lugar, creería conveniente dejar la palabra *nativismo* para indicar todo lo que está fuera de las costumbres, es decir, la naturaleza.

(6) Además de los escritores citados hasta aquí, y de los escritores venezolanos que citaré más adelante, se adhieren al concepto de que *Peonía* inaugura la narrativa criollista en Venezuela, los siguientes escritores: *Alfredo Coester*, «Historia Literaria de América Hispana»; *H. A. Holmes*, «Spanish America Song an Story»; *Julio Cejador*, «Historia de la Lengua y

es la realidad de la novela efectivamente nacional». Para él la estructura de *Peonía* «no es calco»; «su texto encierra gran parte del alma vernácula. Viven y expresan sus personajes una vida venezolana corriente e integral.» Pero Angarita Arvelo veía en *Peonía* una obra maestra, no sólo porque ella había sido el heraldo de un contenido venezolanista, sino también porque tenía valores netamente artísticos: «Su conjunto... lo conceptúo magnífico; sus cuadros venezolanos, vinculados entre sí de manera tan estrecha e íntima, tan buenos, desnudos y acabados, más hermosos cuanto más sencillos, que aun hoy... se leen con ese entusiasmo actualista proveniente de las obras de creación fundamental.» Y agregaba: «La revelación realista—psicologista—del "Julían" de Gil Fortul, toma cuerpo desnudo y autónomo en la novela de Romerogarcía, hasta constituir en ella, por los tiempos de los tiempos, la primera novela venezolana (7), espejo y lección de patria, victoria y guía del venezolanismo literario.»

Pero Angarita Arvelo no se ha limitado a ensalzar a *Peonía*: él ha querido también defenderla contra los críticos que no veían en ella lo que veía él, y lo ha hecho, a veces, con extrema violencia. «Repetidas veces la crítica literaria nacional, dice, ha emitido sobre *Peonía* opuestos y contradictorios juicios, poco acertados, errados en su mayoría. A los unos les falta el sentido analítico crítico independiente. Nacen los otros de posiciones literarias an-

Literatura castellana». Recientemente se adhirió también Julio A. Leguizamón: quien, en su «Historia de la Literatura Hispano-Americana». Tomo II, 487, dice que la «historia moderna del relato nacional debe comenzar por Manuel Romerogarcía y su novela *Peonías*, y afirma que «no es exagerado señalar en ella la aparición de la novela criolla, reflejo del estado social de Venezuela hacia el fin del Gobierno de Guzmán Blanco, retratado con fidelidad realista hasta en el lenguaje, sobre un fondo de auténtico paisaje nativo».

(7) No creo equivocarme interpretando aquel *primera* como un juicio valorativo y no como una ubicación temporal.

tagónicas y en el fondo—quizás—de convicciones políticas también antagónicas. Se resienten algunos de la consciencia pseudoromántica modernista contraria a la realidad de las almas y de la vida. Y otros de la ideología egoísta del modernismo mal entendido, envilecido de princesas con estrellitas en la frente y de palacios con jardines de oro, bordados de estanques donde flotan los cisnes rubenianos como emblemas líricos. Angostos y estrechos muchos de tales juicios, turbados por prejuicios valbuenistas sublevados por la claridad venezolana pura de las cosas y de las almas radiantes en el libro». ... Y no se limitaba a perfilar a los críticos adversos de una manera genérica, sino descendía hasta lo individual, y siempre con el mismo ímpetu, que sólo puede ser justificado por su sincero entusiasmo por *Peonía*; y así, culpaba a Picón Febres de amar demasiado «la elocuencia y aparente hermosura de las palabras» y de no tener, al penetrar los libros en tono de crítica, «ni simpatías, ni gusto personal, ni sentido de apreciación» a quien «restaba personalidad como crítico su vocación de orador romántico». A propósito de Jesús Semprún, dice que era «irreconciliable con cuanto careciese de matiz modernista, falto de espíritu amplio y avisado del crítico para examinar con serenidad y arte las obras contemporáneas disidentes de su escuela literaria», lo cual le impedía comprender «el exacto lenguaje de los campesinos, la crudeza realista de ciertas escenas y el empleo incomparable y soberano de las palabras: la captación folklórica irreproachable de los diálogos, prez y arte de la novela». Y en cuanto a Julio Planchart, a quien llama *el señor Julio Planchart*, afirma que ha leído su trabajo contra *Peonía*, sin asombro, por cuanto el enjuiciamiento unilateral de ese escritor es su fórmula de exclusivo uso: y trata, luego, de justificar las digresiones de *Peonía*, primero recordando que, en la época de Romerogarcía, todos los novelistas más famosos usaban interpolar en la descripción la exposición de sus ideas políticas, sociales, filosófi-

cas y religiosas, y luego recordando que aun en las novelas de Rómulo Gallegos había digresiones que, aunque fueran de carácter más sentimental y contemplativo que de carácter polémico, igualmente suspendían la acción, y con mayores espacios que los de *Peonía*.

LA CRITICA MAS O MENOS NEGATIVA

Inicia la serie de las negaciones el gran crítico Jesús Semprún: quien, en una reseña bibliográfica acerca de «El último Solar», hoy «Reinaldo Solar», de Rómulo Gallegos, escribía que Romerogarcía había querido «componer un libro realista, pero no puso en él *arte legítimo* (8), que acaso era extraño a su temperamento», y concluía afirmando que *Peonía* había resultado «una novela chabacana, rastro, descosida, sin originalidad». Torres Hioseco, en su «Novelistas contemporáneos de América», en un punto cita a *Peonía* entre «las novelas venezolanas consagradas por la crítica y por el favor de los lectores», pero en otro, al perfilar personalmente los valores de los novelistas venezolanos, comienza citando a Gil Fortoul con su «Julián», para saltar hasta Gonzalo Picón Febres con su «Nieve y lodo», y Miguel E. Pardo con su «Todo un pueblo», sin aludir ni de paso a *Peonía*: pero en «La novela en la América His-

(8) El criterio que me ha servido para distinguir la crítica favorable de la crítica más o menos negativa, no se basa en el valor del *contenido* de la novela, ni en su valor relativo a su posición inicial en el proceso y desarrollo de la novelística venezolana, sino en los valores de carácter exclusivamente *estético*: así, independientemente de lo que han dicho acerca del contenido humano o social, acerca de si la novela representa o no el régimen de Guzmán Blanco, y acerca de si en la novela hay o no hay caracteres psicológicos originales o no, y bien dibujados o no, serían favorables las críticas que consideraran *hermosos*, por ejemplo, los *cuadros venezolanos* de la novela, y más o menos negativas las que no vieran en ella un *arte legítimo*.

pana», el mismo Torres Rioseco tilda a *Peonía* de «novela justamente olvidada». Radcliff, en su «Venezuelan Prose Fiction» (1929) llega hasta afirmar que «el tono y la trama de *Peonía* son de un romántico», pero a condición de que «se tome en serio a Romerogarcía»: en cuya condición es posible sentir, más que ver, un juicio globalmente negativo, que no sorprende a quienes sepan que Radcliff se había documentado en Planchart, cuyo juicio acerca de *Peonía* califica de «severo pero no injusto». Y que el juicio de Julio Planchart fuese *severo*, nadie lo puede negar. El ilustre crítico ataca a *Peonía* («recordada aún si no leída») por sus digresiones polémicas progresistas, que juzga débilmente enlazadas «por un asunto sentimental, fallo de interés y fuerza, y el cual trasciende la imitación de *María de Isaacs*». E insiste: «Romerogarcía tomó de *María* no sólo el asunto sentimental, sino la idea de objetivar el medio físico campesino»: pero «no se inspiró en la naturaleza... ni tuvo el acento apasionado de Isaacs ni sus letras». El ataque de Julio Planchart no se limita al contenido: se dirige también a los valores artísticos de la novela, poniendo de relieve que «no hay proporción, ni gusto, ni unidad, ni creación de caracteres, ni intriga, ni cosa alguna que logre interesar al lector». *Peonía* era, para Julio Planchart, «la materia informe de una buena novela, escrita en un estilo incorrecto, descosido, disparatado a veces»; y lo único que vale en Romerogarcía es que «el fué el primer escritor venezolano que fijó su atención, consciente e intencional, en la descripción del medio físico como elemento estético y esencial a la novela, alcanzando a veces a expresarlo de modo convincente», y logrando sembrar así «el germen de un movimiento literario lanzado a tierra propicia», e influir en novelas posteriores, «que lo imitaron en sus condiciones expresivas y satíricas, y aun en la manera de desarrollar la narración: Blanco Fombona y Pocatererra, si no lo imitan, lo continúan».

Y es, más o menos, con los mismos argumentos, con los que han atacado a *Peonía* desde el punto de vista artísti-

co, aun algunos críticos posteriores a Planchart. Ulrich Leo, en su ensayo sobre «Las lanzas coloradas», publicado en «Bitácora», núm. 6-7, 1943, «desde el punto de vista de la materia» daría la palma a *Peonía*, «ya que las obras de agricultura, estudiadas en el marco de su paisaje, además de la poesía, balles y costumbres rurales, y un encantador amor juvenil, desde luego tienen un valor, hablando humanamente, que no lo tiene la guerra, tema casi exclusivo de *Las Lanzas*», pero «artísticamente es nula, exceptuándose poco lugares de descripción y de amor» (9). Mariano Picón Salas parece adherirse, en el conjunto, a las ideas emitidas por Julio Planchart, pero con ciertas reservas y modificaciones: afirma que «*Peonía* quiso ser para la llanura venezolana el equivalente de la novela de Isaacs para la región del Cauca de Colombia» y aprueba a Planchart en lo que él dice acerca de la «improvisación cultural de Romerogarcía y su tendencia al periodismo», reconociendo que todo esto hizo de *Peonía* una obra heterogénea que, queriendo imitar la novela de Isaacs no logra mantenerse en puro clima de idilio». Reconoce ciertos valores artísticos, como el de «meter la lengua popular en una larga obra narrativa»; afirma que «*Peonía* estimula, además, cierto tipo de idilio rural que habrían de desenvolver los escritores de la generación siguiente... Un Pedro María Parra, autor de *Lugareña*, romántica novelita de los páramos andinos, y un Emilio Constantino Guerrero, polígrafo y hombre político de escaso arte literario, que con lacrimoso estilo escribió su trivial *Lucía*»; y concluye reconociendo que *Peonía*, con la exaltación del paisaje, había intuido primero lo que más tarde sería el *leit-motiv* de la literatura novelesca venezolana.

José R. Barrios Mora, en su «Compendio histórico de la

(9) También José Fabbiani Ruiz emitió un juicio, respecto a los valores artísticos de *Peonía*, rotundamente negativo; pero no tengo a mi alcance su artículo, pues creo que no ha salido todavía en volumen.

literatura venezolana», se adhiere fundamentalmente a uno u otro escritor (10), pero reconoce también que «torpes y brutales escenas contrastan con la novela de perfil virginal, en la que confiesa el autor haberse inspirado»; que el «ambiente campesino es trazado con naturalidad y sencillez» y que ciertas «descripciones, como la de la creciente del río Tuy, de un baile criollo y de una partida de caza, *rebozan de viveza y fidelidad*»; y que el lenguaje popular, salpicado de buído humor, se ofrece en una como versión taquigráfica». Y en cuanto a Uslar Pietri, en su «*Letras y hombres de Venezuela*» (1948), después de haber magistralmente perfilado los caracteres culturales y literarios del final del siglo XIX, vé en *Peonía* la novela en que las variadas influencias, «sentimentalismo romántico, técnica naturalista francesa, tradición satírica y reformista del costumbrismo pintoresco, periodismo político, oratoria, se conjugan de manera turbia e informe en *Peonía*». La novela de Romerogarcía es, para Uslar Pietri, «un libro improvisado, que brotó de las manos de un semiletrado, a ratos periodista, guerrillero y político», y que «*casi no es novela*», por ser un libro «deshilvanado, desigual, a ratos incoherente, empedrado de filosofía barata, pobre de técnica, con frecuentes faltas de buen gusto». Pero Uslar Pietri, al lado de esta severa negación de los valores artísticos, reconoce en *Peonía* algo positivo: a pesar de todo, «*Peonía* estaba destinada a tener una inmensa influencia en el desarrollo

(10) Así, culpa a Romerogarcía de haber errado el plan de la obra, por no trazar el perfil del régimen de Guzmán Blanco; pone de relieve que a la novela, «para ser tal, le falta unidad», y que es «realista y romántica en proporciones iguales»; se lanza contra las «pedantescas disertaciones y los alardes inoportunos de escepticismo religioso», y reconoce que «la pintura de las personas es —a excepción del Tío Pedro— débil y borrosa», y que la novela tiene un valor histórico por el hecho «de ser la primera novela de ambiente», tener «desarrollo genuinamente nacional» y haber «hecho época en los anales del género en Venezuela».

y en la fijación de lo más valioso y permanente de la novela venezolana» ... «fijando la que por mucho tiempo iba a ser la *fórmula* de la novela venezolana»; y Uslar Pietri define esa fórmula como la fusión de tres elementos, «el ambiente, el personaje y la trama», con «un medio rural dotado de un fatídico poder destructor», con «trama casi inexistente» y sin importancia, y con personajes amantes de «tiradas oratorias y propósitos reformistas» (11).

Y termino este análisis de los juicios críticos emitidos acerca de *Peonía*, con el análisis de los juicios emitidos por Gonzalo Picón Febres, porque a pesar de no ser cronoló-

(11) En una nota a un ensayo mío sobre «Daniel Mendoza, el Aristofanescos», publicada en la «Revista Nacional de Cultura», número 71, noviembre-diciembre 1948, emitía un concepto, acerca de la novelística venezolana, que deseo aclarar y corregir. Me había impresionado el hecho de que existía un contraste entre una sociedad, total o parcialmente estancada o corrupta, y unas aspiraciones o actuaciones hacia determinadas reformas progresistas en todas las novelas que, a la sazón, parecían ser las más representativas del género narrativo en Venezuela: en «Las lanzas coloradas», de Uslar Pietri, hay un contraste entre la sociedad colonial y el ideal libertador; en «Doña Bárbara», de Rómulo Gallegos, hay un contraste entre las ideas progresistas de Santos Luzardo y el ambiente estancado y corrupto, a merced de Doña Bárbara; en «Ifigenia», de Teresa de la Parra, hay un contraste entre la educación femenina vigente en la primera parte del siglo y las aspiraciones emancipadoras de María Eugenia; y en *Peonía* hay, si no una *intencional* oposición y lucha entre la cultura progresista de Carlos y el estancamiento rural y moral de la hacienda del Tío Pedro, por lo menos una *oposición real* entre la cultura de Carlos y la incultura del ambiente rural. Y deslumbrado por estos *puntos de contacto* existentes entre las más famosas, a la sazón, novelas venezolanas, concluía que *toda* la novelística venezolana ha venido elaborando «en sus aspectos más variados y fecundos, un contraste entre el estancamiento y la corrupción de un lado y el progreso del otro». No: a inspirarse en ese contraste, han sido sólo unas contadas novelas, y honradamente reconozco, aquí, mi error.

gicamente el último, el ilustre polígrafo ha juzgado a *Peonía*, a mi parecer, con un equilibrio de negaciones y afirmaciones, que no he encontrado en ningún otro crítico. También él reconoce que «a Manuel Vicente Romerogarcía corresponde la gloria toda entera de... haber abierto la amplia brecha por donde se han ido a todo andar los novelistas venezolanos», pero agrega: «Novela completa, en todo el rigor del vocablo, no es *Peonía*, porque la tesis no es verdadera, porque le falta firmeza en los caracteres, intensidad dramática, armonía en la disposición del plan y la unidad continua, que era imprescindible en el desenvolvimiento de la acción». Luego, Picón Febres sigue subrayando que «aquellas disertaciones acerca de temas diferentes, que se hallan encajadas sin congruencia en el decurso del relato, si bien sintéticas y breves, huelgan en absoluto», porque «ni de ese modo aislado pueden usarse en la novela ni valen como elementos artísticos, ni encierran, muchas de ellas, sino extravagancias audaces, paradojas y sofismas»; afirma que *Peonía* «no alcanza a ser el perfil de Venezuela bajo Guzmán Blanco» y «no refleja un estado social de Venezuela»; dice que «lo que disminuye el mérito innegable de *Peonía* «no es esa afirmación sin fundamento... sino los episodios exageradamente rojos de color y los detalles que no huelen a rosas ni a azucenas» (12). Pero, después de haber así subrayado

(12) No es posible silenciar, en este punto, la contradicción en la cual ha caído, al parecer, Picón Febres: en un punto dice que *Peonía* carece de «firmeza en los caracteres, intensidad dramática, armonía en la disposición del plan y la unidad continua...»; y aquí dice que la novela «se lee, se lee, se lee con interés hasta el final»; lo cual, si no me equivoco, revela que sí hay intensidad dramática, porque *Peonía* carece de bellezas líricas, y el interés nace o de éstas o de la intensidad dramática. Pero en la crítica de Picón Febres quizás exista otra contradicción: porque en un punto el crítico dice que *Peonía* «no refleja un estado social de Venezuela», mientras en otro afirma que «las figuras que van apareciendo son exactas, efectivas, así

los que él considera como defectos, Picón Febres reconoce que «*Peonía* se lee, se lee, se lee con interés hasta el final, y ya esto es mucho»; reconoce que, «a pesar de todos sus defectos, vulgaridades y crudezas de descripciones y de lengua, *Peonía* será siempre un gran esfuerzo merecedor de loa, y la realización de todos los consejos de Juan Vicente González»; y termina: «Las figuras que van apareciendo son exactas, efectivas, así como de carne y sangre y luces, y además, de Venezuela, de ésas que todos los días vemos y en todos los instantes»; «Romero-garcía acusa allí un *talento original e independiente*: y la manera con que él dice, posee fisonomía única en nuestros anales literarios, carece de antecedentes y es inimitable. Otros le ganarán en corrección, en tersura, en elegancia: nadie en fidelidad, en expresiones sencillas, en lo vivo del dibujo y en los colores. Por eso es el novelista más criollo que tenemos, y porque... no imitó a escritor alguno ni de dentro ni de fuera del país.»

como de carne y sangre y luces, y además, de Venezuela, de ésas que todos los días vemos y en todos instantes»: lo cual, evidentemente, significa que esas personas reflejan algo de su ambiente.

LA NEUTRALIZACION DE LOS JUICIOS CRITICOS

No hay dudas: estamos delante de una serie de juicios críticos que se contradicen a cada paso, e impide formarse una idea crítica aceptable a cuantos lectores no se conforman con aceptar o rechazar una opinión crítica, por el solo hecho de que fué emitida, respectivamente, por un escritor que ellos aprecian, o por uno que no aprecian. Dice Angarita Arvelo, por ejemplo, que, *con todo*, esas opiniones críticas, tan contradictorias, «están acordes en un concepto general: *Peonía* significa el primer intento meritorio de novela nacional»: pero la realidad es que aun ese concepto parece impugnado, en cuanto Julio Planchart afirma que la novela «Zárate», publicada por Eduardo Blanco en 1882, «pinta con tino y vigor tipos que caben en la obra más expresiva de la vida nativa», demostrando así que «la literatura llamada nacional por la sugestión y descripción del ambiente y personajes criollos, *no comienza con el criollismo*». Ni Planchart permaneció aislado, a propósito de este concepto: porque Uslar Pietri, a través de tantas deficiencias de «Zárate», también reconoce que «hay allí buena copia de personajes de la tierra vivos y vistos, y el ambiente es en gran parte verdadero». Más acertada me parece la idea de que la unanimidad o el acuerdo entre juicios críticos se encuentre, más que en la idea de que *Peonía* es el primer intento meritorio de novela nacional, en la idea de que ella es «el germen de un movimiento literario lanzado a tierra propicia»: eso es, no ha

sido el primero, pero sí el primero en ejercer influencia en la novelística ulterior. Y en realidad, aquí podrían darse la mano tanto Angarita Arvelo como Planchart, tanto Gonzalo Picón Febres como Uslar Pietri: es verdad que *Peonía* ha fijado «lo que por mucho tiempo iba a ser la fórmula de la novela venezolana»; y poco importa que los varios críticos difieran entre sí, respecto a esta idea unánime, acerca de ciertos detalles, o del modo de definir esta influencia: poco importa que Uslar Pietri opine que *Peonía* influyó no por su valor literario, sino por los elementos criollos en ella elaborados, que Angarita Arvelo opine que influyó aun por sus valores artísticos, en cuanto Romerogarcía tuvo «el arte y el tacto para introducir lealmente el elemento venezolano», y que algunos autores estén de acuerdo con la idea de que *Peonía* ha influido en la novelística ulterior aun con ciertos aspectos o elementos secundarios: poco importa que Planchart diga que ese aspecto es el satírico, que pasó a Blanco-Fombona y Pocattera, y que Picón Salas diga que es el aspecto idílico, que pasaría a P. M. Parra y E. Constantino Guerrero: lo importante es que todos están de acuerdo en que *Peonía* ejerció cierta influencia.

Más unanimidad, a mi parecer, existe alrededor de otros juicios críticos, no sólo porque están de acuerdo críticos fundamentalmente adversos, sino porque, a pesar de que esos juicios hayan sido emitidos por contados críticos, nadie los ha atacado. Y uno de esos juicios, sería el que se refiere a la *fórmula experimental*, empleada por Romerogarcía en su creación narrativa; y parecen aceptar este juicio, tanto Urbaneja Achelpohl (su *realismo* es, en el fondo, el *naturalismo* zollano) como Uslar Pietri, tanto Planchart como Angarita Arvelo. También parece haber unanimidad acerca del valor artístico de las descripciones del ambiente natural y de ciertas costumbres: porque Planchart dice que a veces alcanza a expresar uno y otras «de modo convincente», mientras Barrios Mora dice que ciertas descripciones «rebotan de viveza

y fidelidad», y hasta Ulrich Leo exceptúa de su rotunda negación de los valores artísticos, precisamente unas pocas descripciones. Y me parece que debemos también aceptar como unánime, por el hecho de que nadie ha emitido ideas contrarias, aun la idea que han emitido Picón Febres y Uslar Pietri, acerca del *sistema* empleado por el novelista venezolano, y que tiene todo el valor de la *fórmula* que por largo tiempo empleara la novelística nacional.

Pero, con la excepción de los dos o tres juicios aquí recordados, todos los demás juicios críticos alrededor de *Peonía* han sido neta y decididamente neutralizados, por el hecho de que a cada afirmación corresponde una negación. En efecto, Urbaneja Achelpohl dice que *Peonía* carece de colorido, de chispas en las descripciones (13), y de frases coloridas y vibrantes: pero Gonzalo Picón Febres afirma que nadie le gana a Romerogarcía «en lo vivo del dibujo y en los colores»; y similarmente, si Urbaneja Archelpohl dice que «*Peonía* no es hija de la mera casualidad», Planchart y Uslar Pietri dirán, respectivamente, que Romerogarcía tenía «improvisación cultural», y que «*Peonía* es un libro improvisado, que brotó de las manos de un semiletrado»; si Mario Briceño Iragorry exalta el *estilo* de *Peonía*, por *fácil, elegante, ajustado a las necesidades del género cultivado con tanta excelencia* por Romerogarcía, Julio Planchart dirá que la novela está escrita «en un estilo incorrecto, descosido, disparatado a veces»; si Gonzalo Picón Febres, Planchart y Barrios Mora afirman que *Peonía* no es «el retrato ni el perfil del Régimen de Guzmán Blanco», Leguizamón dirá que «*Peonía* es el reflejo del estado social de Venezuela hacia el fin del Gobierno de Guzmán Blanco, retratado con fidelidad realista hasta en el lenguaje», y

(13) A propósito de unanimidad, no será inútil subrayar, aquí, que aun la idea inherente a la viveza y belleza de ciertas descripciones, tendría un adversario; pero creo que, en este caso, la unanimidad no sufre un ataque capaz de anularla por completo.

Pimentel Coronel gritará que en la novela está «palpitante y sangrada la... fisonomía y la tristeza de una época de la vida nacional»; si Planchart dice que el *asunto de Peonía* «trasciende la imitación de *María*», contestará Angarita Arvelo que *Peonía no es calco*, y Gonzalo Picón Febres dirá que Romerogarcía «no imitó a escritor ninguno, ni de dentro ni de fuera del país»; si Planchart dice que en *Peonía no hay creación de caracteres*, Picón Febres dirá que «las personas... son exactas, efectivas, así como carne y sangre y luces»...; si Angarita Arvelo vé en *Peonía una de las obras de creación fundamentales*, Jesús Semprúm dirá que en *Peonía no hay arte legítimo*, y Ulrich Leo que es «artísticamente nula»; si Angarita Arvelo dice que *conceptúa magnífico el conjunto*, Uslar Pietri dirá que *Peonía* es «un libro deshilvanado, desigual, a ratos incoherente»; si Angarita Arvelo, Barrios Mora y Picón Febres dicen, respectivamente, que «*Peonía* se lee con entusiasmo», que su lectura es *agradable*, y que «se lee, se lee, se lee con interés hasta el final», Planchart dirá que «no logra interesar al lector». Así es: uno afirma y otro niega: se trata de un bombardeo que, desde dos bandos opuestos, ha terminado por destruirlo todo, con la excepción de los dos o tres juicios que ya hemos visto: y que permanecen de pie, más para inspirar tristeza y desaliento que para insinuar certidumbre acerca de los valores de *Peonía*, como inspiran tristeza y desaliento, en una ciudad destruída por los bombardeos, los pocos monumentos que han tenido la suerte de salir indemnes o casi. Y a inspirarnos cierta esperanza acerca de la posibilidad de llegar, alrededor de *Peonía*, a un juicio crítico decisivo, claro, resistente a cualquier ataque, es la intuición de que los juicios críticos emitidos hasta aquí acerca de *Peonía*, o carecen de explicaciones, y son así *porque sí*, o dependen de tendencias y escuelas artísticas que tenían sus bases en la idea de que una obra literaria *valiera artísticamente* por la novedad e importancia que tenían sus elementos sensoriales y psicológicos, sociológicos y

literarios, morales y lingüísticos, y no por la elaboración que de aquellos mismos elementos había hecho la imaginación y fantasía creadoras, armonizando entre sí aquellos elementos en acordes y contrastes analíticos y sintéticos, dramáticos y líricos.

Y así, por ejemplo, Jesús Semprum juzgaba a *Peonía* desde el punto de vista de su concepción modernista del arte, y por lo tanto, no podía evaluar una obra que casi carece de creaciones líricas, o contiene unas pocas, casi desleídas, y es cruda en su lenguaje, y tiene descripciones más *intuitivas que sugestivas* (14); y en cuanto a Ulrich Leo, se sabe que él enfoca las obras artísticas desde el punto de vista de una *concepción filológica del arte*, por lo cual, buscando en las obras *las sugerencias y secretos de la facultad expresiva*, en *Peonía* no podía encontrar ni unas ni otros. Más complejo parece el punto de vista de otros críticos, como Picón Febres y Julio Planchart: porque el primero parece respaldar sus juicios en un concepto de lo artístico que es, a la vez, *sociológico e historicista, literario y moralista*, mientras el segundo de un lado se apoya en su sensibilidad pura, como dándole valor a la crítica *impresionista* (15), y del otro en un concepto de lo artístico entre *literario o dogmático, entre moralista, so-*

(14) Llamo *intuitivas* las descripciones que se limitan a expresar la realidad, y *suggestivas* las que, alrededor de cada elemento de la realidad misma, o de su conjunto, armonizan imágenes o estados emotivos, en un juego más o menos constante de comparaciones, similitudes y metáforas: y sería, por lo tanto, *intuitiva* la descripción que se limitara a decir que *las garzas volaban en el cielo*, mientras sería *suggestiva* la descripción que dijera cómo las garzas parecían *una cinta ondulante* o unas *cruces blancas*. Y sobre decir que lo artístico reside sólo en las descripciones *suggestivas*.

(15) «No puedo tener por buena la obra de arte que... me da una emoción desagradable», dice Planchart: y no se comprende si lo *desagradable* sea de carácter psicológico o moral, o de carácter estético.

ciológico e histórico. Y en efecto, Picón Febres emite un juicio negativo por lo *incongruente de las digresiones en el decurso del relato*, lo cual se explica con la crítica de base literaria; por el carácter *rojo y en cierto modo vulgar* de los episodios, lo cual se explica con la crítica de finalidad moralista; por no reflejar un estado social de Venezuela, lo cual se explica con la crítica sociológica; y emite un juicio positivo afirmando que *Peonía* es la realización de todos los consejos de Juan Vicente González, lo que se explica con un criterio historicista de los valores estéticos. Y algo semejante podríamos decir de Planchart: que revela las bases moralistas de su crítica, lanzándose contra las *groserías* de los personajes de *Peonía*: revela las bases sociológicas al afirmar que *Peonía* no ha trazado el perfil del régimen de Guzmán Blanco»; revela las bases literarias o dogmáticas al confesar que examinará a *Peonía* «a la luz de categorías clásicas establecidas para juzgar una novela», y al examinarla en una constante *confrontación* con otras obras del mismo género, que eran tenidas por *modelos, o con un código literario*; y revela las bases historicistas al ubicar a *Peonía* en el ambiente literario de la última década del siglo y subrayar, por ejemplo, que comenzaba a difundirse la escuela naturalista (16).

No hay duda: la casi totalidad de los críticos no han emitido juicios *porque sí*, sino basándose en determinadas concepciones de lo artístico; y como creían en aquellas concepciones, han escrito juicios sinceros, y han podido hasta extrañarse de que los demás no los aceptaran. Pero

(16) Respecto a Angarita Arvelo, creyente en una concepción de lo artístico que ve los valores en la novedad del contenido, y cree necesario, para juzgar una obra, ubicarla en su período histórico a propósito de todos sus aspectos, se comprende cómo viera en *Peonía* una obra maestra, «el heraldo y la realidad de la novela efectivamente nacional», y tratara de justificar *históricamente* las digresiones y el carácter popular del lenguaje de *Peonía*.

las concepciones artísticas a las cuales esos críticos se adherían, adolecían, a mi parecer, de un defecto común: es decir, el defecto de enfocar la obra artística desde puntos de vista en absoluto extraños a los verdaderos valores estéticos, y valiosos tan sólo respecto a los valores del contenido, psicológico o naturalista, individual o social, y respecto a la expresión: eran las concepciones a las cuales se adherían, las que les impedían que se acercaran profundamente a los valores estéticos de *Peonía*: y hay que lamentarlo, porque Urbaneja Achelpohl y Pimentel Coronel, Picón Febres y Julio Planchart, Angarita Arvelo y Mariano Picón Salas, Pedro César Domínguez y Uslar Pietri, para no citar sino los más famosos, eran y son estrellas de primera magnitud y sabían y saben muy bien aplicar a las obras artísticas los criterios críticos que consideraban o consideran como básicos. Ni con esto quiero decir que los *equivocados* acerca de las concepciones estéticas fueran ellos, y que sólo yo no me he equivocado: estoy lejos de afirmar esto por la admiración que me merecen todos ellos; y lo único que quiero decir es que *yo creo* que ellos tuvieron una concepción estética errónea o defectuosa, y que *yo creo* seguir una que no es errónea. Y bien puede ser que también mi concepción sea errónea o defectuosa: pero es la mía. Y de todos modos, algo significaría, por ejemplo, el hecho de que, al cambiar una vez más el punto de vista, o la concepción estética, llegara a coincidir con ciertos juicios ya emitidos por los demás o por alguno de ellos; porque en casos como éste, bien podríamos alegrarnos en cuanto un juicio concorde que derivara de puntos de vista distintos o contradictorios, tendría más probabilidades de haber dado en el clavo.

ROMEROGARCIA Y SU EPOCA

Y empezamos recordando que una obra artística es la labor de un hombre, quien, a fin de crear armonías y contrastes de carácter imaginífico o emotivo, analítica o sintéticamente, utiliza elementos sensoriales y psicológicos captados por él, en el ambiente humano y natural en el cual ha vivido, o por los personajes de sus creaciones, en el ambiente en el cual el autor los ha puesto a vivir. Y en cuanto al ambiente humano, no será necesario abundar en palabras, para recordar cómo, en las dos últimas décadas del siglo, llegaron a Venezuela las ideas de un nuevo realismo, la filosofía positivista y la nueva ciencia materialista, que abrían las puertas al naturalismo literario: cómo, por lo demás, daban sus últimos latidos el romanticismo aguado de los epígonos, y el costumbrismo persistía en la espera de transformarse en algo más amplio y más profundo. El reformismo estaba en el aire, con sus correspondientes reacciones en todos los sectores de la vida social, familiar e individual: en el campo económico y científico, así como en los campos educacional y familiar, artístico y político. Y no se quedaba en el aire rarefacto de las teorías, sino descendía al nivel de la vida, y se mezclaba con ella, tratando de realizar innovaciones en todos los sectores: en la administración pública y en el ejercicio de la justicia, en la universidad y en las escuelas primarias, en las formas del trabajo, tanto de la industria y del comercio como de la agricultura, en las costumbres de la sociedad y de la familia, en la poesía y

en la novelística, en el ejercicio de la medicina y en el de la religión.

Pero el ambiente tan sólo, no puede explicar una obra de arte: es preciso conocer también al hombre que vive en aquel ambiente, y ver cuáles, de los elementos fluctuantes en aquel ambiente, podían ser captados por el carácter psicológico de aquel hombre, o sea, del artista. Era «periodista, guerrillero y político», dice Uslar Pietri; y Planchart agrega que era «hombre audaz, con una voluntad que se compartía entre muy diferentes actividades». Así es: y acerca de su carácter audaz, impetuoso, impulsivo, el mismo Planchart nos dice algo más. Cuenta Julio Planchart que Rómulo Gallegos se había inspirado en uno de los episodios guerreros que se atribuían a Romerogarcía, al describir cómo el doctor Payara, en «Cantaclaro», fusilara *ipso facto*, y sin fórmula de juicio, a varios oficiales del batallón que él mandaba, por el hecho de que ellos habían fomentado una rebelión contra su persona, obedeciendo sugerencias recibidas del Jefe de la revolución triunfante. También dice Planchart que Romerogarcía tenía algo también del Marcos Vargas de «Canaïma»: porque era un hombre que quería imponer su hombría en todo momento, sin otra finalidad que la de imponerla, y porque era, también él, una fuerza todavía salvaje, un agua que iba despeñándose en busca de un cauce, sin encontrarlo nunca. Periodista de inspiración política, social y literaria, fué también soldado en las guerras civiles; y su vida, como osciló de una guerra civil a una polémica periodística, también osciló de la cárcel al destierro. En el exilio murió, en la última de sus salidas forzosas, en donde había ido a buscar trabajo para vivir y algún desquite contra los desterradores: allí murió, en Aracataca, el 22 de agosto de 1917, a las 8 y 30 de la mañana, por habérsele estrangulado, en un resbalón, la hernia de que sufría. Tenía cincuenta y tres años, y estaba todavía luchando por su existencia: estaba en vísperas de otro negocio, como escribía el 16 de marzo de 1917

al Doctor J. Rafael Wendehake, y sufría por saber que sus familiares estaban enfermos. Seguía luchando, después de haber sido, en Aracataca, *hasta arriero*, y no haber podido cambiarse las medias en tres meses, y deber cambiarse ropa, desde un año, sólo cada tres semanas. No le amilanaban ni las enfermedades ni la miseria, ni el destierro (*en uno de sus innumerables hospedajes*, como dice Key-Ayala), en donde él escribió la «Historia de Venezuela». Luchador nato, como escritor nato, no era sólo el escribir en él una función natural, de una naturaleza casi orgánica; lo era también la lucha. Pero no, como parece sugerir Planchart, por el solo gusto de luchar, sino también por el ansia de mejorar algo: su familia o su patria, la sociedad humana o el trabajo.

Adolescente en la generación que vió nacer en Venezuela el positivismo, fué positivista integral: como *pensador*, se adhirió al materialismo más o menos ateo; como *científico*, a la teoría de la evolución; y como *sociólogo*, a todos los ideales de progreso humano, desde el mejoramiento de las clases pobres y de las condiciones de la mujer, hasta el del mejoramiento de los sistemas de trabajo y de los gobiernos. Pero no era un teórico; lo que pensaba posible, intentaba realizarlo; y por ello fué luchador en todos los campos, y contra todos los obstáculos, contra todos los enemigos de sus ideales aspiraciones. Atacaba con el mismo ímpetu a los curas, a quienes culpaba de haber sembrado prejuicios y supersticiones; a los generales y gobiernos dictatoriales por sembrar injusticias, provocar guerras y cohibir libertades, y a los hombres de letras, por ser esclavos todavía de las literaturas extranjeras. Pero no es que, siendo hombre de luchas y polémicas, no tuviera sus posibilidades de ternura y de afectos: tenía un culto sagrado por la amistad y por la familia; en una carta del último período de su vida, la que aparece en el «Apéndice» del presente volumen, aconseja a su cuñado, José Rafael Wendehake, «a dedicarse a auxiliar a la familia», y al comunicarle que Carola le anun-

ciaba que todos sus familiares estaban enfermos, Carola con una hemorragia, Julián con una urticaria y Doña Aurelia con una intoxicación debida a un pedazo de queso, comentaba: «Figúrese, pues, cómo estaré yo, con semejante carta.» Y era, por supuesto, correspondido: Antonio José Mendible, al informar a Carolina Wendehake de Romerogarcía, acerca de la muerte del gran escritor, lo hace «con el corazón lleno de dolor» porque el General Romero «había sido su buen y noble amigo, su gran amigo»; y lamenta que la lluvia torrencial impidiera que el entierro fuese digno de los merecimientos y de las virtudes de este amigo querido, poniendo de relieve que, a pesar de la lluvia, los acompañaron «dos personalidades de las más sobresalientes de Santa Marta, Nicolás Dávila, Secretario General del Departamento, y el señor José M. Valdeblánquez, Representante del Congreso». Aun los hijos y familiares lo amaban: Amalla lo ha llorado con la ternura con que lo puede hacer una buena hija, y así lo hicieron Carolina y sus hijos. Tenía algo, en sí, de los peñascos áridos y abruptos, que ni siquiera tienen una grieta en la cual pueda arraigarse una mata; pero que, arriba, adonde podían llegar muy pocos, ofreciera el frescor y la luz de un estanque de agua pura, en la cual se refleja el cielo, y beben las aves, y juguetea el viento, estremeciéndola. Y también éste era uno de sus amores: la naturaleza. A los hombres templados para la lucha les gusta de vez en cuando sumirse en la contemplación de la naturaleza, más que a los hombres de carácter pacífico: todo Santo activo ha tenido su rincón en el cual oía cantar a los pájaros y murmurar las aguas y las hojas, y desde el cual podía contemplar las bellezas del cielo; y entre las cosas más bellas de Bolívar hay ese admirable «Mi delirio sobre el Chimborazo», en que el gran Héroe ha cantado, al lado de un momentáneo delirio de grandeza, la relativa pequeñez suya, ante la belleza y majestuosidad del Dominador de los Andes. Y es por ello, pues, por lo que Romerogarcía ha podido captar aún elementos

del ambiente natural de su tierra: los atardeceres y amaneceres, las noches y los días, sus vegas y sus montes, sus ríos y sus plantas, sus flores y sus frutos, sumiéndose con emoción en la música de sus aguas, de sus plantas, de sus pájaros. Tan profundamente ha podido admirar y amar la naturaleza de su tierra, que podía ser de los primeros, no sólo en indicar que *ya era tiempo de inspirarse de veras en ellas*, sino también en inspirarse él mismo; y así, pudo describir con cariño y acierto el paisaje del *Rincón* caraqueño, la *Cordillera* con toda su vegetación salvaje, las vegas al margen del Túy, el atardecer alrededor de *Peonia* y la majestuosa creciente del río; pudo más: volverse, en contacto con la naturaleza, hombre de la tierra, bebiendo agua fría, que *destemplaba los dientes, en una hoja de casupo*. Y, por supuesto, con las cosas de la naturaleza, le gustaban las costumbres de quienes vivían más cerca de aquella naturaleza: le encantaban los desayunos de las haciendas, que comparaba, despectivamente, con las *colaciones matutinas* hechas en Caracas «de una rebanada de pan con mantequilla y un dedal de café con *agualeche*»; y le entusiasmaban las comidas criollas, con su sancocho de cecina, su gallina asada, su arroz con huesecitos, su mantequilla fresca y sabrosa, sus huevos con queso y su pernil de váquiro. Admiraba las fiestas pueblerinas, los bailes rústicos, las contiendas poéticas de los cantores llaneros, las cazas y los juegos, las meriendas rústicas, los Velorios festivos como el de la Cruz, los joropos con sus *coplas* y *chipolas*, y *pájaros y cocoyé*, y *arroz con huesitos*. ¡Oh!, por supuesto, no todo le gustaba en el campo en contacto con la naturaleza: la suciedad de ciertas rancherías, las molestias de las gallinas por la noche, la falta de una verdadera educación familiar, la superstición reinante en todos los sectores de la vida y de la actividad humana, desde el modo de trabajar en el trapiche, hasta el modo de curar enfermos y velar los muertos, todo esto lo ponía *bravo*: y le desper-

taba la indignación, que las bellezas naturales le adormecían en el espíritu siempre alerta (17).

(17) El lector se habrá dado cuenta de que, en algunos puntos, trato de reconstruir la personalidad humana de Romero-garcía, resumiendo elementos de *Peonía*: es que los elementos sensoriales de cualquier creación, lírica o dramática, *deben haber sido intuidos por el poeta* antes de ser elaborados: y por lo tanto, es más que razonable que se consideren como elementos característicos aun del autor; y en cuanto a los elementos psicológicos, es verdad que el autor puede intuir en otros individuos los elementos que constituyen el carácter de los personajes que él pone en acción en sus creaciones dramáticas, pero también es verdad que el autor puede intuirlos *en sí mismo*, en cuyo caso servirían también para caracterizarlo a él. Y creo que es precisamente esto lo que ha sucedido a propósito del personaje principal de *Peonía*: Carlos es la imagen fiel del autor, y si el autor se adhirió incondicionalmente al movimiento positivista, al movimiento literario, al movimiento político de su época, Carlos lo representa muy bien, demasiado bien, por no sugerir la idea de que lo que él siente, piensa, quiere y hace, es precisamente lo que el autor pensaba, sentía, quería y hacía: ambos han polemizado acerca de asuntos políticos y sociales, religiosos y morales, literarios y científicos; ambos han sido apresados y desterrados. No hay dudas: Key-Ayala ha dado en el clavo: «No había casi barrera entre el escritor y el hombre.»

LA ELABORACION DRAMATICA

Hemos visto las imágenes sensoriales que Romerogarcía pudo captar de su tierra, y las emociones e ideas con las cuales él pudo reaccionar a contacto con la naturaleza y con su pueblo; y ahora es posible plantear el único problema verdaderamente estético, que siempre hay que plantear, si se quiere entrar de veras en una obra artística, y juzgarla en sus valores, esencial y exclusivamente, estéticos: *Con todo este material de imágenes y de estados de ánimo, ¿qué hicieron la imaginación y fantasía creadoras del Poeta?* Toda crítica que no solucione este problema, y se limite a ver en una obra literaria los valores psicológicos y sociológicos, literarios y lingüísticos, sólo por casualidad puede acertar acerca de los valores más propios de una obra artística: que son, sobra decirlo, los valores estéticos. Antes bien, es precisamente esta pluralidad de puntos de vista en la investigación de una obra literaria, la que permite la pluralidad de los juicios, con la consiguiente carga de contradicciones: porque el crítico que evalúe una obra, por ejemplo, por sus aspectos sociológicos, puede afirmar que la obra es nula, al no encontrar esos aspectos; mientras el crítico que evalúe aquella obra por sus aspectos psicológicos, puede encontrarlos y afirmar que es valiosa. Porque no hay dudas: si respecto al *material* de una obra artística puede haber pluralidad de enfoques, respecto al modo con el cual este material puede ser elaborado artísticamente, no hay sino un modo: el que crea, con las imágenes y los estados de ánimo que forman la materia prima de toda creación, ar-

monías y contrastes, analíticos u orgánicos, ya de carácter lírico, ya de carácter dramático, o mixto. Resultarían de carácter lírico las creaciones en las cuales el Poeta armonizara entre sí imágenes con imágenes, imágenes con estados anímicos, y estados anímicos con estados anímicos, de manera tal que esas armonías y esos contrastes se ofrecieran pasivamente a la contemplación del poeta y del lector, sin prolongarse en vibraciones activas, sin engendrar acciones. Y serían creaciones dramáticas las que relacionaran entre sí los varios elementos imaginíficos y psicológicos, de manera tal que, creando algún conflicto entre estados de ánimo en el mismo individuo, o entre distintos estados de ánimo en dos o más individuos, engendraran reacciones activas, provocando acciones, a fin de llegar a una solución del conflicto. Y sobra decir que la creación mixta es la que, a lo largo de una creación dramática, sembrara creaciones líricas, o en la descripción de los estados de ánimo de los personajes, o en la descripción del ambiente natural o humano en el cual actúan, o en los comentarios que el autor hiciera acerca de lo que está narrando o describiendo.

Ahora bien, con los elementos sensoriales o psicológicos captados en torno suyo, o en sí mismo, Romerogarcía parece haber creado armonías de carácter lírico en unas composiciones que van con el título de «Acuarelas». «El banco parece un lago de oro y plata sobre fondo ceniciento», dice Romerogarcía en una de esas «Acuarelas», y continúa: «y los chaparros, verdes todavía, lo ciñen como cinturón de esmeralda». No hay dudas: hay una armonía entre las imágenes del *banco* y del *lago*, de los *chaparros* y del *cinturón de esmeralda*: y termina en sí misma; así que el lector no espera nada, más allá de esa perfecta armonía. Creación lírica: y Romerogarcía quizá utilizara así, líricamente, ciertas imágenes y emociones intuídas por él en su ambiente natural y humano, sólo en esas admirables «Acuarelas», que muy pocos recuerdan al hablar del Poeta, y que, sin embargo, bien podrían constituir su

máxima creación. El renombre que le valió *Peonía*, ampliado por las polémicas que la novela despertó en torno suyo, ha eclipsado las demás obras del Poeta: las cuales se encuentran todavía dispersas en periódicos y revistas, o todavía manuscritas en algún baúl de los deudos, como parece sugerir un artículo de Key-Ayala. Y así, todavía yacen en la sombra «Marcelo» y «Abandonado», la «Biografía» y la «Historia de Venezuela», los «Medallones» y «Mi Parroquia»; y el valor estético de las «Acuarelas» que han sido publicadas, bien sugiere la esperanza de que, un día u otro, algún *buscador de tesoros* dé con ellas, y nos proporcione el goce puro de saborear, en un autor tan discutido, unas creaciones de indiscutible valor (18).

Pero, cualquiera que sea el tipo de elaboración artística al cual Romerogarcía ha sometido los elementos de su mundo sensorial y psicológico, en otras creaciones, no hay duda de que en *Peonía* él ha elaborado aquellos elementos de una manera prevalentemente *dramática*, sin que esto le impidiera, por aquí y por allá, abandonarse al goce de unas cuantas creaciones líricas, cuyo valor examinaremos más adelante. Y las creaciones dramáticas son de dos tipos: uno *interno*, pues hay personajes en cada uno de los cuales se desarrolla un conflicto entre dos estados de ánimo; y uno *externo*, pues hay personajes cuyos estados de ánimo chocan con los de otros personajes. Son ejemplos de dramas internos, las *vacilaciones* de Carlos ante la posibilidad de llevar a Luisa hasta la satisfacción

(18) Se ha dicho que Romerogarcía representa, en una época fundamentalmente *modernista*, al *criollista* puro, mientras Díaz Rodríguez representaría más bien al *modernista*. Pero la verdad es que aun en Romerogarcía existen modalidades *modernistas*: que serían visibles, en la «Acuarela» aquí recordada, precisamente en el carácter *cromático* y *refinado* de las imágenes comparativas, *oro, plata, cienfuegos, cinturón de esmeralda*: como es verdad que aun Díaz Rodríguez tiene elementos *criollistas*, más o menos en primer término, como en «Peregrina» y en algunos de sus «Cuentos de color».

del deseo sensual, y las de Luisa ante el amor que la acerca a Carlos, y las dudas que ella tiene acerca de Carlos mismo. Pero el tipo de expresión de la novela, cuyos acontecimientos son narrados por un personaje, Carlos, *limitaba la posibilidad de describir conflictos internos de los demás personajes*, a los solos casos en que los demás personajes, como Méndez y Luisa, confesaran a Carlos lo que ellos sentían: y esto explica el hecho de que solamente en Carlos el conflicto interno haya tenido su desarrollo amplio y profundo.

De todos modos, esos dos tipos de creación dramática se enroscan y desenvuelven a lo largo de un enredo dramático principal, que constituye como el espinazo dorsal de la novela: y este enredo principal es el que nace de la relación amorosa de Carlos y Luisa. En Carlos, hay dudas y vacilaciones, altas y bajas, cavilaciones, y mientras no hay rivales, indiferencia; porque, cuando aparece Méndez, y revela o confiesa su amor a Luisa, en Carlos hay celos y cinismo: y cuando el Abuelo y la Madre le mandan, en nombre del honor de la familia, no pensar más en Luisa, y durante el destierro, hay en Carlos una especie de galvanización del sentimiento, que a la muerte de Luisa termina con la explosión de un dolor algo artificioso y superficial. Y es a lo largo de este enredo principal donde se desarrollan creaciones dramáticas episódicas, tanto de tipo interno como de tipo externo, y que constituyen, más que digresiones, unos recursos útiles para el desarrollo del enredo principal y para su desenlace. Por ejemplo, los amorfos de Casiano y Carmelita, de Bartolo y Andrea, sirven para poner de relieve la corrupción del ambiente en que vivía Luisa y ofrecer al Abuelo y a la Madre el arma para obligar a Carlos a romper sus relaciones con Luisa. También el conflicto amoroso entre Méndez y Luisa, sirve para crear en Carlos y Luisa una situación dramática, de la cual Luisa saldrá *con las mejillas encendidas, y con el perfume peculiar de la mujer que se abandona a los vértigos enervadores del de-*

seos», mientras Carlos saldrá para plantearse el problema de si le convendría o no aprovechar la oportunidad para tomar lo que Luisa estaba dispuesta a entregarle. Y también el conflicto entre Tío Pedro y Tío Nicolás sirve para el enredo principal: no sólo porque constituye el pretexto para justificar la llegada de Carlos a la hacienda, sino también porque las ideas reaccionarias del uno y las ideas avanzadas del otro, prestan a Carlos la oportunidad de emitir sus ideas innovadoras en monólogos o discusiones interminables (19). Pero el hecho de que esos conflictos epi-

(19) En una nota a mi ensayo sobre «Daniel Mendoza, el Aristofanescos», al cual aludí ya en la nota (11) del presente ensayo, yo afirmaba que también *Peonía* de Romerogarcía se inspiraba en el mismo contraste entre la ciudad y el campo, en el cual se habían inspirado miles de poetas, y entre ellos Horacio, Fray Luis de León, Andrés Bello. Deseo aclarar aquella afirmación y perfilar el sentido, muy relativo, en el cual el lector debe leerla. Bello invitaba a abandonar la ciudad porque la consideraba llena de peligros, vicios y corrupciones, y a refugiarse en el campo, porque lo consideraba como capaz de dar el bienestar e inspirar la virtud: y desde este punto de vista, no hay ningún punto de relación entre «La Silva a la Agricultura», y «Doña Bárbara» y *Peonía*. Ninguno, en absoluto: Santos Luzardo y Carlos no abandonan la ciudad porque en ella vean el mal y la corrupción: y en cuanto al campo, no ven en absoluto, en él, ese bienestar y esas virtudes que forman el *leit-motiv* constante de los grandes líricos que se han inspirado en la milenaria oposición: antes bien, ambos encuentran, en el campo, una corrupción que nada podía envidiar a la de la ciudad. Y a pesar de ello, también *Peonía* y «Doña Bárbara» llevan en sí el contraste entre el campo y la ciudad: pero sólo en el sentido de que sus protagonistas llevan en su espíritu y en sus costumbres, ideas y modalidades que han aprendido en la ciudad y que en el campo no habían penetrado todavía. Carlos lleva consigo las ideas positivistas que le permiten censurar a cada paso los retrasos que, acerca de los trabajos agrícolas, de la educación, de la medicina, encontraba en la hacienda: y allí está el contraste: que, más que como un contraste entre la ciudad y el campo, podría ser de-

sódicos tuvieran la función de ayudar al desarrollo del enredo principal, es quizás la causa por la cual esos conflictos episódicos se quedaran como *atrofiados*, más esbozados, que desarrollados en amplitud de acciones y sentimientos. Se han quedado en estado de germen, en espera de que alguien los saque de allí, para desenvolverlos en plenitud de vida y emoción; y cito aquí, como prueba de que esos episodios secundarios tenían posibilidades que Romerogarcía no ha explotado, el caso del Mayordomo y del Oficial de la hacienda; a quienes, después de la muerte de Luisa, Carlos encuentra transformados, respectivamente, en general y capitán de la Guardia de Guzmán Blanco; porque en este episodio está latente nada menos que la obra maestra de Urbaneja Achelpohl: «En este país».

Y resumiendo, es posible afirmar, ahora, que en *Peonía* hay una elaboración dramática de los elementos psicológicos captados por Romerogarcía, o en sí mismo, o en otras personas de su época: y constituyen esos elementos psicológicos las ideas y los estados de ánimo, tanto de Carlos como de los demás personajes. Las ideas reaccionarias de Tío Pedro y las ideas progresistas de Tío Nicolás, y del mismo Carlos, eran un reflejo del ambiente y la lucha trabada entre el positivismo científico sociológico y el estancamiento cultural y moral de una vasta zona del país, tanto en la ciudad como en el campo; la corrupción de los habitantes de la hacienda, también era un aspecto de la realidad campesina que, ignorada por los poetas que habían exaltado el campo por encima de la ciudad, la escuela naturalista zoliana estaba revelando en toda su desnudez asquerosa. Del ambiente era también el tipo psicológico de *Segunda*, y su actividad de curandera

ánimo como un contraste entre las ideas de un habitante de la ciudad relativamente culto, y las ideas y costumbres, algo rutinarias y reaccionarias, de la mayor parte de los campesinos de aquella época.

y bruja, que no se quedará sin influencias respecto a la novelística ulterior, y hasta respecto a la creación del carácter de Doña Bárbara; y también eran del ambiente los tipos psicológicos de Casiano y Bartolo, si es verdad que han podido seguir inspirando a otros novelistas. Sí: habían dado en el clavo los críticos que habían visto en *Peonía* el reflejo de un ambiente; y el solo error en que han caído consiste en haber creído que ciertas costumbres y ciertos tipos psicológicos de raigambre social, como la curandera, o los polemistas gritones, o los guerrilleros que ascienden a coroneles y capitanes, fueran propios sólo de la época de Guzmán Blanco (20). Y puesto de relieve así que en *Peonía* hay una creación dramática, se nos presenta, para su solución, un segundo problema estético: esto es, el problema de si el conflicto dramático principal, y los conflictos secundarios y auxiliares, son originales o no, y si su originalidad es absoluta o relativa; entendiendo por *absoluta*, la originalidad inherente al mismo conflicto, y por *relativa*, la originalidad, no del conflicto, sino de los caracteres psicológicos que el autor hace actuar en el conflicto, y del ambiente en el cual el mismo conflicto se ha desarrollado.

(20) Como a menudo sucede en las discusiones, creo que tengan razón, en el fondo, tanto los críticos que han visto en *Peonía* un reflejo del ambiente y de la época, como los que niegan existir en la novela este reflejo o perfil. Y en realidad, si nosotros enfocamos a los tipos psicológicos que actúan en la novela, veremos que algunos de ellos son de veras tipos que fácilmente es posible encontrar, como el de la curandera y el de los rústicos que, en otros tiempos, ascendían a coroneles y generales; pero si enfocamos el *modo* como Romerogarcía ha tratado esos tipos, nos daremos cuenta de que los ha dejado a menudo sin desarrollo: y es el caso de Bartolo y Casiano, que al final encontramos ascendidos a capitán y general, pero sin haber asistido, en la novela, a los hechos y matices psicológicos que los han hecho ascender.

LA ORIGINALIDAD DEL CARACTER DE CARLOS

Es el mismo autor de esta novela quien, en la carta en la cual «ponía a *Peonía* bajo los auspicios del ilustrado autor de *María*», parece sugerir al lector y al crítico la duda de que *Peonía* naciera bajo la influencia de *María*, y que las dos novelas tuvieran algo en común. Y algo en común tienen: primero, en lo inherente al enredo principal, en cuanto se trata, en ambas novelas, de un joven que va a una hacienda, allí enamora a una muchacha, y después de varias vicisitudes abandona el campo y la amada, para volver tan sólo después de la muerte de ella; y luego, en lo inherente a ciertos episodios secundarios, como serían la caza y la creciente (21). Pero esas semejanzas

(21) Para los pescadores de influencias y plagios a lo Jorge Añez, es posible que existan otras semejanzas entre «*María*» y *Peonía*, y que ellos las califiquen de imitaciones o plagios: y así, por ejemplo, correrían ese riesgo las siguientes semejanzas: las que sugieren la imagen de una alfombra a propósito de la grama, o de una peste a propósito de ramajes o malezas o gramas; las que sugieren la imagen de un arbusto que se estremece con la brisa, a propósito de los cuerpos juveniles que se estremecen bajo las caricias del amor; las que se refieren a estados fisio-psíquicos o a percepciones en idénticas condiciones, como en los pasajes donde los personajes de ambas novelas sueñan con el ser amado, o dudan acerca de su amor, o tienen presentimientos vagos acerca de alguna desgracia, o perciben una casa al llegar a cierta distancia, o ponen de relieve que, antes de la comida, hay la bendición, y así por el

no son sino superficiales: porque en lo más hondo de la psicología que anima a los personajes, encontramos a cada paso, y a propósito de todos los personajes, diferencias tales, que nos obligan a diferenciar en absoluto a las dos novelas, y a proclamar, sin el riesgo de provocar mentís, la perfecta autonomía, si no absoluta, por lo menos relativa, de *Peonía*: y esta autonomía *relativa* se hace todavía más firme y segura, al poner de relieve que las dos novelas, además de diferir en lo inherente a la psicología de los personajes, difieren también en lo inherente a las costumbres y a la naturaleza de los respectivos ambientes

Y en realidad, la psicología de Carlos no es la de Efraín, como la de Luisa no es la de María. María tiene un sentimentalismo del más puro temple romántico, agravado por la enfermedad, que la lleva al sepulcro muy románticamente; Luisa, por el contrario, tiene *formas esculturales*, es astuta y suspicaz, no sabe lo que es el romanticismo (mientras María leía a Chateaubriand), y discute con Carlos, intuyendo con claridad ciertos estados de ánimo de él, y muere de un balazo, en una agonía que Carlos califica de *hermosa*. A quien se fije en estos aspectos genéricos de la psicología de las dos mujeres, aparecerá sorprendentemente que la más original, respecto al romanticismo, no es María, sino Luisa: pero en donde la diferencia esencial, entre la psicología de las dos protagonistas, se pone de manifiesto, por encima de todas las superficiales semejanzas posibles—y que a menudo se deben a la naturaleza humana en general—, es donde Carlos y Efraín

estilo. Se trataría, claro está, de semejanzas superficiales, debidas a la existencia de un autor que las puso de moda antes de Isaas y de Romerogarcía, o que ya se habían vulgarizado desde el romanticismo; o se trata de simples intuiciones o percepciones de una realidad, y que por lo tanto no sólo pueden ser captadas por cualquier individuo, independientemente de sus lecturas, sino también carecen de cualquier valor estético, en cuanto no son creaciones de ninguna clase.

pasan su brazo por el tallo, respectivamente, de Luisa y María: «fué su rostro el que se cubrió de más notable rubor, cuando al rodar mi brazo de sus hombros, rozó su tallo», dice Efraín; pero Carlos agrega que Luisa «se estremeció, como animada por el rápido contacto de una corriente eléctrica: *cerró los ojos, los apretó mucho, mucho, y se quedó como dormida*, en un suspiro». Y no hay duda: con María la reacción es netamente romántica, de un espiritismo todavía puro; en Luisa hay estremecimientos y éxtasis de carácter aun fisiológico: estamos en el umbral del naturalismo venezolano (22).

Pero la psicología de Carlos, respecto a la de Efraín, es todavía más autónoma: diré más, es ya una psicología de novela naturalista, con todas las contradicciones de un ser complejo, y toda la sinceridad, sin rubores, del naturalista. Efraín ama, sin dudas ni vacilaciones, ni traiciones de ninguna clase: Carlos a cada paso duda acerca de su amor, vacila, lo niega tres veces, como Pedro negaba a Cristo, piropea a Francisca en plena corte a Luisa y se resiste a casarse con Luisa; y para que su amorío no termine con una boda, aprovecha todas las oportunidades que se le presentan, desde el amor de Méndez para Luisa, hasta la corrupción del ambiente en que había vivido Luisa, y hasta el odio que su madre le tiene a la hacienda. Y hay, además, otra circunstancia: que Efraín no medita sino en sus mismos sentimientos amorosos, mientras Carlos medita y discute sobre los más variados argumentos. Lo cual me lleva a plantearme el problema de si Carlos debe ser considerado como un tipo psicológico, no sólo independiente del de Efraín, sino absolutamente nuevo, o nuevo, por lo menos, respecto a la novelística venezolana de su tiempo.

(22) Es bueno recordar, para caracterizar a Luisa, aun el punto en el cual ella está para rendirse, y Carlos se da cuenta de que ella emana «el perfume peculiar de la mujer que se abandona a los vértigos enervadores del deseo».

Y aquí está, precisamente, uno de los valores de *Peonía*: en la novedad del carácter humano de Carlos. La crítica ha sido, a este respecto, algo ciega: Picón Febres dijo que a *Peonía* «le faltaba firmeza en los caracteres», aunque en un punto dijera que «las figuras que van apareciendo son exactas, efectivas, así como de carne y sangre y hueso, y además, de Venezuela, de ésas que todos los días vemos y en todos los instantes». Hay, al parecer, una contradicción entre la primera afirmación y la segunda: pero no es sino aparente, en cuanto con la palabra *figuras* Picón Febres parece referirse a los personajes vistos por Carlos, que no son profundizados psicológicamente, y en el escenario se limitan a hablar y a moverse; mientras con la palabra *caracteres*, Picón Febres parece aludir claramente a la psicología de los mismos personajes. Más tajante es Planchart, quien afirma que en *Peonía* no hay creación de caracteres, y que los personajes no viven, con la sola excepción, un poco, de Tío Pedro; y lo mismo repite, con otras palabras, Barrios Mora, al afirmar que «la pintura de los personajes—a excepción de Tío Pedro—es débil y borrosa». Hasta Angarita Arvelo no se ha dado cuenta de lo que valía el carácter de Carlos, y se limita a decir que «viven y expresan sus personajes una vida venezolana corriente e integral». Nadie hasta hoy, a lo que se me alcanza, vió lo que había de viviente y de nuevo en el tipo psicológico de Carlos; y el análisis que nos llevará a intuir y poner de relieve ese tipo, nos llevará también a intuir y subrayar la originalidad de *Peonía* respecto a *María*.

Veamos, pues, como actúa y medita ese Carlos. No hay episodio o personaje o elemento de la realidad humana, individual o social, que no lo induzca a meditar, a polemizar, a fantasear: y ningún elemento de la realidad natural que no lo impulse a contemplar sus bellezas, y a fantasear acerca de ellas. Su graduación universitaria lo impulsa a discutir con su madre acerca de las dos grandes carreras preferidas por los venezolanos: lo cual, dicho sea

de paso, más que de un elemento de régimen de Guzmán Blanco, representaría un elemento casi constante de la psicología venezolana, cuyo problema ha sido planteado por primera vez por el Licenciado Sanz, y ampliamente estudiado por Cecilio Acosta (23). El amor inspira a Carlos a cada paso comentarios y meditaciones: desde la intuición de la ley de los contrastes, hasta la duda acerca de si él podía enamorarse; desde el problema del divorcio y del Amor libre, hasta el del matrimonio: desde el problema de la tentación y de la necesidad de ser amado, hasta el de la corrupción en la casa de Tío Pedro. La vista de unos periódicos le lleva a meditaciones de carácter político y psicológico; la guerra le lleva a meditar y polemizar agriamente, como lo llevan el retraso de los medios de trabajo en el trapiche de Tío Pedro, y el retraso de los sistemas educacionales en la hacienda, o sin más, en los colegios de la época.

Hasta el desayuno le inspira un comentario: y le lanzan en polémicas más o menos violentas, los temas de la religión, de la superstición, de las dictaduras, de la literatura imitada de los extranjeros, de la psicología de los cazadores, de los celos en amor. A cada paso se detiene para fantasear o contemplar la naturaleza: fantasea acerca de Luisa, y ama la hamaca porque en ella puede fantasear: y describe la naturaleza en varios puntos, la cordillera, el puente y la creciente, el paisaje del Túy, la caza del váquiro. Está tan acostumbrado a pensar acerca de lo que él ve, oye y siente, *que llega hasta investigar acerca de sí mismo, y estudiar los movimientos de su ser íntimo*: cuando dice que la virginidad del corazón es la fe, agrega entre paréntesis que *esto sabe a rancio*; cuando dice que las creencias que se van no vuelven nunca, dice que *«también esto es rancio y ajeno»*. Se conoce muy

(23) «Entre nosotros, las dos grandes carreras son la Guerra y la Iglesia: porque dan para vivir cómodamente sin trabajar», dice Carlos.

bien: *«el día que yo no tengo de quien hablar, hablo de mí mismo»*. Perfectamente: esto es Carlos: *se estudia y se conoce*. Es un introspectivo. Por algo había sido publicado en 1889 «L'Apotres» de Bourget. *Es un cerebral; pero con posibilidades pasionales respecto a lo que le atañe personalmente*. Se ha forjado un ideal de progreso, y le duele que no se realice todavía: lucha por él, que tiene aspectos científicos y sociales, humanos y religiosos, profesionales y políticos: cuando ve u oye algo que va contra su ideal, que ignora lo que él desea, se enfurece y ataca. Con aspereza y violencia, pero, al mismo tiempo, con cierta brevedad. No dura mucho, su violencia: *es como una creciente; inesperada, destructora o amenazadora, pero efímera*. Ni siquiera deja residuos o rastros de cosas muertas o heridas. Y como es efímero todo desahogo suyo, de progresista y de político, así lo es también su amor. Un amor controlado, casi diría, *dirigido*: lo cerebral de su carácter también se revela en el Amor, lo cual deja entrever que ha pasado «L'Apotres». Somete cada sentimiento, propio o ajeno, a un análisis frío y desconcertante: y al mismo análisis somete toda manifestación amorosa de Luisa y de Méndez. Y se comprende cómo, a cada paso, él dude *acerca de si ama, o no*: y cuando *se cree* verdaderamente enamorado, es natural que se plantee el problema de si el matrimonio le conviene, y decida que no; es natural que se plantee el problema de si le conviene gozar de Luisa hasta el amplexo erótico, y decida que no le conviene; es natural que niegue que ama a Luisa, pues afirmar que la ama equivaldría a comprometerse; y es natural que piropee a otra muchacha, Francisca, en el mismo periodo en que parecía enamorado de Luisa. No: éste no es un amante romántico (24), no es un

(24) Y lo sabe. «Las novelas que van a nuestros hogares, dice en el capítulo I, da a la mujer una atmósfera romántica, *ridícula*»; y agrega: «Cada época tiene una manera de amar que le es peculiar. Hoy se ama con el siglo: con el vapor, la electricidad, con todos los agentes que acrecientan la vida...

Efraín venezolano: es él que piropea a una muchacha porque le gusta, porque no hay otra que le guste en el mismo ambiente y en el mismo período, porque besar y abrazar es agradable, porque toda victoria en Amor halaga el amor propio del individuo, y así por el estilo. No es amor, el de Carlos: *es un amorío*, al cual parece galvanizar, en cierto modo, sólo la duda de que Méndez pueda derrotarlo, y que en realidad nunca se transforma en amor verdadero, a pesar de que hacia el final, Carlos grite y afirme y subraye que verdaderamente ama. No: lo que el autor necesitaba, al final de la novela, era un retorno de Carlos a la hacienda, para que asistiera al desenlace trágico; y por ello el autor transforma el amorío de Carlos en amor. Pero los gritos amorosos de Carlos no convencen a nadie: basta, para comprenderlo, ver el modo como expresa este estado de ánimo inesperado, o mejor, ver las imágenes con que él trata de expresar ese estado: Luisa y la Patria eran *«las dos divinidades de su culto»*; y él pensaba *«sólo en su Patria y en su dama, como los antiguos paladines que luchaban por su Dios y por su dama»*, porque esos efectos *«constituyen siempre la religión del proscrito»*. ¡No! Después de haberse revelado, a lo largo de toda la novela, un introspectivo que escudriña hasta los vasos capilares de su ser y de sus estados de ánimo, y *duda y vacila*, no llega nunca a una decisión firme, ahora, de repente, él no duda: *él cree*. Cree en el Dios y en la dama de los paladines, cree en la divinidad de su culto. No. El mecanismo de la novela, en lo que se refiere a la necesidad de encontrar un desenlace, en cierto modo, conmovedor, salta a la vista, como el resorte de un silla a través del paño consumido: *el amorío es declarado amor*, para que Carlos vuelva a *Peonía*, y constituye la única grieta en el carácter de Carlos.

el romanticismo pasó. Por ello, estoy de acuerdo hasta cierto punto con Angarita Arvelo: más que de una novela *realista semi-romántica*, se trataría de una novela *ya naturalista*, con resabios románticos casi insignificantes.

Y, o yo me equivoco, o Romerogarcía ha perfilado en Carlos el tipo psicológico del *egoísta inteligente y de base cerebralista* (25), que busca su satisfacción polemizando acerca de todos los problemas, y piropeando a todas las muchachas que llegan a su alcance, para gozar hasta donde no pueda ser perjudicado: es el tipo del *egocéntrico cerebralista*, que cree moral tan sólo lo que se refiere al *modus vivendi* aceptado por su razón, y no cree en la santidad ni de la religión, ni del matrimonio, ni del amor mismo; acerca del cual, no sólo se permite negar repetidas veces y en pleno amorío, que sus relaciones con Luisa sean de carácter amoroso, sino que llega hasta hablar de esas relaciones con un cinismo que va más allá del refrán popular: no se trata sólo de que *«el primer maíz sea de los pericos*, se trata de una verdadera decisión cínica: *«¿De cuándo acá esos escrúpulos, tratándose de una muchacha?... Y sí, es muy capaz de morirse la ciruela!... Corramos el albur: nada de particular tiene enamorar a una muchacha y largarse uno luego con su música a otra parte...»* Ni este cinismo se refiere sólo a las relaciones de Carlos con Luisa: Carlos es cínico también respecto a Tío Pedro, y al dolor con que éste veía enferma a su mujer: *«Sentí que dos lágrimas me venían a los párpados, pero hice un esfuerzo y las contuve: recordé que las tenía comprometidas para el día de los ajuntos* (26).

Se trata, pues, de la creación de un verdadero tipo psicológico de posibilidades universales, pero ajustado al ambiente y a las costumbres de Venezuela: y bastaría esta creación, no sólo para afirmar que *no hay ninguna relación entre el tipo psicológico de Efraín y el de Carlos*,

(25) «Yo llevo hasta la exageración el egoísmo en mis afectos», dice el mismo Carlos.

(26) Sorpresivamente, pues, se llega a la conclusión de que, si Carlos quiso luchar contra la corrupción del régimen de Guzmán Blanco, en realidad estaba también él profundamente corrupto, con cierta inmoralidad y cierto cinismo que no eran obra del régimen, sino el fruto de su naturaleza y de su egoísmo.

sino también para afirmar que, a la sazón, *era más original el tipo de Carlos que el de Efraín*, y que, siendo el enredo dramático de *Peonía* el resultado de los sentimientos y de los hechos de Carlos respecto a Luisa, tampoco el enredo dramático de *Peonía* puede ser culpado de asemejarse al de *María*, porque resulta de *elementos inconfundiblemente propios*, que le vienen de la autonomía psicológica de Carlos y Luisa respecto a Efraín y María. No es verdad, por lo tanto, que Romerogarcía «tomara el asunto sentimental» de *María*: porque en *Peonía*, a lo largo del enredo, hay el *egoísmo cerebralista y cínico de Carlos*: no es verdad que en el enredo «trascienda la imitación» de *María*; substancial y generalmente el amorío de Carlos y sus episodios y fases, nada tienen que ver con el amor sentimental de Efraín, y sus correspondientes episodios (27).

(27) Los puntos idénticos se reducirían, por lo tanto, a escasos puntos descriptivos, como el *paso del río* y la *caza*, o como la separación de Efraín y María, de Carlos y Luisa: pero, idénticos en los temas, los tres puntos se desarrollan con *elementos analíticos en absoluto distintos* u obedecen a causas psicológicas o familiares del todo diferentes, o sin más se desarrollan en circunstancias opuestas: recuérdese, por ejemplo, que el padre de Efraín acepta el matrimonio de María y Efraín, mientras Tío Pedro no quiere dar Luisa a Carlos, y son contrarios al matrimonio aun el abuelo y la madre de Carlos.

Y a propósito de la semejanza de ciertos puntos descriptivos, no quisiera repetir, aquí, lo que ampliamente he dicho a propósito de las semejanzas que tienen entre sí la *doma* y el *rodeo* de «La Vorágine», «Doña Bárbara» y «Don Segundo Sombra»: se trata, en todos los casos, de semejanzas inherentes a los temas (y debidas al hecho de que existían realidades comunes a todos los ambientes), pero no de semejanzas de carácter estético. en cuanto los varios autores habían desarrollado aquellos temas *aun con creaciones personales*. Se trataría de un *qué pro quo* que tiene raigambres milenarias: y tiene su primer atisbo en la acusación de que la «Eneida» es una copia de los poemas homéricos, porque Eneas en los primeros cantos viaja como Ulises, y en los últimos pelea como Aquiles; mien-

Pero al lado de Carlos, hay otros tipos psicológicos que, aunque no alcanzan la madurez intuitiva o expresiva del de Carlos, aparecen *esbozados* o perfilados con mano maestra, y son, claro está, independientes de los personajes de *María*. La silueta de Casiano, trazada en cuatro o cinco líneas, está allí de cuerpo entero: su *mirada de soslayo*, y su *balbucear alguna frase incorrecta* al ser presentado a Carlos, nos dan ya al hombre en sus relaciones con sus amos: su *mirada de soslayo a Carmelita*, nos da al hombre en sus relaciones con ella; y la escena de la caza, el error en el disparo de Casiano, ya preparan al lector para la tragedia final. Luisa, en su complejo de inferioridad, que debe a su carácter natural más que al ambiente en el cual vivía, también está dibujada con rasgos seguros: esa mezcla de ingenuidad y capacidad intuitiva, de timidez y coqueteos, de sentimentalismo de rebote y de vibraciones fisiológicas incontenibles, de amor a las palabras, que sabe a Madame Bovary, y al mismo tiempo de desconfianza en ellas, todo esto es vivo, natural, bien captado y bien expresado. Acerca de Tío Pedro, ya se ha puesto de relieve su vitalidad artística hasta por adversarios de la novela: esa estrechez mental, reacia a comprender no sólo los adelantos de la vida, sino también las consecuencias lejanas de su modo de actuar y vivir: y esa estrechez moral, reacia a comprender todo lo que no sea su interés y su provecho personal e inmediato, todo está muy bien captado. Pero, sin duda, el personaje que más vive en la novela, después de Carlos, es la *Segunda*: esa mezcla de empirismo y de brujería al servicio de la salud, fisiológica y espiritual, de amigos y enemigos que la paguen; ese envolver en un halo de resonancias misteriosas los secretos vergonzosos del ambiente: esa intelligen-

tras tiene la demostración de lo erróneo de sus bases en mi ensayo *«El espíritu y el rito en la Eneida»*, donde pruebo que Eneas viajaba... con un espíritu en absoluto distinto al de Ulises, y por lo tanto tenía imágenes y emociones igualmente distintas.

cia en estado natural, y no por esto incapacitada para intuir tipos psicológicos y resortes anímicos, mezclada con algo picaresco y al mismo tiempo compasivo, todo esto está igualmente captado y expresado con acierto: y prepara a grandes rasgos, como ya dije, las líneas básicas de otro gran personaje de la novelística venezolana, es decir, de Doña Bárbara. Pero cada uno de estos personajes, se comprende, no vale sólo por sí mismo, y para sí mismo; vale también en relación con cada uno de los demás personajes, en una alternativa de *acordes y contrastes* que constituyen, exactamente, la creación dramática en sus *elementos analíticos*, a lo largo del enredo principal, que constituye la creación, por decirlo así, de carácter *orgánico*.

Con todo, es verdad que todos esos personajes secundarios están, respecto al protagonista, más *esbozados* que pintados, en cuanto sólo Carlos se nos presenta de cuerpo entero, con todos los elementos analíticos de su personalidad, y completando los gestos, las actitudes, los hechos que realiza, con la expresión aún de lo que él pensaba y sentía con aquel gesto, con aquella actitud, con aquel hecho. Pero esta profunda diferencia entre la vitalidad psicológica y la consiguiente función estética, de Carlos, y la vitalidad psicológica de los demás personajes, *no se debe a una deficiencia o incapacidad del Poeta, sino al hecho de que la novela es narrada por el mismo Carlos*: lo cual le permite decir lo que él piensa y siente, pero le obliga, al mismo tiempo, a decir tan sólo, acerca de los demás, *cómo reaccionan fisiológicamente en los varios episodios, y lo que ellos mismos dicen, pero nunca, en ningún punto, lo que ellos piensan y sienten*. Se trataría, por lo tanto, de una deficiencia debida al tipo de narración, y no al Poeta mismo: lo cual, si nos permite reconocer que tenían razón ciertos críticos, como Barrios Mora y Planchart, al poner de relieve que los personajes secundarios son trazados *débil y borrosamente*, también nos permite reconocer que esa *borrosidad*, admitiendo que sea tal, tie-

ne su perfecta justificación crítica, como la tiene la *borrosidad* de los objetos e individuos que se encuentran en las lejanías de un cuadro (28).

(28) Para completar el asunto inherente a la caracterización de los personajes de *Peonía*, no será inútil recordar que Romerogarcía tiene aciertos intuitivos aun a propósito de ciertos animales, como el *perro*, la *mula* y el *novillo*. Véase cómo vive el perro: «*Tigre me puso las patas sobre las piernas, ladeó la cabeza y me dirigió esa mirada leal y decidora de los perros*»; y véase también cómo actúa la mula en la creciente: «*Con esa malicia propia de su raza. fué, las orejas amugadas, la nariz abierta y el ojo al soslayo, tanteando el vado... Ya nada-ba: apenas asomaba la cabeza y se dejaba cargar por las aguas...*»

LA UNIDAD DRAMÁTICA Y LAS DIGRESIONES

Ahora, reivindicada la autonomía psicológica de Carlos respecto a Efraín, y la correspondiente autonomía del enredo dramático de *Peonía* respecto al de *María*, hay que ver de qué manera ese enredo dramático se desarrolla en *Peonía*.

Ha dicho Picón Febres que a *Peonía* le falta *intensidad dramática* y armonía en la disposición del plan y la unidad, que eran imprescindibles en el desenvolvimiento de la acción: y Planchart reitera que *no hay proporción ni unidad ni intriga que logre interesar al lector*, o sin más, que *no hay composición*. Angarita Arvelo, por supuesto, dice lo contrario: es decir, que conceptúa como *magnífico* el conjunto de la novela, y que *ésta se lee con entusiasmo*. Y los que achacaron a *Peonía* la carencia de unidad y composición en el enredo, y la falta de intensidad dramática, justifican su afirmación diciendo que todo esto se debe a «aquellas disertaciones acerca de temas diferentes, que se hallan encajadas sin congruencia en el decurso del relato», y que, «si bien sintéticas y breves, huelgan en absoluto». Planchart llama esas disertaciones, justamente, *digresiones polémicas*; y tanto Picón Febres como Planchart han dado en el clavo: son esas digresiones, las que se interponen a cada paso en el desarrollo del enredo, y distraen al lector de la corriente viva de las emociones dramáticas, sumiéndolo en unas cascadas de ideas y meditaciones, en las cuales olvida por un instante el enredo: o bien, mejor, son esas digresiones las que substraen al lector, a cada paso, al fuego en que está calentando.

do el metal de su sensibilidad en contacto con el enredo dramático, para devolverlo, después de esas digresiones, al enredo, pero ya frío, y en la imposibilidad de amoldarse en seguida a las nuevas emociones. Es como si, al seguir un episodio con un anteojo de larga vista, a cada paso se desviara el anteojo hacia otros puntos, interrumpiendo así la contemplación continua del episodio mismo. Por supuesto, Angarita Arvelo ha tratado de defender a *Peonía* aun de esta acusación: lo ha hecho talentosamente, primero sumiendo a *Peonía*, como lo exigía la escuela crítica a la cual pertenece, en la corriente literaria de su época, y probando que todos los novelistas de entonces interpolaban digresiones y polémicas en sus enredos dramáticos; y luego afirmando, y con justicia, que aun en las novelas de Gallegos hay digresiones, aunque de carácter sentimental y descriptivo, pero infinitamente más largas que las de *Peonía*. Pero el ilustre crítico, desviado sin duda por su preocupación polémica, no se dio cuenta de que la *justificación histórica*, con los ejemplos de Pereda y Galdós, de Alarcón y Valera, y del mismo Gallegos, *no era una justificación estética*, porque dejaba en pie, y sin solución, el problema de si la digresión es de veras, en el campo de la verdadera crítica, que es la estética, un error o una deficiencia.

Y al plantearnos el problema, podemos darnos cuenta en seguida de que el uso de la digresión en una creación dramática, tanto *narrativa* como *representativa* (29), no

(29) En el capítulo «La elaboración dramática» puse de relieve que considero como *creación dramática* toda creación en la cual los elementos imaginíficos y psicológicos están relacionados entre sí de manera tal que, creando un conflicto entre estados de ánimo en el mismo individuo, o entre distintos estados de ánimo en dos o más individuos, engendran reacciones activas, provocando acciones, a fin de llegar a una solución del conflicto. Ahora bien, hay dos modos de *expresar* ese conflicto: o *indirectamente*, por lo cual es el poeta mismo quien *narra y describe*, o en verso, como en los poemas épicos, o en

remontaba sólo a los novelistas del final del siglo XIX, sino a los más remotos autores de la antigüedad literaria. Porque, en el fondo, aun los coros líricos del teatro griego eran digresiones respecto al enredo dramático: eran digresiones, y con todo el carácter de las polémicas de carácter religioso o político, aun las consideraciones que Dante hacía, por ejemplo, en el episodio inherente al futuro castigo de Bonifacio VIII, o sin más, las explosiones indignas con que terminan los episodios del Conde Hugolino y de Sordello. En los poemas caballerescos, en las novelas heroicas o pastoriles, deben ser consideradas como verdaderas digresiones, en cuanto interrumpen el decurso central del enredo dramático, aun los cuentos que un personaje u otro intercala, sin un nexo necesario o vital con la acción principal: hay más: en novelas y poemas del mismo tipo, aparecen como digresiones aun ciertos monólogos o ciertos diálogos, que en realidad son meditaciones acerca de lo que ocurría: y recuerdo, como

prosa, como en las novelas: o *directamente*, por lo cual el poeta pone en la boca misma de los personajes la expresión de los estados de ánimo que crean el conflicto y sus reacciones; y el primer modo es el *dramático narrativo*, el segundo es el *dramático representativo*; y es *representativo*, porque la obra así expresada puede ser representada como está. Pero el hecho de que tanto la obra *representativa* como la *narrativa* pertenezcan al tipo de creación *dramática*, no explica sólo la facilidad con que una obra narrativa puede ser transformada en representativa, sino también soluciona el ingenuo problema de si el cine es un arte nuevo. Y en realidad, desde el punto de vista estrictamente *estético*, toda obra cinematográfica es una *creación dramática representativa*: y la única diferencia entre las obras representativas reside en el hecho de que unas necesitan una compañía teatral para ser representadas, mientras otras, las dramáticas representativas cinematográficas, *han sido representadas una vez por todas*, y su representación ha sido fijada en la película. Por supuesto, sólo dando a la palabra *arte* el sentido originario, el que corresponde a la palabra *técnica*, es posible considerar el cine como un arte nuevo.

ejemplo, ciertos diálogos o monólogos del «Quijote». Y no hablemos, pues, del Romanticismo: la digresión, allí, es un recurso tan frecuente como inevitable. Piénsese en los «Miserables»: en aquellas descripciones de la batalla de Waterloo, o de las cloacas de París, que interrumpen la acción por decenas y decenas de páginas. Y piénsese en los «Novios», de Manzoni: en aquella descripción, por ejemplo, de la peste de Milán, que interrumpe la acción por tres largos capítulos. La digresión se encuentra, pues, en todas las épocas y escuelas, y aun en las más diferentes entre sí, como la clasicista y la romántica: y el problema puramente estético es el problema de si son útiles o perjudiciales al enredo, y si pueden justificarse por contener bellezas propias, independientes del asunto.

Y no hay dudas: respecto al enredo, constituyen una suspensión de la intensidad dramática, por la cual la atención del lector se desvía del enredo, y por ello su emoción se afloja, o sin más se interrumpe. Pero ellas pueden tener, y tampoco aquí hay dudas, bellezas propias. Piénsese en los Coros de Esquilo, Sófocles, Eurípides y Aristófanes: se trata de divagaciones filosófico-poéticas alrededor de algún episodio del enredo, o bien de desahogos personales del poeta: pero esas divagaciones son verdaderas creaciones líricas, y por ello el lector y el espectador olvidan con agrado el enredo dramático. En los románticos, las digresiones son más bien de carácter sentimental o descriptivo, o bien de carácter histórico; pero en los mejores románticos, esas digresiones son verdaderas creaciones líricas, como el «Adiós a los montes» en los «Novios», y por esto le dan una especie de compensación estética al aflojamiento de la intensidad dramática. Y el problema estético inherente a *Peonía* es también éste: el problema de si sus digresiones, perjudiciales respecto a la intensidad de la emoción dramática y a su continuidad, compensan la interrupción del enredo dramático ofreciendo al lector unos oasis de creaciones líricas.

La contestación, lamentablemente, debe ser negativa.

Tiene razón Planchart: las reflexiones son *sin mérito*, y la intimidad de Carlos es limitada, «y no busca sino manifestar pensamientos muy particulares, *sin un adorno de universalidad*, y dice... más que sus pasiones, sus rencillas». Pasemos por encima al hecho de que Planchart considere defectuosas las digresiones de *Peonía* más por su contenido que por sus creaciones artísticas; porque no hay duda de que aquellas *pasiones y rencillas*, y aquellos *pensamientos particulares*, son considerados como material psicológico de la novela, como lo prueba el mismo Planchart al compararlo con el material de las conversaciones de Santa Teresa con Dios, que revelaban *un ser extraordinario*. Pero hay, en el juicio de Planchart, algo que bien puede ser aceptado como un juicio de carácter [puramente estético: y es el punto en donde el ilustre crítico habla de los pensamientos muy particulares, *expresados sin adornos de universalidad*: porque en el lenguaje de las viejas teorías estéticas llamaban adornos —*horribile dictu*—, precisamente, aquellas armonías entre imágenes, o entre imágenes y emociones, que para nuestra estética son verdaderas creaciones líricas.

Sí, Romerogarcía habría podido darnos elaboraciones estéticamente válidas aun con sus rencillas, aun con sus pensamientos muy corrientes acerca de la religión y del progreso, de la sociedad y del amor: como cuando medita sobre el *despotismo engreído, y espera que caiga*, lo cual no es un gran pensamiento, pero lo hace proyectando ese pensamiento en la imagen del Túy, que durante la creciente *«llevaba un caudal enorme de agua y piedra y árboles y basuras»*, y después *«bajaba casi humildes»*. Es una imagen bella y, a pesar de que existiera en una lírica dell'italiano Fulvio Testi, *original*, en cuanto Romerogarcía no conocía esa lírica: y es una imagen que, aunque sacada del terruño y del fenómeno local de la creciente tiene proyecciones universales y, dolorosamente, eternas, en cuanto lo que sucede a las crecientes sucede y ha sucedido a todos los dictadores, en sus dos fases de victoriosos y de

derrotados. Pero se trata, en *Peonía*, de algo excepcional: en su casi totalidad, las digresiones y polémicas aparecen en la desnudez de la pura intuición, o en el ropaje de sus valores lógicos y prácticos, nunca sugiriendo imágenes puras. Antes bien, a veces, las consideraciones se refieren a algo accidental y efímero en el tiempo, como las que enfocan el tema de los periódicos y de la literatura venezolana de la época, que podía apasionar a los escritores del final del siglo XIX, pero que para nosotros ya no tiene importancia. Ni con esto quiero decir que a los temas inspirados en algo propio de una época, no sea posible darles un desarrollo que, en cierto modo, les ponga encima el sello de algo eterno: antes bien, la historia de la poesía abunda en casos, en los cuales una costumbre por ejemplo, efímera y local, ha inspirado algo universal y eterno: como la costumbre por la cual, en el teatro griego, estaba prohibido que los personajes de las tragedias vertieran sangre a la vista de los espectadores, y se exigía que cada hecho sangriento se realizara entre bastidores, y luego fuera descrito por un heraldo al público, costumbre que ha sugerido a Aristófanes la escena genial en la cual, en el momento en que los personajes de «La Paz» deben sacrificar una oveja, y todo está listo, y el sacerdote ya levanta el cuchillo, se asiste a una carrera general de todos los actores, que desaparecen con altar, oveja, instrumentos del rito y todo, para que luego se presente un heraldo y describa el sacrificio entre las carcajadas del público. Es que Romerogarcía no tiene en absoluto digresiones con pensamientos insignificantes rescatados por las sugerencias líricas: y véanse, para ello, las digresiones sobre la educación, sobre el divorcio y el amor, sobre la medicina y la religión, sobre la venganza y la hipocresía, y contra la aristocracia. Acerca de la educación, dirá que «nuestros colegios no son más que negocios» y que «las medianías se dan a la labor de enseñanza»; acerca del divorcio dirá que el matrimonio es un contrato que puede caducar por voluntad de los cónyuges: acerca de la in-

fluencia de las imágenes sobre la formación del embrión, dirá que debería aprovecharla la humanidad, para mejorar las condiciones físicas de la especie. ¿Para que continuar? Todo es enato, pensamiento y expresión: y se substraerá a ese carácter negativo sólo alguna que otra *digresión descriptiva*. No todas, por supuesto: algunas descripciones son catálogos de plantas salpicados por alguna imagen comparativa algo rutinaria: así el panorama de la Cordillera, en que los cedros y los caobos están envueltos en *mantos de enredaderas, esmeraldas, topacios, rubíes y amatistas*; así el paisaje de la hacienda, y el de la caza. Pero hay, sí, algún punto vivo, no sólo por la imagen en sí de la realidad, sino también por las imágenes que sugiere; y léase, para todas, la descripción de la creciente. Hay intuiciones vivas, a propósito de aquellos árboles que «bajaban con las raíces al aire y las copas rozando el fondo», y que a su paso crean «ondas tranquilas y silenciosas que besan las barrancas y mueren en las orillas»: o en aquella mula de la cual «apenas asomaba la cabeza, y se dejaba cargar por las aguas»; o en aquel tronco inmenso que «con todas sus raíces, venía aguas abajo *con tranquilidad olímpica*». El adjetivo tan manoseado, aquí adquiere valores propios, por lo que de irónico o jocoso contiene, en comparación con el estado de ánimo del hombre que pelagra; y respalda aquellos valores el estado de indiferencia absoluta de la mula, respecto al peligro del hombre: lo cual no sólo hace de la descripción algo vivo, sino también contribuye a crear una situación dramática entre jocosa y seria, que es, precisamente, lo que le da su valor estético.

Pero, así puesta de relieve la falta de valores líricos en la casi totalidad de las digresiones de *Peonía*, queda el deber de analizar si esas digresiones tienen algún valor positivo respecto a otros elementos de la novela. Desde el punto de vista del enredo dramático, esas digresiones son un obstáculo o un perjuicio: desde el punto de vista lírico, son nulas en su casi totalidad: pero, *¿y desde el*

punto de vista de la psicología de Carlos? Y aquí está su valor: ellas sirven admirablemente para definir en todos sus aspectos el tipo psicológico del protagonista: lo cual me anima a afirmar que si *Peonía*, se titulara «Carlos», quizás los críticos ya se habrían detenido en el análisis del tipo psicológico del protagonista, encontrando así en él la *suprema unidad* de la novela (30), que se agrieta tan sólo en el desenlace, por aquel cambio inexplicable del amorío de Carlos en un amor de tonalidad casi religiosa, que el autor necesitaba para dar a la novela un final conmovedor.

Creo haber demostrado *ad abundantiam* que en *Peonía* hay un elemento original —la intuición del tipo psicológico de Carlos—, y que las frecuentes digresiones, si respecto al enredo constituyen desviaciones que lo entorpecen y aflojan, respecto al carácter del protagonista *eran y son necesarias*, en cuanto forman parte de su constitución especial. Lejos de ser un error, son, en cierto modo, un acierto narrativo; y poco importa que algunas de esas digresiones resulten de consideraciones cursis o vulgares, en cuanto en arte todo contenido no vale por sí, *sino por el empleo que de él hace el artista*: y en este caso el empleo de un material cursi o vulgar es bueno, porque sirve para completar el tipo psicológico de Carlos. No hay que negarlo ni que extrañarlo: tipos así, que a cada paso fantasean y meditan acerca de todo lo que ven, hacen u oyen, y mezclan, en sus fantaseos y meditaciones, ideas y emociones buenas y malas, originales y manoseadas, tipos así, repito, existen y existirán siempre: y corresponde a Romerogarcía la gloria de haber creado, en la literatura narrativa venezolana, el tipo del introspectivo, que medita y discute, duda y vacila, y no actúa, y que,

(30) Con otros recursos artísticos y con otros elementos sensoriales y psicológicos también «Don Segundo Sombra» parece tener su *suprema unidad* en la personalidad del protagonista: los episodios no tienen a menudo ninguna relación entre sí, pero desfilan delante de una coherente personalidad humana.

mirándolo bien, tiene muchos aspectos de personajes que aparecerán en otras novelas venezolanas, como el Reynaldo Solar de la novela homónima de Gallegos (31), lo cual me anima a concluir que en Carlos, Romerogarcía no daba tan sólo la primera realización poética de un determinado tipo psicológico, sino nos daba también la primera realización de un tipo psicológico, en cierto modo, venezolano.

(31) Desde este punto de vista, ¿es posible pensar en una influencia ejercida por la novela «Julián», de Gil Fortoul, publicada en 1833?

LAS CREACIONES LIRICAS

A este punto, y después de haber analizado imparcialmente los elementos psicológicos de *Peonía*, creo poder afirmar que la novela, a pesar de unas superficiales semejanzas en lo genérico del enredo y de algunos episodios, es independiente de *María*: con un personaje principal y varios personajes secundarios del todo autónomos, y con un enredo dramático principal dotado de *unidad y continuidad*, a través de la unidad psicológica del personaje principal, para el cual las mismas digresiones constituyen un elemento característico; y se nos presenta, ahora, la necesidad de plantear el problema de si Romero-garcía, además de utilizar los elementos sensoriales y psicológicos, por él captados en torno suyo y en sí mismo, en una creación dramática, ha sabido y podido utilizarlos también para crear armonías y contrastes de carácter lírico.

Estas creaciones, como ya dije, serían las que las viejas teorías literarias llamaban *adornos* (32), sugiriendo con

(32) Es preocupante el hecho de que por tanto tiempo, y aun en nuestros días, se haya podido, y se pueda, ver una diferencia en la *cualidad estética*, entre la *similitud* o *comparación* o *metáfora* contenida en un poema épico o en una novela, y la misma *similitud* o *comparación* o *metáfora* contenida en una lírica. La única diferencia existente entre la imagen comparativa de una poesía lírica, y la misma imagen contenida en una novela, consiste en que, en el primer caso, la imagen comparativa se relaciona con la realidad inspiradora, y en el segundo con el enredo dramático: la imagen de las

esta palabra la impresión de que no tuvieran el valor artístico de la trama, y no pertenecieran —y esto es lo grave— a ningún tipo de creación artística. Por supuesto, para mí no son *adornos*, sino *creaciones*, y resultan de una relación entre imágenes e imágenes, entre imágenes y estados de ánimo, y entre estados de ánimo entre sí, ya por semejanza, ya por contraste; y en el caso específico de una creación dramática, que por su presencia resultaría una creación *mixta*, ellas no pueden encontrarse en estado puro, sino siempre en relación con los elementos analíticos de la misma creación dramática. Estos elementos analíticos, se comprende, serían los diálogos de los personajes, las descripciones del ambiente natural y humano en que los mismos personajes viven y actúan, y los comentarios del autor, o quien por él los hace, alrededor de lo que sucede en la creación dramática: por lo cual, si en *Peonía* existieran de veras creaciones líricas, las podríamos encontrar so forma de comparaciones, similitudes y metáforas al lado de esos elementos analíticos (33).

crucés blancas sugerida por las garzas en la «Silva criolla», se relaciona con la realidad llanera captada por un determinado estado de ánimo del Poeta, mientras la imagen de la *cinta sacudida* por el viento, sugerida por las garzas en «María», se relaciona con el ambiente de la novela. Estéticamente, hay el mismo proceso creador: y por lo tanto yo considero como *creaciones* las que las preceptivas literarias continuarán llamando *adornos*: y que les aproveche!

(33) En casos excepcionales, hay también la posibilidad de que la *creación lírica* brote, en una *creación dramática*, no de los elementos analíticos, sino de una determinada creación orgánica. Es el caso de «La Bestia humana» de Emilio Zola: al final de la novela, la locomotora corre arrastrando los vagones en que los soldados de Napoleón III van hacia la guerra y la derrota: en la locomotora, el maquinista y su ayudante han reñido, y ya no pueden ni dirigir ni controlar la máquina: que huye en la noche, sin control de ninguna clase, mientras los soldados en los vagones, ignorando la tragedia que se ha desahogado en la máquina, cantan y juegan, rien y se emborra-

Y el problema así planteado tiene una solución algo desfavorable para Romerogarcía. En el campo de las descripciones naturales, Romerogarcía habría podido crear, como en «Acuarelas», originales y hermosas armonías líricas: pero el poeta, con la imaginación desviada o extrañada por la violencia de lo que quería combatir con el enredo dramático y con el tipo psicológico de Carlos, no logra, delante de la Naturaleza enfocada en la novela, ni la sombra de la belleza y originalidad de las armonías líricas de «Acuarelas». En el capítulo VI, Carlos describe la Cordillera: pero, en realidad, no la describe: pasa revista a unas cuantas matas, y no pasa de allí: los vego-tes, los cacaguales, los conucos cercados de naragatos y patas de vaca, las cocuizas, los cocuyes, los captus, las agaves. Así es: se trata de nombres puros, que pasan al lector con el solo sentido que tienen en el diccionario, o con la sola imagen o la sola emoción que el lector puede evocar en sí mismo, sin que el autor le haya agregado algo propio: y si de vez en cuando, al lado del nombre, hay un adjetivo, es de carácter *intuitivo* y no *sugestivo*, y por lo tanto carece, también él, del carácter de creación (34): la *roja* pitahaya, los *guamos de verde negro*.

chan, y nadie sospecha que van hacia el desastre. Y no hay dudas: así ubicado el trozo, no es posible no ponerlo en relación con la Francia de 1870, sin una cabeza capaz de dirigirla, aturdida por los placeres y las ilusiones engañosas del Segundo Imperio, y arrastrada hacia el abismo y la *débâcle*. Y no hay dudas: se trata de una verdadera creación lírica, en cuanto la imagen del tren, con su locomotora sin guías y su carga de borrachos ilusionados, corriendo en la noche hacia el desastre, sugiere la imagen de una nación sin guías capaces, ilusionada, y corriendo hacia Sédan. Y los venezolanos tienen un tipo semejante de creación lírica, alrededor de una creación dramática orgánica, en el episodio de Marisela y Santos Luzardo, en «Doña Bárbara».

(34) Llamo adjetivos de carácter *intuitivo*, los que indican una *cualidad* o *modalidad* real del objeto con el cual están unidos: la *leche blanca*, el *clavel rojo*, el *agua sonora*, el *du-*

O alguna vez cruza, en la atmósfera de la novela, también un adjetivo *sugestivo*, pero en este caso el adjetivo es más que rutinario, como el *almidonados* de *académicos*. También hay, por supuesto, verdaderas armonías entre imágenes, es decir, verdaderas creaciones líricas; pero aún en este caso, es lo rutinario lo que abunda: como aquellos *mantos* de enredaderas que *envuelven* los caobos gigantes; como aquellos *topacios y rubies* y *amatistas*, que *esmaltan* los mismos caobos; y como aquellos *cuadrados regulares* del campo, que le parecen un *tablero de ajedrez*.

Y así es como, en *Peonía*, toda sugestión lírica alrededor de las descripciones aparece desteñida, antañona, nula: la brisa era *lánguida como un suspiro de amor*, y *jugaba* con el ramaje; el cielo nocturno *se ceñía su manto negro*, y el paño era *blanco como un copo de algodón*. Ni una mayor novedad lírica se encuentra alrededor de lo que los personajes hacen o son, piensan o sienten. Carlos quisiera *devorar a besos* a Luisa, o *sellar sus ojos con un beso*, y llama la soledad su *angel tutelar*; Luisa va *rápida como una saeta*, y el abuelo cae *«como herido por un rayo»*; los poetas imitadores escriben *hojarasca*, y los académicos son *almidonados*, o *roedores de pape es*; los versos nativistas tienen *sabor de tomillo, olor de malvas y albahacas*, y Carlos pensaba en su patria y en su dama, *«como los antiguos paladines luchaban por su Dios y por su dama»*. La cabellera de Carmelita caía *«como un manto por la espalda»*; y Luisa era *delgada, pero de formas esculturales*, o era una *sensitiva, de formas vaporosas y*

razno dulce, y así por el estilo. Y Hamo, por el contrario, *sugestivos*, los adjetivos que *sugieren* algo que no está en el objeto que califican, y que procede de otro objeto, de otra imagen: cabellera *eléctrica*, sol *ciclórico*, mar *camalcónico*. Y no hay dudas: sólo los adjetivos *sugestivos*, cuando son originales, tienen valor estético: porque sólo ellos unen, al hombre al cual se refieren, otra imagen, creando una *armonía comparativa* de expresión *enlazada*.

sutiles como las gasas de las mañanas de diciembre. Casiano lanzaba miradas de fuego a Carmelita, y un negro se inflaba como queriendo reventar: las mujeres son el único tesoro salvado en el naufragio de nuestras virtudes, o son como las flores, que abren su broche con el primer beso de la aurora.

En un viejo ensayo perdido en un periódico de Caracas, desde hace años, he planteado el problema de las diferencias que, respecto a las dificultades creadoras, existen entre las creaciones líricas que unen entre sí los elementos sensoriales, y las que unen un elemento sensorial con un estado emotivo: y, si no me equivoco, ya desde entonces afirmaba que era más difícil una creación del segundo tipo, que una del primero. Y diré más, ahora: que un verdadero lírico se distingue como tal más en el campo de las creaciones que unen lo sensorial con lo espiritual, que en el otro campo. Dar forma plástica, cromática, dinámica, al invisible estado de ánimo, al invisible movimiento del espíritu: he allí la piedra de toque. Y no hay dudas: en la mayoría de los casos, es también en el campo de esas creaciones donde cae aun Romero-garcía: y así, Luisa pasa *«como un meteoro en el cielo de la tristeza»* de Carlos, y éste *comenzaba a sentir una misteriosa atracción*, o algo así, *que llenaba el vacío de su corazón*; la desgracia *tiene un mágico poder*, y la esperanza *busca horizontes*; un relámpago *cruza por la mente* de Carlos, y la fantasía *forja un enjambre de doradas mariposas*, mientras la pasión *embriaga*, y Carlos *rodaba por el plano inclinado de la pasión*, y llegaba al *borde del abismo*; el alma de Luisa *despierta al primer soplo de amor*, y el amor *tiene horizontes infinitos, perspectivas brillantes, cielos nacarados, sonoras vibraciones y perfumes arrobadores*, o lleva a los corazones *el aroma de los lirios y las amapolas, las armonías de las aves, el fuego vivificante del sol y el grato rumor de los arroyos*; la ciencia ha puesto en los corazones *una atmósfera de plomo, una nube de infinita tristeza, y la melancolía caía*

como bajan las sombras de la noche sobre las lomas, mientras las dicha brilla como una aurora; el amor es efímero como las nubes de enero, como los relámpagos de agosto, como el perfume de las flores, y los corazones se secan como se marchitan las flores; las ideas tienen la vertiginosa rapidez del rayo, y cuando en la cabeza hay un volcán, en el pecho hay una tempestad, o el pecho ruje, y un dardo parte el corazón, llevando al amante al primer peldaño de la desesperación; Carlos y Luisa tienen hambre de afectos, sed insaciable de ternura, y cuando dos jóvenes se abrazan, corren peligro, porque la pólvora se inflama junto al fuego; Carlos, para no retroceder, quemaba las naves como Cortés, y el hogar de Tío Pedro era fango y podredumbre. Da pena hablar de este aspecto de la novela: pero quien aspira a comprender una obra en todos sus aspectos, así positivos como negativos, no debe ocultar nada, de lo que resulta de su investigación; y por lo demás, creo que, a veces, el mismo Romerogarcía tuviera la consciencia de que sus adornos literarios no eran ni nuevos ni atractivos: porque al hablar de la virginidad del corazón dice que esto sabe a rancio; y al hablar de las creencias que son más ingratas que las pardas golondrinas, que mudan clima buscando calor, dice que esto también es rancio y ajeno.

Pero, antes de plantear el problema de si una parte de esas armonías líricas manoseadas procediera del habla popular, en el cual tuvieran el valor de los *tropos vulgarizados*, es de justicia que yo ponga de relieve aun los puntos en los cuales Romerogarcía pudo lograr armonías líricas, al parecer, originales. Así, la dulce tuna es un químico que convierte el mucflago en ricos cristales de azúcar, y el manto de terciopelo de las enredaderas parecía uno de los que llevaban los magnates de la Hungría a las fiestas tradicionales de la raza; Tigre, el perro, era más flojo que tomate maduro, y un rayo de sol se acurrucaba entre las sábanas de Carlos; la mula era un

*arpa desvencijada y las llamas arropaban la casa; los dedos suenan, imitando el chasquido del látigo, y los guácimos se destacaban sobre la alfombra verde, como cazadores desplegados en líneas sinuosas; las brumas son penachos que adornan la frente de los Andes, y el cielo era huérfano de sol; la vieja fea es como un golpe en la espinilla, como un tropezón en noche oscura, como un dolor de estómago y un acreedor (35); los celos son el zig-zag de la embriaguez, y el amor es una fiebre, algo así como la borrachera de las gallinas en el período de la incubación; y el cadáver parecía una ciruela pasa, después de haber hervido en salmuera. No se trata, es cierto, de creaciones poderosas: y en la mayoría de los casos, se trata de creaciones en las cuales la tonalidad lírica es más bien jocosa que grave o trágica: pero nadie puede negar, a las creaciones aquí citadas, cierta originalidad y atractivo. Antes bien, a lo largo de la novela hay una verdadera creación lírica, que bien podría ser considerada de carácter orgánico, en cuanto todos los elementos comparativos tienen la misma tonalidad jocosa, y todos contribuyen a crear una determinada imagen: la de la *Segunda*: cuyos ojos eran pequeñitos como de pulga, y encapotados; mientras su cabello cubría la cabeza a manera de colchón, y sus zapatos de trapo, rotos y desahormados,*

(35) Algunos lectores se preguntarán, al leer semejantes imágenes, dónde está la belleza o el valor de la creación: a lo cual puedo sólo contestar, aquí, que es preciso no confundir la *belleza o fealdad de una imagen* en sí, con la *belleza de la creación*, en la cual aquella imagen ha entrado como elemento comparativo. El dolor de estómago no es, en sí, una bella imagen: pero es bella, cualquiera que sea su autor, la armonía por la cual la *vieja fea* está *relacionada con ese dolor*. Y lo que se dice de la belleza, podría decirse aún de la moral: porque, por ejemplo, la moral puede sacudir la cabeza, al encontrar que un poeta ha armonizado entre sí la imagen del sexo femenino y la de una concha marina, pero el crítico estético no puede no darle valor a la comparación.

le daban un aspecto de ave de corral, de esas que llaman calzadas, por tener plumas en las patas (36).

(36) Véase en el Capítulo «La unidad dramática y las digresiones», el análisis de los valores estéticos del pasaje del Túy durante la creciente; y véase también el análisis del trozo en el cual Carlos compara la creciente del Túy, que «llevaba un caudal enorme de agua y piedra, y árboles y basuras», y después «bajaba casi humilde», con el *despotismo, engreído* durante su régimen y humillado después de la caída. Y aprovecho la nota, para aludir, aunque sea de paso, a las creaciones líricas que en la novela aparecen en verso y no es prosa. Hay coplas sacadas de la viva voz del pueblo, o de algún *Cancionero popular*, como las siguientes: «Cuando ensillo mi caballo —y me fajo mi machete —no envidio la suerte a nadie —ni aun al mismo Presidente»; «Sobre la yerba, la palma, —sobre la palma los cielos, —sobre mi caballo, yo —y sobre yo, mi sombrero». También hay, al parecer, coplas *imitadas* y adaptadas: pero, tanto en las primeras como en las segundas, las imágenes elaboradas son de clara y viva procedencia *Hanera*, mientras las emociones son propias de la sensibilidad y cultura popular: se trata de asociaciones por *semejanza* entre imágenes de faenas, costumbres y flores y matas *Haneras*, y aspectos y matices del amor y del valor, de los celos y el orgullo, y de cierta rivalidad pueblerina: y no es posible no ver, en algunas de esas creaciones populares, algo verdaderamente bello, vivo, original. Véase en cuál modo la inconstancia femenina ha encontrado la imagen en que encarnarse: «Me dijiste que eras firme —como la palma en el desierto, —si la palma fuera firme —no la tremolara el viento». Es una creación original, y ajustada al ambiente. Y véase esta otra creación, que une entre sí, no un estado de ánimo y una imagen, como la precedente, sino una con otra imagen: «Me gusta ver una negra —vestida de muselina, —parece tronco quemado —con camión de ceniza».

Por supuesto, aquí se debería investigar para ver cuáles coplas fueron sacadas directamente o indirectamente de la viva voz del pueblo, y cuáles han sido imitadas y adaptadas: pero yo creo que, para los fines del presente ensayo, baste con poner de relieve que ambos tipos de coplas obedecen al mismo recurso creador: y que conservan el carácter popular aun los versos en los cuales más que de una influencia popular, han

Y si las descripciones del ambiente natural y humano, y de las ideas y emociones que cruzan por el espíritu de los personajes mientras actúan, hablan u oyen, carecen casi del todo de creaciones líricas originales, los diálogos aparecen aun sin la descripción de *cómo* los personajes hablan, y expresados con un lenguaje corriente y popular: lo cual, si de un lado sugiere la impresión de cierta pobreza o desnudez *psicológica*, del otro sugiere la impresión de cierta vivacidad *lingüística*.

Y en efecto, los personajes de *Peonía* hablan y hablan, pero en la mayoría de los casos no aparecen con cuáles gestos y actitudes, con cuáles miradas e inflexiones de voces, acompañan las palabras que dicen u oyen. Las citas, en este caso, serían interminables (37): y por ello me limito a indicar los pasajes más significativos de esta deficiencia, y a reproducir, como ejemplo directo, una parte del capítulo XIX: «—¿Qué te parece el trapiche? —Es de lo mejor que he visto por aquí. ¿Cinco caballos, no? —Sí, cinco. —Más de lo que Usted necesita —¿Cómo? —¡Ya se ve! ¿Cuántos tablones tiene usted? —Cincuenta. —Pues este es trapiche para el doble. —No lo creo. —Se lo aseguro y se lo pruebo: usted pierde lo menos seis horas diarias de molienda. —Efectivamente; pero es porque la parrilla no me alcanza. —Pues le falta parrilla. —Gasto mucha leña. —Le comprendo...» Así es: ¿para qué continuar? Las palabras de uno y otro se suceden en

nacido de una influencia literaria: como sería el poema «Como las garzas de la ribera», que en el ritmo puede recordar la rima XV de Bécquer, «Cendal flotante de leve bruma», pero que en el recurso por el cual asocia imágenes del cuerpo femenino e imágenes de la naturaleza (*talle y junco, acento y torcas*) recuerda también «La Ramilhetera», de José Ramón Yepes, y unos yaravies pre-colombinos.

(37) Véanse los siguientes capítulos: IV, VIII, X, XI, XII, XIV, XV, XVIII, XIX, XXI, XXII, XXV, XXVI, XXVII, XXXIII, XXXV, XLI, XLIII, LV, LIX, LXVI, LXX, LXXIII, LXXVIII, LXXIX, LXXXI.

las páginas, sin que aparezca una sola vez el nombre de quién dice éstas, y el nombre de quién dice aquéllas: algo fonográfico, pero con la agravante de que con un disco se oye, además de las palabras, el tono de voz con el cual los personajes hablan, mientras aquí se oyen sólo las palabras. Y se trata de un estilo que yo llamaría *teatral*, en cuanto el diálogo podría pasar sin más al teatro o al cine, sin modificaciones de ninguna clase: un estilo, pues, que está al otro estilo—el que indica cómo hablan los personajes— como una reproducción en blanco y negro está al cuadro en colores (38).

(38) Para que el lector tenga una idea directa aún del otro estilo, me permito recordar en cuál modo Gallegos, en los momentos más vitales de su novela, amplía el sentido de las palabras con el sentido de los elementos *mímicos*. Y léase, como ejemplo, «La Bella Durmiente», en «Doña Bárbara». Un autor de estilo teatral habría escrito:

—¡Qué bonita eres, criatura!

—Váyase, pues!

—Todavía falta. No me has mostrado tus ojos. Déjame verlos. Ah! Ya comprendo por qué no te atreves a abrirlos en mi presencia. Eres bizca, seguramente. Los tendrás muy feos.

—¿Bizca yo? Aguaite.

(Y abrió los ojos).

—Es preciosa esta criatura!

—Váyase, pues!

—Aguarda...

Y veamos, ahora, el otro estilo, el de Gallegos:

—Qué bonita eres, Criatura! —exclamó, y luego se quedó contemplándola con una forma de compasión diferente, mientras ella, ya no arisca, sino remilgada, humanizada por el primer destello de emoción de sí misma que aquella exclamación le había producido, decía, con una voz dulce y suplicante:

—Váyase, pues.

—Todavía falta —replicó Santos: No me has mostrado tus ojos. Déjame verlos. ¡Ah! Ya comprendo por qué no te atreves a abrirlos en mi presencia. Eres bizca, seguramente. Los tendrás muy feos.

—¿Bizca yo? Aguaite. —E incorporándose, animosa, abrió los

A este estilo más expresivo, Romerogarcía ha acudido en contados casos, y casi nunca con el relieve y el valor psicológico capaces de darnos una resonancia conmovedora alrededor de las palabras: y cito, para todos, los casos en los cuales Casiano mira de soslayo a Carlos *balbuceando alguna frase incorrecta, y alejándose*, o el general Manzano se presenta, *rumiando la mascada y manoseando un S. W. de nueve milímetros*; y los casos en los cuales la Segunda *hace una pausa, se aclara la voz y cruza la pierna* antes de continuar hablando, o Luisa, al oír unas frases de amor, *se ruboriza, baja los ojos y se pone palpitante y nerviosa*.

hermosos ojos, que eran lo más bello de su rostro, y se quedó mirándolo, sin pestañear, mientras él volvía a exclamar:

—Es preciosa esta criatura!

—Váyase, pues —replicó Marisela, cubierta de rubor bajo la pringue del rostro, pero sin dejar de mirarlo.

—Aguarda...

Y no hay dudas: aquí el sentido de las palabras ha tenido una ampliación en todas las direcciones: una *sensorial* por aquella descripción de cómo Marisela y Santos hablan, y una *psicológica*, en profundidad, por aquella descripción de lo que sentían los personajes mientras hablaban o escuchaban. Pero es de justicia recordar, en este punto, lo que ya dije en el Capítulo «La Elaboración dramática», a propósito de la *limitación* que, acerca de lo que sentían y pensaban los demás personajes, tenía Carlos, al ser el narrador de su novela: él podía expresar lo que sentía y pensaba él, pero no lo que sentían y pensaban los demás.

LA EXPRESION

En cuanto al lenguaje empleado por los personajes, debo confesar que, varias veces, aun el análisis de las expresiones inherentes a las creaciones líricas, tanto de las que acompañan las descripciones del ambiente natural y humano, como de las que acompañan lo que sentían o pensaban los personajes, me había sugerido la duda de que ciertas creaciones no fueran originales del poeta, sino sacadas directamente del habla popular. Por supuesto, para solucionar este problema, se me presentaba la necesidad de buscar los posibles precedentes de esas creaciones líricas, remontando la corriente en dos direcciones distintas, la *literaria* y la *folklórica*. Porque no hay dudas: sólo pasando revista a autores anteriores, habría podido solucionar, por ejemplo, el problema de si eran o no originales las siguientes creaciones líricas: *«hacer con los brazos una cadena que le ciña el cuello»*; *«tus brazos, como las verdes enredaderas que oprimen los bucares, sean el único lazo que me ate a tu existencia»*. Pero en el caso de otras creaciones líricas, sólo una investigación en el campo folklórico habría podido darme la solución esperada: porque Romerogarcía las había sacado del pintoresco almacén del habla popular: en donde circulan *por su sólo valor práctico, esencialmente fiduciario*, como circulan las monedas de plata u oro, sin que nadie se fije en sus bellezas, porque todos están preocupados sólo por su valor económico. Pero además de esas creaciones líricas, que las viejas teorías literarias llaman *tropos socializados*, Romerogarcía sacaba del habla popular aun otros elementos de la expresión, como los modismos y refranes, y las palabras.

Dejo de un lado, por considerarlos nulos respecto a los

valores estéticos, los modismos de carácter más bien lingüístico como serían el *«déjame de eso, volver la espalda, darse una fricción, hacer el velorio, la tomé de la mano, y así por el estilo. Pero hay tropos socializados que llaman la atención, y que revelan una capacidad creadora no común aunque sean desconocidos sus inventores: y serían de este tipo, por ejemplo, la imagen de *amainar* por rendirse, la de la *jeringa* para indicar algo molesto, la de *meter el gallo en el saco* (39) para sugerir la relación sexual de dos recién casados, y la del *tomate maduro* para indicar un cuerpo flojo. Y otros hay que, sin ser notables, son siempre bellos: como la imagen de *la vela ardiendo*,*

(39) En una gran parte de estos tropos socializados, la expresión es de las que yo llamo *sintéticas*: y ya que aquí se me presenta la oportunidad, quiero recordar que, al fin de aclarar el sentido de ciertos *recursos expresivos*, que la terminología literaria no aclara, yo considero como posible que una determinada creación lírica, de carácter analítico, sea expresada de tres modos: 1.º acercando las dos imágenes por medio de los términos lingüísticos necesarios para indicar en qué consiste la semejanza: *«entre sus labios los dientes resplandecían como perlas*; 2.º acercando las dos imágenes, o enlazándolas una con otra sin términos comparativos: *«entre sus labios resplandecían los dientes perláceos*; 3.º silenciando una imagen, generalmente la sugerente, y expresando sólo la sugerida: *«entre sus labios resplandecían perlas*». Estas distintas formas expresivas, en las teorías literarias tradicionales se llaman *comparaciones, similitudes y metáforas*; y en algunas poéticas, aparece con el nombre de *imagen* la *comparación*, y en otras, con el nombre de *imagen* la *metáfora*: pero esta terminología, en la cual se hace caso omiso del hecho de que, en el fondo de cada expresión, hay una comparación, no explica en absoluto que se trata de una creación única y de tres distintos modos de expresarla: y por ello, yo llamo *paralelistica* la primera, en cuanto las dos imágenes aparecen una cerca de otra en plenitud de vida; *enlazada* la segunda, en cuanto las dos imágenes se enlazan; y *sintética* o *hermética* la tercera, en cuanto es la más rápida, y a menudo, por silenciar una imagen, algo incomprensible. *Sintética* sería, por lo tanto, la expresión *amainar*, en cuanto quien

para indicar que ya se está preparando una riña, y la del *agosto que llega*, para sugerir que está llegando algo bueno; o como la imagen de los pericos que *comien el primer maíz*, para indicar que el primer amor de las muchachas es para sus primos, y la imagen del *pañó de lágrimas*, para sugerir a una persona dispuesta a aliviar el dolor ajeno (40).

Y es, precisamente esta carga de tropos socializados, de modismos, de vocablos populares, la que le da a *Peonía* ese aspecto de algo *vulgar*, que no podía no chocar con las tendencias modernistas de Jesús Semprúm, y las tendencias académicas de Julio Planchart; pero que, al mismo tiempo, rebosa vitalidad, y tiene un dinamismo y un cromatismo de fácil comunicación, que raramente tienen las novelas de expresión lingüística más literaria que popular. Y no es que antes de Romerogarcía los escritores venezolanos no emplearan algunos de los elementos criollos del lenguaje: Bello llevaba a la poesía *varaví*, *tambo* y *cocuyo*, y los costumbristas no fueron ni cortos ni perezosos, respecto al empleo del habla popular. Pero en el lenguaje lírico de Bello, y en el lenguaje descriptivo de

la *usa* no le agrega el otro elemento, que es el del alma que se rinde: y lo que más me sorprende es que este modo sintético sea de carácter popular, y al mismo tiempo propio de las más extremistas escuelas poéticas. Sobra decir que en Romerogarcía, en lo que corresponde a las creaciones fundamentalmente suyas, hay ejemplos del primero y segundo recurso, pero no del tercero.

(40) En cuanto a las palabras captadas del uso popular, se trataría de vocablos de origen extra-castellano, o de palabras originariamente castellanas, y luego deformadas, más o menos, o en su sentido o en su ortografía. Palabras vivas, que se refieren sobre todo a los elementos de la naturaleza venezolanas, o a costumbres y faenas y estados físico-psíquicos de los venezolanos mismos. Y hay una mina: *enfuerió*, *macanear*, *ñaive*, *guáimaras*, *ñaragatos*, *guácimos*, *caramelo* (un rejo torcido en tres) *cacaguales*, *pitahaya*, *maya*... La lista sería larga: y no faltan siquiera el *naide* y el *semos*.

los costumbristas, los elementos expresivos populares *salpican* un lenguaje fundamentalmente literario, dando la impresión de un hombre de paltó levita, y en alpargatas: mientras en Romerogarcía sucede, precisamente, lo contrario, en el sentido de que el habla mantiene desde el comienzo hasta el fin un aspecto fundamentalmente popular, y de literario tiene tan sólo unos esporádicos atisbos. Compárense, para darse cuenta de la diferencia entre los dos modos lingüísticos de la expresión, el pasaje de la creciente del Túy, en *Peonía*, y el pasaje del río Anaime, en *María*: o mejor, compárense *Un llanero en la capital*, inspirado en el contraste entre el modo de ser de un llanero y el modo de ser de un habitante de la ciudad, con las páginas en donde *Peonía* describe el contraste entre el mundo avanzado de Carlos y el mundo retardado de Tío Pedro. Es con Romerogarcía, a mi parecer, con quien la novelística venezolana ha empezado a buscar en lo nativo, no sólo los elementos sensoriales y emotivos, sino también los elementos expresivos: es con Romerogarcía con quien los novelistas venezolanos han empezado a poner de un lado los ponderosos diccionarios de la Academia, y a sacar sus elementos expresivos de la viva corriente popular: y es esto, a mi parecer, un mérito que sólo Angarita Arvelo subrayó, al atribuir a Romerogarcía «el empleo incomparable y soberano de las palabras, la captación folklórica de los diálogos, prez y arte de la novela»: un mérito, que bien podría ser estudiado más a fondo por quienes tienen, en el campo folklórico y lingüístico, raíces más especializadas que las mías (41).

(41) No creo inútil aclarar que los méritos de Romerogarcía respecto a los *tropos socializados*, no son de carácter *artístico*, sino de carácter, por decirlo así, *lingüístico*: y quiero decir, que el valor artístico, cualquiera que sea, de los tropos, *no ha sido creado por Romerogarcía* sino por desconocidos individuos, a quienes pertenece por completo el mérito artístico de haberlos creado: a Romerogarcía corresponde sólo el mérito de haber llevado aquellos tropos al honor de la literatura narrativa.

CONCLUSIONES

Para quienes me han seguido hasta aquí con atención y paciencia, estas conclusiones serían innecesarias: sin embargo, yo pienso que podrían resultar por lo menos útiles, como puede ser útil un índice para quien necesite encontrar rápidamente las varias partes de un libro. Y el balance que, así, yo trataré de perfilar, y que se refiere a los solos valores estéticos de *Peonía*, si en parte confirmará juicios anteriormente emitidos por la crítica venezolana, en parte emitirá también juicios en absoluto nuevos, y en cierto modo más favorables que contrarios a la tan discutida novela.

Respecto a las relaciones existentes entre *María* y *Peonía*, el balance da un saldo favorable a la novela venezolana, en el sentido, no de los valores artísticos, sino de la perfecta autonomía de su enredo y de sus tipos psicológicos. *María* es una novela de trama y psicología en absoluto románticas, sin ninguna grieta, de ninguna clase; es romántica a lo Chateaubriand, a lo Lamartine, a lo Echeverría, de los cuales se aleja sólo cuando enfoca las costumbres, las faenas y el paisaje del Cauca. *Peonía*, por el contrario, a pesar de que el enredo parezca el mismo de *María*, en realidad no tiene, de semejante, sino el hecho de que un joven va al campo y enamora una muchacha: pero a lo largo de este enredo genérico, común a muchas más novelas, y que es de carácter más humano que romántico, la psicología de los personajes, y las escenas del desarrollo, son inequívocamente natu-

ralistas (42). Ni siquiera *realista semi-romántico*, sino del todo *naturalista*: ninguno de los personajes, ni principales ni secundarios, es romántico: Carlos es casi un cínico, y Luisa un haz de nervios cargados de sensualismo; y lo que del romanticismo parece haber pasado a la novela, es un exiguo manojito de frasecillas, que no pesan ni en la psicología de los personajes ni en sus acciones: y que desaparecen en el conjunto naturalista del enredo, como los témpanos de hielo extraviados a lo largo del Gulf-Stream, se derriten sin dejar huellas de sí mismos. Nada de romanticismo: y lo sabía Romero-garcía, como lo sabía Carlos: en cuya psicología *introspectiva, amante de especulaciones y polémicas a propósito de todo*, no hay sólo originalidad respecto a *María*, sino también cierto valor *relativo* respecto a la novelística venezolana: en cuanto en el carácter de Carlos están latentes unos personajes que desarrollarán sólo unos ulteriores novelistas: como el protagonista de «Tierra nuestra», de Samuel Darío Maldonado, y, por debajo de su predominante hemletismo, que lo somete todo a discusión y especulación, el Reynaldo Solar de la homónima novela de Rómulo Gallegos.

Pero el carácter de Carlos, además de dar a *Peonía* una independencia absoluta respecto a *María*, le da también su ininterrumpida *unidad psicológica*, y, por el juego de contrastes creados alrededor del personaje, una ininterrumpida *unidad estética*: que sólo al final parece, como he dicho, agrietarse, pero sin pesar negativamente sobre el valor de la novela. Y desde el punto de vista de esta misma unidad psicológica y estética, aparecen *justificadas sorpresivamente*—y esto constituye un juicio en absoluto nuevo—, aun las digresiones polémicas y las especulaciones, porque si ellas aflojan la intensidad dramática de la novela, contribuyen sin embargo a completar el carácter de Carlos, independientemente del hecho

(42) Véase, a ese propósito, la nota (27).

de que ellas sean sin originalidad y chabacanas, porque en la vida real existen también individuos con ideas de este tipo.

Y al lado del carácter de Carlos, aparecen bien dibujados, entre los límites de las posibilidades permitidas por la narración, hecha por medio de un personaje, aun los de Luisa, de Tío Pedro, de Casiano y Andrea, y sobre todo de la *Segunda*: pero la importancia de *Peonía*, a este respecto, es quizás más grande en su sentido *relativo* que en su sentido *absoluto*: porque el episodio del ascenso de Casiano y Bartolo, rústicos y brutales, a general y a capitán de la Guardia de Guzmán Blanco, es el germen de una ulterior obra maestra, como lo es «En este país», de Urbaneja Achelpohl: mientras la figura de la *Segunda* prestará el primer modelo vivo de bruja y curandera a ulteriores novelas venezolanas: entre las cuales figura «Doña Bárbara», cuya protagonista principal tiene rasgos que remontan hasta la bruja de *Peonía*.

Y si *Peonía* carece o escasea de adornos literarios, o creaciones líricas, originales y sugestivas, en cambio es rica en tropos socializados y en palabras y modismos sacados del habla popular, presentando por primera vez una narración al nivel lingüístico del pueblo, y abriendo el paso a un recurso expresivo que la novelística venezolana utilizaría más tarde. Pero *Peonía* legará a la novelística venezolana aun el *sistema* o *fórmula* que serviría por mucho tiempo, porque en ella existen ya, como dice Uslar Pietri, los tres elementos fundamentales de la anatomía narrativa: el personaje, la trama y la naturaleza. Y así, aun en «Doña Bárbara», por ejemplo, los protagonistas están sumidos en un ambiente natural más o menos avasallador, y tienen caracteres diferenciales, en parte creados por la naturaleza y en parte a lo Sarmiento, por el ambiente: pero «Doña Bárbara» tiene también un enredo, y, sin duda alguna, mucho más cercano al de *Peonía* que al de otras novelas venezolanas.

o extranjeras (43). Porque esto es cierto: que tanto en *Peonía* como en «Doña Bárbara» hay un enredo amoroso, que se desenvuelve en un ambiente natural no siempre atractivo, y en un ambiente humano visiblemente corrupto, con personajes que tienen algunos puntos en común, como los tienen Carlos y Santos por su carga de progresistas, y la Segunda y Doña Bárbara por su carga de brujería; y si este haz de puntos de contacto le da a Romerogarcía casi el carácter de *precursor*, no le quita nada a Rómulo Gallegos, en cuanto al desarrollo de las situaciones similares, y de los mismos caracteres psicológicos de los personajes que tienen algo en común, junto a los distintos valores en el campo de las creaciones estéticas, tanto dramáticas como líricas, diferencian en absoluto a los dos escritores, dejando la palma, sin lugar a dudas, a Rómulo Gallegos. Y dado el caso de que, repetidas veces, el tema de los puntos similares de las dos novelas ha intrigado la crítica, sin que nadie tratara de explicar, con un criterio verdaderamente estético, en qué consisten las diferencias, séame permitido terminar este ensayo explicando *cómo* y *por qué* «Doña Bárbara» sería estéticamente más valiosa que *Peonía*.

«Doña Bárbara» es una creación dramática de intensa e ininterrumpida unidad *estética*, que le viene no sólo del choque que estalla entre Santos Luzardo y Doña Bárbara, y de sus distintos caracteres y modos de vivir y de ser, sino también, y sobre todo, de la originalidad del carácter de Doña Bárbara: originalidad que, enlazada con los elementos de brujería que tiene su justificación en el ambiente, tiene elementos que le vienen de la naturaleza

(43) A propósito: si en *Peonía* hay un habitante de la ciudad que va al campo y enamora una muchacha como hay en «Doña Bárbara», y como hay en «La Vorágine», ¿por qué no culpar, no a Gallegos de haber imitado a Rivera, sino a Rivera, de haber imitado a *Peonía*? Por supuesto, no plantearé este problema: pero sí he querido sugerírselo a Jorge Añez, para que lo estudie y medite por el bien suyo, y de las letras.

misma, y que yo he podido relacionar, diferenciándolos netamente, con los que componen el carácter de Brusilof, en «Guerra y Paz», de Tolstoy (44): y a lo largo de la creación dramática, cuya unidad se disuelve, sin romperse, sólo en los últimos capítulos, las descripciones del paisaje y del ambiente humano, y de lo que los personajes sienten y piensan, a cada paso sugieren creaciones líricas, a menudo originales, vivas, poderosas: como cuando Doña Bárbara dice que «si se hubiese encontrado en su camino con hombres como Santos otra habría sido su historia», y el Poeta comenta la reacción de Santos empleando primero un tropo socializado, al afirmar que «estuvo a punto de sondear el abismo de aquella alma», pero en seguida, elevándose al nivel de las creaciones superiores, diciendo que esta alma era «recia y brava como la llanura donde se agitaba, pero que tal vez tenía también, como la llanura, sus frescos refugios de sombras y sus placidos remansos...» O como cuando describe la sequía que reina alrededor de Doña Bárbara, exasperada en el dolor de su derrota: «Comenzaba a reinar la sequía. Ya era tiempo de picar los rebaños que ignoraban el camino de los bebederos o lo olvidaban en el tormento de la sed. Cangilones de caños ya enjutos atravesaban, aquí y allá, los pardos gamelotes y a los rayos ardientes del sol, bajo las costras blanquecinas de las terroneras, *las pútridas ciénagas eran como úlceras pestilentes que se cicatrizaran sin curarse...* Grandes bandadas de zamuros, ávidos de carroña, revoloteaban sobre aquellas charcas. *¡La muerte es un péndulo que se mueve sobre la llanura, de la inundación a la sequía y de la sequía a la inundación!* ... Crujían los chaparrales retostados, reverberaba la sabana dentro del anillo de los espejismos que daban la ilusión de remansos azules, *aguas desesperantes para el sediento que marchaba hacia ellas, siempre a la misma distancia, en el ruedo del horizonte. Doña Bárbara cabal-*

(44) Véase mi ensayo: «La síntesis en Doña Bárbara».

gaba a marchas forzadas hacia el espejismo del amor imposible.»

Todo es vivo aquí: desde la descripción simplemente intuitiva hasta la sugestiva: la cual, en el caso recién citado, es algo más que una creación imaginífica, de imágenes enlazadas con imágenes: es una creación emotiva o simbólica, de las que gustaban a Hegel y Dilthey, en cuanto sugiere, invisible pero firmemente, una estricta relación con el estado anímico de Doña Bárbara. Y en cuanto a este último tipo de creación, no será inútil recordar que aun en el campo de las relaciones amorosas, hay un abismo entre *Peonía* y «Doña Bárbara»: porque el amor de Carlos y Luisa termina en sí mismo, casi diría intuitivamente, mientras el amor de Marisela y Santos se prolonga en una sugestión conmovedora, que sobrepasa los límites de la creación estética e invade el campo de las altas creaciones sociales. Aquella Marisela inculta y desaseada, desgredada y huraña, harapienta y mal alimentada, que bajo los cuidados tiernos y atentos de Santos se transforma en una Marisela culta y limpia, sociable y sana, no puede no sugerir la imagen de la Venezuela de otros tiempos, sin escuelas ni hospitales, agobiada de trabajo y sin embargo pobre, descuidada y explotada, sin agua ni cloacas: y para cuya resurrección moral y material habría sido suficiente que un gobierno la cuidara con inteligencia y simpatía, con comprensión y cariño. El episodio amoroso de Carlos y Luisa vale sólo como intuición de lo psicológico: el de Marisela y Santos adquiere valores estéticos superiores al sugerir la imagen de un pueblo y de una época.

Sí: *Peonía* puede tener más de una deficiencia, más de un error: pero tiene también aspectos positivos, tanto en un sentido absoluto como en uno relativo: ni por lo demás, como observa Julio Planchart, habría podido despertar en torno suyo tantas y tales polémicas si en realidad no tuviera esos aspectos valiosos. No se asalta a los pobres: sólo se asalta a los ricos: y si yo he descendido

al ruedo, último en el cuadrante, es sólo porque mi sensibilidad de crítico y mi amor a la justicia me decían que ya era tiempo de superar las negaciones y afirmaciones de carácter polémico, para enfocar a *Peonía* con un espíritu, esencial y netamente, imparcial. Y puedo haberme equivocado tanto en el modo del análisis como en sus resultados: pero si en algunos juicios he coincidido con las afirmaciones o negaciones de otros críticos, en lugar de molestarme me sentiré satisfecho, porque una coincidencia debida a la convergencia de caminos tan distintos, no puede no tener bases sólidas. Y en cuanto a los críticos, de cuyas ideas me haya alejado, me permito suplicarles que vuelvan a revisar sus ideas—y revisarlas sin apoyarse en nadie—antes de atacar las mías: porque bien podría suceder que la piedra que se me lanzara pase por encima de mi persona, y hiera, a mis espaldas, algo más grande que yo: la Justicia y la Verdad, que en este caso se darían la mano.

EDOARDO CREMA

PEONIA

AL SR. DR. JORGE ISAACS.

Amigo mto: Pongo a PEONÍA bajo los auspicios del ilustre autor de MARÍA.

No tienen mis páginas el mérito literario de las vuestras, porque yo escribo en la candente arena del debate político. Sin embargo, acaso encontraréis en ellas ese sabor de la tierra que debe caracterizar las obras americanas.

PEONÍA tiende a fotografiar un estado social de mi patria: he querido que la Venezuela que sale del despotismo de Guzmán Blanco, quede en perfil, siquiera para enseñanza de las generaciones nuevas.

Quizá se resienta de mis rencores; pero ¿cómo no tenerlos cuando se nos humilla y envilece? ¿Cómo separar de la pluma todo el ajeno que ponen en el pecho del insulto y el ultraje? Vos sabéis, por propia experiencia, que en las luchas políticas se arroja lodo al rostro del enemigo cuando no se le puede vencer gallardamente.

Dadme, pues, el prestigio de vuestro nombre; dejad que una vez más sirva él de bandera en las batallas de la libertad.

Vuestro apreciador amigo,

M. V. ROMEROGARCÍA.

Macuto, 14 de marzo de 1890.

PEONIA

Mi ánimo se ha serenado ya.

Un *no importa*, lanzado con toda la fuerza de mis pulmones, me ha devuelto la perdida calma.

Guardemos las marchitas flores y las negras gudejas, manchadas de sangre, que recogí en el ataúd de Luisa, y vamos a escribir.

El primer amor deja en el alma aroma de tomillos y violetas que no arrastra el viento del infortunio.

Que permanezca este perfume evocando recuerdos martirizadores; pero permanezca ahogado por los gritos de la orgía.

Pasen por sobre él las espumantes ondas del Champagne y los besos ardientes de las mujeres hermosas.

La vida es un himno: ¡cantemos, vivamos!

I

Apenas hacía un mes escaso que había terminado mis estudios de matemáticas; el último lauro de la ciencia orlaba mi frente y estaba, como quien dice, a todo el ancho de la cottonía.

Mi familia no había vuelto en sí del paroxismo que

le produjo la alegría de tener un hijo *Doctor*; y mi abuelo, que es católico, y godo, y muy apegado a las cosas de España, se frotaba las manos al decirme:

—Ya lo ves, Carlos. Si esos buenos de los españoles, nuestros gloriosos progenitores, no traen a las Américas su sangre, su valor y el estandarte del cristianismo, no fueras tú hoy en día un doctor.

—Ya lo creo, abuelito. Con la conquista se cambió la faz de la América; pero, por más que usted me diga que todo es muy bueno, no llegará a probarme que lo que antes existía no fuese bueno también. Creo que yo sería veinte veces más dichoso con mi *guayuco*, adorando un muñeco grosero de barro cocido, y corriendo por los campos con el arco y las flechas...

—¡Carlos, por Dios! ¿Cómo dices esas cosas?

—Como usted las oye. Mire usted, abuelo: la civilización de la América es muy negativa; es cierto que España nos dió una lengua superior a la nuestra; pero, ¿negaría usted que la nuestra hubiera llegado a ser igual a la española?... Nos dieron una religión fundada en el temor y la esperanza; la nuestra se fundaba en el deber...

—Niño, no blasfemes...

—Tú tienes la culpa, papá —dijo mi madre entrando—. ¿No sabes que este niño tiene la manía de discutirlo todo? ¿No sabes que goza haciéndote rabiar?

Y dirigiéndose a mí, me entregó una carta, añadiendo:

—Es de tu tío Pedro, y en el corredor te aguarda el peón que la trajo.

II

Supongo que mis lectores querrán saber lo que me dice el tío Pedro, y para complacerles, ahí va la carta íntegra, con todas sus bellezas de ortografía:

«Peonia, abril 30 de 188...

Mi querido Caslo:

Por carta de tu mama ce que lla te graduate de doctor y como yo tengo un deslinde con tu tío Nicola, guiero gue sea tu el gue arregle eso.

Bente pues en la muleta amarilla que te mando con el pion y la burra cana para tus corotos.

Te bendice tu tío.

Saludo a toda la familia: nosotros estamos bien.

Pedro Contreras.»

La rúbrica es un rollito de bejucos; algo así como el ovillo del diablo de que nos habla el cuento del Alto Rhin.

—¿Y qué te dice tu tío? —preguntó mi madre.

—Que me aguarda en la *Peonia* para hacer el deslinde de la *Fundación*, de mi tío Nicolás.

—¡Ahí lo tienes!—gimió mi abuelo, loco de contento—. Ahora ya no dirás que los indios...

—Pero, abuelo, si yo soy indio de pura raza, legítimo del Caroní y la Goajira, según nos bautizó el Ilustre Americano, nuestro señor y dueño. ¿No me ve usted el pelo y el color de la piel?

—No lo repitas, hijo ; tú eres de las mejores familias de Caracas, de la aristocracia de sangre azul...

—¡ Válganos Cicerón ! ¡ Qué aristocracias ni qué niños muertos, abuelo ! ¡ Está usted chocheando ! Mire usted : soy de la aristocracia, porque soy indio, y los indios somos los dueños de esta tierra ; soy de la aristocracia, porque no he cometido ningún crimen ; soy de la aristocracia porque mi educación me ha elevado a la categoría de los que ganamos la vida con menos esfuerzos materiales y más trabajo intelectual...

—¡ Ay papá !... ¡ Vuelve usted a las andadas ! Deje usted a ese loco...

—Sí, hija ; es un loquito el doctorcito : yo creí que el título le hubiera compuesto.

—Pues ya ve usted que no, abuelito. Soy la misma persona aquella que usted conoció hace un mes con los zapatos rotos y los calzones remendados ; y crea usted que lamento un tanto ese título.

—¡ Cómo !—exclamó mi madre—. ¿ Con que después de tantos sacrificios que hemos hecho todos, inclusive tú mismo, por coronar dignamente tu carrera, te lamentas de ser doctor ?

—Un poco, mamá ; y oiga usted : un título científico es, como si dijéramos, el resumen de un período de lucha incesante y de esfuerzos inauditos ; y honra mucho llevarlo ; pero hoy día gastan títulos los que menos merecimientos tienen ; si yo les contara a ustedes los detalles íntimos de mi curso ; si ustedes supieran que conmigo, que fui un buen estudiante, se graduaron unos pollinos por ser hijos de don Fulano

y don Perencejo, del general tal y del ministro cual, sentirían vergüenza. Entre nosotros las dos grandes carreras son la Guerra y la Iglesia, porque dan para vivir cómodamente sin trabajar. Yo cargo hoy con un fardo muy pesado que se llama título de doctor, pues ustedes comprenderán que ahora no puedo andar como antes, con los calzones remendados y los zapatos rotos; y como la profesión no da... Visto el asunto desde otro punto, un título sirve entre nosotros para acreditar ilustración: regularmente se dice de los que lo llevamos que *hemos estudiado*, de los que no lo llevan, que *han leído*: es la única ventaja que presenta.

—¡Loco! ¡Loco! —murmuraron a un tiempo mismo mamá y abuelito.

—Sí, loco, pero les quiero a ustedes mucho...

Y les di sendos abrazos, con lo cual quedamos en paz.

A los viejos hay que tratarles así; unas de cal y otras de arena; y como se contentan con tan poca cosa, no vale la pena de estar de pleito con ellos por mezquinarnos un abrazo.

III

Héteme, pues, caballero en la muleta amarilla, luciendo un liquiliqui de warandol, unas polainas de cuero de caballo y una pava forrada.

Jerónimo me seguía en la burra cana, con una escopeta Lefauchaux de dos cañones que me prestó un

amigo. Detrás iba *Tigre*, hermoso perro venadero que me regaló un francés.

Yo me dejaba, de vez en cuando, mirar la sombra; y en más de una ocasión me detuve a contemplar mi gallarda apostura.

¡Es tan grato ser uno doctor, caballero en la muleta amarilla de un tío ricachón, y en camino para un deslinde!...

¡Tal debió sentirse el Manchego en su primera excursión!

La ciudad se despertaba: tras de mí iban saliendo los artesanos soñolientos, restregándose los ojos y bostezando; porque este frío de Caracas, a las seis y media de la mañana, más provoca a dormir que a trabajar.

Llegué al Rincón, dejé la carretera y me eché cuesta arriba, camino viejo de El Valle, mientras Tierra de Jugo, con sus mármoles y su eterna tristeza, rodeado de desiertas y ahumadas tejerías, se perdía a mi derecha.

¡Qué de panoramas y qué de recuerdos!

La capital, tendida a los pies del Avila, apoyándose en aquellas colinas que tornaban a vestirse de esmeralda con las primeras lluvias.

Las perdices, volando en bandadas por entre la hierba recién nacida.

Los sauces de las tomas, meciéndose blandamente al soplo de las brisas matutinas, con la majestad real del chaguaramo.

Las acequias de las haciendas señaladas en el cortado valle por la línea blanca, vaporosa y sutil de la

neblina, sirviendo de marco a los caprichosos tablo-
nes de caña, verdes, con el verde robusto que precede
a la madurez, y el verde amarillo y suave de las plan-
tas tiernas.

Allí, en el Portachuelo, detuve la muleta, y respi-
rando aquel ambiente fresco, vivificante, que ensan-
cha los pulmones, pasé en revista los recuerdos de
la infancia y las esperanzas de la juventud...

IV

—¡Gua, señor! ¡El niño Carlos!

—El mismo, Celestina.

Era una negra vieja, la que me cargó muchas ve-
ces en su petaca, cuando mi familia viajaba por los
valles del Túy.

Venía con su sombrero de cogollo y su pañuelo
colorado al cuello, montada en un burro negro, en-
tre dos sacos de legumbres; las piernas haciendo como
carril al pescuezo del jumento, flacuchento y pesado
como todos los de su raza perezosa...

—¿Vas para el mercado?

—Sí, niño. ¿Y la familia?

—Buena. ¿Cómo está la tuya?

—Buenita, sin novedad. ¿Y para dónde la lleva?

—Para el Túy, a la *Peonía*.

—¿Casa de don Pedro?

—Sí.

—Vaye, pues, niño, mucha felicidad y expresiones
a don Pedro y a don Nicolás.

—Gracias, Celestina.

—Y echamos a andar, cada uno por su lado.

A poco sentí voces a la espalda ; era Celestina que me gritaba :

—Si topa las muchachas dígales que anden, que se hace tarde para el mercado.

Y desapareció en el recodo del camino.

Había atravesado la larga calle del pueblo, paso entre paso, porque cada esquina, cada corredor, cada terrón me hablaba el lenguaje de las memorias infantiles.

Allí —me decía— jugué a las metras con Antonio ; allí me di una caída y me rompí la cabeza ; en aquellos escombros jugábamos al *escondido* ; en aquella casa estaba la escuela...

¡Destino caprichoso el de la Humanidad ! ¡Cuántas veces un recuerdo, detalle imperceptible en el conjunto, envuelve un poema, una historia, una resolución que decide de la suerte de un individuo !

V

Serían las ocho de la mañana cuando eché pie a tierra.

Estaba en una ranchería y tenía por delante un espectáculo nuevo.

No podía quejarme de la muleta amarilla del tío Pedro ; había marchado bien, y mi retardo en el camino se debía solamente a que en más de una ocasión hallé obstruida la carretera.

Iba delante de mí un isleño con ocho vacas muy flacas, que se dirigían al potrero.

Después, cuatro burros cargados de malojo que, con calma verdaderamente sibarita, marchaban de frente en batalla por la angosta vía.

Quise forzar la amarilla, pero no se hallaba muy a su gusto en presencia de aquella trinchera move-diza: amugaba las orejas, raboteaba y daba señales inequívocas de susto y desagrado, hasta el extremo de convencerme, a mí que soy de infantería, que lo más prudente era echarme a la orilla y dejar que pasaran los jumentos del malojo.

Pero, al fin, estaba en la ranchería.

Un arriero cargaba; otro enjalmaba; éste ponía los ahogadores; aquél quitaba las maneas y en las topas vertía el maíz de la ración.

—¡Maldita sea mi suerte! —exclamó un catire alto, delgado, tuerto del izquierdo.

—¿Qué tiene el tuerto? —preguntó un llanero que se arremangaba el garrasí.

—Tuerta será su madre —replicó el herido por la pregunta.

—Vaya, hermano, que usted se disgusta por nada; si no quiere que le diga tuerto, le llamaré «manco de un ojo».

—El compañero Nicomedes —añadió otro— está peleando con el pardo, que se disgusta cuando le recogen por la reata.

—¿Y a quién le va a gustar que lo *jalen* de gaza? Yo no sé si será a ese tuerto que sueña siempre con las muchachas pascueras...

—Mire, amigo —vociferó el tuerto—, que yo soy hombre entre los hombres.

—Me alegro mucho, señor tuerto; yo también lo soy, y me prometo probárselo.

Y esto diciendo, se vino con el asta encabullada sobre el tuerto, quien apeló a una cacha-blanca de media vara.

Ya iba, indudablemente, a prenderse la pelotera, cuando se presentó el general Manzano, dueño de la ranchería, rumiando la máscara y manoseando un S. W. de nueve milímetros, argumento convincente en todos los casos.

—¿Qué hay?—preguntó el general.

—Nada, mi general —contestaron sumisos ambos a dos los contendores, en presencia de aquel Hércules de chiva blanca, pañuelo amarrado a la cabeza y sombrero a la pedrada.

¡Terrible poder de los generales!

—¡Qué suerte la del arriero! —murmuró uno que venía mojado hasta la cintura por el rocío del gamelote.

—¿No te gusta el oficio?

—No; es muy arrastrado.

—Y sin embargo, hay algo peor que ser arriero.

—¿Qué?

—Ser burro.

Y diciéndolo, le descargó un astaso a uno mohino, que lo tendió en tierra.

En tanto habían servido el desayuno.

Sobre la mugrienta mesa estaban un plato de carne salada frita, una arepa medio envuelta en un pedazo

de papel, y un pocillo de café, que me hizo exclamar :

—Está bueno de agua y de maíz ; pero le falta café.

Pedí mi cuenta : alcanzaba a nueve centavos, y me ahorcajé en la mula, no sin que antes me dijera un arriero que echaba la última sogá :

—Mire, blanco, que la parada corta hace el día largo, y la parada larga hace el día corto.

Máxima esa que he apuntado en mi cartera, como resumen de una larga serie de investigaciones filosóficas.

Y eché cuesta arriba.

VI

El viaje por las cordilleras es rico en panoramas ; a cada nueva cumbre, nuevas perspectivas.

A los bordes de las quebradas, en los vegotes, los cacaguales, con su sombra de bucares ; en las laderas, el cafetal, bajo guamos de verde negro ; más arriba, los conucos, cercados de ñaragatos y pata de vaca, copiando los caprichos de un suelo de mosaico o los cuadrados regulares de un tablero de ajedrez.

A un lado, los cerros, desnudos de toda vegetación, calcáreos, estériles ; rocas basálticas, coronadas de grama ; cocuizas, cocuyes, toda la inmensa variedad de las agaves ; y los captus, desde el cardón centenario que da filamentos resistentes, hasta la roja pitahaya y la dulce tuna, ese químico que convierte el mucílago en ricos cristales de azúcar.

Al otro lado, cedros seculares y caobos gigantes-

cos, envueltos en mantos de enredaderas, esmaltados de topacios y rubíes y amatistas; rosacruz, de cuyas raíces manan los arroyos que se convierten en cascadas bulliciosas.

Al volver de un recodo se me partió en dos el camino; la amarilla se detuvo ante el abismo que tenía bajo los cascos.

Allí, sobre dos soberbias moles de granito, escoltado por dos viejos tiamos, de negro tronco y multiplicados brazos, estaba un puente, que se fué por el barranco con la última creciente.

Venía *Tigre* con la boca abierta, la lengua reseca y jadeante. Buscó el atajo, y a la izquierda, por una áspera pendiente, bordeando la roca tallada, iba la vereda, estrecha, sinuosa, como a saltos.

Eché pie a tierra, y asido a las ramas de flacos zapateros que aguardaban al leñador que los tronchase para ganarse el pan, apoyando el pie en los helechos y en las mayas, bajé al fondo del barranco.

Por sobre un lecho de piedra, bordado de musgos, corría un hilo cristalino y fresco, cuya calda había ido horadando otra roca del fondo, que servía ya de considerable receptáculo, y a la cual sombreaban riquiriquis y platanillos de verdes hojas y negras venas, y casupos y capachos apoyados en los taludes del arroyo.

Aquel ambiente fresco, con frescura que no tienen las mañanas de Diciembre en los verdes setos del Ávila, parecía la residencia encantada de algún genio creador, cuyo aliento vivificante se esparcía bajo el follaje hasta cuajarse en perlas purísimas que pen-

dían de las hojas de las enredaderas como diamantes en un manto de terciopelo verde, de esos que llevaban los magnates de la Hungría a las fiestas tradicionales de su raza.

Y como si nada hubiera de faltar a aquel cuadro de poesía y vida inimitables, al pie de una parásita, en la horqueta de un mahomo, estaba una *soy sola*, a la orilla del pajizo nido, dando al aire sus notas melancólicas y arrobadoras como el tinte todo de la selva venezolana.

Llegóse *Tigre* al limpio pozo y sació su sed, y se bañó luego; en tanto que en una hoja de casupo bebía yo de aquella agua que destemplaba los dientes con su frío peculiar.

Pasar de aquel sitio sin gozar de su belleza y sus encantos, fuera crimen cuyo peso no habría de llevar sobre estos hombros que cargan con un título de doctor; y desaté el capote y me recosté sobre una piedra, dejando que volara el alma por el círculo perpetuo de los recuerdos y las esperanzas, ley fatal de la existencia humana. ¡Era yo entonces tan feliz!

Tigre había saltado por las mayas y curujujules y apenas se percibía el lejano rumor de su aliento; la amarilla se sentía muy bien bajo el follaje, y apoyada en tres patas descansaba una trasera.

A poco, oyóse a lo lejos el canto monótono de un ganadero; luego se percibían sus notas claras y distintas; después, apareció en el borde del barranco.

Casi cubierto yo por las ramas, el llanero no se había dado cuenta de que alguien estaba abajo, y dijo con desenfado:

—Se cayó el puente... bueno; eso no le hace... ahora beberá el ganado.

Y a renglón seguido se abrió sobre una orilla y lanzó la punta al fondo.

La amarilla, que no había previsto el caso, se manifestó muy sorprendida de la irrupción, y no encontró nada más cómodo que subirse por donde mismo había bajado, aunque para ello tuviera que pasar por sobre mí.

Ya comprenderán ustedes que para estas cosas y estos casos, una muleta amarilla no necesita de pedir permiso; y sin decir oste ni moste, se recogió de patas, y... ¡sus!, al otro lado, aporreándome una rodilla.

Ya me preparaba a imitar a la muleta, cuando se me puso por delante ni más ni menos que un novillo careto, destoconado y de crespo cerviguillo que, sin darme los buenos días, iba sobre el arroyo con trazas de mal humor.

Era la primera vez que yo me hallaba frente a frente, y a tan corta distancia, y cojo por añadidura, de un novillo careto destoconado.

Aquí me morí, resucité, me volví a morir y volví a resucitar.

Recordé que un llanero me había aconsejado echarme boca abajo y hacerme el muerto, al acometerme el toro, porque este animal diz que es tan noble que no le embiste a los muertos.

No sé si esto será cierto; pero no lo juzgo muy cónsono con la educación de los novillos.

Ya iba a echarme, pues, de barriga, cuando se

me vino encima un encerado ; y detrás de él un lebruno, y más atrás un barroso y la mar... Di una de saltos por el barranco hasta salir al camino.

Juro por mi honor que no sentí ningún dolor en la pierna aporreada.

Una vez en la carretera vi la amarilla comiendo bejucos tiernos en el talud ; pero no se me ocurrió montarme en ella.

Corría, corría, y de vez en cuando volvía la vista para cerciorarme de que no me iba siguiendo el novillo careto.

En un recodo perdí de vista al barranco fatal ; ya no temía más, y me subí por la cortada para ponerme a salvo.

Tigre ladraba con furor ; después aullaba lastimosamente...

—No hay duda—me dije— ; el novillo se encaró con *Tigre* y lo ha herido ; y quise salir a buscarlo ; pero me devolví, porque la amarilla venía disparada como una bala.

Toméla de la rienda y volví a subir el talud, obligándola a seguirme.

—La dejaré amarrada y segura—me dije—e iré por *Tigre*, que seguía aullando.

Y cuando tomé de nuevo la carretera, venía el careto paso a paso, orondo como quien hace una campaña, y el llanero desternillado de risa con mi capote en la mano.

—No corra, blanco—me gritó— ; estos animales no hacen nada en la madrina.

Entonces recordé que otro llanero me había di-

cho que el ganado en sociedad se torna lerdo y paciente, al revés de lo que le sucede al hombre.

Sentí una ola de sangré, de vergüenza, subirme a las mejillas y casi me cubrí el rostro con las manos...

Pasó el ganado, y volví a montar, consolándome con esta reflexión :

«El miedo también tiene su valor ; y no he de ser yo el único venezolano cobarde ; si no que lo diga Guzmán».

En tanto, el ganadero cantaba :

Con puro papel de seda
se limpian los caraqueños :
en el llano nos limpiamos
con la pata y con los dedos.

Fueza era dormir, después de tamaño susto y hube de parar en la primera ranchería.

Erase ésta una casa de paja, embarrada, con todas las trazas de un manare.

Había allí ocho o diez arrieros, echando ternos como de costumbre, burros que comían maíz en las tapas ahuecadas, y mulas que se coceaban de lo lindo.

No sé por qué me vino el recuerdo de una escena a bordo de un vapor francés en que iban dos americanos recién casados.

Seguramente por las caricias que se hacían, pero no lo garantizo.

Estos tortolitos, después de mil ternezas por parte de ella, terminaban con un bostezo ; *un mañana comeremos beasteck*, y sobre la marcha se daban un pellizco, y una de mojicones.

La cena estaba puesta, según aseguró la cocinera

que, como todas las del arte, tienen a orgullo andar mugrientas y curtidas. Sobre todo, gastan el lujo de no lavarse nunca los pies.

Comí unas caraotas de a medio; una arepa de a dos centavos; una carne frita de a medio y un pocillo de café: total, catorce centavos.

Ya dirán ustedes que yo soy muy económico.

Pues de barato le doy a cualquiera que viaje por ciertos caminos sin bastimento; por donde sólo transitan arrieros y caporales de ganado, sólo puede haber malos ventorrillos.

Es cierto que ese camino es frecuentado también por agricultores y por dependientes de comercio; pero los primeros, ya se sabe, viven en perpetuo ayuno, por... economía; los segundos ganan sueldos tan miserables, que apenas pueden sostener una mala vida.

Y de la mesa al chinchorro.

Un arriero colgó en una de las piernas de una horqueta que se sostenía por su vértice, en un horcón del pajareque, saliendo por dos ahujadas.

Yo colgué de la otra pierna.

Todo iba perfectamente bien.

Los sudaderos de las enjalmas, con su olor peculiar; los lazos engrasados con sebo de Flandes; las horruras de los burros, y las plumas que de vez en cuando suelen soltar los arrieros, son un conjunto agradabilísimo del cual pueden ustedes gozar todo el tiempo que quieran.

Las tales rancherías son una felicidad.

Pero, ¿qué hacer?

Entre si me duermo o no me duermo; si me mezo

o no me mezo en el chinchorro, llegaron las diez, hora en que el dueño de la casa y la cocinera se recogían de ordinario.

Se cerraron las puertas, ladraron los perros y... ¡sus!, nos suspenden a mí y al arriero que había colgado en la misma horqueta que yo.

—¡Ea, socio!—gritó el sacudido.

—No soy yo—me apresuré a contestar, temiendo una violencia.

—Ya lo sé; es con el de dentro, que cuelga de la otra punta de la horqueta.

—¡Ah!...

Ya no salía más luz por las rendijas de la puerta.

De repente otra sacudida.

—¿Quién más se acuesta?—preguntó el arriero—. En ese chinchorro no cabe más que uno.

Luego siguió el vaivén natural de las hamacas, de izquierda a derecha y viceversa.

A poco se oyó un suspiro muy largo... después se sintió otro vaivén, un movimiento sospechoso de arriba para abajo... y...

—Téngame usted la vela, que yo también quiero

—gritó mi compañero.

VII

Al fin hube de llegar a *Peontá*.

Mi tío Pedro estaba sentado en una silla de cuero en el corredor del frente, recostado a la pared; con su blusa de crudo, remendada, sus anchos pantalones

arrollados hasta la rodilla; las piernas de carabina y las alpargatas en el suelo.

Al verme, salió a recibirme; hacía ocho años que no iba a Caracas; ocho años que estaba recluso en su hacienda, peleando con el tío Nicolás.

—¡Estás un hombre, muchacho!

—Ya lo creo; y usted muy gordo y muy viejo.

—¿Eh? ¿Viejo yo? Pues apenas tengo un año de casado.

—En segundas nupcias...

—Pero es lo mismo... Vamos... ven a conocer a Carmelita y a ver a tus primos. Carmelita... aquí está Carlos; Andrea, Luisa, Perucho... aquí está el primo...

Y el bueno de mi tío se volvió una pascua.

Mi nueva tía no me hizo muy buena impresión.

Inculta, altanera y zafada en sus modales, lejos de desmentir su origen lo ratificaba; era sirvienta de la casa, criada con cierta estimación por mi tía, la anterior esposa de mi tío (esto por si quedare duda), y elevada luego a la categoría de señora.

Su belleza no era notable; tenía líneas toscas y groseras, que hacían resaltar unos ojos negros, vivos y rasgados; y la cabellera, negra, lacia y en extremo hermosa, calale como un manto por la espalda.

Mi tío disculpaba este enlace haciendo valer la necesidad de una mujer *de fundamento* que le ayudara a formar la familia que le había quedado de su primer matrimonio.

Desde que se inventaron las disculpas, ya se sabe, nadie queda mal.

Mi prima Andrea era una buena moza de dieciséis años ; viva, quizás más viva de lo necesario ; esbelta, bien formada.

No sé por qué me llamó mucho la atención su prematuro desarrollo.

Luisa me impresionó vivamente desde el primer momento.

De cortes finísimos, había en su rostro cierto tinte de melancolía y dulzura que realzaban sus correctas líneas.

Era delgada, pero de formas esculturales ; cuanto se puede ser a los dieciséis años.

Sus palabras, su gesto, hasta el ritmo cadencioso de su voz acusaban candor y sencillez, y decían a gritos que aquella criatura tan simpática y tan bella era muy desgraciada.

Perucho era un muchacho de doce años, robusto, bien formado y alegre y decididor.

—Vamos a tu cuarto—dijo mi tío— ; tú desearás descansar.

Y luego que me mostró la puerta del aposento que me habían destinado, agregó señalando a Luisa :

—Esta ha pedido ser ella quien te cuide mientras estés aquí.

—¡ Oh, prima ! Mil gracias por el honor que me dispensas y el placer que me proporcionas (en esto de cumplidos soy muy exagerado), pero no quisiera darte molestias.

—¿ Molestias ?... no, primo ; lo hago con mucho gusto.

Y bajó los negros ojos al suelo ; una ola de rubor inundaba sus mejillas.

La tomé de la mano y entramos en el aposento.

—Ahí tienes un moriche—me dijo—; me lo regaló un amigo de papá, y quiero que tú lo estrenes.

—Cuánta amabilidad...

—No es ninguna... Cuando necesites algo, me llamas a mí, ¿oyes?... Yo vendré muy temprano todos los días a traerte una taza de café. ¿Tú te levantas temprano?

—Sí, prima ; en Caracas no soy madrugador, pero aquí lo seré.

Y al mirarla fijamente, tornó a subirle carmín a las mejillas.

VIII

Mi tío y yo habíamos hablado naderías, generalidades, paseándonos en el patio, mientras llegada la hora de comer.

Cuando el atolondrado Perucho nos avisó que la cena estaba servida, nos fuimos a la mesa.

Mi tío la bendijo y yo me puse en ascuas: una bendición delante de un materialista no es para menos.

Luego que nos sentamos, me dijo, mientras me servía frijoles.

—Hoy estamos en fiesta por tu venida: Carmelita mandó matar un pato para comérselo asado.

—Bonito obsequio—dije entre mí—; patos como yo todos los días.

Y alzando la voz :

—No me merezco tanto, tío ; Carmelita es demasiado amable.

—Te quiere mucho—murmuró el tío, sonriendo de felicidad.

Un viejo enamorado es un necio : se vuelve un títere, y se goza cuando le bailan.

—Y Luisa—volvió a decir a mi tío—ha hecho para ti dulce de mamey y guarapo de caruto.

—Deben de estar muy buenos ; yo le agradezco sus atenciones.

Luisa bajó los ojos.

—¿ Por qué se ruboriza tanto esta niña ?—me pregunté—. Debe de ser muy llorona o muy coqueta.

¡ Juicio errado, que me pesará toda la vida !

Carmelita y Andrea, que no hablaban, tragaban como bueyes ; se hartaron y se levantaron sin aguardarnos.

Mi tío rabió porque se iban sin rezar la oración de gracias.

—Pero me acompañarás tú—terminó, dirigiéndose a mí.

El empeño era de a caballo.

Y acto continuo se puso de pie y soltó una retahila que no era de Ripalda.

Al concluir, dije en alta voz :

—*¡ Amén, amén !*

Y di media vuelta.

Ya en la sala mi tío y yo solos, lloró un chiquillo en el aposento de Carmelita.

—¿ Y eso, tío ?

—¡Chist!—me dijo a media voz—. Es un fiado, un chico que tuve antes de casarme con Carmelita. Se llama Fernando.

Y luego, alzando la voz:

—Mañana es día de molienda, y voy a dar mis órdenes en el trapiche. Vengo pronto.

Y salió.

IX

Eran las siete de la noche.

Una luna de Mayo, entoldada por nubes vaporosas, caía sobre el ancho patio.

Las rosas, las azucenas, los malabares, los claveles, las violetas y los jazmines vertían su esencia embriagadora.

La brisa tibia y lánguida, como un suspiro de amor, jugaba en el ramaje de los samanes.

Tomé una silla y fui a sentarme junto al viejo tronco de un alelí.

Luisa salió al corredor y fui a buscarla; la tomé de la mano y la senté junto a mí.

—Voy a suplicarte una cosa—me dijo al mirarla.

—Di, que estoy dispuesto a complacerte.

—No me mires.

—¿Por qué?

—Porque tus ojos me queman.

Me sonreí...

—¿Conque te queman mis ojos?

—Sí.

—Pues bien ; desde ahora te miraré así...

E hice que me cubría el rostro con las manos, dejando los dedos medio abiertos.

—Es la misma cosa.

—¿Y cómo he de mirarte?

—De ninguna manera.

—Volveré los ojos a otro lado cuando quiera hablarte.

—Tú no debes ver sino a las muchachas de Caracas.

—¿Por qué razón?

—Porque son hermosas y bien educadas.

—¿Y tú no lo eres?

—¿Yo?—preguntó suspirando—. No, Carlos ; yo soy fea, ignorante... yo sufro mucho...

Y sus hermosos ojos se humedecieron.

—¿Sufres?... ¿Por qué?... Vamos, cuéntame tus penas, que yo te consolaré.

—¿Tú?... Tú te vas muy pronto.

—Eso no importa ; yo puedo volver.

—No lo creo : el que se va de estos montes para Caracas, no vuelve más.

—Por ti hago cualquier sacrificio.

—¡Quién sabe!... —y otro suspiro, salido de lo íntimo del alma, asomó a sus labios.

—Sí, Luisa...

—¡Luisa!—gritó Carmelita—; ve a tender las camas.

Y lanzándome una mirada que no he podido traducir nunca, se levantó.

X

El tío Pedro y yo nos fuimos a mi cuarto; yo tomé el chinchorro y él una silleta de cuero.

Estuvimos hablando largamente respecto del deslinde, convinimos en que yo iría al día siguiente a casa de mi tío Nicolás a ponernos de acuerdo para las últimas diligencias judiciales.

—Este pleito me arruina—dijo mi tío—, y quiero terminarlo.

—Además de la ruina que puede traerle, es poco decorosa una disputa entre hermanos: la unión es la fuerza, tío.

—Pero con mis hermanos no hay medio vuelto: son ambiciosos, mezquinos, pretenciosos.

—No debiera decirlo usted.

—Ya ves, pues; Nicolás cree que es mejor que yo, porque tiene su finca libre; porque come jamón y salchichón; porque tiene sus hijos en el colegio; porque viste bien y porque lleva su familia a pasear a Caracas.

—Eso no prueba que es mejor que usted, sino que está más desahogado en sus negocios y toma la vida tal como la concibe; esto es, con las mayores comodidades.

—Eso es falso: yo trabajo más que él, vivo peor y tengo la finca comprometida.

—Esto último sí es un grave mal, los agricultores

no pueden salir de su mala situación económica mientras no haya Bancos en buenas condiciones.

—¿Y para qué se necesitan Bancos? Lo que nos hace falta son Gobiernos buenos, verdaderamente paternos, como aquellos que teníamos antes de mil ochocientos cuarenta y ocho; Gobiernos, Carlos, que le pongan a uno los jornales baratos.

—¿Luego usted sueña todavía con la esclavitud?

—¡Ah!... ¡Por supuesto! A estos negros hay que tenerles bajo el látigo, porque son muy haraganes.

—Pues no pierda usted su tiempo pensando en eso; no retrocederemos, tío.

—Te parece a ti... ya verás si les volvemos a hacer esclavos, como nacieron, y si les plantamos la horca en cada esquina. ¡Malditos liberales, que nos han traído guerra, pobreza y zozobra!... Tú no te imaginas la tranquilidad que se gozaba en Venezuela antes de que esos Monagas, que deben estar en la última paila del infierno, vinieran al Poder. Si tú querías ir a Caracas, ibas tranquilo; si querías venir, venías tranquilo. A la hora de pegar la molienda, sobraban brazos; a la de cortar, sobraban; para los desyerbos, sobraban...

—Eso lo que quiere decir es que necesitamos brazos, y los brazos vienen con una buena corriente de inmigración.

—¡Muy bonito!... ¿Para qué sirven los tales isleños y los tales italianos que nos ha traído el general Guzmán?

—Tal como les ha traído, para nada sirven; trayéndolos convenientemente, servirán de mucho.

—¡Mentira! Que traigan negros, para comprarles a trescientos pesos en el muelle de La Guaira.

—Tío, eso es imposible; los pueblos no retroceden; no hay quien permita comprar hombres.

—Pues que les regale el Gobierno y que les dé dinero a los agricultores para salvarse de la tiranía de ese comercio ladrón.

—El comercio tiene mucha parte de culpa en todo esto, pero ustedes también la tienen.

—¡Eh! ¿Cómo es eso?

—Voy a explicarme. Usted tiene esta finca, que vale...

—Veinticinco mil pesos.

—Y que está hipotecada por...

—Cinco mil pesos.

—Luego se la han depreciado en veinte mil pesos, o sean las cuatro quintas partes de su valor. Paga usted de intereses...

—Uno y medio por ciento mensual.

—O sea dieciocho por ciento anual. Le suministran a usted en víveres, a los cuales recargan un cincuenta por ciento, porque son *fiados*; luego, le quitan una comisión de cuatro por ciento por venderle el fruto; y al pasarle cuenta-venta le llevan, lo menos, un veinticinco por ciento; total: noventa y siete por ciento anual; ve usted, pues, que sería preciso un negocio excepcional para sacar ese interés, más el que usted necesita para su subsistencia y sus ahorros.

—Exactamente.

—Luego, usted no es sino un sirviente de categoría.

—Sí, señor; pero ¿por qué tengo yo la culpa?

—Porque usted se ha metido en camisa de once varas; usted ha ido más lejos de lo que debía o de lo que podía..., y cuando se le propone un medio razonable para mejorar, sale con una pata de banco.

—Muchacho... puede que tengas razón... Este comercio es una ladronera...

—No lo dudo; pero si ustedes no se dejaran robar, estarían perfectamente, porque en todas partes del mundo la agricultura es la principal fuente de riqueza: ¿Cree usted que es lo de menos poner un grano de maíz en la coa, y que ese grano dé una mazorca que tiene cerca de trescientos..., uno por trescientos, tío?...

Mi tío guardó silencio, se atusó el encanecido bigote y empezó a rascarse un pie contra la pata de la silleta.

Luego se levantó, me dió las buenas noches y al llegar a la puerta gritó:

—¡Carmelita!... busca una espina de naranjo para que me saques una nigua!

XI

A poco entró Perucho, ya en traje de dormir, con Tigre, al cual tiraba de una oreja.

—Cuidado, niño; mira que este perro es de pocas pulgas.

—Sí, es verdad; está muy limpito; no se parece

al de Casiano, que está sarnoso y cuando se rasca deja un reguero de pulgas.

—¿Y quién es Casiano?

—El mayordomo, un negro muy feo y muy repugnante; el otro día me pegó con un bagazo.

—¿Y tu papá consiente eso?

—Sí, primo; mi papá también nos pega, y le ha dicho que cuando yo le haga travesuras me dé «memerere con pan caliente».

Y sonó los dedos, imitando al chasquido del látigo.

—Mal hecho—pensé yo—. Debe pegarte mucho.

—Mucho; y lo mismo a Andrea y a Luisa.

—¿A Luisa también?

—Sí, primo. Y Carmelita también nos pega mucho.

—¿Y por qué?

—Porque las muchachas no rezan, o porque no llevan la comida a los cochinos, o porque no recojen los huevos de las gallinas, o porque no lavan la ropa. A mí me pegó anteayer y ayer.

—¿Por qué?

—Porque anteayer luché con un muchacho más grande y me revolcó, me pegó y me dijo: «Perucho, cuando usted se deje atropellar con otro muchacho, le pego yo»; y ayer volví a encontrar al muchacho, a Chusco, el hijo de Teodora, y entonces le revolqué yo, y como le iba sacando un ojo, vino aquí llorando y metió el chisme y papá me pegó también.

—Qué lógica tiene mi tío—pensé—. ¿Y con qué te pega?

—Con este torcido... que se llama *caramelo*.

Y sacó de las faldas de su camisa un rejo torcido en tres, mejor para la amarra de un navío que para castigar a un niño.

—¿Y por qué te lo traes?

—Porque yo quiero que usted lo esconda y lo bote, para que no nos peguen más.

—Pero hará otro.

—No importa, primo; mientras lo hacen descansar un poco.

Tomé a *caramelo* de las manos de Perucho y lo arrojé detrás del bulto que contenía el teodolito.

Perucho salió, y ya, desde la puerta me dijo:

—¡Ah! primo, se me olvidaba... Luisa me mandó a preguntarle si quería leche cruda.

—Dile que sí.

XII

Tigre me puso las patas sobre las piernas, ladeó la cabeza y me dirigió esa mirada leal y decidora de los perros.

—Cuéntame, *Tigre*, cómo te fué de viaje. ¿Has comido bien? prepárate, que pronto cazaremos largo, y comerás mondongo de venado... ¡Vamos!... ¡No seas impertinente!... ¿Cómo te tratan en la casa? ¿Qué opinas del tío Casiano, Carmelita y *caramelo*? ¿No te parecen un cuarteto inquisidor de primer orden?...

Tigre gruñó: parecía decir que sí. Después quiso lamerme el rostro y tuve que echarlo al suelo.

XIII

Luisa entraba en ese momento.

—Toma la leche, Carlos. Yo misma la ordeñé.

—¿Y tú sabes ordeñar?

—Sí; yo nunca ordeño, pero esta noche lo hice porque era para ti.

—Gracias, prima: la leche está deliciosa; pero te advierto que no quiero que te molestes por mí.

—No es molestía... yo tengo mucho gusto...

—Pero hay ciertas cosas que no debes hacerlas, ni aun así, por complacencia.

—Eso no importa. ¿Estaba buena?... Pero no la tomaste toda...

—Estaba magnífica; esa es la parte de *Tigre*.

—¡Ah!... ¿tú quieres mucho a tu perro?

—Mucho, Luisa; es un compañero leal; tan bueno, que ni siquiera me reconviene por mis faltas. Un francés naturalista que vino a Venezuela me lo regaló pequeñito; mi pobre hermana María le daba leche en un tetero, y yo, después de su muerte, lo he conservado aun en medio de mis pobreza: es un ser querido, muy querido para mí.

—Los perros son muy leales—dijo Luisa apoyándose en las cabulleras del chinchorro.

—Más que los hombres y las mujeres.

—Las mujeres somos leales,

—¡ Sé yo tantas historias !

—No todas, primo, no todas...

—Ojalá encontrara yo una leal.

—¿ La has buscado ?

—Mucho...

—Pues sigue buscándola, que quizás la encuentres más pronto que piensas. Pero a las mujeres leales hay que quererlas mucho ; por los menos así como se quieren los perros leales.

—Yo quiero mucho al mío.

—Me alegro saberlo ; porque me habían dicho que tú no querías a nadie.

—Te engañaron.

—Ojalá... —y suspiró—. Que pases buena noche, primo.

—Gracias, prima. ¿ Por qué te vas ? ¿ Tanto así te fastidio ?

Ya comenzaba a sentir una misteriosa atracción hacia aquella mujer : tenía un gesto inimitable ; una dulzura y una sencillez que no se fingen, ni se copian.

La Humanidad vive sometida a la ley de los contrastes : para los caracteres bruscos, apasionados, temerarios y resueltos está la simpatía en el otro extremo.

Se miran, se hablan, se estrechan y se unen, por fin...

¡ Oh, Luisa ! ¿ Por qué pasaste como meteoro por el cielo de mis tristezas ?

—¿ Fastidiarme ? ¡ no, Carlos ! Quizás sea yo quien te hostigue.

—¿ Tú ?... No, querida niña, siento un placer inde-

cible junto a tí; siento algo que me faltaba, algo que viene a llenar un vacío en mi corazón.

—No lo creo.

Y tornando a suspirar, se despidió de mí, con estas palabras:

—Duerme mucho; mi cuarto es este de al lado: si algo necesitas, puedes llamar; yo vendré mañana muy temprano a traerte café.

—Bien, Luisa; así será; pero yo creo que no dormiré.

—¿Sí?... Yo rezaré por ti. Hasta mañana.

—Hasta mañana, querida prima.

Y estreché sus manos entre las mías.

XIV

Había dicho la verdad al despedirme de Luisa: no podía dormir.

No sé qué misteriosa atracción ejerce sobre mí esta niña —pensaba meciéndome en el chinchorro—; no puede ser amor, porque ¿cómo habla de inspirarme una pasión una mujer que no tiene los encantos de otras con quienes he estado en íntimo contacto? Han pasado junto a mí las bellezas de Caracas, me han rozado con sus trajes de seda, me han adormecido con los ecos de su voz y el perfume de su aliento. ¿Cómo puedo enamorarme de Luisa? Esta es una muchacha sencilla, inculta, inocente, y tiene para mí el mágico poder de la desgracia. Una niña huérfana, cuando más falta hace a la mujer ese calor moral que dan

las madres; crecida bajo una tiranía que la humilla, porque su sirviente de ayer es su dueña de hoy; viendo deslizarse su existencia monótona y oscura, obligada a callar en el seno tempestuoso de una joven de catorce años el primer grito de su naturaleza exuberante, que despierta con los perfumados besos de la primavera... Debe ser bastante triste la suerte de esa pobre niña; la desgracia se hace simpática siempre, y, a no dudarlo, yo siento por ella un movimiento de simpatía; es la debilidad que reclama protección; son las lágrimas que buscan una mano que las enjague; es la esperanza que busca horizontes... Mas, ¿qué protección puedo brindarla yo?... ¡Pobre primita.... Si en mí estuviera hacerla dichosa, ya se contaría feliz... Pero lo que es amor, no siento yo.

¡Necio de mí!...

Y apretaba los ojos como para reconcentrarme en mí mismo; y surgió en aquellas dobles tinieblas, radiante y vaporosa, la imagen de Luisa, apoyada en las cabulleras del chinchorro, mirándome sonriente y ruborosa.

Y me columpiaba con más viveza, sin lograr que el sueño sellase mis ojos con un beso.

—Pues bien —me dije—; ya que no puedo dormir, aprovecharé la noche escribiendo para mi madre.

Al poner el pie en el suelo, me detuve; había sentido pasos en el corredor hacia la puerta de mi cuarto.

Yo soy esencialmente cobarde, y esto no necesito probarlo de otro modo.

Lo primero que se me vino al meollo fué que hubiese ladrones.

Iba a gritar, pero me contuve; pudiera asustarse la familia; sobre todo, Luisa dormía en el cuarto vecino, y sabía que yo tenía miedo.

Me acerqué a la puerta con el objeto de atrancarla, aunque fuera con el trípode del teodolito.

Al acercarme a ella sentí un cuchicheo.

—¿Por qué te dilataste tanto?

—Porque, como vino Carlos, nos recogimos tarde.

—¿Y quién es ese Carlos?

—El ingeniero.

—Debe ser un marica.

—Por lo menos no pinta otra cosa.

—¡Tigre! —grité sulfurado ya—. ¡Aquí, Tigre!

Y en opuestas direcciones partieron los del diálogo.

—¿Quiénes pueden ser? —me pregunté—. ¿Será Luisa?... Pero ¿quién puede darse cita con ella? ¿Será capaz, la muy bribona, de tener relaciones con algún peón?... ¡Vamos!, no puede ser; seguramente la cocinera...

A poco, oí una puerta que sonaba; no sé si se abría o se cerraba.

Después distinguí la voz de mi tío que venía hacia mí.

Al llegar a mi puerta:

—¿Qué tienes, Carlos? —preguntó.

Allí de mi sangre fría.

¿Qué debía contestarle?

En realidad, yo nada tenía; pero es de muy mal

efecto, la primera noche que se pasa en la casa de un tío, darla de físgón.

Además, pudiera ser Luisa, aquella mosquita muerta de Luisa, en dimes y diretes con algún mozalbete de las cercanías; y en ese caso, sería un placer para mí sorprenderles y darla a ella en cara con su deslealtad.

¿Y por qué digo deslealtad? ¿Qué juramentos, qué compromisos había entre nosotros?

En esto, se abre la puerta del cuarto de Luisa.

La situación se agravaba.

¡Ella, la delincuente, en el teatro de los sucesos!

—Carlos, ¿qué tienes? —tornó a preguntarme mi tío.

—Fuerza era contestarle.

—Nada, tío —y abrí la puerta—. Es que Tigre duerme conmigo, y esta noche está realmente insopportable.

Mi tío tenía una luz en la mano izquierda; en la derecha, su revólver.

Luisa, medio envuelta en una sábana, se mantenía en la penumbra.

—Echalo para afuera.

—Es peor, tío. Ya está acostumbrado a dormir a los pies de mi cama.

—Pues regáñalo y no hagas más alboroto; vamos a dormir. Hasta mañana.

—Adiós, tío; buenas noches.

XV

Juzgo innecesario decir que no dormí nada.

Cuando pensaba conciliar el sueño, ya cerca de las cuatro de la mañana, encendieron el vapor para la molinenda, y el ruido que producía, pues estaba a menos de veinticinco metros de distancia, no era muy arrullador, que digamos.

Apenas aclaró me puse en pie, y envuelto en mi capote me asomé al balcón.

La casa estaba edificada en una pendiente; por el Norte, entrando por el camino real, tenía un solo piso; por el Sur, hacia el campo, tenía otro más bajo.

Arrastré hasta el balcón una mecedora de esterilla y me senté a contemplar el panorama.

Digo mal: me puse a vagar con la vista y el pensamiento por aquellos campos risueños y feraces.

El insomnio y un horrible torcedor —la sospecha de que fuera Luisa la de la cita— me tenían en ese casi sopor, en esa inconsciencia que sigue a las noches de vela, que no se deslizaron en el placer.

A poco entró Luisa: traía en una mano la taza de café y en la otra un manojo de flores.

—Buenos días, primo —me dijo con su genial dulzura.

Yo estaba muy prevenido contra ella; me había propuesto no dirigirle la palabra; pero aquella mujer me desarmaba con su ademán sencillo y candoroso

y con las vibraciones penetrantes y avasalladoras de su voz.

—Buenos días, prima —le respondí casi maquinalmente, poniéndome de pie.

—Eres muy madrugador.

—No tanto como tú, pues supongo que habrás dormido menos que yo.

Y la miré fijamente para sorprender algún rastro de sus devaneos.

Ella bajó los ojos al tropezarse con los míos, según tenía por costumbre; y pude notarle entonces los círculos amoratados que dejan las malas noches.

—No he dormido nada: toda la noche te he oído meciéndote en el chinchorro; cuando llamaste a *Tigre*, estaba despierta, y habla sentido pasos en el corredor.

Estas palabras acabaron de confirmar mis sospechas; un relámpago cruzó por mi mente; una ola de sangre me invadió el cerebro.

—¿Y sabes tú lo que sería?

—Seguramente los gatos.

Es agregar a la falta de cinismo—pensé—. ¡cómo miente! Está tranquila, casi serena.

—¿Cómo me pesan hoy esos juicios ligeros?

—¿No tomas el café?

—Sí, dámelo.

En dos sorbos escurrí la taza y se la devolví.

—Gracias, Luisa.

—Te traje estas flores. ¿No eres amigo de flores?

—Sí—la contesté con amargura—. Las flores tienen mucho del amor de las mujeres, Así como ellas abren

su broche con el primer beso de la aurora, las almas femeniles, débiles y tornadizas se despiertan con la primera caricia, se calientan al fuego vivificante de una pasión y, como la flor que se deshoja, las tibias brisas de la noche se llevan promesas, juramentos y recuerdos: para la mujer, la poesía de la vida sólo tiene un capítulo: el olvido.

Pareció extrañarle este reproche; yo mismo comprendí que no tenía ni derecho, ni razón para increparla.

—Entonces, me las llevo.

—No—la dije, volviendo de mi arrebató—, las dejas: tú las has traído para mí, y aquí, sobre esta mesa, se morirán; después las guardaré; las llevaré conmigo, y a ellas, mustias y silenciosas, contaré mis cuíitas cuando esté lejos de ti.

—¿Y cuándo te vas?

—Muy pronto; quizás más pronto que pensaba: me siento mal.

—El desvelo; mañana se te habrá pasado y estarás mejor. ¿Quieres leche?

Me había vencido su dulzura sin igual; yo no había oído nunca aquel lenguaje, tan lleno de naturalidad y gracia; aquella voz suave, y aquella mirada suplicante y tierna, eran un himno cantado por las vírgenes en coro, cuando toman el velo las novicias.

—Sí, dame la leche.

.....

XVI

Estaba más tranquilo y me volví al balcón.

Ya comenzaban los peones a venir por los instrumentos de labranza.

Uno sacaba los bueyes del corral y con pereza ingénita comenzaba a enyugarlos para el arado, silbando un golpe.

Otro uncía dos bueyes pintados a la zorra, cantando una copla picante.

Aqué! enjalmaba un burro, obvio.

Al pie del guayabo que está en el desborde de la regadera, estaban seis u ocho, unos amoliando los machetes, otros las escardillas.

Y en el campo, en un océano de esmeralda, matizado de penachos grises, los cortadores segando las cañas para la molienda del día.

Dejé vagar los ojos por las vegas, hasta que se perdía la vista en las cañas amargas y las guaduas que sirven de dique a las crecientes del Túy, ancho, profundo y majestuoso, aun así prisionero entre juncos y bambúes.

Volvíme luego a la derecha, a las altas cumbres coronadas de brumas, blancos penachos que adornan la frente de esos viejos de la América, los enhiestos Andes.

Allá, distinguía junto al guamal, la roza recién sembrada y el rastrojo abandonado.

Más abajo platanales; más arriba un erial, un cal-

cáreo, en cuyo agudo pico se mecía impasible un cují blanco, soberbio dominador de la esterilidad en nuestra zona.

Y a la izquierda los pimpollecetes gamelotales del potrero; las gramas del arroyo y los guácimos destacados sobre aquella alfombra verde, como cazadores desplegados en líneas sinuosas.

Sobre una pequeña colina se veía el carbonizado tronco de un ñaure, cubierto aún de ceniza: lo tomé por una res, y al informarme un peón qué era, cuando ya se iba, salió cantando:

Me gusta ver una negra
vestida de muselina,
parece troncón quemado
con camisón de ceniza.

XVII

XVII

Pernucho me trajo la leche.

—Papá está muy bravo, porque Luisa le dijo que usted no había dormido anoche, porque *andaban unos pasos* en el corredor.

—¿Con que Luisa ha dicho eso?

—Sí, señor

—Luego no era ella—pensé—. ¿Y qué agregó tu papá?

—Que usted ha debido contárselo anoche mismo para averiguar lo que fuera. Mi papá viene ya para acá.

En efecto, mi tío entraba en ese momento.

—Has debido enterarme anoche mismo de lo que pasaba, para poner remedio al mal.

—No lo juzgué de importancia, tío ; llegué a figurarme que pudiera ser aprensión mía y no quise quedar en ridículo formando un escándalo sin necesidad.

—Muy mal hecho... Es esta la primera vez que tal sucede en mi casa ; y como tú habías llegado ayer, han podido creer que tienes dinero y que sería fácil robarte.

—Puede ser ; pero ya eso pasó y no hay que pensar en ello.

—Bien ; pero que no vuelvan a ocurrírsete semejantes tonterías. Vamos al trapiche.

XVIII

Aquella explicación acababa de tranquilizarme ; pudieran ser ladrones ; pero si se trataba de mí, ¿por qué era yo la causa del retardo ?

En fin, pudiera ser que trataran de robar a mi tío, y que mi venida hubiera estorbado el plan.

De todas maneras, no era para descuidarme.

Junto al burro del trapiche estaba Casiano, el mayordomo.

Su presencia no me hizo tan buen efecto que digamos ; y juzgo que la mía tampoco le cayó muy bien.

Al presentármele mi tío me miró de soslayo, balbuceó alguna frase incorrecta y se fué para la sala de pailas.

—¿Qué te parece el trapiche?

—Es de lo mejor que he visto por aquí. ¿Cinco caballos, no?

—Sí, cinco.

—Más de lo que usted necesita.

—¿Cómo?

—¡Ya se ve! ¿Cuántos tablones tiene usted?

—Cincuenta.

—Pues este es trapiche para el doble.

—No lo creo.

—Se lo aseguro y se lo pruebo: usted pierde lo menos seis horas diarias de molienda.

—Efectivamente: pero es porque la parrilla no me alcanza.

—Pues le falta parrilla.

—Gasto mucha leña.

—Le comprendo; entre nosotros se montan vapores como quien se compra camisas hechas; ninguno está bien calculado. Le respondo que con un excedente de veinticinco por ciento sobre sus gastos actuales, muele usted cien tablones.

—¡Ay, sobrino! Mira que yo soy perro viejo, y perro viejo late sentado. Yo eché los dientes en esto, sembrando cañas, ¿qué puedes tú enseñarme?

—Yo no trato de enseñarle nada, tío; hago una observación y nada más: usted es muy dueño de dejar las cosas tales como están, y de hacerlas como guste.

—Me parece lo mejor. Vamos a las pailas.

—Vamos.

La sala estaba como todas las del país: sin ladrillos, llena de hollín y de pegotes de miel.

—Es ésta una buena parrilla.

—No lo creo.

—Es nueva.

—Sí, pero de adobes crudos ; ésta no resiste cinco meses de fuego sin derretirse.

—¿ De qué es mejor ?

—De mampostería, se entiende.

—Sí, pero es más cara.

—Pero dura más. Siempre están ustedes los agricultores economizando ; pero ninguno entiende la verdadera economía. ¿ De qué era su parrilla anterior ?

—De mampostería.

—¿ Cuánto le costó ?

—Tres mil pesos.

—¿ Y le duró ?

—Ocho años.

—Y ésta, ¿ cuánto le cuesta ?

—Mil pesos.

—Y le durará seis meses ; pero calculémosle un año ; al cabo de los ocho ha gastado ocho mil pesos ; si la hubiera usted hecho de mampostería, habría economizado verdaderamente cinco mil pesos. Así es como se calcula, tío.

—Pero yo tenía tres mil pesos.

—Eso es otra cosa.

En tanto, mi tío había cogido el remillón y había recorrido los tres fondos que estaban hirviendo.

Se fué al de boca y quitó cachazas y puso cal ; vino al siguiente y lo espurmó ; pasó al otro y le hizo periquitos.

—Todavía no hay mariposa ; pero ya éste estará de pasar a la tacha.

—Y bien, tío ; dígame, usted que es perro viejo, ¿ a los cuántos grados Beaumé cristaliza la miel para azúcar ?

—Yo no sé ; yo sólo saco papelón.

—¿ Y para papelón ?

—Cuando da mariposas.

—Pero, ¿ a cuántos grados de mariposas ?

—¡ Qué sé yo !...

—¡ Ah !...

—Vamos al alambique.

—Vamos.

Allí todo estaba lo mismo que en todas partes : sucio, hediondo y oscuro.

—¿ Por qué no da luz a esto, tío ?

—Porque dura mucho la fermentación.

—Pero la luz no influye nada en esta operación química ; usted, que es perro viejo, debería saberlo.

—Esa es teoría, Carlos ; yo soy hombre práctico. Sé que si tapo con fardos los pipotes, fermenta el guarapo más ligero.

—Pero, señor perro viejo, al taparlos sólo consigue usted calentarlos más, y es por eso que se precipita la fermentación. La luz no influye en nada. Usted puede calentar esta sala a su satisfacción, pues tiene ahí las cañerías de los fondos de la tacha y del vapor, excesos todos del calor que pueden tonificarle su bacteria y precipitar la fermentación.

—¿ Alguién va a gastar dinero en eso ?

—Ahí está el mal : en que no quieren hacer las cosas

en regla. Estoy seguro de que si usted llama a un ingeniero que le arregle su oficina tal como debe estar, y le pide quinientos pesos por montársela, usted se espanta, y llama a cualquier bicho que se la monte mal por cincuenta pesos.

—Esa es teoría, Carlos, esa es teoría; yo soy práctico.

Dimos la vuelta por la bagacera, y al pasar por un camino de bachacos que iba por entre las escobas, exclamó mi tío:

—Hoy llueve.

—¿Por qué lo sabe?

—Porque los bachacos se están mudando.

—¿Y esa es una regla?

—Infalible; nosotros, los agricultores prácticos, tenemos nuestro almanaque, que no dice mentiras como el de los Rojas; cuando el bachaco se muda y la hoja de la yuca se amortigua, hay lluvia segura.

—Me alegro saberlo.

XIX

Me fuí a la mesa rumeando la lección de meteorología que acababa de darme mi tío, que, a fuer de perro viejo, debía saber tanto de eso como de su profesión.

Provocan a risa estos agricultores prácticos por sus necedades, y terminan inspirando compasión por sus torpezas.

Se reducen a una vida miserable; condenan a ella a toda su familia; hipotecan las fincas; juegan el por-

venir de sus hijos y no pasan de ser esclavos del comercio.

Mi tío era de los que no se ponían zapatos en muchos años; jamás gastó una muda de ropa que la costara cinco pesos, y murió ahogado en sus propios compromisos.

¡Es una bendición ser agricultor práctico!

Mi tío Pedro llevó sus economías hasta poner una pulpería en su propia casa, y cuando necesitaba algo la familia, se le acercaba la cocinera:

—Don Pedro, un centavo de cominos. Don Pedro, un cuartillo de manteca. Don Pedro, cuatro centavos de sal.

Y salía don Pedro muy orondo, con su manajo de llaves, a venderle a su propia cocinera.

Cierta vez, una de ellas, pues las mudaba mensualmente, le pidió la ñapa, después de un gasto de nueve centavos, y le dió por respuesta un...

—¡Váyase usted al infierno!

Mi difunta tía tembló ese día; lloró, rabió y hubo una del demonio, por aquellas palabrotas tan sucias que salían de la boca de su esposo, a quien ella juzgaba un santurrón.

Entonces estaban recién casados, y no había podido todavía meter el gallo al saco: poco después se convenció de que no había más remedio que amainar; y cuentan las malas lenguas que cuando la buena señora agonizaba le soltó un terno al cura que la auxiliaba, terno tan soberano, que hubo de exclamar la moribunda:

—¡Ay, Padre! Genio y figura...

—Por fortuna, ya usted se va—repuso el fraile.

XX

El desayuno había sido sólido: devoramos una escudilla de fríjoles amanecidos, un revoltillo de chorizos, algunas arepas y mucho café con leche.

Confieso francamente que estos desayunos me encantan; lo único que me disgusta en Caracas son esas colaciones matutinas de una rebanada de pan con mantequilla y un dedal de café con agua-leche.

Al levantarme de la mesa, me toqué el estómago con satisfacción, cosa que me sucede con frecuencia, porque en los primeros años del terror guzmaniaco estuvimos en casa viviendo a puro maduro sancochado con leche hervida.

La humanidad encuentra siempre placer en la venganza; yo soy cruel en las que se refieren al estómago.

Además, como mi vida ha sido un zig-zag, de vertiginosas alternativas, he creído que los buenos tiempos deben aprovecharse; y es por eso que el día que me junto con dos pesos, bebo brandy y almuerzo en «Saint Amand»; y el día que estoy corto, bebo amargo y me despacho en los ventorrillos del Mercado.

Mi tío Pedro y demás de casa lo habrán hecho también como yo; a tal punto que al levantarnos me dijo el viejo:

—Ahora, sobrino, a ensillar la muleta y a la *Fundación*.

Mientras Bartolo, un sobrino de Casiano, enjaezaba la amarilla, entré en mi cuarto a arreglarme.

Luisa fué a saber si se me ocurría algo.

—Sí—le contesté—; quiero reconvenirme por haberle dicho a tu padre lo que anoche sucedió.

Este era un rasgo de hipocresía: bien se comprende que en el fondo yo estaba satisfecho, porque me había disipado una duda, o al menos, parte de ella.

—Era mi deber. ¿Y te vas ahora?

—Sí, prima; para regresar a la tarde.

—¿Te aguardo a las dos para el dulce?

—No te respondo; pero haré lo posible por complacerte.

—¡Ya ves! A otra le ofrecerías venir, y vendrías; pero a mí, no quieres complacerme.

—Eso no es cierto; quién sabe si otra se atrevería a exigírmelo...

—¡Es verdad!... yo no tengo derecho...

—Sí lo tienes más que ninguna otra, porque yo te lo doy.

—Gracias; no merezco...

—Hay más, a las dos estaré aquí.

—Gracias, Carlos; ahora quiero otro favor.

—¿Cuál?

—Que uses este relicario de la Soledad, que llevo desde pequeña. ¿No te gusta?

—Si he de serte franco, querida Luisa, la Soledad es mi inseparable compañera desde hace muchos años; la llevo aquí, en el corazón, y aquí, en el cerebro; no

he hallado nunca quien comparta conmigo ni mis afectos ni mis ideas. En cuanto a los primeros, dicen que no los tengo, porque el afecto brota espontáneo en el hombre: yo soy áspero, y mis caricias deben llevar la salvaje poesía de la rudeza; respecto a las segundas, paso por loco, exagerado y corrompido, porque uso un patrón para mis actos: la razón.

Luisa me veía como ensimismada: quizás ella, violeta escondida en los feraces campos del risueño Túy, vivía como yo en la soledad del alma.

—¿Luego lo aceptas?

—Como un recuerdo personal tuyo; como un objeto querido para ti, que te acompaña desde la niñez, lo acepto; y lo conservaré mientras exista.

—¿Y no le rezarás?

—No, mi vida; no sé rezar.

Quiso ponerme la mano sobre los labios: yo se la tomé con pasión y la di un beso.

Huyó... huyó...

Tal se pega la sensitiva al contacto humano.

Era la primera vez que el labio de un hombre rozaba su mano.

¡Cuán bellos son esos pudores de los primeros años!

Tiene entonces la mujer perfume de jazmín y lirio; y va como la maga de la leyenda, vertiendo regueros de diamantes dondequiera que posa el breve pie.

XXI

Tropezóse Luisa con mi tío, el cual entró en mi cuarto un tanto hosco.

—Veo a la prima muy inclinada al primo.

—Y hace muy bien; es justo que corresponda al cariño que la tengo desde niña; sabe usted cuánto se querían ella y María.

—Es cierto, es cierto—murmuró el viejo, como convencido—. Además, yo no mentía.

—Por otra parte, tío, no debe usted asustarse; ustedes, los agricultores prácticos, los perros viejos, dicen que el primer maíz es de los pericos; yo pienso que el primer amor de las muchachas debiera ser con sus primos.

—¡Caballerito!... ¡Vea usted cómo habla!

—No se sulfure, tío; es una chanza y nada más.

—Como chanza la acepto.

—Me alegro mucho.

Cerré la puerta: me monté en la amarilla, y corté la enojosa disquisición con mi tío Pedro.

XXII

Una vez fuera, cuando las sinuosidades del callejón me impidieron ver la casa, y a Luisa, que estaba asomada al balcón de su cuarto, me entregué a mis propias reflexiones.

Dije a mi prima, cuando me ofreció el medallón de la Soledad, que era ella mi inseparable compañera desde mi más tierna edad.

Con efecto, tendría yo doce años, cuando lei aquellos inimitables versos de Alfredo de Musset: ese poeta que sabe a champaña y a lágrimas de mujer

hermosa y sentí tal inclinación hacia ellos, llegué a querenciarme de tal manera con las bellas estrofas del poeta francés, que las llevo estereotipadas en mi memoria.

Y nada hay de extraño en eso: reposa en el fondo de nuestra naturaleza una fuerza superior a nosotros mismos, que nos obliga a buscar nuestro equilibrio.

¡La soledad! ¡Cuántas veces la he invocado en los trances más amargos de mi vida, y ha venido, como un ángel tutelar, a darme sus inspiraciones!

Luisa me dió una vírgencita, sin mérito alguno para los que, como yo, hemos perdido la fe, que es la virginidad del corazón. (Esto sabe a rancio.)

Las creencias son más ingratas que las pardas golondrinas; éstas mudan de clima, buscando calor, y tornan al nativo suelo; las creencias que se van no vuelven nunca! (Esto también es rancio y ajeno.)

Como las más huyeron, hace, ¡hay!, tantos años, yo he llegado a preguntarme repetidas veces si la fe sirve para alguna cosa.

Un filósofo belga, de la escuela ecléctica, dice que la duda es el principio de toda creencia.

Como Descartes, yo pudiera construir un sistema sobre esta base: ¿Qué creo yo? — ¡Que no creo nada!

Y así como no sé si la felicidad está en creer; ignoro si la desgracia está en la duda.

Alguien nos enrostra que vivimos del acaso porque negamos esa mano de chisgarabís que se mete en todos los asuntos humanos.

Falso : nosotros no creemos ni en el acaso : la existencia tiene leyes inmutables, fijas, eternas, que se cumplen tan espontáneamente como se desarrolla la planta, como se agosta la flor, como se secan los arroyos.

Y como las raíces de los árboles parten de un solo tronco, es en el principio único de todas las existencias que se enlazan las distintas manifestaciones de la vida.

Las doctrinas filosóficas del ascetismo y los claustros conventuales pasaron con la época contemplativa de la Humanidad.

Hoy obedecemos a otro orden de principios : la vida tiene una causa, que es la vida, y un objeto, que es vivir.

El reino de la materia se extiende a pesar de todo : el alma, el espíritu, que los escritores religiosos presentaron como un flúido intangible, no es más que una modalidad de la materia.

La máquina animal es un piano de Pleyel : tiene alambres que producen distintas notas : el mérito está en la afinación, cuando se trata de los hombres, y en la envoltura, cuando se refiere a las mujeres.

Por lo demás, la vida es como aquellas fiestas paganas en que los creyentes se coronaban de flores, y al son de músicas sensuales hacían sus sacrificios.

¡ Si hay que sacrificar algo, que sea lo de menos valor, y a gozar !, ¡ a gozar ! que tras de nosotros viene la Pelona con su guadaña, y no sabemos si este polvo miserable pueda servir para otra envoltura humana !...

XXIII

Había subido ya los primeros repechos de la cordillera, y al detenerme en una meseta, a la sombra de un cedro, volví la vista al valle.

¡Cuánto lujo de mi vida en aquella vegetación! Perdíanse a lo lejos, en las quiebras de las vertientes, las vegas de mi tío Pedro; los cañaverales se mecían blandamente, y adivinaba, que no oía, el susurro de la brisa en sus intrincadas calles.

Allá, muy abajo, estaba la casa, y más abajo todavía, el torreón del trapiche, las chimeneas del vapor, lanzando al aire su aliento poderoso.

Tomé de nuevo el camino y seguí trepando las empinadas cuestas, salvando los barrancos y las cañadas.

Por fin llegué a la cumbre, y a poco columbré a lo lejos, perdida en los guamales, la blanca casa de mi tío Nicolás.

Deseché, siguiendo el camino, los calientes hormigones, y fui a desmontarme a la trilla inerte y empolvada ya, porque había hecho su labor.

La sirvienta vino a abrirme, sonriente y contenta, cual si llegara uno de los niños de la casa. Vestía su fustán de zaraza morada a listas; blanca camisa de algodón, el pañuelo de madrás al cuello, y el delantal de crudo, y traía la escoba en la mano.

—¡Gua, niño! Desde anoche le estamos aguardando; don Nicolás creía ya que usted no vendría hoy,

y salió al campo : debe estar en el tablón de San Eustaquio, o en el Algarrobo, pues ahí están resemebrando. Si usted quiere ir allá...

—No, Gracia ; aguardo aquí a mi tío.

Gracia había recostado la escoba en el pretil, y como para disculparse de haberme recibido con aquel instrumento, me dijo llena de pena :

—Estaba barriendo... A don Nicolás no le gusta ver nada sucio.

—No hay cuidado, Gracia ; sigue tu oficio.

La casa parecía, como vulgarmente se dice, una tacita de plata ; todo estaba limpio y en orden, sin echar de menos a la buena señora de mi tío, que por el momento estaba en Caracas.

En la mesa redonda, que ocupaba el centro de la sala, había periódicos.

—Vaya—me dije—que mi tío Nicolás se permite este lujo ; mi tío Pedro no sabe aún lo que es un periódico.

Y me puse a registrarlos : *La Opinión Nacional*, el *Diario de Avisos*, *La Ilustración* y el boletín de la *Agencia Pumar*.

No era muy amplio el repertorio, pero no dejaba de ser significativo.

A *La Opinión* se suscribían en Venezuela, en el Gobierno del terror, por saber cuándo le llegaba su turno al suscriptor.

El *Diario de Avisos* es ácimo, como pan de consagrar.

La Ilustración es un periódico extranjero, barato, y circula mucho en el país ; es una «especie de agua-

ducho poético», como dijo Venancio González; periódico de mala vida literaria, pedestal de todas las nulidades de la América española.

No sé por qué no cuenta entre sus colaboradores a aquel Sr. Tarrio de Bueno, gallego por más señas, que publica biografías por esta tarifa:

Con retrato, 40 pesetas.

Sin retrato, 30 pesetas.

Con reflexiones filosóficas y políticas, 25 pesetas.

Sin ellas, 20 pesetas.

Y en cuanto al boletín de la *Agencia Pumar*, es una publicación muy útil, que para mi tío Nicolás tiene, además, el mérito de salir del centro del lirismo venezolano; pues al pobre Pumar le sacrifican a sandeces y sinfonías políticas sus buenos amigos, los sujetos aquellos que yo me sé...

En un estante de estilo caraqueño había varios libros: *El Agricultor Venezolano*, *Le Terrage* (lo cual indica que mi tío masculla el idioma de Molière); un *Diccionario*, de Salvá; *Los Esplendores de la Fe*, de Moigno; *Jesucristo*, de Augusto Nicolás; *Manual de Historia Universal*, de Juan Vicente González, y un paquetito de periódicos, atados con una trenza azul.

Abrílo y me hallé con *El Herald*, de Juan Vicente González, y marcados al margen, unos sueltos editoriales en que le echaban bombo a mi tío porque había derrotado con la fuerza veterana a unas partidas federales desarmadas.

Su filiación política, pues, estaba en evidencia.

¡Qué contraste!—pensé—. Nicolás se levanta. Pedro se hunde. ¡Destino caprichoso!

XXIV

Mi tío no se hizo esperar mucho ; me dió un abrazo estrecho, efusivo ; me felicitó por mi grado y por un artículo que había publicado en estos días sobre meteorología.

—Siéntate—me dijo— ; vengo empapado y voy a cambiarme los zapatos.

Le obedecí, arrellanándome en una mecedora de bejuco, de las llamadas de Viena, que se columpiaba suave, agradablemente, sobre el entablado de pichit-píne.

Frente a mí había dos cuadros bellísimos, en litografía, copia de uno que, según me dicen, está en el Museo de Versailles ; son, *Avant l'attaque (le matin)* *Après l'attaque (le soir)*, episodios militares que encantan.

A la derecha, dos cromitos, franceses también : dos episodios de la guerra con Prusia.

A la izquierda, una litografía inglesa de cerca de un metro, una *Niobe* bellísima haciendo juego con un *Moisés* de la misma procedencia y talla.

Volví la vista y me hallé con un cromo francés, firmado *Daury* : el brindis de *Traviata*, y me pareció escuchar aquella música voluptuosa, báquica, que enardece la sangre, y jugando con éste, el retrato de Bolívar : el cromo que repartió aquel periódico callejero, y de la mala vida también, llamado *el Latino-americano*.

Quizás, y sin quizás, aquello no valía gran cosa, pero al menos acusaba cierto gusto por el arte, que honraba a mi tío.

—¿Qué te parece esto?—me preguntó, enseñándome los cuadros militares.

—Muy bellos, tío; pero no me gustan; usted sabe que yo no quiero nada con fusiles.

—¡Quiá, hombre! No digas eso, que tu padre era un valiente; una vez, lo recuerdo como si fuera ayer, cargábamos los dos, él, con la columna *Orituco*, y yo, con el *Convención*, sobre unos ochenta federales armados de palos, que estaban en Santa Lucía, y no nos resistieron cinco minutos. Se fueron sin disparar un tiro y sin hacernos un muerto.

—Ya lo creo, tío; si eran ochenta y estaban desarmados...

—Es que con nosotros no se jugaba.

—Pero se juega.

—¡Ah! Porque este pillo de Guzmán ha corrompido el país; pero deja que mordamos una alita y caigan en nuestro poder unos fusiles...

—Tío, ¡por Dios!, déjese de mitos; ya pasó el tiempo de los chopos de piedra; ahora se usan rémingtons; y, ¿sabe usted?, la bala deja una huella del tamaño de una cuenta por donde entre y como una boca de cobija por donde sale.

—¿Cómo?

—Como lo oye, en días pasados vi un herido, un soldado a quien se le fué un tiro y le destapó los sesos; pero le cabía el puño por el agujero.

—No seas tonto. Esos no pegan de cerca.

—No los aguardaría yo ni a mil quinientas varas.

—Porque tú eres un cobarde.

—Y me felicito de ello.

—¡Hijo de un hombre tan valiente!...

—Pero, tío, ¿cree usted que por que mi padre haya comido malojo yo debo llevar enjalma?

—Así debiera ser.

—No pienso yo lo mismo.

—Ya verás si hay alguna cosa en que estemos de acuerdo: ¿quieres tomar un trago?

—Eso no se pregunta.

—¿Qué prefieres, brandy o ron?

—Tampoco se pregunta, pues mi deber es hacerle los honores a monsieur Martell y a mîster Hennessy, antes que a Pepe Ramírez.

El tío me iba gustando; trasegaba ron y brandy, últimos refinamientos de la civilización; en *Peonía*, ni amargo siquiera podía beber, porque el pulpero no lo incluía nunca en sus facturas.

Las dosis de brandy se repitieron hasta la tercera vez; luego nos sentamos a la mesa.

Era mi deber no hacerle mala cara al sancocho de cecina, ni a la gallina asada, ni al arroz con huesecitos, ni a la mantequilla fresca y sabrosa hecha por Gracia, ni a los huevos con queso, ni a un perril de váquiro, cazado la víspera, que salía del horno gritando a todo viento: ¡Cómeme! ¡Cómeme!

Al café, hablamos del deslinde, y ya con instrucciones de mi tío Nicolás, quedó el asunto a mi absoluto arbitrio.

Después nos fuimos al cuarto de mi tío.

Revisté tres excelentes escopetas, con todos sus enseres; un cuchillo de monte, regalo del general Alcántara, aquel canillón que le echó a tierra los muñecos al compadre Guzmán; un puñal corzo y una hoja toledana que usó mi tío en sus campañas.

Hablamos naderías; llegada la hora de la siesta, nos tendimos diagonalmente, él en un moriche y yo en una hamaca, cuya apología haré cualquier día, por ser ella mi constante inspiradora.

XXV

Tigre no me había acompañado en aquella excursión. ¿Qué haría el can en *Peonia*?

Puede que se haya enamorado—me dije—: alguna conquista de mérito tendrá, pues raras veces me abandona.

Me despedí del tío Nicolás, de Gracia y de José, del mayordomo de la Fundación y, caballero en la amari-lla, me eché cuesta abajo.

Mi tío me detuvo al salir, quiso acompañarme hasta la orilla de la hacienda para hacerme algunas explicaciones.

De paso vimos las almácigas para el reciembro; unas moreras que ensayaba por entonces y un hermoso árbol de leche, de cuya resina hacían conserva en todos los menguantes.

—Tomemos este camino—me dijo—para que veas mejor lo que quiero enseñarte; llegaremos a un topi-

to desde el cual se domina todo el valle, y luego te dejaré en el camino real.

Y cuando hubimos llegado al sitio convenido:

—¿Ves—me preguntó—aquel mijagüe que está allá, sobre tu derecha?

—Sí, señor.

—¿Y aquella ceiba que está junto al grupo de búcares?

—También.

—¿Y aquella palma real, más adelante, junto al rastrojo?

—También la veo.

—Pues esos son los tres puntos en que yo quiero que se apoye la línea divisoria; pero Pedro quiere que tome la margen de la quebrada, aguas arriba, a fin de que le quede a él el dominio exclusivo de esa vertiente, aunque se perjudica en una faja de tierra de más de trescientas fanegas.

—Está bien, tío; comprendo perfectamente lo que usted quiere.

—No peleo el agua porque la necesite hoy; pero como pienso poner una trilla mecánica con descerezo cuando esté frutal la plantilla de esta falda, tengo que asegurar mis derechos.

—Es claro, tío.

Bajamos la pendiente, tratando del mismo asunto, y me dejó cerca del cedro que está en la meseta del primer repecho.

—Pronto—me dijo—cambiaré este tablón: está secándose la sombra.

Allí me detuve otra vez.

Me pareció ver a Luisa asomada en el balcón, aguardando que yo llegara.

Luisa y yo estamos aquerenciándonos y al fin habremos de terminar por ser inseparables—me decía entonces.

¡Oh! ¡Cómo me engañaba yo!

XXVI

No era ella quien me aguardaba: era Perucho, que, sentado bajo el copey que está en el callejón, se puso de pie al verme.

—Te noto quebrantado—le dije.

—Sí; porque papá me pegó.

—¿Y por qué te pegó?

—Porque me chupé una caña: míreme cómo estoy.

Y me enseñó las espaldas materialmente vueltas sesina.

—¿Qué es esto?—exclamé—. ¿Cómo se maltrata así a un pobre niño?

—Usted no botó a caramelo, barriendo su cuarto lo encontraron, y a poquito me sobaron. Yo quiero andar con usted; quiero que usted me lleve para Caracas; yo le ofrezco que si me manda a la escuela estudiaré mucho, y si me pone a trabajar, trabajaré bastante.

—Ya hablaremos de eso con tu papá.

—No, no le diga usted nada, porque me vuelve a pegar; yo me voy huído con usted.

—Ni lo pienses—le contesté—; yo arreglo eso.

—¿Pero me voy con usted?

—Sí, hijo; cuenta con que yo te llevaré conmigo.

Al mirarme mi tío me salió al encuentro, pidiéndome informes del deslinde.

Se los di y me respondió:

—Nicolás es un temerario, un terco, un miserable.

¿Por qué quiere quitarme el agua?

—No quiere quitársela, tío; busca tener en esa quebrada tanto derecho como usted.

—Pero eso es una infamia, esa agua es mía y en lo mío mando yo.

—Eso lo arreglaremos ya, tío.

—Yo te he hecho venir para arreglarlo como yo quiero, y no como él pretende.

—Pero ese negocio lo decidirá el Tribunal.

—Sobornaré al juez.

—Trate de verlo.

Y se mordió el cano bigote, de soberbia.

—Es mucho—decía como hablando consigo mismo—, que viva como un perro y que no pueda disponer de mi propiedad; ¡siempre un bandido, robándose el trabajo ajeno!

Y se paseaba a grandes trancos por el corredor.

Carmelita vino a traerle una taza de café tinto y al verla, la gritó.

—Quítate tú también, pedazo de trastajo, si no quieres que te mate.

—¿Por qué me trata usted así, viejo atrevido?

—Calla, grandísima... vagabunda; más vieja será tu abuela.

—La suya—gritó Carmelita, arrojándole al rostro la taza de café.

—Aguarda—gruñó el tío al sentirse quemado y humillado, y echó a correr tras ella.

Enredóse el traje de la mujer en el desvencijado tinajero; y en el tirón, al mismo tiempo que dejaba media enagua, se vino abajo el mueble ruín, rompiéndose la piedra en mil pedazos y pulverizándose por completo la apollada madera.

Yo me había parado en la puerta de mi cuarto a presenciar los toros.

Carmelita seguía corriendo y gritando adelante; mi tío detrás.

Así le dieron dos o tres vueltas al corredor, y como al fin tornase a enredarse en las enaguas la de adelante, dióle caza mi tío asestándole tamaño puñetazo, que dió con ella en tierra.

Metióle luego un puntapié por las caderas, gruñendo en su agitación:

—¡Mujer y mula por la cintura!

Cuando se hubo retirado de ella, me acerqué a prestarle mis auxilios; abrió los ojos, dió un pujido, más que un quejido, y al mirarme me dijo:

—No sea usted entrépito: no se meta en lo que no le importa.

Entonces dije para mí:

«¡Mujer y mula por la cintura!»

XXVII

Mi tío se había ido para el trapiche, a acabar de pasar su furia; Carmelita se arrastró hasta su cuarto y yo entré en el mío, que estaba convertido en campo de Agramante.

Una gallina se había subido a mi cama, y hecho nidal en mi sombrero de jipa, el mismo de bautizar; pero, seguramente antes de instalarse allí, sobre la propia firma de J. A. Arévalo y Compañía, parece que anduvo por la mesa y volcando el tintero, me manchó todo el papel Bristol que llevé para mis planos.

Las pecheras acartonadas y brillantes de mis camisas estaban hechas un mosaico, en que andaban las huellas enlodadas de la gallina, y las terrosas manos de la gata, de aquella *Lila* con que jugaba Fernando, el *fiado* de mi tío Pedro.

Mas no era eso todo.

Una marrana chinchada que Andrea engordaba para comprar el traje del Corpus, se había dado el gusto de rodar mi teodolito por todo el cuarto, y después que destrozó el fardo que lo envolvía, se dió a romper la cerradura de la caja.

Y es el caso que el instrumento no era mío; me lo había prestado Muñoz-Tébar, cuando aún no pensaba en ser candidato chasqueado.

¿Con qué cara me le presentaría yo al sumo pontífice de los ingenieros, si el instrumento pasaba a la historia?

Era capaz de condenarme a la propia suerte del puente de Guanábano, y no estaba entonces, como no estoy ahora, muy dispuesto a desplomarme y caerme.

Había más todavía.

Lila, que había parido en esos días, andaba mudando sus gatitos, y no encontró mejor refugio que uno de mis bolsones, en que estaban mi ropa interior y mis pañuelos de mano.

Y es lo peor, que no había lugar a queja; en Venezuela se cree generalmente que una casa de campo implica desaseo, y esa comodidad de vida con los animales domésticos, que las da el aspecto del Arca.

Malas mañanas que serán siempre una rémora al progreso; porque el dejo y el descuido, lejos de levantar, deprimen la condición humana.

XXVIII

Todo tiene su compensación.

Tras de aquellas escenas brutales y asquerosas, me reservaba mi suerte a Luisa, que vino a traerme el dulce de mamey.

Llevaba un traje blanco con orlas negras, y la desazón del insomnio, que la produjo un fuerte dolor de cabeza, la obligó a ceñirse las sienes con un pañuelo.

Parecía una Carlota, con la imperial diadema sobre la frente; al mirarla, me puse de pie y quise exclamar:

—¿Salve Regina?

Sonreía de una manera más dulce y más triste que de ordinario; en su pálido semblante había como tintes de bochorno, acaso por el espectáculo que acababan de dar su padre y su madrastra, acaso por el lastimoso estado de mi cuarto.

—¿Cómo te fué?

—Bien, gracias. ¿Cómo has pasado el día?

—Mal... Te dilataste mucho.

—Sí, buscando a *Tigre*.

—El no fué contigo.

—Pero creía que me había seguido.

—Yo lo tuve preso; de ahora en adelante debe estar conmigo.

—Como gustes, prima; pero por no habérmelo avisado, voy a castigarte.

—¿No comes el dulce?

—¿Cómo no he de comerlo, si lo hiciste tú?

—¿Cómo me castigas entonces?

—No entregándote un regalo que te traigo.

—A ver, ¿qué será?

—Un par de pichones de paloma... Son dos tortolitas sencillas como tú, que me dieron en la *Fundación*, y que quiero que críes para que te acuerdes de mí, cuando se arrullen en su nidito de pajas y plumas; en esas horas benditas en que el amor baja como el rocío a poner en todas partes un germen de vida.

Luisa me miró fijamente; tomó el nido con los pichones y luego dijo, al ponerlos en el ahuecado delantal:

—¡Qué bonitos! Y la madre, ¿qué se haría?

—La madre—dije—llorará por ellos como yo he de llorar por ti...

—Eso... eso lo cantan aquí.

—¿Cómo dicen?

«Toma, niña, esta paloma;
que del nido la cogi:
su madre quedó llorando
como yo lloro por ti.»

Había tal gracia en su expresión, tal ritmo en el timbre de su voz, que hubiera querido devorarla a besos.

—¿Tú llorarás por mí?

—Sí; pero tú... tú te irás, Carlos, y no volveré a verte...

—Sí me verás; y me verás para siempre.

Sonrió tristemente; balanceó la cabeza sobre los hombros y me contestó:

—Para siempre... para nunca, será mejor.

XXIX

Carmelita, después del sopapo que le asestó mi tío, rebujaba toda la casa.

Tiraba muebles contra el suelo; sacudía colchas y sábanas; volteaba baúles y amontonaba vestidos.

—¡Me voy!—gritaba—, ¡me voy de esta casa! Bien decía yo que este maldito viejo trataba de lucirse delante del sobrino. ¡Miren ustedes!, ¡pegarme a mí, que soy tan señora de mi casa! ¿Por qué no le pegará a sus hijas? Yo no soy su esclava; y de serlo,

tampoco me dejaría maltratar, porque a mí ningún hombre me ha pegado. El lo hace válido de que soy sola ; si yo tuviera quien viera por mí, otro gallo le cantara. Miren el perro del viejo, tan requetegrosero...

Y mi tío, que no se dormía en las pajas, andaba en las mismas por el trapiche.

Insultó al mayordomo y a Bartolo, el sobrino ; le dió con un bagazo a una emburradora, y le rompió la cabeza a un chico.

—¿Qué diablos tendrá mi tío?—le pregunté a Andrea.

—¿Y a usted qué le importa saberlo?

—¿A mí?... nada. Doy a usted las gracias.

—Usted dispense.

Y se largó a soplar un anafre en que calentaba las planchas.

Indudablemente, a mí no se me hacía allí una recepción unánime.

¿Serían otros venezolanos que no los mismos que se las hacían a Guzmán?

El mayordomo y su sobrino, Carmelita y Andrea, es decir, dos para dos, me hacían la guerra.

Sus razones tendrán—pensé—.

Y me fui al patio a conversar con Perucho, que estaba muy amoscado junto a una mata de bellísima.

—Avíspele, amigo—le dije cariñosamente.

—Esto me duele mucho—y quiso llevarse la mano a la espalda.

—¿Y no te has hecho un remedio?

—No señor.

—¿Por qué?

—Porque no tengo quien me lo haga: como mamá murió...

Aquellas frases partían el alma.

—Pues bien; vete donde Luisa y dile en mi nombre, que te cure.

—Ella está también enferma.

—No importa; ve a curarte y vuelve con ella, si puede salir.

—¿Y usted me lleva a Caracas?

—Sí, hijo.

En esto venía mi tío, hecho un toro.

—¡Casimiro!—gritó a un muchacho—, sácame un poco de zumo de cocuiza para curar a Perucho.

—Es cuanto cabe—pensé—. ¿Cómo vienen al mundo hombres tan brutos?

XXX

¡Ah! ¡La santidad del hogar!

¡Qué de farsas hay en estos desgraciados pueblos de la América!

Los resabios del despotismo español, de esa civilización que arrancó de los fúnebres cerebros inquisitoriales, han echado profundas raíces aquí.

Nosotros tenemos dentro del hogar una dictadura odiosa, escuela donde se forman siervos para las dictaduras políticas.

Los hijos se levantan bajo el látigo; sistema más propio para producir esclavos para las tiranías que para crear ciudadanos a la República.

Ningún padre tiene en cuenta el carácter nacional; ninguno piensa que bajo esa vivacidad y esa altivez de los venezolanos, hay un fondo de bondad que nos enaltece.

Es un contrasentido que a un ciudadano se le lleve a la cárcel porque viole el derecho ajeno pegándole a otro ciudadano, mientras un padre, por el solo hecho de serlo, maltrata a su hijo, violando el doble derecho de hombre y de niño, que reclama protección por su debilidad.

Pero, ¿quién le pone el cascabel al gato?

Contra padre no hay razón, se dice generalmente, y de puertas adentro, no he visto cosa mejor que ser padre para tener a quien maltratar.

Mi tío Pedro era un soberbio animal.

Cuando José, su hijo mayor, muerto prematuramente, fué al colegio, dió mi tío notaciones de no tener seso.

Ya se sabe que nuestros colegios no son más que un *negocio* productivo; si bien los maestros dicen que se sacrifican por sus discípulos, y que éstos contraen deudas sagradas de gratitud para con sus segundos padres.

No sé cómo puede uno ser deudor de quien le maltrata.

Mi padre le recomendó al Colegio donde yo estaba, que decían ser el mejor.

Era el director un hombre de buena edad: cuarenta años contaría a lo sumo; fué tenedor de libros en una casa mercantil, y luego se hizo maestro de escuela.

la: su clientela le llevó a hacerse director de un colegio.

La educación mercantil de este señor, educación recibida ahora treinta años, hace comprender perfectamente que no tenía ni cursos científicos, ni esa instrucción general, nacida con el espíritu del siglo, que habilita al hombre para tener todas las carreras.

Además, es un punto convenido que sólo las medianías se dan a la labor de enseñar: para los talentos superiores no tiene atractivos lo que nunca cambia, porque el progreso es el movimiento.

«Una cátedra en la Universidad tiene aliciente: ella envuelve algo de levantado que ciñe aureola de gloria, y deja huellas en las generaciones, porque sirve a una causa, enseñando los principios de una escuela».

Era, pues, el director un hombre inculto, adocenado, vulgar; que llevaba en el corazón la espina de preocupaciones sociales a que debiera ser extraño.

Era, como dicen los teólogos, un *hijo del pecado*; y el muy imbécil pagaba su tributo a las debilidades humanas, odiando cordialmente a los hijos *legítimos*.

¿Qué culpa tendría él de que su madre no hubiera sido casada con su padre?

La misma que teníamos nosotros de que los nuestros hubiesen llenado ese precepto social.

Mi padre le profesaba singular cariño, porque decía que me había «amansado» y se lo recomendó a mi tío Pedro, porque era José recio de carácter, como yo.

—Este muchacho—le dijo mi tío—es un facineroso; tiene vicios (¡vicios a los doce años!) que es preciso

que olvide ; a usted le toca esa tarea ; se lo entrego, y sepa usted que si lo mata, bien muerto está.

Y no se inmutó después de ese discurso, que no se oye ni en boca de caníbales.

—Yo quiero—añadió—que estudie y que haga oficio a un tiempo mismo ; procure usted que barra toda la casa, que lave los platos, ponga la mesa, etcétera, etcétera y que no salga a la calle.

El otro no se hizo esperar mucho ; además de la pensión ahorra un sirviente.

Y el pobre José fué la burla de todos los compañeros. A las cinco de la mañana estaba de pie, con la escoba y la regadera, y cuando iba a tomar parte en nuestros juegos, no faltaba quien le dijera :

—Vete, que aquí no queremos sirvientes.

Iba a misa los domingos, como íbamos todos ; y cuando se nos mandaba a paseo, él se quedaba en el colegio rayando el papel para las planas de todos los demás.

Yo, como primo suyo, me compadecía de él y le buscaba a menudo para conversar. Un día me lo prohibieron terminantemente, so pena de que podía corromperme.

Aquellos vejámenes, aquel rigor exagerado, los soportó durante un año.

Cierto día me confesó que pensaba fugarse y que acudiría a mí para que le ayudara. Le facilité un par de alpargatas y cinco pesos, con los cuales tomó el camino una mañana, domingo de Pascua, por cierto.

Desde entonces fué un hijo perdido para mi tío.

Le persiguieron y hubieron de capturarle ; pero él,

fuerte y con una entereza de carácter impropia de su edad, se defendió valientemente.

Fué entonces cuando recibió el golpe sobre el pulmón, que le llevó a la tumba siete meses más tarde.

¡Y todas estas cosas se hacen por nuestra felicidad!

Ingenuamente lo confieso : cuanta amargura llevo en el corazón la adquirí allí, en el colegio ; porque la humillación no abate los caracteres bien templados : los levanta.

Después de todo, yo les preguntaría a mis padres y a mis maestros :

—¿Habéis logrado cambiar mis condiciones generales? ¿No habéis perdido miserablemente vuestro tiempo?

Cuando se palpan estas úlceras sociales se encuentra la causa del malestar en nuestro pueblo y se justifican los despotismos.

En vano haremos Constituciones políticas si no educamos ciudadanos altivos.

El vigor de las naciones tiene su origen más en el temple moral que en la fuerza física de sus ciudadanos.

Y con qué seriedad nos dicen estos maestros brutos :

—Nosotros somos vuestros segundos padres ; vuestra gratitud nos está empeñada hasta más allá de la tumba, porque los sacrificios que os hacemos no se compensan con nada.

Bergantes.

¡ Oh, costumbres bárbaras !

¿ Cuándo pasaréis ?

XXXI

Yo estaba en un aprieto.

Mi tío, seguramente, iba a hablarme de aquellas escenas desagradables, y yo tendría que darle con franqueza mi opinión.

Fuimos a la mesa, y todos guardamos un silencio profundo.

Sólo Carmelita, que de cuando en cuando sollozaba, lo turbó para decirle a Andrea:

—Dale esta molleja de gallina a tu padre.

Y le pasó el tenedor, en cuyos dientes estaba pinchada la entraña.

Mi tío se la llevó a la boca en el mismo instante y devolvió el tenedor sin decir una palabra.

Ya me había extrañado que en una misma mesa se sentaran el marido que le pega a su mujer y la mujer a quien pega a su marido.

Ahora debía subir de punto de admiración, al ver aquellas caricias entre personas que debieran odiarse cordialmente.

¿Cómo se puede besar la mano que nos maltrata?

Mentalmente repetí el adagio de mi tío:

«Mujer y mula por la cintura».

Terminada la comida me fui al patio, y me acerqué a un grupo de peones que aguardaban a mi tío para que les diera la mitad de su jornal en fichas y que les abriera luego la pulpería a fin de derretirlas allí mismo.

—¿Cómo la lleva el doctor?—me preguntó uno de ellos.

—Perfectamente, amigo mío; ¿y ustedes, cómo lo pasan?

—Muy bien; aquí pensando que mañana es día de la Cruz y el blanco quiere que trabajemos.

—¿Y ustedes no quieren?

—No, señor; porque mañana es día de fiesta, y además, como se acerca el Corpus, deseamos vestirnos de diablitos para ir al pueblo.

—¿Ya se lo han dicho ustedes?

—Sí, señor; pero él está como una macagua y nos contestó unas largas y otras cortas.

—Pero a él le pasa eso de aquí a luego—dijo otro—; yo conozco a don Pedro como medio liso; es capaz de comérselo a uno crudo en una rabieta; pero se le pasan muy ligero.

—La verdad—añadió otro—; yo también lo conozco. ¿Se acuerda, *camará*, el día de los bueyes? Nosotros dijimos: ya mató al negro Santos; pero a poco se vino cantando bajito.

—Sí—contestó el interpelado—; lo mismo el día que se ahogó la novilla sarda. Entonces era yo *bueyero*, y dije: —Ya me despachó.

—¿Con que así es la cosa?—pensé yo—; pues no es un hombre malo el tío Pedro; la cólera es un movimiento natural; sólo el rencor acusa perversidad.

Llamóles mi tío para despacharles y yo hice mi cálculo:

Ensillo de madrugada y me largo al pueblo: cuando regrese, ya la tempestad habrá calmado.

XXXII

Perucho y Luisa no tardaron en aparecerse en el patio: nos sentamos bajo una mata de resedá y comenzamos a hablar naderías.

Perucho, fastidiado de oírnos, exigió a Luisa que le contara un cuento.

—Yo no sé cuentos bonitos: dile a Carlos que te lo cuente.

—Cuéntaselo tú—la contesté.

—No, porque los que yo sé son muy feos, y me da pena contarlos delante de ti.

—¡Tonta! Empieza, que yo no oigo nada.

—No, cuéntalo tú.

—¡No, tú!

—¡Tú!

—¡Tú!

—¿Y si yo te lo exijo?

—Lo hago en el acto, pues tú sabes...

—Entonces—interrumpió Perucho—¿usted quiere a Luisa más que a mí? Ella no se va para Caracas con usted, y yo sí.

—No es eso, niño: es que Luisa es una señorita, y los hombres debemos ser galantes con las damas.

Luisa me miró y suspiró, y dándole una palmada en la rodilla a Pedro:

—Oye—dijo—que Carlos va a empezar.

«Era una muchacha muy hermosa, a cuyos atractivos físicos reunía la belleza moral, que es como el perfume del lirio y la azucena.

Vivía en el campo, triste y solitaria, y llevaba en el rostro las huellas de un dolor.

Hablaba, y su voz tenía la cadencia melancólica de la *Soy-sola*, esa viuda de las selvas, que vierte en el follaje el dejo amargo de su eterna soledad.

Era huérfana: faltó a su alma tierna y sencilla el calor de su madre, y en todos sus actos revelaba la debilidad de un ser moral. El que sufre, vive en la penumbra; sólo percibe las palpitaciones lejanas de la luz, y cuando la dicha quiere darle sus reverberaciones lo hace con la rapidez del relámpago que cruza el firmamento en las noches de tormenta.

Un día pasó un joven por su casa y sintió por ella un amor de esos que cantan los poetas.

Se hablaron y se correspondieron, y llevaron una existencia plácida y tranquila por algún tiempo.

Después el joven se ausentó, y cuando vino de nuevo junto a ella la encontró desposada con otro hombre...»

Luisa venía oyendo con vivas muestras de interés: la había pintado a ella y, quizás sin darse cuenta, escuchaba su propia historia.

Mas, al llegar al final, se irguió y exclamó:

—Ese cuento no es así.

—¿Cómo es?—preguntó Perucho.

—El joven se fué y no volvió a acordarse de ella; entonces ella lloró mucho, y al fin murió de pena.

—Ese es otro cuento—repuse con viveza.

—No, es el mismo; las mujeres no olvidan, porque aman mucho.

—¿Y quién te ha enseñado eso?

—¿Qué?

—El cuento.

—¡Ah!... Lo leí una vez en un libro—añadió cortada y confundida.

—¿En qué libro?

Vaciló un momento, y respondió:

—En el *Lenguaje de las flores*.

—¡Ah, mentirosa! ¿Ves cómo me engañas? En ese libro no hay cuentos.

—Sí, hay unos versos a la flor de Mayo.

—Pero versos no son cuento...

Y acercándose a mi oído, murmuró:

—Yo lo inventé...

—Mal hecho—la dije—; esas historias no se inventan.

Perucho se fué a acostar.

XXXIII

Luisa se había acercado a una mata de lirio, y tronchando uno blanco, muy hermoso:

—¿Te gustan los lirios?—me preguntó.

—Mucho, querida mía.

—Son muy vulgares, son como las muchachas del campo...

—No lo creas; el lirio es una flor muy estimada en los jardines.

—Es cuando los trasplantan; en el campo no valen nada; cualquiera que pasa los deshoja.

—Así sucede con todas las cosas, amiga mía; las flo-

res que nacen a orillas del arroyo se van en la creciente; las que vienen a la luz en los cercados se afinan con el cultivo y obtienen alto precio. Igual sucede con la Humanidad.

—¿Y cómo afinarías tú lo que creció grosero?

—Muy fácilmente—la contesté adivinando su intención—; el alma de una mujer es un pedazo de cera que recibe al calor de un afecto la forma que quiera dársele.

—Entonces el inconveniente está en querer... ¿Y la violeta?

—Es mi flor favorita; me encanta su modo de ser sencilla, modesta.

—A mí también me encanta.

—Porque entre tú y las violetas hay algo de común.

—¿Qué?

—La sencillez y la modestia.

—No te burles, Carlos.

—Bien sabes tú que hablo en serio.

—Entonces, gracias por la lisonja.

—No es lisonja; también sabes que peco de áspero.

—¡Ustedes los hombres tienen unas cosas!

—¿Y las mujeres?

—Nosotras, no; somos buenas.

—¿Cómo Carmelita?—pregunté maliciosamente.

—Calla, niño...

—¿Te ofende que la nombre?

—No, pero no me gusta que hablen mal del prójimo.

—Si es así, no podrías vivir conmigo, porque el

día que yo no tengo de quién hablar, hablo de mí mismo.

—¿Y hablarás de mí?

—Por supuesto.

—¿Qué dirás?

—Que te quiero mucho...

Al tratar de ponerme un dedo en los labios, como la vez pasada, la di un segundo beso en la mano. Tornó a huir... y yo me fui detrás.

Mi tío estaba en el corredor, y al verme preguntó:

—¿Qué tienen ustedes?

—Que Luisa—contesté inmediatamente con el mayor aplomo—no quiere venirse del sereno, que la hace mal, y como la amenacé con decírselo a usted, ha querido llegar primero que yo.

Si la explicación no le satisfizo, por lo menos aparentó tragársela.

XXXIV

Mi tío Pedro estaba muy calmado.

Me senté frente a él, le ofrecí cigarros y me contestó.

—Gracias, Carlos: estoy mascando. Qué broma es casarse—añadió después de una pausa.

Ya estalló la bomba—dije para mi capote.

Y alzando la voz, le pregunté:

—¿Por qué, tío?

—Porque el matrimonio tiene muchos tragos amargos.

—Pero todo tiene remedio.

—Sí, el matrimonio se cura con la mortaja.

—No tanto, que digamos; tiene un remedio más fácil.

—¿Cuál?

—El divorcio.

—¿Cómo? ¿Qué es eso?

—La nulidad o, mejor dicho, la anulación del matrimonio. ¿No lo sabía usted?

—No; había oído la palabra, pero creí que fuera un refrán. ¿Cómo es eso?

—El matrimonio, tío, es un contrato, que tiene por objeto la procreación y el mutuo auxilio; así como Blohm y Valentiner, por ejemplo, se han asociado a trabajar en el comercio, un hombre y una mujer se asocian para cumplir una ley natural que rige la especie humana; y así como aquellos señores pueden terminar su contrato cuando mejor les plazca, los cónyuges pueden dar por caduco el suyo a voluntad.

—¿Y qué ley es esa que cumplen los casados?

—La del progreso de la especie humana, en cuya virtud los individuos deben aumentarla y mejorarla; se aumenta echando muchachos al mundo, y se mejora educando esos muchachos a fin de que, cuando les toque su turno, cumplan su misión con mayor suma de facilidad.

—Sobrino, tú, ¿es que tratas de burlarte de mí?

—No, tío; le hablo a usted la pura verdad; tales son las ideas modernas.

—Y después que descasan a uno, ¿se puede volver a casar?

—Claro que sí, pues lo contrario no tendría gracia.

—Pero, chico, aquí no hay de eso.

—¿De qué, tío?

—De ese divorcio.

—No, señor; nuestra legislación no ampara el derecho en ese punto; hay una cosa que llaman entre nosotros divorcio, pero que no es tal; es una mera separación, puesto que los esposos divorciados no pueden volver a contraer matrimonio.

—¿Y cuál es la razón para que aquí no lo haya tal como tú dices?

—Una muy sencilla: nuestra legislación viene de fuentes que pudiéramos llamar viciosas; los legisladores venezolanos la han dado por copiar, sin saber qué opinan; no sé si olvidando o ignorando que las leyes deben ser reflejo de las costumbres, producto de ellas.

—Pero aquí no se usa volverse a casar.

—Porque la ley no lo permite; pero en la práctica hay el nuevo matrimonio; ilegal, es cierto, pero existe. Aquí tiene usted a don Pantaleón: después que su esposa le adornó la frente con dos carameras de venado, la abandonó y se ha ido a vivir con esa mujer, y a formar una familia cuyos derechos no están bajo el amparo de la comunidad. Tiene a doña Juanita, que se fué con su amante y está formando otra familia, desamparada también. Si existiera el divorcio tal como debe de ser, ambos cónyuges estarían casados: el uno con esa mujer con quien vive y la otra con el amante que se la llevó. Resumen: dos familias desgraciadas por capricho. Y usted sabe que como estos casos hay cinco mil en Venezuela.

—¿Y por qué no tenemos esa institución?

—Por lo mismo que no tenemos otras muchas ; porque no hay quien quiera romper con la tradición.

—La juventud romperá.

—Va por el mismo camino, en su mayor parte : además, tienen muchos enemigos esas ideas.

—¿ Quiénes son esos enemigos ?

—El clero y la ignorancia : nuestro pueblo no es, si se quiere, fanático ; pero deja hacer a los curas, y a éstos no les conviene que la luz se abra paso.

—Pues mira, Carlos ; tu idea no me disgusta ; pero si los curas han dicho que no les conviene, yo lo digo también.

—Ese es precisamente el mal.

—Pero hijo, si nos han enseñado desde chiquitos a creer en los curas.

—Tiene usted razón ; pero crea usted solo y no obligue a los demás a creer lo mismo que usted cree.

—No, niño ; lo que los padres hacen, bien hecho está.

—Pues con su pan se lo coma.

Variamos la conversación, y al fin le dije :

—Tío, mañana es el día de la Cruz ; y las muchachas quieren poner un velorio ; necesito permiso de usted para el efecto.

—Déjate de alcahueterías con esas muchachas.

—Esa no es respuesta. ¿ Sí o no ?

—Mañana veremos.

—Yo me voy muy temprano para el pueblo.

—Antes de irte te daré la respuesta.

—Convenido ; hasta mañana.

—Hasta mañana.

XXXV

Apenas entré en mi cuarto, llegó Luisa con la escudilla de leche.

—Te la llevé al corredor —me dijo—, y ya te habías venido.

—Así es mejor, porque puedo verte y hablarte.

—¿Y en el corredor no?

—No, el corredor está oscuro, pues ya se apagó la vela del farol; y además tu papá está allí.

—¿Y no puedes hablarme delante de él?

—No, porque no quiero cuando estás cerca de mí, que nadie me robe ni un rayo de luz de tus pupilas. ni uno solo de los ecos de tu voz.

Ella se ruborizó y extendiendo la mano, puso en las mías la taza de leche.

—No tomo un trago si antes no bebes tú...

—Por complacerte...

Y volviendo a asir la escudilla dió algunos sorbos y me la pasó de nuevo.

Tomé la leche y al devolverle la taza oprimí con la mía su blanca mano.

—Estás callosa —la dije.

—Del pilón.

—¿Y tú pilas todos los días?

—No siempre.

La miré fijamente y, según su hábito natural, bajó los ojos.

Yo exclamé casi maquinalmente, entre los calofríos que me producía el contacto de su cutis.

Para decirte cuánto te quiero,
para decirte cuánto te adoro,
no necesito vanas palabras,
pues para hablarte bastan mis ojos.

Había hecho, insensiblemente, un verso; malo, por cierto, pero que era el reflejo de la situación de mi ánimo en presencia de Luisa.

Además, ese cuarteto envolvía una declaración, que hasta entonces no había salido de mis labios, pero que estaba en mi corazón.

Ella lo escuchó sonreída y se quedó mirándome; luego, como saliendo de un letargo, suspiró y me preguntó:

—¿Es sacado de tu cabeza?

—Sí, hija.

—Entonces sácame otros, que yo quiero aprenderlos de memoria.

—Con mucho gusto, ángel querido; mañana te los daré.

Y dejándose besar la mano, salió del aposento.

XXXVI

Hay veces que quiero sustraerme a la reflexión. Sobre todo, en ciertos instantes de dulce arrobamiento, quisiera echar de mí esta vieja fría que viene

a espantar con su presencia ese enjambre de doradas mariposas que forja la fantasía.

Amo la soledad y en muchas ocasiones la temo y la huyo; porque hay trances de la vida en que es necesario el voluptuoso vaivén de una ilusión para aligerar el espíritu.

Me metí en el chinchorro y cerré los ojos.

Luisa vagaba por mi imaginación con formas vaporosas y sutiles como las gasas de las mañanas de diciembre.

No sé por qué la hermané en mi mente con los tipos semi aéreos de Shakespeare en su *Sueño de una noche de verano*.

Me volví a los recuerdos y ni una sola forma de mujer flotaba en aquel cielo en penumbras, como huérfanos de un sol.

Cifras medio borradas; perfumes moribundos; rumor extinto de amorosos besos; notas que se apagan a lo lejos... nada, en fin.

Luego, a la par de ella, el porvenir risueño y exuberante con el nervosismo de Musset aunado a la serena placidez de los poetas del Rhin.

Después...

—¿Por qué la amo? —me preguntaba—. ¿Por qué pienso siempre en ella? ¿Por qué me siento encadenado a su voluntad?

Pocas horas antes, no tenía la intención de ir tan lejos: casi insensiblemente llegué al borde del precipicio, y después de ya en él, era fuerza rodar por el plano inclinado de una pasión que me embriagaba.

No había ya lugar a retroceder; como Cortés, ha-

bía quemado mis naves, y como él debía internarme en pos de la fortuna.

¿Me amaría Luisa?

De niña, cuando jugaba en mis rodillas, ya la había acariciado mucho: vivió algún tiempo en casa, y llegó a querer tanto a mi hermana, que casi fueron inseparables.

Muerta María, yo quise reconcentrar en Luisa todo el inmenso amor que profesaba a aquella hermana perdida para siempre.

Ahora, al volverla a ver, ya mujer, me había producido tal impresión, que me dejaba arrastrar por su encanto irresistible.

¿Y qué podía hacer yo por ella?

En estas cosas pensaba, cuando me acordé que debía escribir a mi madre.

—Manos a la obra, pues —me dije—, y me puse al escritorio.

XXXVII

Al día siguiente, casi oscuro todavía, estaba en pie.

Mientras epsillaban la mula, abrí el balcón y fui a respirar el aire fresco y puro de las montañas.

Luisa vino a traerme el café y pude notar en su fisonomía cierta animación y placidez que no le eran peculiares.

—Parece —la dije—, que has dormido bien; te noto contenta.

—Sí —me contestó—: me dormí tarde; pero pasé la noche en un solo sueño; ¡vi tantas cosas!...

—¿Cosas buenas?

—Magníficas: ¡soñé con mundos nuevos, con algo que me era desconocido!...

—¿Sí? Porque tu alma despierta, prenda mía, al primer soplo del amor; porque tu naturaleza se sacude blandamente, tal así como se mecen los juncos de la laguna al beso de la brisa. ¿Verdad que es muy bello el amor? Tiene horizontes infinitos, perspectivas brillantes, cielos nacarados, días de luz espléndida, sonoras vibraciones, perfumes arrobadores y la voluptuosa languidez del deseo.

Ella se había ruborizado; y bajando los ojos se puso palpitante y nerviosa.

Tomé su blanca mano, la miré con todo el fuego de mi alma, y apartando los negros rizos de su frente, torné a mi plática:

—¿Verdad que sí es muy bello? Cuando se ama, Luisa mía, se llevan en el pecho el aroma de los lirios y las amapolas, las armonías del ave que juega en los emparrados del jardín, el fuego vivificante del sol, y el grato rumor de los arroyos que bajan de las verdes faldas de las montañas... Mas ¿por qué te pones triste? ¿Por qué callas?

Un ligero temblor la agitaba: sus labios quisieron sonreír y sólo se animaron al paso de latidos nerviosos: las negras pupilas parecían húmedas, y al rosado color de sus mejillas, sucedió el rojo de la púrpura; oleajes de sangre le subían del agitado seno. La con-

templé un instante, y pasándole el brazo por el delgado talle, recliné su cabeza sobre mi pecho.

Se estremeció, como animada por el rápido contacto de una corriente eléctrica; cerró los ojos, los apretó mucho, mucho, y se quedó como dormida en un suspiro.

Pocos momentos duró aquel éxtasis: abrió los rasgados párpados, suspiró de nuevo, y como avergonzada de sí misma, se echó a llorar silenciosamente.

Yo enjuagué sus lágrimas: quise beberlas, y al posar mis labios en sus ojos, tornó a reclinarse sobre mi pecho, y un nuevo vértigo conmovió su ser.

Al sacudirse de aquella pesadilla me miró con estupor: se mesó los cabellos y salió precipitadamente.

—¡Pobrecita!—dije para mí—, el amor tiene encantos porque tiene misterios; esta hermosa niña comienza su aprendizaje...

XXXVIII

Mi tío me preguntó si ciertamente era día de la Cruz; y cuando se lo aseguré, me respondió con tristeza:

—No lo sabía; ¡así se vive en el campo!...

Luego añadió:

—Algunas veces me preocupa la suerte de estas muchachas.

—Realmente, tío, da lástima ver cómo se consume su existencia en estos sitios.

Me miró fijamente; sus ojos brillaron con resplan-

dor peculiar, y moviendo la cabeza, como contrariado por mis palabras, exclamó:

—¡Lástima! ¿Por qué? Ellas viven de lo suyo, y no le piden nada a nadie; además, la mujer no sirve más que para la cama y para remendar la ropa, cuidar sus hijos, si los tiene, y rezar. ¿No lo crees así?

—No, tío—le respondí sonriendo tristemente—; no es esa la misión de la mujer en nuestros días.

—¿Y no son así todas las nuestras?

—Por desgracia, así es la mayoría de nuestras mujeres; pero eso no quiere decir que no debamos aspirar a mejorar su condición. La mujer venezolana, tío, es el único tesoro que hemos salvado en el naufragio de nuestras virtudes, y duele verlas arrastrando esa existencia miserable a que las condena una educación que las cierra todos los caminos. Si se tratara de formar monjas, muy buenas estarían; pero para madres de familia, dejan mucho que desear, porque una madre es la más alta concepción humana, como que moldea el ser moral de sus hijos, después de haber modelado su materia...

—Cállate niño, no seas mentecato. ¿A quién has oído eso? Déjalas que recen, que pilen y muelan, que remienden la ropa y hagan un buen sancocho...

—No, tío, ese es el origen de todos nuestros males; no tenemos hogar, mal podemos tener patria.

—¿Qué sabes tú de eso?... Si ahora les enseñan más de lo necesario, porque tocan piano y cantan y hablan en lenguas...

—Dejemos más bien la discusión, tío, no hay peor

sordo que él que no quiere oír; hablemos de otra cosa. ¿Da usted permiso para el velorio?

—Sí, hombre, sí.

Y me volvió la espalda.

XXXIX

Ya a caballo, recordé a Luisa que mi tío daba permiso para el velorio de esa noche; y me despedí prometiéndola regresar muy temprano.

—Cuando uno está enamorado—me decía por el camino—, se pone muy estúpido; yo creía que jamás me enamoraría; pero caí en el garlito sin saber cómo ni cuándo; ahora me quedará el placer del recuerdo... cuando desate las cartas de Luisa, cuando remueva las marchitas flores en el fondo de un cofrecito... corramos el albur...

Y embebido en estas reflexiones llegué al pueblo.

Eran cerca de las diez de la mañana y la misa no había terminado todavía.

Los establecimientos estaban cerrados; las casas solas. Toda la población estaba en la iglesia, pues había venido el cura del pueblo vecino a pronunciar el sermón.

—Pues a la iglesia—me dije—, que al fin me divertiré allí.

Y al atravesar la plaza para entrar en el nido del fanatismo, me llamaron.

Era un amigo, compañero de colegio que, después

de terminada su carrera, se había ido a Cúa a ejercer su profesión.

Después del abrazo de ordenanza, hube de preguntarle cómo estaba de dinero.

—Mal—me respondió—, aquí la gente no se enferma; entre el boticario, el cura y yo, hemos convenido que despacharemos a los buenos ya que nadie quiere ponerse en condiciones de recetarse y morirse.

—Bien pensado—le dije—es preciso ganarse la vida; entre nosotros, querido amigo, la mejor profesión es ser cura o general.

—Ya lo sé: la ciencia, hasta hoy, es para los venezolanos que a ella se dedican, como el gancho del traperero, o el cuchillo del zapatero; pesa sobre nosotros una atmósfera de plomo, todo está en calma, con esa tranquilidad de los cementerios.

—Y que mucho que se sienta ese malestar, si llevamos parálisis en el cerebro y apemia en el carácter; nadie piensa, nadie tiene voluntad propia, nadie conserva rasgos de la antigua dignidad.

—La tiranía—me dijo al oído—; la tiranía que absorbe nuestras fuerzas físicas y morales; no tenemos ciudadanos, y es necesario que no tengamos república, los dioses se fueron.

—¿Y crees tú que los hubo alguna vez? El presente es una consecuencia del pasado, las generaciones actuales tienen dolores y miserias que son como detritus de miserias y dolores de otras generaciones; en las sociedades hay atavismo como en los individuos.

—Pero el pasado nuestro fué mejor.

—Lo niego: el malestar del presente nos hace volver la vista hacia tiempos que fueron, y de los cuales no nos dimos cuenta nosotros; sabemos de ellos lo que nos refieren los que estuvieron interesados en los sucesos de la época; y esos ven aún las cosas a través de su prisma peculiar, porque el hombre no dejará de ser hombre nunca y debe llevar consigo todas sus debilidades.

—Luego, ¿tú no crees en las excelencias del pasado?

—Las niego rotundamente: Venezuela tuvo su edad de oro eminentemente contemplativa y patriarcal; era la emanación de un arreglo social, que partía del privilegio y que al privilegio convergía; el espíritu de la época presente es de lucha, los obreros del progreso van armados de una piqueta, porque su misión es demoler.

—¿Y cómo saldremos de este estado de inercia política y social?

—Moviéndonos, moviéndonos con la rapidez del vértigo.

—No tenemos ideales.

—Sí que los hay, querido amigo; sentimos la necesidad de un porvenir mejor, pues he ahí el ideal; alcanzarlo, luchemos.

—¡Es siempre tu mismo espíritu batallador y revolucionario!

—El mismo...

Alzaban en la iglesia, las recámaras y los truenos del altozano hacían trepidar la atmósfera, y toman-

do a mi amigo por el brazo, le llevé hacia el reguero de pólvora.

—Vamos a aspirar ese humo, que es el aliento del progreso.

—Cómo, ¿la pólvora?

—Sí, la pólvora; el progreso humano se realiza en series, y cada una de ellas arranca de un dolor íntimo; las etapas de la civilización se marcan con sangre, y la sangre pende de la punta de las espadas; esas gotas, amigo mío, son las lágrimas del progreso.

—Me extraña oírte hablar así... la civilización moderna condena la guerra porque vierte sangre.

Sí; porque la civilización moderna ha cortado a la Humanidad una camisa muy holgada, como decía Larra, y en vez de recortarla a la medida de su cuerpo, quiere que la Humanidad crezca hasta que le venga bien. Se olvida eso que acabo de decirte: el progreso se realiza en series, y cada una de ellas arranca de un dolor íntimo.

—Pero eso destruye el ideal.

—No, lo vigoriza: el ideal está lejos, muy lejos, y vamos hacia él; para llegar allá, se cae y se levanta, se llora y se ríe; pretender alcanzarlo de un salto es un lirismo chocante; es querer perturbar a la Naturaleza, y ¡guay de aquellos que violan sus leyes!

—El mismo revolucionario, el mismo demagogo...

—No, demagogo no soy; salvo que tomemos la palabra en la significación que tiene aquí; demagogo es en Venezuela todo el que tiene carácter; todo

el que no se pliega; todo el que sabe estimar su dignidad. Las ideas que acabo de emitir te prueban que soy harto moderado; la escuela que inscribe en sus banderas este lema: *El progreso se realiza en series*, no es la demagógica. ¿Sabes lo que yo quiero?... Que el lote de progreso que corresponde a cada época se realice íntegra y espontáneamente. En la obra de la Naturaleza no cabe ni artificio ni violencia por parte del hombre, porque es producir efectos contrarios a aquellos que se desean; yo luchó contra esos apóstoles de la mentira y de la infamia, que bastardean las revoluciones y desacreditan los sistemas, porque ellos van de error en error hasta entregarnos a una tiranía que absorbe el derecho y esteriliza la razón, y conste una vez por todas, que yo protesté lo mismo contra las dictaduras religiosas, literarias y filosóficas que contra las dictaduras políticas...

—Está saliendo la gente de misa; vamos a ver las muchachas y a saludar a los amigos.

—Vamos.

XL

Formamos con los demás hombres que salían una larga línea de batalla, ondulante, desordenada y estrecha, para obligar a las mujeres a desfilar por nuestro frente.

—Mira aquella indiecita—decía uno—, ¡qué bonita!

—¡Qué chinga tan salada!—exclamaba otro.

—¡Ave María Purísima! ¡Eso es lo que se llama una vieja fea!

—Parece un golpe en la espinilla.

—Un tropezón en noche oscura.

—Un dolor de estómago.

—Un acreedor.

—¡Ah!..., pero aquella carita sí vale la pena. ¡Qué elegante!

—Tiene buena talla.

—Es de buen fuste.

—Debe tener muy buenos movimientos.

—El doctor Méndez debe saberlo.

—¿Es su esposa, chico?

—No.

—Y ¿por qué dicen eso?

—Maledicencias.

—Lo creo, la gente en estos pueblos es muy habladora. Ven a cualquier doctor enamorando una muchacha y ya dicen que tiene relaciones de otra especie con ella.

El doctor Méndez se ruborizó un tanto; me tomó del brazo y me dijo:

—Voy a presentarte unos amigos.

Así lo hizo; y ya que vamos solos en altozano, él, los recién presentados y yo, cuando hubimos de volver la vista a la calle transversal.

Eran los diablitos que venían con la guitarra y las maracas, haciendo un ruido infernal.

Una turba de chiquillos y viejos; la gente pobre y los acaudalados del lugar, seguían la comparsa de diablos.

—¡A que no pasan por aquí!—exclamó uno de nuestro grupo.

—¿Por qué?

—Porque el diablo le tiene miedo a la cruz y nosotros estamos en la iglesia.

—Si vienen—añadió el otro—, les echo agua bendita—y sacó un frasquito que llevaba en el bolsillo.

—¿Y usted lo lleva siempre?—pregunté.

—No, señor; pero como hoy hay diablitos, lo saqué.

—¿Usted les teme?

—Yo, no; mi hermana; y me hace prevenirme.

—¡Usted les tiene miedo!

—Un poco—le contesté—; sobre todo a los cuernos, aunque no soy casado.

—Pues mire usted, doctor; yo, como tengo negocio de ganado, me he acostumbrado a los cuernos de tal manera, que no me asustan; en casa los tengo arrinconados, y mi mujer toma a empeño acomodármelos de manera que no estorben; porque como la casa es tan pequeña...

Méndez sonreía maliciosamente; yo volví los ojos para no reventar de risa.

—Están tejiendo la cinta.

—¿De veras?

—Sí.

—Vamos a verlas.

—Vamos.

Y nos acercamos al grupo de admiradores.

Ocho cintas de varios colores, pendían de la punta de una vara de magueí, pintada de rojo y azul,

con onoto y añil; y cada diablo, tomando la suya, tocaba sus maracas, agitaba la campanilla del rabo, bailaba y tejía.

Uno de ellos, cuya máscara ostentaba dos cuernos de chivato, se enredó cuando hubo de inclinarse para hacer el tejido, y rompió la cinta.

Una lluvia de improperios y risotadas cayó sobre el imbécil; mas uno de los espectadores le arrojó un limón; y el que hacía de jefe de la cuadrilla le descargó, indignado por su torpeza, dos zurriagazos de padre y muy señor mío, que le rompieron la correa del mandador.

Y ya concluida la evolución, cuando los otros nos estiraban sus pañuelos para que les pagáramos la gracia, el torpe no recogió ni un solo centavo.

Los diablitos siguieron por la calle real, entre la multitud de curiosos.

Nosotros entramos al establecimiento en cuya puerta se había efectuado la función, y convinimos unánimemente en que el señor del agua bendita, a quien su mujer le acomoda diariamente los cuernos, tenía inspiraciones magníficas.

Acababa de invitarnos a tomar ron.

XLI

—Hoy almorzarás conmigo—me dijo Méndez.

—Con mucho gusto.

—Si mi casa no fuera tan pequeña—objetó el de los cuernos—les invitaría a ustedes.

—Gracias, Pascual—contestó Méndez—; ya sabemos que los cuernos ocupan hasta el último rincón de tu casa: te dispensamos del convite.

—Pues la mía—añadió el otro que era nada menos que un picador—está a las órdenes de ustedes, señores, y allá será que almorzaremos.

—Y yo acepto en mi nombre y en el de Carlos esa invitación, pues sé que Clara no se descuida y nos obsequiará a las mil maravillas. Tendremos un buen almuerzo, chico.

—Gracias, doctor, por sus favores; yo no tengo más que buena voluntad para los amigos; soy pobre, usted lo sabe, y lo poco que puedo ofrecer es con muy buen afecto; sólo le exijo al señor—dirigiéndose a mí—que me dispense.

—No tenga usted cuidado—le contesté—; yo agradezco su buena voluntad y no me preocupo por la calidad del obsequio.

—Pero es que hay una cosa—agregó como apurado.

—¿Y qué es?

—Yo vivo con un cuero.

—¿Cómo es eso?

—Que yo no soy casado... y quién sabe si a usted no le gusta ir...

—No, mi amigo; no se intranquilice por eso; yo soy muy partidario del amor libre; pienso pedirle al Gobierno un área de tierras baldías para fundar una colonia modelo. Mi moralidad no se espanta por tan poco.

—Vaya, pues... ahora tomemos otro palito.

—Que venga el otro palito. ¿Tiene usted brandy?
—pregunté al pulpero.

—No, señor; ron, amargo, anisado y champurrio.

—Deme a mí amargo y a estos caballeros lo que gusten.

—Estás muy popular—observó Méndez.

—¿Lo dices por lo del amargo?... Pues querido, no hago más que cuidarme, ese ron mata como veneno.

—No lo dudo; pero como no se pierde nada...

—Ya lo veo: al menos tú, el boticario y el cura ganarían. Ya sé que más se perdió en Coplé, pero te juro que no entra en mis cálculos pasar al otro barrio.

—Usted tiene razón—dijo el de los cuernos—; yo no bebía ron hacía tiempo, porque el último aborto de mi mujer fué ocasionado por unos miados que tomó de ron.

—Con que abortó la señora de usted. ¿Y era su primer hijo?

—No, señor; tengo cuatro, el doctor Méndez les conoce. ¿No es verdad, doctor, que ninguno se parece a mí? Uno es indio, el otro es catire, catire; el otro es un zambito muy avispado y el otro es más blanquito.

—¿Y son hijos de usted todos?

—Sí, señor—contestó sin inmutarse, en tanto que Méndez y Guillermo, el picador, se sonreían.

—¿Y por qué son tan diferentes?

—Le diré; la señora Segunda, una curiosa que vive en Cucharito, dice que eso es de nación, y que está en el clima.

—Indudablemente—asentí, haciendo esfuerzos por no destornillarme—; esa señora debe ser una eminencia; y fijándole la vista a Méndez, que se tragaba los puños: —Es tu rival.

Méndez me dijo que sí con la cabeza; estaba de lo más comprometido.

Yo no podía contener la risa, y al asomarme a la puerta para volver el rostro y reponerme un tanto, vi venir un grupo, que gritaba y se ría.

—¿Qué es aquello?—pregunté.

—Es la tarasca—contestaron a un tiempo mismo mis compañeros y el señor de la pulpería, que se agregó a los curiosos.

XLII

—¡Qué cosa más fea!—exclamé.

—Se parece—objetó Méndez—al alemán latonero que vive en Caracas, en la esquina de...

—Exacto. ¿Y va en zancos?

—No, señor; esa es una armadura de madera forrada en tela que, como usted ve, imita las enaguas y el talle de una mujer; dentro de la armadura van dos o tres hombres.

—Juro a ustedes que jamás había visto ese muñeco... Y ahora comprendo por qué hay tanta gente fea, tantas caras grotescas en estos pueblos.

—¿Por qué?—preguntó el de los cuernos.

—Porque—contestó Méndez—el feto toma en el vientre, en cierto período de su desarrollo, las formas

de una imagen dominante en el cerebro de la madre ; una mujer que se impresione con los diablitos o la tarasca, le da a su hijo las líneas groseras que perduren en su imaginación.

—Eso es una verdad—añadió el picador— ; digo, si sucede lo mismo con las bestias que con los hombres ; porque las sabanas dan pelos conforme al color de la tierra.

—Sí, sucede lo mismo—afirmé yo— ; crea usted que entre los hombres y los caballos no hay grandes variantes ; sobre todo, hay ciertos hombres que parece debieran haber nacido caballos.

XLIII

—El fenómeno es el mismo en ambos casos—agregó Méndez— ; es un movimiento fisiológico, del cual debiera aprovecharse la humanidad para mejorar las condiciones físicas de la especie.

El de los cuernos escuchaba con tamaño boca abierta ; luego, como saliendo de su estupor, exclamó :

—¡ De verdad !... ¡ Y a mi mujer que le gustan tanto los diablos y la tarasca !... Por eso dice la señora Segunda, la curiosa de Cucharito, que ella asistió en Yare a una mujer de parto, que tuvo una chiquita con una verruga en la frente, como si fuera un cacho...

—Pues tenga usted mucho cuidado, amigo Pas-

cual; una mujer así como la suya es muy propensa a fenómenos...

—La voy a hacer confesar, para que el señor cura la regañe...

—Hará usted muy bien; y nosotros también, si nos tomamos el otro trago y nos vamos a almorzar.

XLIV

Durante el almuerzo, que no fué del todo malo, proyectamos un baile.

—Lo difícil es la música—dijo Méndez.

—La buscaremos; es imposible que no bailemos hoy.

—Veremos. ¿Por qué no aguardamos a la noche?

—Porque estoy comprometido a ir a *Peonía* temprano; estamos allí de velorio, y habiendo dado mi palabra...

—Comprendo... estás enamorado de la prima.

—¡Oh! ¡No!

Y me ruboricé a tal punto, que yo mismo sentí el fuego de mis orejas.

—¡Oh! ¡Sí! Estás enamorado como un bellaco. ¿De cuál de las dos?

—De ninguna.

—¡Buena gracia! ¿Cómo quieres negarlo? Mira, yo no te hago cargos; pero te advierto una cosa.

—¿Cuál?

—Que tu tío es un solemne animal, muy malcriado y puede hacerte una mala partida.

—Creo que le juzgas ligeramente.

—Al contrario; respetando tu parentesco con él y tus simpatías hacia una de sus hijas, soy muy corto en mis apreciaciones; tú sabes que soy bastante franco y que soy tu amigo; tu tío personifica esa generación estúpida que, por fortuna, se hunde en el sepulcro.

—Luego tú crees...

—Las muchachas, sobre todo Luisa, son excelentes; tu tío no es malo, en realidad; pero aquella Carmelita...

Méndez me decía la verdad; me era duro oírla; pero... ¡era la verdad!...

—Pero, bien. ¿Qué hay de baile?

—Bailaremos con un pianito.

—Convenido. ¿Y me acompañarás a *Peonía* esta noche?

—Mucho desearía estar contigo más tiempo; pero yo también tengo aquí mis compromisos...; te ofrezco ir el domingo a cazar. ¿Tienes aquí a *Tigre*?

—Sí, aquí está; tú sabes que es mi inseparable compañero, y si no lo traje hoy fué porque...

—Porque lo dejaste cuidando a la prima; ya sé yo que ese pobre perro no tiene más oficio que cuidar tus niñas.

—Eso no es cierto—repliqué vivamente—; aunque algunas muchachas de Caracas lo tuvieron de guardián, en esta vez lo dejé en *Peonía*, porque no hace buena amistad con la mula; te juro que no hay nada de particular entre mis primas y yo.

—No necesito que lo jures, pues un amorcito es

la cosa más natural... ; sólo que noto cierta insistencia en negarlo.

—Sabes que nunca me alabo.

—Pero a mí no me habías ocultado nunca tus empresas.

—Eso te prueba que no las tengo actualmente...

—Pues me alegro. Vamos a arreglar el baile.

XLV

Seis parejas, las mejores bailadoras de la parroquia, estaban en la casa de una comadre de Méndez.

Poco trabajo nos había costado reunir las ; los médicos tienen en todas partes un prestigio *sui generis* entre las mujeres ; quienes, por otra parte, tratándose de baile no se hacen de rogar.

También estaba allí el organillo ; y listos ya, no había más que comenzar el baile.

Así lo hicimos ; y apenas habíamos gozado del primer vals, suspendimos el baile para atender a unos cantores populares.

Eran peones ganaderos que regresaban de Caracas para el Guárico oriental, y que, como de costumbre, llevaban la guitarrita y las maracas.

Hicieron su introducción con esa música lánguida y ardiente, peculiar de nuestros llanos ; y luego rompió el de las maracas :

Con el premiso de ustedes,
señores y caballeros;
al son de mi guitarrita
voy a sacar unos versos.

Al son de mi guitarrita
voy a sacar unos versos.
para que sepan las niñas
cómo cantan los llaneros.

Para que sepan las niñas
cómo cantan los llaneros:
que dondequiera que pasan
dejan los buenos recuerdos.

Hicieron una pequeña pausa; tocándole al de la
guitarra comenzar, alternando con el de las maracas:

Mi zamba no necesita
que le regalen espejo,
cuando se mira en mis ojos
me dice: *ya tengo sueño*.

Tengo una vaquita mansa,
la vaca más buena moza;
con el fondo de canela
y manchas de mariposa.

Una vez la regalé
un camisón de recuerdo,
unas argoñas de plata,
una pava y un pañuelo.

Yo la tengo destinada
para un regalo a mi novia;
ha de llevar cuatro mautes
y dos o tres novilonas.

Entonces ella me dió
un mechoncito de pelo

con un plumaje de garza
que uso siempre en el sombrero.

La noche que yo me case
ha de ser noche de gloria;
pues bebo luz en sus ojos
y miel de abeja en su boca.

Cuando salgo queda triste,
triste pensando en su negro,
y alegre como una Pascua
la jallo yo cuando güervo.

Si no me caso con ella
¡la pobre!, se vuelve loca,
porque la mujer que quiere
cuando la engañan se atonta.

De noche cojo mi cuatro
y le saco muchos versos,
y ella paga mi cariño
con un enjambre de besos.

Hubo otra pequeña pausa; tocóle romper al ma-
raquero:

Me dijiste que eras firme
como la palma en desierto,
si la palma fuera firme
no la tremolara el viento.

Cuando las mujeres quieren
nadie las puede atajar,
porque esos no son caballos
que resisten un bozal.

Se cae la Magdalena,
la misma Virgen María;
todas las mujeres tienen
su resbalón de cotizas.

Sobre la yerba, la palma,

sobre la palma, los cielos,
sobre mi caballo yo,
y sobre mí, mi sombrero.

Que se vayan a los Hanos
todos los doctores juntos,
para que prueben los pillos
la punta de mi bejuco.

Es mi espejo un pozo de agua
y mi rancho es una mata,
mi comida un merecure
y mi delirio una vaca.

Cuando ensillo mi caballo
y me fajo mi machete
no envidio la suerte a nadie,
ni aun al mismo Presidente.

Todo el que tiene dinero
tiene la sangre liviana,
aunque su padre sea un tigre
y su madre una caimana.

Al hacer otra pausa les dimos las gracias y un par de fuertes, que el guitarrero deslizó por el oído de su instrumento: entonces les tocaba a ellos cumplimentarnos:

Muchas gracias, caballeros,
por las bondades de ustedes:
que los cielos los protejan
y los quieran las mujeres.

—Un corrido ahora—interrumpió Méndez. Y cantaron a dúo:

Echame ese toro afuera.
hijo de la vaca mora

para sacarle una suerte
delante de esta señora.
Y si el toro me matare
no me entierren en sagrado,
entiérrenme en una loma
donde me pise el ganado.
Déjenme una mano afuera
con lebrero colorado
pa que digan las muchachas:
«Aquí murió un desdichado.
No murió de mal de amores
ni de dolor de costado,
como Hanero murió
en los cachos del ganado».

Se despidieron cortésmente y seguimos nosotros nuestro baile. A poco de estar bailando una polka, vinieron otros payadores.

—¿Quiénes son éstos?—pregunté al picador, que estaba de barra, por la ventana.

—Son los *cantadores* tuyeros, que están picados por los llaneros y vienen a hacerles coco.

—¿Y quiénes cantan mejor?

—Yo no sé, pero usted puede oírlos.

Y los llamamos.

Cantaba, o mejor improvisaba uno solo, estaba herido: el otro acompañaba en la guitarra:

Nosotros semos tuyeros
de Yare y Santa Lucía,
cantamos a todas horas
pues semos de buena cría.

No le negamos el vicio
a los músicos Haneros;

en el Túy toos *semos* negros,
pero *semos* caballeros.

Nosotros nunca salimos
a cantar en pueblo ajeno,
porque mendigar pesetas
lo tenemos siempre a menos.

Nosotros ganamos real
macaneando un callejón,
no acostados en chinchorros
y comiendo requesón.

Que se vengan para el Túy
a jalar una escardilla;
a doblarse sobre un pico
para plantar la semilla.

Y no anden haciendo bulla
con un cuatro destemplao,
porque pueden tropezarse
con un fñáure encabullao.

—Aquí habrá riña—le dije a Méndez, aprovechando una pausa—; estos hombres son rivales, y hoy se romperán las cabezas.

—No lo creas—me contestó—, así sucede siempre; se dicen iniquidades y luego beben juntos. Son como nuestros abogados.

—Pero no me gustan tanto éstos como los otros.

—Este negrito no es de los mejores payadores del Túy: es el más audaz, el más ardiente, cuando le tocan la fibra del provincialismo; pero no es poeta.

—¿De manera que los hay mejores?

—Veinte veces; ya conocerás uno, un muchachón que debe estar por Yare o los Pilonos: voy a hacerle venir para obsequiarte con un joropo.

—Convenido, ¿para cuándo es eso?

—Te avisaré: cuando menos lo pienses te mando a buscar.

XLVI

Había llegado la hora de volver a *Peonía*.

Tomé, pues, el camino, dejando una invitación para una partida de caza, el próximo domingo.

Venir al campo y no disparar una escopeta es una tontería soberbia. Sobre todo, había que dejar sentada mi reputación de tirador.

Recuerdo siempre que de caza se trata, que en una de las primeras ediciones de la *Geografía de Venezuela*, por Arístides Rojas, hablando de las razas primitivas, había esta pregunta:

—«¿A quiénes escogían por jefes?

—«Al guerrero más valiente, al cazador más hábil y animoso.»

No sé por qué ha desaparecido esa pregunta del libro en cuestión; pero de todas maneras, aquí tenemos una afición inmensa a la caza, y en más de una ocasión, la suerte de la República se ha ventado batiendo un venado.

Pérez Escrich, en esos inmensos novelones que nos ha propinado por entregas, no deja pasar una sola de sus concepciones sin meternos un lance; tal así como esos otros novelistas no pueden prescindir de un desaffo.

Entregado a estas reflexiones y otras del mismo jaez, había llegado al río.

Casi todo el día había llovido en sus cabeceras y venía crecido.

Rodaban sus aguas por sobre los cogollos de las cañas que bordeaban las riberas, arrastraba troncos, basuras, ramas verdes, matas que bajaban con las raíces al aire y las copas rozando el álveo.

El espectáculo de un río crecido tiene sus encantos.

Corren las aguas con majestad de verdadera realeza, las sucias espumas que lo bordean van formando líneas caprichosas, y al paso de los grandes árboles se hacen olas tranquilas y silenciosas que besan los barrancos y mueren en las orillas.

El paso estaba casi borrado. ¿Qué hacer?

Me aguardaban en *Peonía*; sobre todo Luisa no perdonaría nunca aquella falta de cumplimiento a mi palabra y yo mismo me sentía deprimido en mi orgullo, al dejarme atajar por una creciente del Túy.

Era tarde, las últimas luces se quebraban en las aguas; los cerros se coronaban de brumas y el cielo todo se ceñía un manto negro.

Habría dentro de breves instantes más lluvia, una tormenta deshecha; y en tanto, Luisa me esperaba.

Forcé la mula: ella, conocedora del terreno y hecha a pasar aquel vado, habría de salir a la otra orilla de cualquier manera.

Con esa malicia propia de su raza, fué, las orejas amugadas, la nariz abierta y el ojo al soslayo, tanteando el vado.

Como a las cinco varas, le faltó tierra; y con ra-

pidez que no me dió tiempo para nada, se volvió a la orilla.

Torné a forzarla, echándola más arriba; halló más tierra, y cuando quiso retroceder, por haberla faltado firmamento, yo, aleccionado por la experiencia, la clavé las espuelas y la hice llegar al recio choque de la creciente.

Ya nadaba; apenas asomaba la cabeza y se dejaba cargar por las aguas; sin duda alguna no avanzábamos nada.

Comencé a guiarla y sobre todo a hablarla; el miedo y el valor se comunican; pero, por más que hacía, la mula no alcanzaba la opuesta barranca.

Estábamos lejos, muy lejos del punto de partida, y comenzaba a angustiarme.

—¡Maldita mula!... —exclamé tirándola fuertemente de la rienda..., y logré llevarla al medio del río.

En esto, un tronco inmenso, con todas sus raíces, venía aguas abajo con tranquilidad olímpica.

—Estoy perdido—me dije, y forcé más la mula; pero ella, que indudablemente no se daba cuenta del peligro, no se apresuraba a luchar.

Forcéla más: ya estaba casi fuera del alcance del tronco; y cuando comenzaba a respirar, torna la mula a dejarse arrastrar hacia el remolino que se formaba en un recodo.

La situación no era nada satisfactoria: un minuto más y entre el tronco y la barranca, al giro vertiginoso del remolino, estaba terminada mi existencia.

¡Cómo se apegas uno a la vida! ¡Cómo se pierden

todas las facultades de sólo verse a la orilla del sepulcro!

De un golpe, pasé todo en revista; mi madre, mi abuelo, Luisa y *Tigre*, mi fiel *Tigre*, ese compañero inseparable y leal.

—Si sigo en esta mula—me dije—, estoy ahogado irremisiblemente; me tiro a nado y la abandono a su propia suerte.

Esas reflexiones se me vinieron con rapidez increíble; pero más rápido que ellas, ya el tronco estaba sobre mí.

Traté de sacar la pierna y no pude: me oprimía contra la mula una raíz enorme.

—¡A luchar!—exclamé, y le puse las manos a la raíz para desviar el curso del árbol.

Aquella era tarea superior a mis fuerzas. El árbol me empujaba violentamente y estaba a una braza del radio del remolino.

Y tomé con ambas manos aquella pesada masa; y en un esfuerzo supremo, en que reuní todas las energías físicas y morales de mi ser, traté de sumergirla.

¡Nada!... estábamos en el remolino... un segundo más y ¡adiós mundo!... Yo debía estar lívido, desfigurado: ¡estaba a dos palmos de la tumba!

—¡Maldición!—grité... y sin saber cómo, la mula, sacudida acaso por una raíz, hace a su vez un esfuerzo supremo y pone las patas delanteras en la deseada orilla.

Una vez fuera, me reaccioné.

Ya el peligro había pasado: respiré mucho, mu-

cho ; se me quitó de encima todo el enorme peso del último instante, y no pude menos que acordarme de mi tío ; murmuré entre indignado y miedo : —

—Mujer y mula, por la cintura... ¡Bicho más chocante!—y la clavé las espuelas y eché por las vegas arriba, buscando el camino real, que me quedaría a cien brazas del lugar en que hice pie.

Había anochecido : los sapos y las ranas se regocijaban en los charcos ; los grillos, precursores de las noches húmedas, se daban el gusto de chillar como unos desesperados ; y la lluvia, menuda y penetrante, comenzaba a caer.

XLVII

—¡Se me puso!—exclamó mi tío al verme empapado como un pato—. Sólo siento que se mojó mi silla.

La recepción no podía ser más cordial : creo que ella empuñó toda mi gratitud.

—Este tío—pensé—es el hombre más bruto que ha dado la tierra : me prometo inmortalizarle. No me irá de *Peonia* sin hacer su retrato. ¡Miren cómo me recibe!, sobre todo, después que me iba ahogando. ¿Será este hombre hermano de Nicolás y de mi madre?... Ganas me dan de dudarlo... Después de todo, él tiene razón. ¿Qué le va ni le viene con lo que a mí me suceda? El diablo cargue con él, que bien cargado estará. Razón tenía Méndez...

—Buenas noches, Carlos—dijo una voz para mí querida.

—Buenas noches, prima. ¿Cómo has pasado el día?

—¿Yo?... Triste... Vienes ensopado.

—Sí, mi vida; me iba ahogando: el río está muy crecido.

—¡Ay, Dios mío!, ¿y por qué lo pasaste?

—Porque te había dado mi palabra de venir esta noche, y si hubiese aguardado no habría llegado hasta mañana.

—Pero hubiera sido eso mejor que exponerte así...

—¿Y piensas que yo hubiera soportado toda una noche en vela, matando plaga?

—¡Impaciente!... —me enrostró con una gracia sin igual—. Por fortuna ya estás aquí...

—¿Y qué hay de velorio?

—Que todo está listo; vamos a pasar un buen rato.

—Sobre todo yo, querida Luisa, lo pasaré a las mil maravillas junto a ti.

—¿De veras?... Mira, Carlos, que a mí no me gustan esas cosas.

—¿Por qué?... ¡Vamos!, ¿por qué?

—Ve a mudarte y ven, que voy a hacerte un regalo.

—Perfectamente; pero antes quiero que me hagas un favor.

—¿Cuál será?

—Consígueme un poco de aguardiente de caña para darme una fricción.

Cuando iba a salir la detuve.

—Oye, Luisa.

—¿Qué?

—Acércate... Dime una cosa... ¿Me quieres mucho?

Bajó los ojos, según su costumbre, y yo la tomé una mano, que llevé a mis labios; la retiró vivamente y exclamó, con un si es no es de sentimiento, ira o desdén:

—Déjate de eso, Carlos.

Y me volvió la espalda.

Así son todas—pensé—. «Déjate de eso... déjate de eso...»; ¡pero la vela ardiendo!

XLVIII

Aquella noche estaba destinado a no comer; como llegué tarde, había pasado la hora del frito y mi tío se opuso a que me guardasen cena.

—Que coma parrandas—dijo a Luisa—, ¿quién le mandó para el pueblo? El vino aquí a su negocio y no a vagabundear.

Pero mi prima fué más indulgente; y hecha ya a lidiar con aquel viejo terco y miserable, no contestó media palabra y me apartó mi plato en la cocina.

Mi tío comenzaba a cargarme: tanta ridiculez me aburría, y ya pensaba que terminaríamos muy mal.

Sirvióme Luisa la comida en mi cuarto; se aguardó allí mientras yo, que tenía un hambre de perros, la devoraba, y luego nos fuimos a ver el altar.

Sobre la mesa de planchar, coja de una pata y acuñada con ladrillos, pusieron un cajón; sobre és-

te otro más pequeño ; y sobre éste, otro más chiquito todavía, hasta formar una como gradería.

Allí estaban las sábanas y las colchas de la casa, sirviendo de vestidos al improvisado altar ; un paño de manos cubría la desnudez de un cajón de fideos, el último escalón de la pirámide ; y sobre su fondo blanco, se destacaba como el triángulo simbólico de las iglesias, un pañuelito de seda carmesí, en cuyo centro había una como cruz teutónica de papel amarillo, pegada con engrudo.

La cruz de madera, adornada con flecos de papel de color blanco, amarillo y rosa coronaba aquel calvario ; veíase como de lejos, chiquita, chinga, casi perdida en aquel mar de sábanas y colchas y pañuelos.

Pendían de sus brazos la cadena de plata de un reloj que tuvo mi tío cuando niño, y un medallón, colgado a una cinta de terciopelo, que había regalado a Luisa mi hermana María.

En una cintita angosta estaban ensartadas dos sortijas y un par de zarcillos de Andrea, que se destacaban sobre la rosada peana de la cruz.

Con ramos de totumo, habían formado arcos en la pared, como para reducir y disfrazar el fondo ahumado y sucio del corredor.

Dispersos por las gradas andaban un perro y un gato de vidrio ; unos húsares de madera ; un cofrecito-tocador y una cajita que contenía un juego de cocina, para muñecas.

Las luces del altar eran velas de estearina de 16 en libra, lujo extraño en la casa de mi tío, que no las gastaba sino de sebo, bañadas.

Los candelabros, botellas de cerveza, vacías por supuesto ; y como centinelas avanzados, a los flancos de la cruz, dos canecas de ginebra, que aún conservaban su etiqueta ; su doble corona.

El lujo estaba en las flores : lirios, azucenas, malabares, bellísimas ; gajos de coralina, azahares de cajera ; flores de samán, con rosadas barbas ; gallitos, margaritas y rosas Páez y rosacruz.

Arrimados a la pared había bancos y silletas.

Mi tío se acercó al altar : lo recorrió con la vista y sin dirigirse a nadie preguntó :

—¿Velorio con ustedes solos? Eso será de verse.

—Ya usted lo verá—le contesté.

Me traje a Andrea y la senté ; a la cocinera, y se la puse al lado ; a Carmelita, y la senté al frente ; después llamé a Casiano y a Bartolo y se los di de galanes, reservándome a Luisa y a Perucho para mi tertulia.

Nadie se dió por ofendido ; tan natural parecía a todos aquella sociedad en que habían vivido siempre. Tomé la guitarra y rasgué un vals. Cuando concluí, se la puse a Casiano.

—Yo voy a cantar unas décimas—dijo—, y entonó :

Santísima cruz divina
madre del Verbo Jesús,
en los ojos tienes luz,
y en el corazón, la espina:
por esa gracia tan fina
en que vives condenada,
yo me confundo en la nada
y me acojo a la dulzura

que mandas desde tu altura
con la luz de tu mirada.

Carmelita, Andrea, Bartolo, la cocinera y mi tío aplaudieron con entusiasmo.

—¡Magnífica décima!—exclamé—. ¿Esa es de usted?

—No, señor; esa se la enseñó a Bartolo la niña Andrea y Bartolo me la enseñó a mí—contestó el negro, que reventaba de satisfacción y miraba de soslayo a Carmelita.

—Esa la aprendí yo en un libro de oír misa—agregó Andrea.

—Ya lo suponía—dije—; el estilo, el espíritu y su corte artístico, me dijeron al oírla que eran de algún Padre.

—¿Verdad que es muy bonita?

—Hermosa, lindísima; ni Díaz Mirón las hace iguales, ni Núñez de Arce, ni nadie.

—¿Y de qué cura serán?—preguntó mi tío.

—Hombre, por lo que yo he visto, debe ser del Papa o del Camarlengo.

—¿Y el Papa hace versos?

—¡Ah, sí!; pero en latín, porque no quiere que nadie los entienda.

—Vamos, Casiano—exigió Carmelita—, otra décima del Padre Camarlengo.

Volvió a empuñar el instrumento e hizo que lo templaba; lanzó una mirada llena de fuego a Carmelita y comenzó a cantar, blanqueando los ojos, como vaca degollada:

Bendita sea tu pureza
y eternamente lo sea,
pues todo un Dios se recrea
en tan graciosa belleza.
A Ti, celestial Princesa,
Virgen, sagrada María,
yo te ofrezco en este día
alma, vida y corazón;
mírame con compasión
y no me olvides, Madre mía.

Un aplauso nutrido acogió el último chillido del negro, que se inflaba como queriendo reventar.

—¿Y esa tampoco es suya?

—No, señor; esa me la enseñó mi ama cuando chiquito.

—¿También será del Papa?—preguntó mi tío.

—Seguramente—respondí; Su Santidad no es muy dejado.

—Así deben ser los Papas: hombres sabios.

—¿Y sabe usted que es un gran músico?

—¿De veras?

—Toca varios instrumentos, pero de preferencia las maracas.

—¿Y quién le enseñó a tocar maracas?

—El obispo de Mérida, monseñor Lovera, cuando fué al jubileo.

—¿Y el obispo Lovera sabe de esas cosas?

—¡Ah, sí! Antes de ser cura fué cantor de joropos en Guacara; y dicen las indias de su pueblo que no hay en toda la Laguna quien escobille un zambe

como él, ni quien dé la vuelta de una chipola con más gracia.

—¡Así es como me gustan los curas!—exclamó mi tío entusiasmado—; ese obispo puede aconsejar bien a todo el mundo, porque ha hecho de todo.

—Sí, señor; el obispo de Mérida ha hecho de todo...

El entusiasmo llevó a mi tío hasta tomar parte en nuestra fiesta.

—Pongamos un juego—propuso.

—Vamos con él. ¿Qué jugamos?

—El barco... —y enrolló su pañuelo—. Vamos por la *P*.

Arrojó el ovillo a Luisa diciendo:

—De la Habana ha venido un buque cargado de...

—Pericos...

Me había recostado en un pilar y miraba con profunda tristeza el cuadro; tenía en mi alma todas las sombras de aquella noche fría y tétrica.

¡Pobres muchachas!—me decía—. ¿Podrá un hombre, en rigor de derecho, por más que se llame Padre, sacrificar una familia haciéndola descender tan bajo? ¡Ay! ¡Los hijos y las hijas que se forman en esta escuela serán los padres y las madres de mañana! ¿Adónde iremos a parar? Esta es la primera de nuestras capas sociales.

XLIX

—No te vayas—me dijo Luisa—, para que tomes caratillo.

—Tráelo, pues ; yo busco que nos dejen solos.

—Ya vamos a estarlo.

En efecto, Carmelita dijo que se sentía indispueta, y Andrea también se recogió ; de manera que quedábamos haciendo el velorio Luisa, Perucho y yo.

—¿Qué te parece el caratillo?

—Magnífico—la contesté.

—¿Quieres más?

—Ahora no ; la noche está muy húmeda, y puedo resfriarme.

—¿Sabes que tú no cumples lo que ofreces?

—¿Cómo no? ¿Qué te he ofrecido yo que no te haya cumplido?

—Acuérdate...

—Por más que pienso no atino.

—Y ¿cómo yo me acuerdo?

—¿De qué se trata? Dime, primita.

—No te digo : tú debes recordar que me ofreciste una cosa ; búscala en tu memoria.

—No doy con ella ; dime al oído.

Y, acercándose mucho, sin dejar a Perucho, a cuyo brazo había echado su brazo izquierdo, murmuró :

—Los versos.

—¡Ah! ¡Sí! —y la clavé los ojos—. Oye, acércate ; y al murmurar en su oído : *escúchalos*, la di

un beso silencioso y apasionado; un rumor que vagó convertido en olas de carmín por sus mejillas, y en un suspiro robusto que salió de su seno.

Tomé la guitarra y la templé, y con la música lánguida y voluptuosa de una canción nacional, comencé a cantar, mientras ella escuchaba embebecida:

Como las garzas de la ribera,
como las palmas de la sabana,
como los lirios de la pradera,
como las auras de la mañana,
así eres tú.

Tienes de junco flexible tallo,
el blando arrullo de las palomas,
el tibio ambiente que llena el valle
cuando se posa sobre las lomas
la última luz.

Tus ojos brillan con los fulgores
de un sol que riela sobre celajes;
vibra tu acento con los rumores
que deja errantes por los ramajes
dulce torcaz.

Como un miraje resplandeciente,
en sus latidos, tu alma sencilla,
tintes de rosa deja en tu frente,
carmín de auroras en tu mejilla,
leve y fugaz.

Yo quiero, nifia, que en tus delirios,
de tenues gasas flote cefida,
como perfume que dan los lirios,
como vibraciones de eterna vida,
grata visión.

Un ángel bello que en tus oídos
himnos murmure ledó y sereno:

que te despierte con los ruidos
de castos besos en tu albo seno,
besos de amor.

Mi tío se había levantado desde que comencé a cantar, y se vino, en su ligero traje de dormir, otra vez al velorio, no tardando en imitarle su mujer y Andrea.

—Repite, Carlos, eso está muy bueno.

—¿De veras, tío?

—De positivo.

—Siento no tener sencillo para pagarle.

—¿Qué?

—La... galantería, tío.

—No te preocupes por eso—me contestó muy serio, como si tal mecha le hubiese dirigido—, repite. Y hube de cantar de nuevo las estrofas.

—Yo conozco eso—me dijo al terminar.

—¿De veras?

—Sí, yo he oído eso en alguna parte.

—Creo que sí. ¿Cuántos años tiene usted, tío?

—Cincuenta, escasones.

—Pues ese tiempo hace que usted ha estado oyendo mis versos; porque ese mismo tiempo tiene usted viviendo en esta hermosa naturaleza; usted ha visto muchas veces las bandadas de garzas anidarse y criar en las cañas del río; muchas veces ha posado usted bajo las palmas de la sabana, y ha mirado, en una palabra, por espacio de cincuenta años, estas colinas, y estos valles, y estas selvas, y sentido ese rumor melancólico y ardiente que juega en el follaje.

—Sí, es verdad. ¿Y por qué todos nuestros poetas no escriben versos así?

—Porque no hemos constituido todavía la literatura nacional; nuestros escritores y poetas, sin criterio ni tendencias, se han dado a copiar modelos extranjeros, y han dejado una hojarasca sin sabor y sin color venezolanos; algo así como esas parásitas amarillentas que el viento de la montaña pone en los ramos de los búcares.

Una nube de infinita tristeza cubrió la arrugada frente de mi tío; frunció el ceño, apagó los ojos, y sin decir media palabra se volvió a su cuarto. Cuando quedamos solos, Luisa me hizo repetir los versos a media voz.

—No hagamos mucho ruido—me decía—porque volverá mi papá.

Perucho optó por dormirse y apoyó la cabeza en las rodillas de su hermana.

Así es mejor—pensé—, y tomando una mano de Luisa la besé con pasión.

—¿Me quieres mucho? la pregunté.

—¿Yo?...

—Sí, tú.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Porque de nada sirve que nos amen, si no nos lo repiten todos los días del mes y a todas las horas del día: ¿me amas?

—¿Y tú?

—¿Yo? ¿Cómo quieres que te lo diga? Te hablo con mis ojos, y te digo que te amo; te hablo con mis versos, y te digo que te amo; te hablo con mis

hechos, y te digo que te amo... ¡Ah, tú no me amas, Luisa!

—¿Cómo no? Yo también te lo digo a cada instante; mira, Carlos: yo te lo dije por primera vez la noche que murió María; la noche en que, apoyada mi cabeza en tu pecho, me diste el primer beso, ¿ya lo olvidaste?

—No, no lo he olvidado; eras muy niña y dudaba que las impresiones de aquella noche se hubieran fijado en tu memoria.

—¿De suerte que sólo ustedes los hombres tienen derecho a no olvidar?

—No, hija; las mujeres también lo tienen; pero nunca hacen uso de él...

Como bajan las sombras de la noche sobre las lomas, caía sobre la tersa frente de Luisa una nube de melancolía.

—¿Por qué te pones triste?

—¡Ay, Carlos! ¡Esa es la vida!

—No, Luisa; la vida es un himno a la naturaleza creadora; un suspiro de amor, tenue y lánguido; un beso ardiente, un delirio, un ensueño. ¿Por qué hemos de ver la vida como una marcha fúnebre? Nos morimos en cualquier instante, y es preciso tomar de la existencia sus mejores momentos; las notas del placer, las músicas de la felicidad.

—¡Felicidad!—repitió con amargura—; esa palabra no existe para mí.

—Puede que no exista la palabra, pero es necesario que exista la cosa.

—¡Menos!

—¿De manera que tú no ves la felicidad ni en el amor mismo, que es la única bienaventuranza en que yo creo?

—Ni en eso. ¡He sufrido tanto!...

—Esa no es una razón en pro de tu teoría, sino en pro de la mía: cuando se sufre, se agiganta el deseo del placer; y cuando brilla la aurora de una dicha, se aspira todo el aire vivificante de esas mañanas de Pascua, que nos sonríen con celajes y armonías.

—El tiempo dirá quién tiene razón..

—La tendré yo, que he llegado a formarme una filosofía propia, hija de la soledad, del vacío en que ha vivido mi corazón: jamás he hallado un ser que me comprenda: jamás un alma amiga que se co-substancie con la mía: o la indiferencia o la decepción. ¿Y crees que por eso me entristezco? Lo deploro, es cierto; pero no me preocupa mucho; sé que no tengo más que un pequeño lote de vida; pero así pequeño, me lo tomo todo: un día, una semana, un mes, un año estaré sobre la tierra; ese mes, ese año, será mío, sólo mío, Luisa; y he de gozarlo íntegro. Yo soy, querida mía, un arpa eolia, que al paso de las brisas perfumadas produce todas las notas del placer: desde el leve susurro del primer beso de amor, hasta el himno más robusto del deseo satisfecho...

—¡Me das miedo, Carlos!

—No, Luisa. El miedo está en ti, yo no te lo inspiro; tú sientes eso mismo que siento yo, porque ambos vivimos en la soledad y el vacío; quizás

yo lo sienta más que tú; pero a ti te asusta el no haber caído antes en cuenta de que siendo la decepción el pasto de tu espíritu, es necesario buscar otros rumbos, volver la vista a más risueños horizontes!...

L

El día me sorprendió durmiendo como un bienaventurado; y lo era, en efecto, porque amaba, acaso por la primera vez en mi vida.

Mientras se terminaban todos los preparativos para la mensura, tomé la escopeta y me fuí al campo, acompañado por *Tigre*. Tenía necesidad de estar solo; tenía sed de entregarme a mis propios pensamientos, sin que nadie me importunase. Al pasar por un callejón donde estaba el corte de escardilla, noté a mi tío, que con su azada en la mano estaba a la cabeza de los peones.

Al mirarme cerca se apresuró a decirme:

—Así no me engaña nadie: cada uno de estos canallas está obligado a hacer lo mismo que yo hago: así es como me ganan a mí los reales.

—Querido tío, usted dispense; usted ganaría más dirigiendo sus peones que poniéndose a la par de ellos; la cabeza es para mandar...

—¡Ah, mocito! Tú tienes las mismas ideas de esos haraganes de Caracas; a ustedes no les gusta agachar el lomo; mi amiguito, el que me come a mí los frijoles los suda.

—Ya lo veo... Hasta luego, tío.

Y seguí tarareando un vals.

Llegué a los bambúes de la orilla del río; torcí a la izquierda y fui a sentarme a la sombra de un aguacate. El Túy, tan crecido la víspera, había bajado ya y estaba en la más completa calma. Las aguas, turbias el día anterior y revueltas, ostentaban su límpido cristal ordinario.

—¡Oh! ¡Naturaleza! ¡Qué cambios! Ayer no más llevaba en su corriente el río un caudal enorme de aguas y piedras, y árboles y basuras, y hoy baja casi humilde; pasaron las horas de la fortuna y con ella los arrebatos de la insolencia; con los primeros instantes de la desgracia, los primeros rasgos de la cobardía, las notas de la prudencia. Y así somos también los hombres; así somos los venezolanos. Días vendrán en que este revuelto río del despotismo baje a su nivel, entonces veremos a los personajes de estos tiempos, orgullosos, irascibles, crueles y sanguinarios, torparse mansos, suaves, generosos y nobles; pero, ¡ay de los que caigan!... mas no; nada les sucederá... entre nosotros hay valientes para coger trincheras; pero no para venganzas; nadie se atreve a jugar la vida en desagravio de su dignidad ofendida; pero vierten todos su sangre para entronizar mandones. ¡Habrás visto pueblo más raro!... Don Fulano es un valiente porque cuelga hombres por las testas en los campos de su parroquia; porque debe en los establecimientos y no paga nunca; porque usa palabras groseras... y si de los grandes señores se trata...

Volví los ojos hacia la opuesta orilla; una bandada de guacharacas se había posado en un guácimo de

la vega y echándome la escopeta a la cara apunté para espantarlas. Apenas salió el tiro, se lanzó *Tigre* al agua; anduvo husmeando por la hierba y vino de nuevo a mis pies. Fué entonces cuando pude notarle una cinta de lacre que llevaba en el collar.

—Esta es de Luisa—me dije—, y afluyeron a mi mente los recuerdos de la noche anterior.

¡Hermosa noche, corrida al calor de una pasión naciente!

Es cuanto puede caber—pensaba—, que haya venido a encallar yo en este monte; indudablemente, estoy enamorado; pero este amor, el primero que yo siento, no ha de durar mucho; será una de esas hermosas nubes que cruzan el cielo de enero; uno de esos relámpagos que hieren la retina en las noches de agosto; el perfume de una flor de mayo, voluptuoso y pasajero; los arreboles de una tarde de diciembre en las serenas aguas del Tacarigua. ¿A qué pensar más en esto? Debo dejarme llevar por la corriente. Esta es una vida nueva para mí; algo como un ensueño voluptuoso y nada más; porque el amor tiene un corolario que me espanta: el matrimonio. Pero si he de plantear esta cuestión en su verdadero terreno, hay que ceder un tanto a la meditación. Supongamos que yo amo a Luisa y ella me corresponde: ¿qué hago? ¿Me caso? Esto es muy serio: yo, como que no me resigno tan fácilmente a la coyunda. ¿No me caso? Será lo mejor. Pero, entonces no debo decirle nada, porque las muchachas, a los catorce años, toman en serio cuanto se las dice... Verdaderamente, yo soy un colegial. ¿De cuándo acá esos escrúpulos,

tratándose de una muchacha? Ya sé que en cualquiera de estas pláticas me sale con que «si la olvido se muere»... y sí es muy capaz de morirse, la muy ci-ruela. Me saldrá también con que su padre debe saber que yo la amo, y mi tío me llamará a capítulo y fijaremos plazo y todo lo demás... ¿Que si es grave todo esto?... En fin, corramos el albur; nada de particular tiene enamorar a una muchacha y largarse uno luego con su música a otra parte... pero, realmente, esto se toma entre nosotros como una burla y puede que mi tío se me ponga de frente... además, es mi propia prima, y si algún otro se lo hiciera ¿qué diría y qué haría yo?... ¡Qué diablos! ¡El primer maíz es de los pericos!...

LI

Cuando volví a la casa era hora de almuerzo.

La mesa estaba puesta, y mi tío aguardaba mi llegada. Una vez allí, nos pusimos a almorzar. Yo no tenía gran apetito; sin embargo, le hice los honores a los frijoles, a los plátanos fritos y a un revoltillo de chorizos que provocaba. Todos se levantaron de la mesa y nos quedamos Luisa y yo.

Había hecho, con el corazón de la arepa, una palomita, en cuyo pico puse una pajita de la escoba y se la regalé.

—Está muy bonita.

—No tanto como tú... Todavía no me has dicho cómo pasaste la noche.

—Perfectamente. ¿Y tú?

—Muy bien ; soñé contigo.

—¿ Conmigo ?—preguntó ruborizada.

—Sí, contigo.

—¿ Y qué soñaste ?

—¡ Que te tenía en mis brazos ; que bebía luz en tus ojos y miel en tus labios ; que contaba uno por uno los latidos de tu seno ; y que aquel éxtasis divino a que estaban entregadas nuestras almas, duró toda una eternidad !...

—¡ Era un sueño !...

—¿ Y quién te dice que los sueños no pueden convertirse en realidades ?

—Cualquier sueño puede realizarse ; pero los míos, y aquéllos que se relacionan conmigo, no se realizan nunca.

—No lo creas.

—A mí me persigue la fatalidad ; yo creo que si algún día llego a tocar la dicha, en el instante mismo en que lo haga, me muero.

—Déjate de tonterías, niña—la dije en tono de dulce reproche—. ¿ Tú has leído novelas ?

—Algunas.

—Pues eso es lo que te tiene enferma ; las novelas que van a nuestros hogares dan a la mujer una atmósfera romántica, ridícula.

—¿ Y no dicen que las novelas son copias del natural ?

—Sí, algunas ; pero estas mismas son copias que obedecen al espíritu de la época en que se hacen ; ahora, treinta o cuarenta años estaban muy bien esos poemas sentimentales. Hoy día no son aceptables.

Luisa sonreía con malicia.

—¿Y no dicen ustedes los poetas que el amor es eterno?

—Sí, querida mía; el amor es eterno, y es el mismo desde los primeros tiempos; pero cada época tiene una manera de amar que le es peculiar. Hoy se ama con el siglo: con el vapor, la electricidad; con todos los agentes que acrecientan la vida.

—Pues bien, querido primo; yo creí notar en ti las mismas tendencias que condenas ahora; seguramente me equivoqué.

—Me parece que sí; yo, lejos de gustar de lloriqueos, les tengo miedo; el romanticismo pasó. ¿No lo crees así?

—Lo creo porque tú me lo dices; no sé qué es eso.

—¿Cómo?

—Yo no creo sino lo que tú dices; no siento sino lo que tú sientes; y no quiero sino lo que tú quieres.

He ahí la mujer—me dije—; su mayor satisfacción es encontrar quien la domine y la guíe en sus afectos y creencias; y alzando la voz:

—Y debes odiar también lo que yo odie; porque no concibo la vida en un término medio: o amar mucho u odiar mucho; yo digo con Echegaray en *Haroaldo*, hablando de Dios:

Con ser uno ya me agrada,
pues él sin duda pensó
lo mismo que pienso yo:
o ser todo o no ser nada.

Luisa estaba animada y sonriente; se lo hice notar y la pregunté:

—¿Qué te pasa?

—Que yo gozo oyéndote hablar.

—¿Por qué?

—Porque me parece que tú no dices sino la verdad, y que debo creer todo lo que tú dices.

—¿Luego tú no me crees capaz de engañarte?

—¡Oh, no! ¡Nunca, nunca!

—Haces bien, porque yo te he puesto tan alto en mis afectos, que juzgo un crimen decirte una mentira; el día que llegue a engañarte, será el último de mi existencia.

Su fisonomía estaba más animada cada vez; la timidez y la debilidad de la mujer se tornaban en audacia y fuerza al soplo de la pasión. Después de una pequeña pausa, en que la miré reconcentrando en mis ojos todo el fuego de mi pecho, la pregunté:

—¿Qué sacrificio harías por mí?

—El que tú quisieras—contestó resueltamente.

—¿Y no temes que yo pida demasiado?

—No; mi vida y mi honra son tuyas; tú sabrás qué haces para conservarlas.

—¿Luego te entregas a discreción?

—Sí, Carlos, lo que tú hagas está bien hecho.

La abrumé con una mirada llena de ternura y fuego; la besé la mano y me fuí... Me fuí porque estaba ebrio, loco; me flaqueaban las piernas al choque eléctrico de su mano, y al dejarme caer en el chinchorro, murmuré convencido por una experiencia poco agradable: la pólvora se inflama junto al fuego.

LII

Después de la teoría del amor en estos tiempos, que había desarrollado en presencia de Luisa, fuerza era filosofar un rato.

Yo no sé en verdad, si todos los temperamentos se prestan igualmente al mismo tono de una pasión; respondo de que el mío es rebelde a esas mojigaterías sentimentales.

Y cuenta que soy uno de esos seres realmente desgraciados, que tienen un hambre inmoderada de afecto, una sed insaciable de ternura.

En la lucha, cada jornada se cuenta por una decepción; cada decepción por un río de ajeno.

En esos momentos en que gimo al peso de un dolor íntimo, echo de menos un refugio cerrado a todas las miradas indiscretas; busco un templo donde levantar un altar para un culto exclusivamente mío; un pequeño mundo con sus tintes de esperanza... pero también con los chillones colores de lo real y positivo. Mucho me gustaría una mujercita tierna y asidua; mansa y cariñosa, capaz de comprenderme; sería yo un marido excelente (calculo acá, en mi celda de soltero); me volvería, de terco y áspero, suave como armiño, y dulce como los panales mitológicos, de acre y amargo como soy.

Confieso que hallaría nueva fuerza en cada beso de mi mujer, cuando, desfallecido y triste, regresara por las tardes al caliente hogar; me sentiría más hombre cuando me viera renovar en los tripones, y tomaría

más vida, porque me animaría entonces ese doble egoísmo de esposo y padre.

Pero también confieso francamente que me moriría de risa si me dijera mi mujer:

—¡Si tú me olvidas, me muero!

—¡Ay!—tendría que exclamar para mi capote—: ¡la niña es de alfeñique!

O bien que, en una noche de amor, corrida al calor de esas caricias que sólo escuchan las cortinas del lecho y sólo sienten las blandas almohadas, me murmurara en un suspiro:

—¡Tú no me quieres!...

—¿Por qué hija mía?

—Porque esta tarde te sorprendí guiñándole el ojo a la cocinera.

—¡Vaya! ¿Y por eso te vas a morir?

—Sí... me estoy muriendo...

—¡Pobrecita! Pero recuerda que si te mueres, hija...

—¿Te mueres tú también?

—No, niña, ¿cómo se va a extinguir la familia por completo?

—¿Y qué harías tú si yo me muriera de tristeza?

—Escribirte una buena necrología.

LIII

Hay veces que yo mismo ignoro lo que quiero. Cuando adopto una resolución, voy derecho a mi objeto, cueste lo que costare; pero antes de echarme el

llo a la espalda, ando como en el aire. ¿Qué fenómeno será éste? En realidad, no sabía si amaba a Luisa o no la amaba; si debía casarme o no; si debía seguir mis relaciones o cortarlas por completo. Quizás digo mal: es muy probable que si supiera qué camino debía seguir; pero no quisiera tomarlo. ¡Debilidades humanas, o debilidades mías! ¿Será realmente un crimen engañar a una mujer? ¡Tantas veces nos engañan ellas!

¡Qué diablos!—exclamé por fin, levantándome del chinchorro—: no estoy yo para cavilaciones de esta laya; mejor estaré paseando por el vecindario.

Y mandé ensillar la mula; llamé a *Tigre* y me fuí.

LIV

Había tomado el callejón de la derecha; pasé el río y al subir la barranca me encontré en el patio de Toribio, uno de los medianeros, quizá el más acomodado de *Peonía*.

—Buenas tardes, Francisca. ¿Dónde está tu papá?

—En la roza, doctor. ¿Cómo le va?

—Bien, gracias. ¿Y tu mamá?

—Abajo, en la vega, recogiendo unos tomates para mandar mañana para el pueblo.

—¡Cierto!, mañana es domingo.

—Sí, señor: tilingo, tilingo,

mañana es domingo:

se casa la pita

con un borriquito

de Juan Barrigón.

—¡Hola! ¡Qué bonita copla!

—¿Le gusta, doctor?

—Mucho, Francisca; pero no me gusta más que tú.

—¡Ya ve! ¡Manito con el hombre! Ayer no más vino y ya quiere...

—¿Y eso es pecado?

—Sí, señor, porque usted es forastero.

—¿Y para los forasteros no hay nada?

—No, señó; ni pa güelé.

—Júramelo.

—Yo no juro... además, usted sabe que yo soy ajena.

—¿Cómo ajena?

—Sí, señor, yo vivo con un hombre.

—Eso no es un obstáculo; todos lo hacen lo mismo; la gracia está en vivir con un hombre y robarle un poquito...

—¡Ni de plancha!

—¡Ea, tonta! ¡Eso no deja huellas!

—¡Ai-jué!

Y esto diciendo, eché pie a tierra.

—¡Ay, doctor! Más vale que usted se vaya y no me diga más ná, porque conmigo no saca bejuco.

—¡Tonta! ¿No comprendes que te hablo de broma?

—Pue sucedé, doctor, pero si me le esboco me embazo. ¡Manito con los hombres!... Ahí viene mi mama.

LV

—¿Cómo está doctor?

—Sin novedad, Ceferina. ¿Y tú, cómo estás?

—Llevándola, doctor. ¿Qué milagro es usted por aquí?

—Vine a visitarles a ustedes y estaba aconsejando a Francisca.

—Sí, señor. Mire usted, doctor, esta muchacha que la criamos con tanta estima y con lo que vino a salir.

—Ya lo veo.

—Pero por fortuna fué con palabra de casamiento.

—Sí, eso, una fortuna; cuando se tiene un hijo con palabra de casamiento se disculpa la falta.

—Sí, señor; y como las blancas los tienen también, nada de particular es que los pobres nos *resbalemos*.

—Es claro: la naturaleza humana es la misma. ¿Y qué blanca hay por aquí, con hijos, sin ser casada?

—¡Gua! ¿Usted no sabe, doctor?

—No. Ceferina; cuéntame esa historia.

—No lo creo yo.

—Pues te aseguro que no sé nada.

—Pues si de verdad no sabe nada, no le digo.

Y cambiando de conversación:

—Francisca, anda a buscar una tapara de agua, que yo le voy a echar unas batatas en la ceniza al doctor, para que se las coma con café.

—Gracias, Ceferina; pero cuéntame la historia.

—Esa era mecha ; aquí no hay ninguna.

—Vaya, pues ; no faltará quien me la cuente.

—No se vaya a reventar la cabeza, que por aquí no hay nada de eso.

—Está bien.

LVI

Dejé el dure en que estaba sentado y me fuí a ver la «huerta», que eran cuatro matas de cebolla, una de ají, otra de perejil, otra de culantro, otra de hierbabuena y otra de clavel, puestas en ollas viejas sobre una troje.

—¿ Por qué tienes aquí estas matas ?

—Por los bachacos y los animales.

—¿ Y por qué no cuidas lo mismo las cuarenta días ?

—Porque a esas no les hace nada el bachaco.

—¿ Tienes mucha manzanilla ?

—Sí, señor ; la siembro sólo por la niña Luisa, que la usa mucho en su ropa.

—Cuéntame, ¿ y de dónde sacó eso esa niña ?

—Que el cura dijo en la plática, ahora dos años, que todas las niñas debían usarla, porque esa es la flor del monumento.

—¡ Ah !... ¿ Y dónde está Miguél ?

—Mudando la burra.

—¿ Ya estará muy grande ?

—Sí, señor ; está un hombrazo.

—¿ Y no va a la escuela ?

—No, señor; porque, como está tan lejos... ¡Cata! Allá va Bartolo corriendo. ¿Qué será?

—¡Quién sabe!

Y Ceferina comenzó a gritar:

—¡Ah, Bartolo! ¡Bartoloo!

Pero Bartolo no oía o no quería oír, o no contestaba.

—Esta es hora que hay cochinos en las zocas.

—¿Será eso?

—Puede; pero como que va para el Tiamo o Cucharito.

—¿Quién vive en el Tiamo?

—El templador.

—¿Y en Cucharito?

—La señora Segunda, la curiosa.

—Irás a buscar al templador.

—No puede ser, porque hoy están templando allá.

—Es verdad.

—Debe ser a llamar a la señora Segunda. ¿Habrá algún enfermo en casa?

—No, no hay; a menos que haya caldo después que yo vine.

—¡Quién sabe, doctor!

LVII

En tanto se habían asado las batatas y estaba el café.

—Ya ve, doctor; si usted quisiera comer las batatas con miel.

—¿De abejas?

—De erica.

—Sí, Ceferina, tráela.

—No está buena; la cogió Toribio en un mahomo en la roza, y aunque la herví dos veces se *enfue*rtó.

Y puso sobre la mesa un paño, blanco como un copo de algodón; un plato de hierro muy bruñido con las batatas, un platito de loza para la miel, una tapara que la contenía y una cuchara de cobre.

Arrimó la silleta de cuero y me dijo:

—Venga y dispense la poquedad.

—No hay cuidado, Ceferina; agradezco la espontaneidad del obsequio. ¿No me cuentas la historia?

—¡Qué tema tiene usted con esa historia!

—Me has picado la curiosidad, y deseo saberla.

—¡Quiá!... ¿Y usted no sabe que hay muchas blancas que han tenido hijos fiados?... Cuando yo era chiquita, me acuerdo mucho todavía, era la hacienda de *El Rosario* de un señor X.; y una vez trajeron a una niña a dar a luz aquí; por cierto que mi mamá la asistió.

—¿Y a esa es que te refieres?

—A esa—contestó sonreída después de un instante de duda.

—¿Sabes que no lo creo?

—Es que usted es un aguacerito blanco...

—¿Y quién tiene la culpa?

—¡Gua, manito! usted, ¿quién va a ser?

—No, hija, tú... ¿Y quién va a bautizarle el muhacho a Francisca?

—Ella dice que la madrina va a ser la niña Luisa; yo no sé quién será el padrino.

—Ese seré yo.

—Con mucho gusto—dijo Francisca entrando—, pero ya usted se está acabando la miel que tengo para los *miados*.

—Estás que pichirre, Francisca—la respondió la madre.

—¡Si es una mecha, mamá; como él se juega tanto conmigo!...

—Es cierto—afirmé yo.

—Pero hay cosas que no se dicen ni de mecha; porque aunque una sea pobre, debe de ser decente con la gente.

—Es—pensé, la generosidad proverbial del pueblo venezolano—y añadí en alta voz—; tienes razón, Cefarina; la miseria no se aviene nunca con las personas que viven del trabajo.

Toribio llegaba en ese momento con un palo para leña al hombro; el machete en una mano y la tapara vacía en la otra.

—Buenas tardes, doctor.

—Muy buenas, querido amigo.

—¿Qué buen viento lo trujo?

—Vine a verles a ustedes y a convidarte para una cacería.

—Con mucho gusto, ¿cuándo será?

—Un domingo de éstos. Te avisaré...

—¿Echaremos de este lado o sobre la Fundación?

—Donde a ti te parezca. Convida a dos o tres más.

—Serán Casiano y Bartolo.

Y como hiciera un gesto que manifestaba mi disgusto, me preguntó:

—¿Como que no los pasa usted?

—¿Por qué no?—contesté disimulando—. No me han hecho nada.

—¡Como aquí nadie los quiere! Nosotros les aguantamos por don Pedro; y él los tiene porque quizá no sabe lo que sucede.

—¿Y qué sucede?

Toribio miró maliciosamente a su mujer; ésta le hizo un gesto bastante significativo, que yo pasé como inadvertido. Luego respondió, bajando los ojos:

—Eso... Pero Casiano es un buen tirador y Bartolo buen perrero... Por ahí lo encontré, que se lo llevaba Caplán; iba a buscar a la señora Segunda.

—¿Lo ve usted, doctor? Era a la señora Segunda.

—¿Y quién está enfermo en casa de mi tío?

—Carmelita...

Ceferina le lanzó una mirada bastante significativa; Toribio, corrigió tartamudeando.

—Doña Carmelita... como yo la conocí... y luego que aquí nadie le dice de otro modo.

—Eso no vale la pena—le dije, y agregué para mi capote—; harta razón tiene el pobre.

Me despedí de aquella buena gente, y ya a caballo, torné a preguntar a Ceferina:

—¿No me cuentas la historia?

—¡Barajo con usted! ¡Más vale que no le hubieras dicho nada!

LVIII

Cuando llegué a *Peonía* comenzaba a oscurecer ; mi tío paseaba en el corredor.

—¿ Hay aquí algún enfermo ?

—Sí, Carmelita, quien tiene síntomas de aborto.

—¿ Y mandó usted a buscar el médico ?

—Yo no me meto con esa gente ; estos doctorsitos de ahora no hacen más que manosear las mujeres con pretexto de examinarlas : son unos corrompidos ; he mandado buscar a la señora Segunda, que es la médica de aquí, y cura más barato.

—¿ Y desde cuándo está enferma Carmelita ?

—Desde las dos ; pero no había dicho nada hasta hace poco.

—Es una contrariedad.

—¡ No me digas ! ¡ Esa pobre muchacha, tan buena ! Es el alma de esta casa ; porque Andrea y Luisa son un par de flojas.

En esto llamaron a mi tío del cuarto de Carmelita ; luego salió Andrea corriendo hacia la cocina ; después oí a mi tío echando ternos. Cuando entraba en mi aposento pasó Luisa, con un lebrillo de agua tibia.

—Voy a hacerte un encargo—me dijo precipitadamente y en voz baja.

—¿Cuál ?

—No vayas a burlarte de esa mujer que viene ahora, porque mi tío la quiere mucho y no consiente que hablen mal de ella.

—Está bien. ¿Vuelves pronto?

—Sí; ya vengo.

LIX

En efecto, Luisa no tardó en llegar.

—¿Cómo sigue Carmelita?

—No sé, porque no la he visto.

—¿Luego tú no entraste?...

—No, porque papá no quiso. Andrea si está adentro. ¿Cómo te fué de paseo?

—Bien, porque pensé mucho en ti; mira lo que te traje.

—¿Un lambiojo?

—Sí.

—¡Qué bonito! ¿Y está vacío?

—Sí, está vacío.

—Mil gracias... Voy a ver qué hay de tu comida.

—No te dilates; mira que no puedo estar sin ti, y tengo que decirte muchas cosas.

—Está bien.

Esos conflictos de familia son los momentos propicios para los enamorados; yo no he visto nada más favorable en esas empresas que un velorio, una gravedad, un entierro.

Como todo el mundo corre, como nadie se fija en nada, los enamorados se sientan en un rincón y picotean de lo lindo.

Había llegado mi agosto: debía aprovecharlo.

—¿Cómo sigue Carmelita?—pregunté a mi tío

que salía de su aposento con una vela en la mano.

—Mal; ya no hay remedio...; ahora se trata de contenerle la hemorragia; ¡y Segunda no viene!

—¿Y qué piensa hacerle?

—Voy a ver. ¿Qué es bueno para eso?

—No sé, tío, porque nunca me he visto en esos aprietos; yo no he abortado.

—Pues yo sí sé; de esto y pasar hambre, no me digas, porque he curado siempre los enfermos de casa. Tráeme la vela.

Y entramos en la pieza que servía de pulpería. En una tabla pequeña, sostenida por dos estacas, había una horrible confusión de frascos de todos tamaños, formas y colores; paquetitos de papel, manojos de hierbas, cajas de píldoras, botellas, papeletas; era todo una botica en miniatura, desordenada y sucia. Mi tío se puso los anteojos y comenzó a deletrear los rótulos.

Sem... esto es purgante; *sarzaparrilla...* para el reumatismo; *sal de higuera...* purgante; *goma arábiga...* fresco; *linaza...* para cataplasmas; *cebadilla...* para gusanos; *alumbre en polvo...* esta es la gente; *alumbre en polvo...*

Y al tomar el paquete volaron dos enormes cucarachas, que habían anidado en los dobleces del papel. Cerró la puerta tras sí y se fué murmurando:

—Ya usted verá si soy médico; yo no comprendo para qué sirven los tales doctores, cuando uno tiene sus remedios y un libro de medicina casera.

LX

'Acababa de sentarme a la mesa.

—¿Qué tenías que decirme?—me preguntó Luisa.

—¿Yo?... Que te quiero mucho; que no puedo estar sin ti.

—Jesús, Carlos, no me digas eso.

—¿Te ofenden mis palabras?

—Ustedes los hombres no hacen más que inventar cosas para burlarse de nosotras.

—Me alegro saberlo; ¿con que crees que me burlo de ti?

—Come, tonto—me contestó al mismo tiempo que me hacía una monada.

—Eres muy ingrata.

—¿Por qué?

—Porque no me quieres.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Tú misma.

—¿Cuándo?

—Cada rato; en este momento me lo acabas de decir.

—Caballerito, usted es un mentiroso.

—Gracias, señorita.

Bartolo entraba jadeante.

Preguntó por mi tío, y mientras éste salía se dejó caer en una silla.

—¿Qué hay?—le preguntó al verle.

—Que la señora Segunda le manda a decir que

lo siente mucho; pero que hace ocho días que se purgó y está en la dieta.

—Pues que no venga; vete a comer.

—¿Cómo sigue Carmelita, tío?

—Todavía tiene la hemorragia.

—¿No sirvió el alumbre?

—No, volvamos a la botica.

Y al llegar a la tabla volvió a deletrear:

—*Mostaza...* para sinapismos; *tintura de clavos...* para los dolores de muela; *agua sedativa...* para los dolores de cabeza; *jengibre...* *escorsonera...* *percloruro de hierro...* esto es... esto se pone para estancar la sangre de las sanguijuelas...

Y salió precipitadamente diciendo:

—Ahora sí que es verdad.

Diez minutos después volvió a la botica.

—No sé qué tengo esta noche—murmuraba—; no atino... yo, que no las pelo... a ver... *azafrán...* *valeriana...* *ruibarbo*, *éter*, *láudano*, *trementina*, *tintura de yodo...* esto debe ser bueno

Y se disparó con el frasco en la mano.

Pero estaba escrito que mi tío Pedro no debía atinar aquella noche, pues a pocas vueltas estaba otra vez en el comedor con la vela en la mano.

—¿No se contiene la hemorragia?

—No, hombre; ¡qué se va a contener! A ver, Luisa; busca el libro de Medicina casera, de Pompa.

Luisa anduvo su cuarto de hora registrando cajones, baúles, armarios; revolvía toda la casa.

Mi tío, impaciente, nervioso, iba y venía de la

alcoba al corredor; estaba, como aquel otro, de la rosa al céfiro.

—¡Qué jeringa! ¡Cuando uno busca las cosas no las halla! ¿Dónde estará ese libro? ¿Lo hallaste, Luisa?

—Sí, señor; aquí está.

—Ahora ligero, pues; eres una pereza.

Mi tío me dió el libro; busqué en el índice el capítulo *hemorragias*, y diciendo:

—Página 84, comencé a buscarlo.

Pero nada; la página ochenta y cuatro no estaba por todo aquello.

—¿Cómo? ¿Que tú tampoco sirves para nada? ¿No lo digo? Estos doctorcitos...

Y rectifiqué el índice.

—Página ochenta y cuatro; pero tío, si le faltan diez páginas al libro, de la setenta y nueve a la ochenta y nueve.

—¡Acabáramos, carrizo!

Y arrojó el libro en el suelo.

—¡No hay caso!—exclamó—. Bartolo, ensilla la mula con el galápago de Carmelita y ve a buscar a Segunda; dile que Carmelita se muerte; que le pido por su madre que venga en el acto.

Y se mesaba los cabellos; pisaba el primer peldaño de la desesperación.

Se paseaba por el corredor a grandes trancos; se atusaba el bigote y se decía:

—Ahí está lo que se gana con vivir en el campo; a la hora de un apuro, no se encuentra a quién ocurrir.

Y al pasar por la puerta preguntó cómo seguía la enferma.

—Mal—le respondieron.

—Pues que le pongan un poco de aceite alcanforado, y unas lavativas de malva de láudano.

Este hombre—pensé—va a matar a su mujer ; pero al fin y al cabo, es suya y puede hacer lo que quiera. La ley no ha de preguntarle, cómo, cuándo, ni por qué la mató.

Y seguía paseándose con rabia.

—¡ Maldita vida !, no fuera nada perderla si no hubiera que pasar por una enfermedad... ¿y qué me hago yo sin esa mujer ?

Y volvía a preguntar cómo seguía.

Igual respuesta de adentro.

—Pues que le pongan unos sinapismos en el vientre y una toma de escorsonera, para que le haga efecto pronto.

Y Andrea le aplicaba las medicinas.

Ya eran las diez, y la enfermedad no cedía. Mi tío estaba fuera de sí. Se paseaba con más furor, gesticulaba ; se mordía los labios.

—Yo tengo la culpa ; sí, yo solo la tengo, porque no he debido pegarle ; ahora pagaré cara mi severidad.

Para la generalidad de estos hombres, sus barbaridades no son otra cosa que severidades. ¡ Qué generación tan digna de un pienso y un ronzal ! ¡ Qué falta hacen las galeras para poner allí a todos estos déspotas a remar, con el chicote sobre los lomos ; así apreciarían lo que vale la condición huma-

na y qué misión tiene el hombre en el hogar! Y seguía paseándose y mordiéndose los puños.

—¿Como sigue, Andrea?

—Mal, papá.

—Pues ponle unos fomentos de trementina y dale un purgante de sal...

Eran las once: la enfermedad no cedía. El chirumen de mi tío ya no abortaba más; él, más feliz que su mujer, sentía estancársele la hemorragia de remedios disparatados. Había llegado al colmo. Estaba llorando como un niño.

—Se muere—exclamaba entre sollozos—; se muere mi Carmelita de mi alma; ¿qué te hecho yo, Señor, para que me castigues así? ¿No ves la vida que llevo de privaciones?

Llorar aquel hombre era comenzar el desorden: todos los demás lloraban también. Sentí que dos lágrimas me venían a los párpados; pero hice un esfuerzo y las contuve; recordé que las tenía comprometidas para el día de difuntos.

—¡Señor, Señor!—seguida diciendo mi tío—. ¿Por qué me castigas así? ¿No ves que es mi amor, mi tesoro, mi vida?

—¡Vaya!—pensaba yo—; no le pagaré cinco pesos como cocinera; ¡entienda usted que es una ficha el tal tesoro!

—¡A nadie le hago mal!

¿Nadie?—me dije—. ¿Y qué haces entonces, alma de cántaro, cuando humillas, atropellas y mortificas a tus hijos?

Y cayó de rodillas.

—¡Virgen del Carmen, te digo una misa de quinientos pesos si me la salvas!

—Veremos—quise decirle—si esa buena señora deja de ganar los quinientos pesos.

—Buenas noches—dijo una voz de mujer en el patio—; ¿cómo están por aquí?

—¡Segunda, Segunda!—exclamó mi tío—; la Virgen del Carmen me escuchó y te manda para salvar a Carmelita!

LXI

Yo me quedé con Luisa en el patio.

—Buen negocio—la dije.

—¿Cuál?

—Esos quinientos pesos.

—¿Tú no crees que fué la Virgen del Carmen?

—¡Qué Virgen ni qué calabazas! La mujer llegó porque ya venía para acá, a buen seguro que si hubiera querido seguir guardándole dieta a la purga hubiera llegado!

—¡Jesús, Carlos!

En eso salía la señora Segunda.

—No se asuste, don Pedro; no sea usted cobarde; eso no vale nada.

—¡Si ya no tiene sangre!

—Pero no se muere; a ver, Andreíta; tres rosas de montaña en seis vasos de agua y que hierva hasta que se quede por la mitad.

Y se vino a tertuliar con nosotros.

—¿Usted es el doctor?—me interrogó.

—Servidor de usted, señora.

—Yo lo soy de usted. ¿Y le gusta el sitio?

—¡Cómo no!

—Aquí es muy divertido. Yo lo paso muy bien, porque tengo muchas relaciones. No ha venido al pueblo un solo médico que no haya salido derrotado por mí. Yo le saqué el daño a don Pantaleón; no puede usted figurarse la enfermedad que tenía. Estos viejos santurrones son unos perdidos. Don Pantaleón, como usted sabe, es casado y tiene hijas grandes; pues el muy vagabundo le dió por ser mujeriego y tenía una en su misma hacienda; pero la familia no le llevaba a bien esa pillería y ya estaba olvidandø la moza, ésta no se descuidó y ¿qué cree usted que hizo para agarrar a don Pantaleón?

—Ignoro qué haría, señora.

—Pues le dió yare hervido con siete pelos del sobaco; tres hormigas amarillas y ocho cagarrutas de ratón.

—¿Y como que los que usan esas armas tienen gran afición por los números cabalísticos?

—¿Cómo dice usted?

—Que a esa gente le gusta mucho usar números exactos, fijos.

—¡Ah!, sí, señor; porque el daño no se echa sino así, si usted le pone una cosa más, pierde su tiempo... Pues, como le iba diciendo, se valió de una negra llamada Antolina, que vive en el Tiamo, para echarle el daño, y que el viejo se puso zoquete...

—¡De veras!

—Sí, señor; ¡cuando la muchacha nos hacía

apuesta a nosotras! apuesto a que hoy viene don Pantaleón; apuesto que me trae un corte de zaraza; apuesto que viene llorando... y siempre nos ganaba las apuestas.

—¡Vea usted!

—Hasta que un día le halló hablando con otra muchacha y se chivó, y entonces resolvió embromarle por derecho.

—¿Y qué hizo?

—Que cogió el cogollo de túatúa, y la raíz de cebolleta, y la concha de zaquizaqui, y las tripas de las tres chicharras y le dió una toma. Pero, ¡ay! ¡manito! ¡Si usted le hubiera visto la barriga al pobre viejo! Parecía un tamborón.

—¡Qué horror!

—¡Ay, doctor! Pasamos unos ratos detestables porque la familia cogió a llamar médicos y más médicos y no le curaban; y mientras tanto, el viejo empezó a ponerse flaco como un esqueleto; no comía ni dormía, y se la pasaban hasta tres días sin beber agua y sin hacer sus necesarias.

—¿Pero usted le curó?

—Por supuesto; yo cobré cinco onzas; me las dieron y le curé en una semana; le di unas tomas y empezó a arrojar inmundicias; mire, doctor; tenía en el *estrógamo* como seis sapos de verruga, dos culebras de agua, un millar de chicharras; tres coitejos, sanguijuelas y el millón de bichos...

—¿Y con qué le curó usted?

—Con esas tomas y la oración del daño que se la recé tres veces hincada de rodillas en cruz.

—Debe ser muy buena esa oración; yo quisiera aprenderla.

—Espléndida, pero yo no puedo enseñársela.

—¿Por qué?

—Porque usted no cree en eso y se va burlar de mí.

—No, señora; ¿quién le ha dicho a usted semejante cosa?

—Yo se lo comprendo en su modo; ustedes los doctores no creen en nada de eso.

—Ya está el cocimiento—dijo Andrea.

—Allá voy —contestó la señora Segunda.

Se levantó como un rayo y fué para el cuarto de la enferma.

—¿Qué dices tú de esta mujer? —pregunté a Luisa.

—Yo no digo.

—¿Por qué?

—Porque en boca cerrada no entran moscas; no quiero la mala voluntad de esa mujer; hartó mortificada vivo yo para buscar nuevos tormentos.

—Tienes razón; observo que esta mujer goza de gran prestigio en estos montes; sobre todo en tu casa: goza del influjo que le dan sus servicios y el miedo que infunde a la gente ignorante.

Y me puse de pie.

—¿Te vas?

—Vuelvo.

LXII

Carmelita había mejorado mucho; quince minutos después de tomar el cocimiento, había cesado la hemorragia.

Mi tío estaba muy alegre; los que no se dan cuenta de las leyes fatales de la vida, pasan fácilmente de la desesperación a la alegría.

—Ya lo ves —me decía—. Si no es por la Virgen que me manda a la señora Segunda, se me muere la mujer. ¿Y tú no crees ahora?

—No, tío; sigo en mis trece...

—Tú eres un vagabundo —añadió algo sulfurado.

—Muchas gracias.

—¿Cómo te atreves a decir que no crees en la Virgen? Esa es la maldita civilización; eso es lo que ustedes aprenden. Salen de la Universidad unos corrompidos. ¿Qué quedará de la sociedad el día que ustedes se adueñen de la República?

—Señor mío, creo que usted traspasa los límites de su doble derecho de tío y dueño de esta casa —le contesté con energía—. Parta usted de este principio: nadie puede contar con el respeto de los hombres, si no es el primero en respetarles.

—¿Y qué falta de respeto te he cometido yo?

—Usted me llama vagabundo y corrompido porque no creo lo que cree usted, y yo me permito preguntarle: ¿Quién le autoriza a usted para insultarme? Déjeme usted tranquilo y crea lo que le plazca.

—Pero, señor, ¿cómo voy a permitir semejante cosa?

—Muy fácilmente: usted debe respetar las creencias ajenas para que puedan respetar las de usted; eso es muy común entre ustedes los viejos godos: no quieren que nadie ponga la mano sobre sus creencias; llaman vagabundo y corrompido a todo el que disiente de su modo de pensar. ¡Y vea usted quiénes son ustedes, cómo viven y cómo mueren!

Mi tío no contestó; giró sobre sus talones y se marchó.

—Ahí lo tienes —me dijo Luisa—; era lo que tú andabas buscando.

—Eso no vale nada —la dije—; comenzará la partida esta noche, y sucederá lo que sucede siempre: que alguien ha de vencer. Me voy a dormir; hasta mañana.

—Adiós, Carlos; que duermas mucho.

—Adiós, querida prima; que sueñes con... con el ángel de la canción.

Y al estrechar en las mías su blanca mano, le di un beso silencioso y ardiente, uno de esos besos que parecen de asalto...

LXIII

Todo el mundo se había acostado y dormía; sólo yo velaba, meciéndome en mi chinchorro, presa de las distintas emociones que me embargaban.

De un lado flotaba Luisa con su nimbo fulgurante; del otro estaba mi tío, abrumador para mí, por-

que yo comenzaba a malquererle. Aquel hombre me había insultado, y era preciso que tomara venganza.

Tengo el arma —me dije—, y voy a esgrimirla; ya veremos.

Pero no bien me entregaba a mis sueños de desquite, tornaba Luisa a presentarse en mi imaginación, con su sencillez, con su bondad ingénita, poniendo un obstáculo en mis planes con su sola mirada y su ademán.

Está escrito —me dije— que yo debo pasar muy malos ratos en esta casa. ¿Por qué vine a ella? Mi tío es de los hombres que no pueden ser tratados sino por el peonaje; aquí vive muy bien, con su liquiliqui remendado, sus anchos pantalones zurcidos, sus alpargatas en chancletas y su sombrero de cogollo; mascando tabaco, lleno de niguas y pegándole a su mujer...

Sentí un ruido de pasos en el corredor; abrí la puerta, que había quedado entornada, y pude distinguir entre las sombras una figura de mujer que se deslizaba arrimada a la pared. Franqueó sigilosamente la puerta de la cocina y salió.

Algo se pesca —me dije—; ésta debe ser la señora Segunda, y como yo la necesito, es bueno hacerme su amigo desde ahora.

Y la seguí; pero al llegar a la puerta que ella acababa de entornar tras sí, no vi a nadie en el patio.

—La aguardaré; ella debe entrar por donde salió.

Y me senté sobre la manzana de una rueda vieja envuelto en mi capote.

Allí estuve largo rato; la señora Segunda no aparecía; ya venía el nuevo día; aumentaba el frío, y resolví volver a mi cuarto. Apenas traspasé el umbral, me hice el cargo de inconstante. ¿Por qué me retiraba?

¡A la carga! —murmuré—. Y me arrinconé en el oscuro pasadizo.

Pocos momentos después se abrió la puerta y entró una mujer.

—Hágame usted el favor, señora —la dije a media voz rascando una cerilla—. ¡Andrea! ¿Qué hacías fuera?

La muchacha, cuyo brazo tenía yo asido, temblaba como una azogada.

—¿Qué hacías fuera?

No me contestó nada.

—Está bien —la dije.

Y me volví a mi cuarto.

LXIV

La señora Segunda se levantó muy temprano, proporcionándome así el placer de verla a la luz del día.

Todavía no se había lavado la cara; por lo menos llevaba en las pestañas todas las secreciones de sus ojos negros, vivaces, pequeñitos, como de pulga y encapotados. Tampoco se había peinado el cabello pasudo, especie de lana, que a manera de colchón llevaba en la cabeza; y en los salientes pómulos, cubiertos de paños, se distinguían perfectamen-

te como huellas de cucarachas. La boca, grande, muy grande, cual si fuera una mochila de henequén o un canasto, no estaba en mejores condiciones de aseo: diríase que aquellos labios, finos y arrugados, habían pasado la noche untados de chocolate; y en la estrecha y ahuecada barba lucía una chorreara, indudablemente del mismo líquido.

No había en su traje contraste alguno con su persona y sus modales: el fustán de zaraza morada, de dobles faralaos, reclamaba, después de un paseíto por el lavadero, los cuidados de la aguja, pues era poco menos que un jirón. El saco, al asentarse sobre la joroba, dejaba ver un remiendo de la misma tela que, por ser de menor edad que la primera, resaltaba sobre el fondo desteñido; y, en realidad, sus zapatos de trapo, rotos y desahormados, le daban un aspecto de ave de corral, de esas que llaman calzadas, por tener plumas en las patas.

Sobre una silleta estaba un sombrero de panza, color de ceniza, ceñido por una ancha cinta verde, con dos grandes plumas blancas, y un pañolón morado-mapuey, descolorido y roto.

—¿Cómo amaneció la enferma?

—Muy bien, señor. Apenas la puse la mano se mejoró.

—¿Lo cree usted así? Mi tío piensa otra cosa.

—Que la Virgen del Carmen fué quien le salvó la mujer.

—¡Viejo más ingrato! Así sucede doctor, después que una se esfuerza por curar, son los santos los que hacen el milagro; lo mismo dijo la familia de

don Pantaleón cuando le curé del daño; pero me la pagó.

Y brillaron sus ojillos negros con un resplandor siniestro.

—¿Usted irá por casa, doctor, antes de marcharse?

—Sí, querida amiga —la contesté con toda la amabilidad de que pude hacer uso—: iré a visitarla, porque tengo gran estimación por usted, desde que he visto sus conocimientos médicos; y deseo significarla con hechos el aprecio que de usted hago.

—Mil gracias, doctor; le aguardo por allá.

LXV

Mi tío, que había olvidado, según su costumbre, la escena conmigo la noche anterior, me llevó al trapiche y hablamos largamente sobre la mensura. Varias veces me vi intentado a decirle que en la madrugada había encontrado a su hija Andrea en una situación algo embarazosa para una señorita; pero me contuve haciendo esfuerzos sobrehumanos. Entre nuestras altas clases sociales, es muy común que las señoritas no puedan hablar a solas, en la sala, con un joven; pero las encuentra uno luego en el corral... Mucho me hubiera complacido poner de relieve ante mi *honrado* tío, aquella conducta que acusaba, por lo menos, descuido en su hogar; sobre todo, que fuera un *corrompido* como yo quien se lo echara al rostro, casi me desvanecía.

Sin embargo, siempre hay que sacrificar algo, en

aras de mayores gustos: la venganza tiene toda la miel de Himeto, y es una tontería contentarse con probarla, pudiendo apurarla hasta la saciedad. Si todos los hombres supieran esperar, la venganza revestiría todo ese gran carácter de moralidad que le diera el pueblo hebreo, llevado de un espíritu filosófico inimitable. Cuando aquellos señores consignaron en la Biblia las páginas del Talión, dijeron a pueblos y familias: —La justicia divina no existe, porque Dios no preside la vida en las sociedades civiles, sino en el gran laboratorio de la Naturaleza, en el soplo que anima las creaciones con el aliento inmortal del progreso; la justicia humana es muy deficiente, porque sus preceptos no son reparadores; sólo queda como freno para hombres y naciones esta ley, tiránica, terrible, si queréis; pero basada en la Naturaleza misma.

El catolicismo, esa religión parásita, que al llegar a la meta de la glotonería ha echado en olvido todo, todo, hasta su propia historia, predica contra el Talión, siguiendo las aguas del nuevo Testamento; pero jamás ha puesto mano sobre la vieja ley, porque ella reposa en todos los corazones y en todas las conciencias. ¿Quién no ha palpitado con ansiedad, acariciando una venganza? La escuela del perdón es la escuela de la crueldad. Los que se vengan perdonando tienen la doble responsabilidad de la premeditación: saborean el placer de los que matan con la punta de una aguja. Y sin embargo, dicen que esa es la teoría más avanzada; indudablemente no mejora las condiciones de la especie, porque da a

los hombres el goce salvaje de un martirio que se prolonga...

Andrea me había visto hablando con mi tío; huyó de mí cuando nos encontramos cerca: temía. Estábamos, al llegar a la casa, frente a frente de la señora Segunda, enconada por el desprecio que se hacía de su ciencia. Iba a estallar la tempestad: sólo me preocupaba la idea de que apareciera yo provocando el conflicto. Pero mi tío me evitó ese trance; al mirar a la curiosa la dijo sonreído:

—Amiga Segunda, la Virgen del Carmen se ha portado; ganó su fiesta de quinientos pesos.

—Sí, señor, así sucede; después que una hace el milagro, otro se coge las limosnas; pero no importa: de esa cabulla tengo un rollo, don Pedro, y no será ésta la última vez que usted me necesite en su casa.

—¿Estás brava?

—No, señor.

—Porque sería una tontería que tú te pusieras brava por una cosa que está a la vista; la Virgen salvó a Carmelita; tú no has sido más que el instrumento de ella.

—Ya lo sé; pero usted ha debido pasarse sin el instrumento.

—¡Tonta! ¿por qué te das tanta importancia?
¿Crees que vales mucho?

—No pensaba usted lo mismo anoche.

—Anoche te necesitaba.

—Y después que usted se sirve del mueble le da una patada.

—¿Qué más quieres tú?

—¿Yo? Nada; el tiempo lo dirá.

LXVI

Ocho días había estado ocupado en la mensura: había llegado el domingo y la partida de caza, arreglada ya, iba a verificarse; Méndez se había venido a dormir a *Peonía*, para tomar el camino muy de mañana. El sol nos sorprendió en el abra de quebrada, tratando de dominar las matas de la aguada. Éramos de la partida Pascual, el amigo de los cuernos, y Guillermo el picador, que eran aficionados a la caza; Méndez, Bartolo, Casiano, Toribio y yo.

—Una bonita partida —dijo mi tío al despedirnos—. ¡Que gocen mucho!

Toribio hacía de montero mayor; fijó a cada uno su punto y mandó a Bartolo a echar los perros por la parte superior de la quebrada.

—Este lance no se echa así —dijo Casiano.

—¿Y cómo? —le pregunté yo, que aún no me había apostado.

—De abajo para arriba, porque los venados están siempre abajo por la mañana.

—No en estos tiempos, querido amigo: los venados buscan ahora las alturas, porque en los vegotes hay mucha humedad.

—Pues yo he tirado muchos venados abajo por este tiempo.

Y comenzó a darme la interminable relación de

sus tiros; hechos que constituyen en cada caso una como jurisprudencia de la caza. Comenzaban a ladrar los perros; Bartolo los animaba con sus gritos agudos y penetrantes. Principiaba el placer, los instantes de emoción que transcurren entre el ladrido de los perros y la aparición de la pieza. Se pone uno nervioso; una especie de voluptuoso hormigueo le recorre todo el cuerpo; el corazón salta precipitadamente; en uno como vértigo se siente transportado el que aguarda.

Oyóse el ruido de la res entre las hojas: los ramos secos que quebraba al paso, signo inequívoco de su proximidad, indicaban que venía hacia mí. Preparé la escopeta y rápido como el relámpago, me pasó por delante un *viejote*, con sus cuernos peludos; me eché la escopeta y disparé. Al mismo tiempo que yo, disparaba Casiano, que estaba a mi izquierda; el venado había caído. Corrimos a él a reconocer el tiro: era en la oreja izquierda, pues de ella manaba un hilo de sangre.

—El tiro fué mío —dije rebozando satisfacción, como cazador al fin.

—Fué mío —objetó Casiano.

—No, señor; la dirección del venado y la dirección del tiro prueban que fué mío; usted le hubiera herido de frente, porque en el sesgo que tiene su punto, usted quedaba cubriéndolo por delante, mientras yo iba a cogerlo de flanco.

—¡Esas son las cosas de las cacerías! —exclamó chocantemente—; hace uno un tiro bueno y se lo niegan.

—No es que se lo niegue, Casiano; usted se lo quiere apropiar; pero no discuta tonterías, que ahí viene otra pieza.

Apenas tuvo tiempo de volverse a colocar el negro, cuando apareció una hembra, casi en la misma dirección que el otro.

Apunté y disparé. Casiano había hecho otro tanto, pero no sé por qué, los guáimaras de su escopeta vinieron a dar a pocos pasos de mí, que estaba a respetable distancia del lugar en que fué tirada la venada. Se lo hice notar, sobre todo. Tigre, que seguía la pieza de cerca, gritó lastimosamente.

—¿Está usted loco? Me mata a mí y mata al perro; ¿qué modo es ese de tirar?

El negro estaba lívido, ceniciento, y balbuceaba casi temblando:

—¡Gua! ¿Qué culpa tengo yo?...

—¡Así no va mi gallo, señor mío! —y llamé a los otros y les conté la ocurrencia.

—Eso está muy mal hecho —dijo Toribio, que fué el primero que llegó—; aquí no venimos muchachos, sino hombres formales; o ponen cuidado o nos vamos.

—Y vea usted —agregué yo retrotrayendo las cosas—, ese venado corría en aquella dirección; Casiano estaba allá, y yo aquí; vea usted el tiro en la oreja izquierda. ¿De quién es?

—Suyo, doctor.

—Y el señor me lo disputa.

—Aquí no cabe duda. Oigan ustedes, señores...

Y apeló a la opinión de los otros. Todos convinieron en que el tiro era mío.

—¡Qué perro tan bueno! —decía Méndez al ver que uno suyo, *Catire*, mordía los perniles del venado—; ese es el perro más seguidor.

—Pero el que más levanta es *Tigre*.

—No, señor; *Muchacho* es el que primero levanta; ese venado lo levantó *Muchacho* —dijo Bartolo.

—Y ¿quién levantó la venada?

—*Tigre*.

—Ahí lo tienen, señores; ese *Tigre* es mucho perro. ¿Te acuerdas, Méndez, que a *Tigre* lo enseñamos en Montalbán?

—Sí, y era más flojo que un tomate maduro; aquí no hay perro como *Catire*.

—¡Qué tonto eres tú!, yo no cambio a *Tigre* por *Catire* y toda su familia.

—Ya se ve, si yo no te lo doy.

—No discutan más, señores —dijo Toribio—; vamos a echar el lance del Caujarito.

Montamos a caballo, no sin dejar el venado muerto en la horqueta de un chaparro, cubierto con una cobija, para que no se lo comieran los zamuros, y nos fuimos al Caujarito.

LXVII

Ninguno quiso quedar junto a Casiano, por lo cual éste optó por hacer de perrero, cediéndole a Bartolo la escopeta.

Echamos los perros y a poco sonaron dos tiros; luego, un tercero; después, un cuarto, a poco, otro, y otro; parecía aquello un fuego de tiradores en línea de batalla.

—¿A qué le tira? —me pregunté.

Y cuando más abría los ojos me llegó casi a dos varas de distancia un venado.

Ustedes creerán que le apunté, pues no, señores; iba como una exhalación y no me dió tiempo para nada.

Los perros se venían apurados para seguirle de cerca.

—¡Va herido! —gritaban los de arriba—. ¡Herido!

—¡Herido! —me decía yo—. ¿Y cómo corre?

Los perros buscaban la huella; Toribio, la sangre.

—Va herido en el lomo.

—No lo pienses —le dije—; ¿herido en el lomo y corre como un desesperado? Irá herido, pero...

—Sí, doctor, sí va.

—Sí, sí va, pero debajo del rabo.

—No se burle, que la cosa es seria. ¿Cómo voy yo a *pelar* ese tiro?

—Pues lo *pelaste*, y los otros también.

—¡Está escrito que yo no mate hoy un solo venado! —exclamó Méndez con desconsuelo.

—No te aflijas, chico, que ya te llegará la tuya.

—¡Yo, que no los he visto hoy! —suspiró el picador.

—Pues yo tiré y lo *pelé* —dijo el de los cuernos—; pero no quiero que se lo digan a mi mujer, porque

me haría *dejar el pelo*: ella sabe que yo no *pelo* un tiro.

—¡Sí que debe saberlo, a fe mía! —grité yo—; pero lo que es en esta vez, nadie me pone el pie.

—¿Porque mataste uno?

—Precisamente; si no lo hubiera matado estaría como ustedes, rabiando.

—Pues bien —dijo Toribio—, echemos el lance de la laguna y nos vamos a almorzar.

—Este lance va a ser para mí —dijo Méndez.

—O para mí objeté yo.

—Veremos.

Y luego que lo echamos, nos convencimos de que no fué para ninguno de los dos, sino para Bartolo. Hay veces que, cuando la fortuna dice a sonreírnos, llega hasta el fastidio. Bartolo estaba harto porque le amaba una mujer con la cual no hubiera ni soñado otro de mejores condiciones que él; ¿qué más tenía que pedirle a la suerte? El, como el negro de Haití, hubiera podido decir:

«¡Un beso de tus labios y después venga la muerte!»

Todavía suelo preguntarme, después de estos sucesos, recordando la suerte de este sirviente de mi tío:

—¿Será envidia o caridad?

LXVIII

El almuerzo iba a efectuarse bajo un soberbio mi-jagüe: por mesa teníamos el suelo enarenado y limpio; por paños, hojas de plátanos.

Rociamos la comida con vino Burdeos fabricado en el país, gaje directo del arancel proteccionista, que ha desarrollado la industria vinícola entre nosotros, sin consideración alguna por la salud de los bebedores. Y mientras se ponían sobre los verdes manteles las viandas del almuerzo, hicimos varias salvas a puro ron Ceiba, fabricado en Caracas. La sociedad, es cierto, no era culta; pero para las partidas de caza no se necesita gran cosa; haber tenido perros y escopetas y haber salido al monte. Pocos comprenden la dulce embriaguez de la cacería; pocos saben apreciar las distintas emociones de una batida.

—¿Por qué erraría yo? ¿Por qué no maté ese venado?

O bien:

—Así es como se hace un tiro; le apunté al codillo y le di en la sien.

Los momentos de expectativa tienen también su voluptuosidad; y seguir un rastro presenta un atractivo indescriptible: diríase que las gotas de sangre que encontramos al paso, nos arrastran en vértigo sofocante.

—¿Dónde conseguiste a *Catire*?—pregunté a Méndez, que se gozaba viéndole devorar el hígado del venado.

—Ese es hijo de *Diamela*, la perra blanca de los E... y de *Polión*, aquel perro de Antonio.

—Ya sé... *Diamela* es traída directamente de Europa.

—No, es hija del perro escocés que trajo A. L. hace diez años.

—¿De aquel peludo tan horrible?

—Precisamente... pero un gran perro... Yo lo vi seguir un venado más de una legua y al fin lo atrapó por una canilla, al saltar un zanjón.

—De *Polión* sí te respondo; Antonio me lo prestó una vez para cazar en Guayas.

—¿La vez que les derrotó el *Tigre*?

—Exacto... Era un perro magnífico.

—¿Murió?

—Se lo robaron: dicen que Wiedmann lo tiene en Tocarón.

—Ese alemán tiene buenos perros.

—Magníficos; después de los de Alejandro, son los mejores que ha habido en la República.

—Los de Alcántara eran muy buenos.

—¡Ya se ve!...

—*Tigre* es petacón.

—No puede ser de otra manera, porque no es nativo.

—¿De veras? Yo creí que ese era hijo de la perra pintada de M...

—No, ese me lo regaló muy pequeñito el naturalista francés con quien fuimos al Avila.

—¿Y no tiene hijos?

—Veinte veces mejores que él: Rafael Pacheco tiene en *La Culebrilla* dos, macho y hembra, que son ex-

traordinarios : a Antonio le regalé otro, de *Madama*, la perrita de L.

—¿Y tú no tienes ninguno?

—¿Para qué? Bien sabes que yo no cuido perros ; ahora voy a mandar por la perra *Cantadora* para coger algunos.

—¿La de Benjamín?

—Era de Benjamín ; hoy es de Enrique.

—¿Dónde la tiene?

—En la Villa.

—Es cierto ; Enrique está allá.

Las pláticas de los cazadores son todas de este tenor : se hace la genealogía de los perros ; se recitan historias de lances comprometidos, y se habla de las escopetas.

A las tres nos pusimos en marcha : íbamos a tirar unas váquiras, a la quebrada del mismo nombre.

LXIX

—Mucho cuidado, señores — dijo Toribio, nuestro montero mayor—, porque las váquiras están entiempadas ahora y son peligrosas.

Y empezó a colocarnos en nuestros puntos. Las reses se bañaban en los charcos del quebradón y rozaban como si todo el infierno estuviera allí ; diríase que era un conciliábulo patriótico de incondicionales que celebraban con el santo fin de repartirse la República.

Casiano volvió a tomar la escopeta y estaba en el fondo de la quebrada, por el lado de abajo. Toribio le

había hecho aquella concesión por su extremada habilidad en la cacería de váquiras. Yo quedé cerca de él, dominándole desde un barranco y cubierto por un chipío; y, novicio en el tiro de váquiras, creí prudente sacar los cartuchos de guáimaras y sustituirlos por balas rasas. Los perros levantaron las piezas y comenzó el tiroteo en la parte de arriba; y salidas las reses del lecho de la quebrada, se hubiera dado por perdido el lance, si dos de ellas, macho y hembra, no hubiesen corrido hacia abajo. La posición que yo ocupaba no era muy ventajosa; pasaron por junto a mí y no pude disparar, pero me acerqué automáticamente a la quebrada y gané el cauce.

Casiano había disparado y errado el váquiro; hirió la hembra; el macho, como sucede en estos casos, se enfureció y le atacó. Cuando yo doblé el recodo de la quebrada que me ocultaba los sucesos, pude ver a Casiano luchando cuerpo a cuerpo con el váquiro, mientras la otra se revolvaba en su propia sangre.

El negro se defendía con el cañón de la escopeta, que despedía chispas en los colmillos del cochino; la caja del fusil estaba hecha añicos. Pálido, ceniciento, se veía el negro ante el verde follaje de las barrancas, bajo un toldo de ramas entrelazadas.

—¡Socorro, socorro!—gritaba.

La Humanidad tiene su cuarto de hora; yo me detuve un instante a contemplar la lucha que se efectuaba a cinco varas de mí. Una idea había cruzado por mi cerebro, fugaz, como relámpago.

—Ojalá le mate—murmuré.

¿No me había él disparado en la mañana? El deseo

era justo. Y me apoyé en el cañón del fusil. El negro retrocedía pidiendo socorro, y el váquiro le cargaba. Dió una embestida el animal y al saltar atrás el cazador, se enredó en un bejuco y cayó. Un minuto más y llevaríamos un cadáver.

—¡Ahora conmigo!—grité, y el váquiro se volvió hacia mí.

Tenía los ojos inyectados y las encías hechas sangre. Volví a gritarlo y partió como una flecha; clavé la rodilla en el fangoso lecho de la quebrada y le aguardé en la boca de mi escopeta. Al ver el obstáculo que acababa de oponerle, erizó las cerdas y se recogió para asaltarme; pero fué el último esfuerzo que tentó, porque le enterré la bala en el corazón.

Ya llegaban los otros; Pascual, estupefacto, me miraba desde el barranco, con los ojos desencajados: Toribio venía jadeante por el lecho del arroyo, y *Tigre*, mi fiel *Tigre*, pasó rozándose conmigo y destrozaba el váquiro agonizante. Casiano estaba herido; la pierna derecha estaba desgarrada, y en la izquierda tenía una soberbia dentellada. Toribio, que le odiaba más que yo, pero que era un corazón de oro, se acercó a él y le hizo levantar con gran trabajo.

—Nos vamos—dijo—; hagámosle una camilla y salgamos de aquí; hemos sido muy desgraciados hoy.

—¿Y Méndez, dónde está?—pregunté.

—Ya debe de venir, doctor—respondió Toribio.

—¿Y Guillermo?

—Aquí estoy.

—¿Y Bartolo?

—Ya vendrá.

Pero se hizo la camilla y los otros no aparecían ; luego oímos a *Catire*, que ladraba ; después ladró otro perro.

—Aquel es *Mosquito*—dijo Toribio.

—¿Qué será?

—Lapa encuevada.

Y por los ladridos me fuí.

Allí, sudados, jadeantes, en el seco tronco de un jabillo, estaban Méndez y Bartolo, escarbando una cueva.

—¿Qué hay?

—Lapa, chico, lapa.

—¡Qué lapa ni qué calabazas! Casiano está vivo por casualidad.

Bartolo se incorporó y me preguntó:

—¿Qué fué?

—Anda y verás: allá, quebrada abajo... —y se fué corriendo.

—Voy yo también—dijo Méndez.

—No, chico; sigue escarbando la lapa.

Méndez me miró con asombro; luego fijó los ojos en la dirección de mi mano derecha.

—¿Qué es?

—¡Mira, tu lapa!—exclamé muerto de risa: un par de casiraguas coronaban el tronco.

—¡Qué jeringa, Carlos!

LXX

Era ya tarde cuando llegamos a la hacienda. El percance de Casiano molestó mucho a mi tío : entre aquellos dos hombres existía una gran querencia ; parecía que se completaban recíprocamente. Muchos y muy fuertes cargos me hizo, porque inutilizado su mayordomo se le pararían las moliendas, y era fuerza apurarlas, porque el invierno, que comenzó bien, parecía agotarse.

—Se secarán las cañas—me decía—y acabaré de arruinarme ; ¡ todo por el placer de una cacería !

—Pero, tío, yo no tengo la culpa ; usted sabe que ni le invité ni le hice fuerza para que nos acompañara ; creo, por el contrario, que le he salvado la vida, y sus recriminaciones me hacen sospechar que si el accidente me hubiese ocurrido a mí estaría usted menos molesto.

—Es muy probable—me contestó con un aplomo que le hacía muy poco honor, y me volvió la espalda.

Quise devolverle su grosería con otra igual ; pero recordé que estaba en su casa, y sobre todo, que yo tenía hasta cierto punto la culpa de aquellas cosas, toda vez que, conociendo su carácter, había ido allí.

Méndez me aconsejó por lo bajo que me fuera de la hacienda ; pero no podía complacerle porque todavía no había concluido mi trabajo. Después que cenamos nos sentamos él, Luisa y yo en el patio, y

hablamos naderías. Hubo un momento en que les dejé solos; cuando volví a su lado, les hallé platicando alegremente.

Sentí entonces un pinchazo en el corazón; el amor enloquece; los celos son el *zig-zag* de la embriaguez. ¿Por qué nos volvemos unos necios cuando pensamos que alguien pueda robarnos el corazón de una mujer? ¿Será que formamos mal concepto de ella, creyéndola tornadiza y voluble, como hija de Eva, o mal concepto de nosotros mismos, juzgando a los demás superiores hasta el punto de derrotarnos?

Sea de ello lo que quiera, los que aman tienen que pagar su tributo a la debilidad humana; ¿por qué había de exceptuarme yo? Cuando Méndez se levantó le hice comprender a Luisa la tormenta que llevaba en el pecho; ella me escuchó en silencio, y luego, con su naturalidad ingénita, me dijo:

—¿Y qué culpa tengo yo?... Me dijo tonterías, lo que nos dicen todos los hombres; pero mi respuesta en esta ocasión ha sido la misma de siempre.

—¡La misma de siempre!... ¿Luego él te ha galanteado otras veces?

—Sí; y como papá lo supo, le hizo muchas indecencias a fin de que se retirara; hacía cerca de tres meses que no venía a casa.

—Yo lo ignoraba...

—Pues es bueno que lo sepas todo; apenas llegó al pueblo a ejercer su profesión, vino a visitarnos, pues él fué presentado a mi tío por el señor cura; estuvo frecuentando la casa largo tiempo, y un día

me escribió pidiéndome permiso para dirigirse a papá, solicitando su autorización...

—No sigas—interrumpí—; basta con eso.

Y me despedí de ella manando sangre del corazón.

Cuando entré al cuarto hallé a Méndez acostado ya.

—Se realizan mis sospechas, chico.

—¿Cuáles?—pregunté maquinalmente.

—Estás enamorado de la prima.

—Te aseguro que no, y a mi vez te digo que sospecho de ti.

—¿Para qué negarlo? Esta muchacha me cautivó desde que la vi por vez primera; su padre me lanzó de aquí, pero aun así, sin verla, sin hablarla y sin saber si me ama, yo la amo con locura, sólo que guardo siempre la más absoluta reserva y una aparente indiferencia, porque en mis delirios he puesto el ídolo tan alto, que no quiero que nadie llegue a ofenderla con una mirada indiscreta siquiera.

Y la fisonomía del médico se animaba al hablar; yo le miraba fijamente y hacía esfuerzos por serenarme; ¡qué de rugidos había en mi pecho!

—Somos—continuó Méndez—bastante amigos para que yo no te hable con franqueza; me siento subyugado por Luisa: la amo locamente, y... no sé si me equivoqué, pero creo que ella también me ama.

—¿Lo crees así?—le pregunté sin darme cuenta de lo que hacía.

—Sí..., lo he comprendido así...

Era una nueva herida; un nuevo dardo que me partía el corazón.

—Y tú—añadió—, tú, que eres mi amigo, de lo

cual te he dado infinitas pruebas, tú, Carlos, eres el único que puedes hacerme feliz, y creo que no te negarás a prestarme ese servicio.

Tenía una tempestad en el pecho y un volcán en la cabeza; Méndez invocaba mi amistad: mi amor invocaba mi egoísmo. Yo hubiera querido hablarle con la misma franqueza; hubiera deseado decirle: Estamos en igualdad de circunstancias, pero ¿qué hubiéramos ganado con ello?

El me cedería el campo al saberlo, porque yo estaba en mejores condiciones para luchar, y sería una herida que iba a causarle; además, yo no sabía qué pensar de Luisa ni de mí mismo.

Pero había que darle alguna solución a aquella cuestión; y haciendo un esfuerzo más, le dije, apagando la vela:

—Ea, tonto, ¿crees que me engañas? Vamos a dormir y déjate de esas chanzas.

—Si no fueras tú, te contestaría lo que te mereces. ¿Cómo te figuras que yo te engañe?

Y comencé a roncar, a roncar despierto, violentán dome en extremo, porque me dolía tratar así a un amigo a quien quería tanto.

LXXI

Ni Méndez ni yo habíamos dormido nada; hubo un momento, va en la madrugada, en que él logró conciliar el sueño; pero fué un momento. Aquel mozo

debió hacer sufrido mucho; apenas se cerraron sus ojos, comenzó a delirar.

—Luisa..., Luisa..., Luisa..., ¿cómo no me amas? ¿Qué tengo yo que no he podido ser simpático a tus ojos? ¿Soy acaso algún leproso que no debes ni acercarte a mí? ¿Luisa, Luisa, por qué no me amas?

Al escucharle me levanté; Méndez tenía fiebre; apenas me sintió junto a su cama, se despertó sobresaltado:

—No temas, soy yo.

—¿Qué pasa?

—Que tienes fiebre; estás delirando.

—¿Y qué decía?

—¡Qué sé yo!... Frases entrecortadas...

—¡Ah! ¡Qué situación la mía! Tú eres muy feliz...

—Te parece, porque tengo más energía que tú, o al menos aparento mejor.

—¡Quién sabe!

Se levantó.

—¿Qué vas a hacer?

—Me voy.

—¿Te vas? ¿Estás loco?

—Todavía no, pero lo estaré.

Y comenzó a vertirse; luego mandó ensillar; se fué...

Se despidió de mí con una sonrisa amarga.

—¿Irás a verme?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Al desocuparme.

—Te aguardo, pues.

LXXII

Muy caviloso estuve en mi trabajo durante los cuatro primeros días de la semana. Cuando terminé, resolví irme al pueblo a ver a Méndez; mi tío me comisionó para arreglar con el cura la fiesta de la Virgen del Carmen, que tenía ya dos objetos más: el restablecimiento de la salud de Casiano y la vuelta de las lluvias.

Méndez se alegró mucho de verme; estaba flaco, pálido, nervioso. Le dije que mi tío pensaba llevar la familia el domingo, y se animó mucho; no me habló nada de su amor, y yo no creí prudente tocarle esa cuerda. Me acompañó a casa del cura, y se dispuso a pasar un buen día.

—Aprovecharemos el día—me dijo—, para organizar el joropo que te ofrecí; ya estás de viaje y debo cumplir contigo.

—Te devuelvo la palabra; estás malo, y una trashedada te empeorará.

—No lo creas; necesito distraerme, y como nos vendremos temprano...

—Si insistes, aceptado.

—Sí, pasemos un rato; después iremos a Caracas juntos.

—Bien, ¿me lo ofreces?

—Ofrecido.

Y acto continuo se puso a dar sus órdenes para el

loropo. Cuando ya regresaba a *Peonía* me dijo emocionado:

—Saludos para *todos*; siento que tu tío sea tan... como es él, porque pudiéramos pasar un buen rato con las muchachas.

—Nada conseguiremos, chico; mejor es no pensar en ello.

—Así lo creo.

LXXIII

Al llegar a *Peonía*, di a Luisa los recuerdos de Méndez. Ella me contestó con un gracioso mohín, y luego añadió:

—Por lo que veo, tú gozas haciéndome sufrir...

—¿Cómo así?

—¿Por qué me das saludos de Méndez?

—Porque así me lo encargó; a buen seguro que si me los hubieras dado tú para él...

—Pero, yo no te los di.

—Ya lo sé... Además, ¿Méndez no es tu amigo?

—Sí.

—¿Y qué tiene de extraño que un amigo te recuerde?

—No tiene nada; pero tú me lo dices de un modo...

—Porque sé que él te ama.

—¿Y eso qué importa, si yo no le amo a él?

—Importa más de lo que tú crees; yo llevo, Luisa, hasta la exageración el egoísmo en mis afectos; no quiero que nadie, absolutamente nadie, ose poner sus ojos en ti de manera irreverente; deseo que to-

dos te quieran, pero que te quieran sin interés de que les correspondas con una pasión; yo, óyelo bien, ¡sólo yo puedo amarte!

—Te contradices, Carlos; ¿cómo es que quieres que me quieran, y sólo tú puedes amarme?

—Bien sabes tú lo que he querido significarte: Méndez te ama, busca la luz de tus ojos para quemarse en ella, y esa luz es mía no más, ¿entiendes?; busca los besos de tus labios, y esos besos los quiero para mí; busca que formes con tus brazos una cadena que le ciña el cuello, y yo quiero que tus brazos, como las verdes enredaderas que oprimen los búcares, sean el único lazo que me ate a la existencia; y quiero que en tu pecho no se recline otra frente que la mía... ¿entiendes?

Y bajó sus hermosos ojos,ladeó blandamente la cabeza, como atraída por algo misterioso que tuviera yo. Tomé su blanca mano y la besé; dejé correr el brazo alrededor de su talle, y, jadeante, como si la pasión me abrumara, tembloroso, cual si tuviese miedo, la contemplé un instante, y posé mis convulsos labios en su frente virginal, y la oprimí tanto, tanto, que casi perturbaba su agitada respiración y cortaba los suspiros que brotaban del fondo de su pecho. Así permanecimos algunos instantes. Sentí que mis pulmones no tenían aire; mis nervios se mecían al vaivén de aquel soplo voluptuoso; y ya faltaba luz a mis pupilas, cuando Luisa despertó de su abandono y con ternura infinita murmuró a mi oído, quizá para despertarme también.

—¡Te amo tanto!...

—¿Sí?

—Sí.

—¿Mucho?

Y torné a posar mis labios, reseco y ardientes, sobre aquellas mejillas encendidas por los golpes vertiginosos de la sangre, próxima a extasiarse en sus estrechos vasos. ¡Benditos instantes corridos al calor de una pasión! Tienen, aun después que el tiempo pasa sobre ellos, la acre voluptuosidad del recuerdo.

¡Hoy, en la soledad de mi alma, miro todavía a Luisa en mis labios; oigo su acento encantador, y me embriago con el perfume peculiar de la mujer que se abandona a los vértigos enervadores del deseo!

LXXIV

Cuando nos separamos me sentía con fiebre; mis nervios vibraban como cristal; después me vino una postración tal, que hube de recogerme. Un vago sopor se apoderó de mí; vela a Luisa cruzar por mi mente, y tornaban a rebelarse mis nervios. Al saber n.º que yo estaba malo, vino a verme.

—Seguramente—me dijo—es una fiebre palúdica; vamos a hacerte un remedio.

—No es fiebre—contesté apresuradamente, pues yo sabía cómo curaba mi tío—; es un ataque nervioso, que me pasará en breve; no se moleste usted.

—Pues entonces te mandaré un cocimiento de borraja.

—Gracias, tío; no estoy enfermo del pecho.

—¿Tomarás valeriana?

—Tampoco; esto se quita sin remedios.

—Algo debes tomar....., ¿qué usas tú para eso?

—No sé, voy a ver.

Y a poco rato se presentó muy sonreído.

—No hallé agua de Melisa, pero aquí hay algo que puede suplirla; por casualidad encontré este poquito en poder de Andrea.

Y tomando el frasco, leyó en el rótulo: «Brisas de las Pampas».

—Eso es un extracto para el pañuelo, tío.

—¿Y no es eso?

—No, señor; yo le hablo de unas gotas que llevan el nombre de Melisa o Gotas del Carmen.

—¡Ah! ¿Y cómo es que siendo del Carmen no las tengo yo? Yo soy muy devoto de la Virgen del Carmen, tú lo sabes.

—Sí, señor, lo sé.

—¿Y qué te hacemos?

—Por ahora nada; dejemos que pase.

—Vaya, pues; así se hará; si quieres mandanos llamar a Segunda.

—Mil gracias, tío.

—O le mandamos la orina.

—No es preciso.

—Tú avisarás, pues.

—Sí, señor.

LXXV

En dos o tres ocasiones tuve que huir de Luisa : ella se me entregaba, y yo temía que una debilidad mía la manchara. En otras circunstancias, ¡quién sabe! ; en aquellas, era preciso hacer un papel, si no de Casto José, al menos de algo parecido.

La franqueza con que hago semejante declaración, puede parecer ridícula a muchos ; pero no siempre se ven las cosas por el mismo prisma. El amor es una fiebre que perturba el cerebro tanto como el corazón : es algo así como la borrachera de las gallinas en el período de la incubación. La mujer honesta, por más que sea una idiota, se defiende cuando de ella se exigen ciertas concesiones ; pero en los momentos de arrobamiento, en los instantes de éxtasis, cuando el pecho se solivianta al empuje de la sangre, cuando la respiración se hace entrecortada y difícil ; cuando los ojos se humedecen, el labio se reseca y los nervios crujen, al chocarse en un beso ardiente, el amante puede tomar lo que quiera, sin darse el trabajo de pedir. Son momentos de acción, no de discusión. Después vendrán los remordimientos, las lágrimas, los sollozos y las protestas ; puede que hasta se repita aquel verso :

Yo no sé cómo fué ; yo no quería ;

pero hay un hecho indestructible, y es que *fué* ; bien pueden las niñas guardarse el *cómo* y el *por qué*.

A mí mismo me causaba extrañeza mi conducta ;

¿por qué hufa de Luisa? ¿Por qué no tomaba aquello que encontraba en mi camino? Después de todo, ninguna responsabilidad tenía yo; y era preciso producir algún sonido, porque ya pasaba como un ciruelo a los ojos de mi prima.

En más de una ocasión notó que en mí sucedía algo extraño cuando me acercaba a ella; y como ya no solíamos ir al jardín, y como ya la había prohibido que fuera a mi cuarto, deseando evitar las tentaciones, ella, ignorante de las razones que tuviera para proceder así, lo atribuía a desvío de mi parte, y lloraba y se quejaba. El sábado en la tarde se me acercó y me preguntó con voz temblorosa:

—¿No vas mañana al pueblo?

—Quizá no.

—¿Por qué?

Vacilé un momento y luego la contesté:

—Porque como allá está Méndez...

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Que es inútil mi ida.

—¡Ay, Carlos! Después de tantas promesas, después de tantos juramentos, me huyes, porque ya no me quieres; y no contento con eso, me mortificas hablándome de Méndez. ¿Me crees tan cándida que no sepa la verdadera causa de tu conducta?... Pues bien; yo no te hago cargos; me los hago a mí misma, porque sólo yo tengo la culpa.

—¿Qué me dices con eso?

—Que tú nunca has sentido amor por mí; tú me hallaste en tu camino e hiciste conmigo lo que haces todos los días con los lirios que encuentras en la sa-

hana; jugaste conmigo, y me has arrojado lejos de ti, porque ya no sirvo para nada; me desprecias.

—No entiendo ni una jota de lo que me hablas.

—Así debe de ser; yo te he creído superior a todos los hombres; me figuré que de tus labios no saldrían sino frases de verdad; y que nunca, nunca, llegarías a engañarme, porque yo me juzgué sagrada para ti por el amor que me jurabas, sagrada por el recuerdo de tu hermana, sagrada por mí misma, que soy torpe y fácil de seducir, y sagrada por nuestros lazos de familia; me entregué a ti, y hoy me miras con el mayor desprecio...

Aquel lenguaje me sorprendía; ¿qué le había hecho yo a aquella niña para que me hablara con tanta amargura?

—Luisa, no te entiendo; hazme el favor de decirme qué significa todo eso. ¿Qué falta me has cometido para que te desprecie? Lejos de eso...

—¿Qué falta, preguntas? Pues óvela; tú me has besado; tú me has abrazado, y tú no has debido tocarme una sola vez siquiera, porque las mujeres son como las flores que se deshojan al paso de la brisa, y su reputación como el cristal, que se empaña con un soplo.

—¡Por Dios, niña querida! ¿Sales ahora con esas tonterías? Pues bien, contesta a esta pregunta y te explicaré la causa de mi conducta. ¿Crees que te he engañado? ¿Crees que te engaño todavía?

Estuvo un rato vacilando, y luego dijo resueltamente:

—Sí.

—Pues en ese caso, excuso mis explicaciones, porque juzgo que nada harás oyendo palabras que no has de creer.

—¿Y si yo creyera en ti?

—¡Ah!, si tú crees en mí, si guardas siempre, como te lo he ofrecido, que de mis labios jamás ha de salir la mentira, estoy dispuesto a satisfacerte.

—Entonces, habla; yo te amo, Carlos, y confío en ti.

—Bien: ¿sabes por qué huyo? Porque temo que de esos besos y de esos abrazos, que nada valen, pasemos a algo más serio que pueda dañarte a ti; es esa la única causa de mi conducta; la observo porque te amo, y creo que tú debieras agradecérmela.

Bajó los ojos, se sonrojó, y casi llorando me dijo sin mirarme:

—Dispénsame... ¡te quiero tanto!...

Estreché su mano, y dándole las buenas noches me retiré sin aguardar una palabra más.

LXXVI

El domingo, desde muy temprano, estábamos todos en pie. Mi tío revolvía la casa; Carmelita se emparejilaba, dándose aire de señora; Andrea no se preocupaba mucho de su abandono, y Luisa se arreglabá lo mejor que podía. A las cinco y media estaban uncidos a la zorra *Turpial* y *Mariposa*, los dos bueyes más hermosos del rebaño; al carretón le habían

hecho su toldo de cobijas y encerados, sobre arcos de bejucos y cañas, desde la víspera.

Allí entraron todos, menos mi tío, que quiso ser el gañán, porque no se atrevía a confiar el tesoro de su mujer a un carretero cualquiera; yo iría más tarde en la muleta. Cuando quedé solo comencé a recoger los objetos de mi uso; dos días después había de partir. Todo me hablaba en aquella casa el lenguaje de los recuerdos; por dondequiera que pasaba, tarareando a media voz la *Solidad*, de Musset, a la cual le he puesto música por mi propia cuenta, me parecía que salíanme al encuentro todos los muebles que habían sido tocados por la mano de Luisa o acariciados por sus hermosos ojos.

Quizá para lo único que sirvo yo es para tomar resoluciones rápidas, y para hacerme superior a mis propias contrariedades. Me eché a la espalda, digámoslo así, cuanto de mortificante había en aquella tarea; hice un esfuerzo y alejé de mí todo lo que pudiera enojarme. Cuando terminé, monté a caballo y me fui. Pero en el camino me sucedía lo propio que en la casa: todo parecía decirme: *No te vayas*.

Así llegué al pueblo, luchando en mi interior con tantos recuerdos y tantas esperanzas. No quise ir a la iglesia; Méndez estaría allí, y me haría daño con su amor a Luisa. Necesitaba aturdirme, y allí no había dónde ni cómo. Eché a andar por la calle real, tropecé con el picador.

—Vamos a casa—me dijo—, para que vea usted un bonito caballo del general Quevedo, que pienso mandarle pronto.

Acepté el convite sin darme cuenta y me fui con él. Al entrar encontramos al hijito de Guillermo, cuya correcta fisonomía me llamó la atención. Siempre he tenido gran afición a los niños; no sé por qué me inspiran la simpatía de la compasión, acaso por lo que les hacen sufrir en Venezuela.

—¿Tiene usted aquí—le pregunté—algún cuadro en que haya un niño?

—El único que hay es un Niño-Dios en los brazos de la Virgen.

—¿Puede usted mostrármelo?

—Sí, señor, con mucho gusto.

Y al traerme la empolvada estampa de la Virgen de la Silla, llamé al niño y empecé a comparar sus líneas con las del cromo. Había en ellas una semejanza perfecta; apenas diferían en las palpitaciones de la vida, que faltaban al cuadro.

—Cuando yo amansaba ese caballo—me dijo Guillermo—estaba la madre de este muchacho encinta; y al verme montar todos los días, se arrodillaba frente al santo y rezaba por mí hasta que volvía a casa.

—Ahí tiene usted—le dije—la confirmación de la que hablamos ahora días; ¿lo recuerda usted?... Este niño tiene las mismas líneas del Niño-Dios que hirió la imaginación de la madre en el período de gestación, de tal manera, que le hizo vaciarle en un molde ideal.

—Es cierto, doctor—contestó sonriendo y satisfecho.

Vimos el caballo y nos fuimos. No me había equivocado: Méndez estaba en la iglesia, y de ella salió, siguiendo a Luisa, al terminar la misa. Al mirar-

me vino a mi encuentro : estaba siempre pálido y nervioso.

—¿ Por qué estás tan retraído?

—¿ Yo?

—Sí ; creí que vinieras a misa con tus primas.

—Sabes que no soy católico y no voy a la iglesia.

—Tampoco yo lo soy ; pero por ver las niñas, soporto hasta la plática y el sermón.

—Pues yo no, querido, porque no me gusta contradecirme.

—Eso no vale nada ; después de todo, los curas y los padres de familia tienen la culpa de que uno sea hipócrita. Si llegara el día en que yo hubiera de casarme, te juro que con la mayor sangre fría iría a confesarme y a comulgar ; esas son imposiciones que debemos aceptar como otras tantas con que diariamente nos tropezamos en la vida social ; ¿ no te sucede muchas veces que por no formar una polémica en una tertulia aparentas participar de ideas contrarias a las tuyas? ¿ No te encuentras en un salón con un individuo a quien odias y le das la mano y sonríes?... Pues asimismo hago yo en asuntos religiosos ; no creo en nada, pero aparento creer ; me parece que el gremio clerical es lo más arrastrado que tiene nuestra sociedad ; sin embargo, me quito el sombrero al ver un cura y finjo que le acato y reverencio.

—Generalmente sucede así entre nosotros ; hombres y mujeres ven con el mayor desprecio la religión, sus hombres y sus actos ; pero finjen que les acatan y reverencian ; y, no sé si por espíritu de des-

orden o porque realmente nuestra sociedad es hipócrita, viven en la iglesia y beben agua bendita. Pero yo te aseguro que tomo las cosas con más seriedad o más franqueza y me abstengo.

—Por eso es que estás siempre en pugna con el espíritu de nuestra sociedad; ella va por una pendiente y tú quieres detenerla; deja que llegue al abismo, que cuando se oiga el grito de *sálvese quien pueda*, habrá sonado la hora de organizar el desorden.

En esta plática habíamos llegado a la casa en que se hospedó la familia: entramos y la encontramos en disposición de almorzar.

Mi tío estaba muy satisfecho; se mostraba alegre y complaciente; pero cuando observó que Méndez estaba allí, se descompuso todo. Apenas terminó el almuerzo, dijo que se iba con la familia, porque tenía que hacer; yo no creí prudente sentarme a una mesa en la cual no cabía un amigo mío. En el fondo, desde el punto de vista de mi interés de amante, aquello me complacía en extremo. ¿A qué negarlo?

Quizás era la única vez que mi tío me daba gusto.

LXXVII

Habíamos pasado la tarde hablando naderías; pero al fin y al cabo, nos habíamos distraído, cosa que necesitábamos ambos.

Ningún proyecto serio, ninguna consideración grave surgió en nuestra entrevista; era cuanto habíamos menester para no pasarla del todo mal. A las ocho

nos fuimos al joropo. La música, y sobre todo la melancólica, como es la popular de Venezuela, cuadra muy bien a los espíritus abatidos. Méndez y yo, enfermos del mismo mal, gozábamos en aquel momento. Sólo se aguardaba nuestra llegada para empezar; de manera que al vernos, templada ya el arpa, se rompió el desorden. Méndez, de más confianza que yo, se fué a las habitaciones de la dueña; yo me recosté en la pared para oír embebido el *son* que tocaban.

El de las maracas cantaba:

Me monté en un alto pino
a ver si la divisaba,
y como el pino era verde
en vez de verla horaba.

Lo que no tiene remedio
olvidarlo es lo mejor;
mas yo no puedo olvidar
la que me robó mi amor.

Esta vida es un misterio,
una completa mudanza;
ando buscando una vega
en que nazca la esperanza.

Nacemos entre sollozos,
y entre lágrimas morimos,
si no hay placer para el hombre
entonces ¿por qué vivimos?

Ausencias causan olvido,
lo sé porque estoy ausente.
Es el amor de estos tiempos
misa de cuerpo presente.

Si tú quieres ser feliz.

procura que estén contigo
tu caballo, tu mujer,
y tu cobija y tu amigo.

Méndez se había juntado conmigo.

—¿Qué te parece?—me preguntó.

—Este tiene más sentimiento que los del otro día ; en rigor crítico, hay poesía en sus versos.

—Sí la hay ; es una lástima que este muchacho no hubiera tenido cultivo.

—No lo creas ; sus versos tienen ese sabor de tomillo, ese olor de malvas y albahacas, porque no ha ido a nuestras cátedras de literatura ; si cae en poder de esos viejos roedores de papel, verdaderos ratones de biblioteca, pierde el colorido nacional ; este no es un hombre que pudiera, ni en cien años de estudio, vaciar su sentimiento artístico en el molde de una oda de Horacio ; su genio va a la poesía ligera, melancólica y filosófica al par ; tendería a la escuela alemana, a ese semillero de baladas bellísimas, nativas del viejo Rhin, las cuales no cuadran a nuestros almidonados académicos ; lo harían un fabricante de villancicos, un versicultor de octosílabos inertes y descoloridos.

—Eso equivale casi a negar la poesía venezolana.

—Poco a poco, querido amigo ; nuestra generación, idólatra en todo, rinde culto ferviente a la forma ; Bello pasa por el primero de nuestros poetas, y se le asigna ese puesto más por las traducciones de Víctor Hugo y por alguna otra composición sonora y rotunda, que por su silva a la Zona Tórrida, que

es la primera poesía americana; Baralt se engolfó en la oda clásica; Lozano y Maitín matraquearon el romanticismo a su sabor, sin dejar el primero más que una poesía nacional, *La Flor de Mayo*. Toro, como poeta, hubiera superado a Bello en fluidez y dictibilidad del verso, ya que no le iba en zaga en la mecánica de la lengua; era mejor naturalista que Bello; sus trabajos se los apropió Ernst. José Antonio Calcaño tiene una poesía nacional: *En la orilla de la mar*, pero desde que es académico no sirve para nada; todos los días se hace más vacío. Morales Marcano hizo traducciones magníficas y se amaneró en las originales. Heraclio Guardia es, acaso, el más nacional de los poetas llamados clásicos en Venezuela; tiene, sobre todo, bellezas y atrevimientos brillantes; sus versos llevan el sello de su personalidad. Pérez Bonalde es, en mi concepto, con Heraclio Guardia, lo único que vale en nuestro Parnaso. Entre los jóvenes, Pimentel Coronel, Romanace y Garbiras Guzmán representan la poesía nacional, de idea, la escuela del siglo; Picón Febres y Méndez Mendoza vienen después, sin rumbo fijo; Potentini y Carlos Fernández son el epigrama torneado y sangriento.

—¿Y qué deduces de todo eso?

—Deduzco que sólo tenemos dos poetas que representan una tendencia literaria: Lozano y Maitín; un solo poeta americano, Andrés Bello, y otro que se le acerca en americanismo, José Ramón Yepes; que tenemos tres poetas que pueden fundar la escuela nacional: Pérez Bonalde, Pimentel Coronel y Romanace, Paulo Emilio Romero, muerto en España, te-

nía talento. Dejó buenos epigramas y algunas composiciones que imitaban a Bécquer: dos que pueden elevar la poesía satírica a desconocida altura entre nosotros, dos poetas que pueden ponerse por sobre Rafael Arvelo, Potentini y Carlos Fernández. Todavía deduzco más: que si nuestros poetas viejos hubieran seguido un camino eminentemente americanista, Venezuela habría aparecido como renovadora de la poesía castellana del Siglo de Oro; pues está probado que ejerció influencia decisiva en la literatura de los pueblos vecinos, según puedes verlo en el prólogo de las poesías de Gregorio Gutiérrez González, colombiano, escrito después de constituida la literatura de esa República hermana, cuando ya no necesitaban halagarnos. Todavía más: que en lo único en que hemos tratado de seguir el genio nacional es en la poesía épica, pues nuestros bardos todos han tentado cantar batallas y héroes: ahí están F. G. Pardo, Lozano, etc., etc., que valen más, mucho más, en ese concepto, que los épicos españoles. En Colombia ha habido más tendencia en la poesía: Gutiérrez González es padre del nacionalismo; Núñez, la duda que se ampara en la forma desmañada y áspera; Arrieta, el siglo XIX, en la corrección de las estatuas griegas. Julio Arboleda fué también nacional; Candelario Obeso, un pedazo de la tierra colombiana; Antonio José Restrepo, el eco robusto de una generación vigorosa, que se yergue altanera cuando todo cae y se abate en derredor; Antonio José es el grito del último hombre en una sociedad decadente. Jorge Isaacs es, acaso, de lo más original que haya dado la Amé-

rica bolivariana ; sus versos son suyos, como las líneas de su rostro, como un gesto, como él mismo ; su poesía no se confunde con ninguna otra poesía...

El *son* había terminado, y se preparaban a bailar otro. Un compadre de Méndez se nos acercó preguntando :

—¿ No bailan ustedes esta *ornada*?

—Sí—contestamos a un tiempo mismo.

—¿ Qué van a tocar?—interroguéle.

—Una chipola.

—¡ Va con ella !

LXXVIII

—Te advierto—me dijo Méndez—que en la revuelta debes dejar la pareja.

—¿ Y cuál es la revuelta?

—Yo te avisaré.

En efecto, cosa de diez minutos después de haber principiado, la música se avivó ; el arpista pulsó las cuerdas altas con más energía que de costumbre ; el maraquero agitó sus instrumentos como en vertiginoso torbellino ; un zapateo general se sintió en la sala y los hombres hicieron una pirueta mientras las mujeres pasaban en una vuelta por debajo de su propio brazo.

Entonces nos sentamos nosotros, que habíamos invitado ; quedaron ellas solas bailando, y cada una le extendió el pañuelo al que fué más de su agrado.

Y siguió el *son* hasta la otra revuelta, en que el maraquero cantó con voz robusta :

Señores los balladores,
no ballen tan de carrera,
miren que me están ahogando
con tamaña polvareda.

—Parece que ha terminado nuestra misión aquí
—le dije a Méndez.

—¿Ya quieres irte?

—Para muestra basta un botón.

—No se vayan—dijo Pascual el de los cuernos—,
que van a tocar un pájaro.

—Vamos con él.

Y la música, de melancólica, se tornó viva, aguda, alegre como una mañana de Pascua, como un beso de la primavera.

Cantaba el maraquero:

Pajarillo alegre
no hay como el gonzal,
que de día y de noche
siempre ha de cantar.

Y parecía, en efecto, que oíamos el gonzal columpiarse festivo y parlero en la empinada copa de un caimito o en las tortuosas ramas de un caujaró.

—Basta de pájaro—dijo Méndez a poco—; que toquen un cocoyé.

Y comenzó entonces la música epigramática; la sátira popular fustigando, desde las cuerdas del arpa, los tipos odiados y odiosos de la comarca:

—¡Señor don Julián!

—¡Señor don Julián!

—¿Dichoso sea usted!

—Présteme un chelín.

—Ay, no, cocoyé.

—¡Señora María!

—¿Qué me dice usted?

—Que me dé un cuartillo.

—Ay, no, cocoyé.

—Ya viene un barril...

Yo me equivoqué,

pues es el que viene

Julián cocoyé.

Parece Julián

un mismo tonel.

¡Qué barriga tiene

Julián cocoyé!

—No más cocoyé—dijo yo entonces—. *Atros con huesito*, ahora.

Y siguió la música epigramática, epigramático y licencioso el canto, y más licencioso aún el baile.

—Ahora si nos vamos—dijo Méndez.

Y dejamos el baile en toda su fuerza y vigor.

Apenas habíamos andado dos cuadras, cuando sentimos un zaragata. La noche estaba oscura; reinaba un silencio profundo, apenas interrumpido por el ladrido de los perros, y la algarabía, que aumentaba, cada vez más, en el baile. Fuimos a ver qué sucedía, y al llegar al patio de la casa, presenciábamos escenas por demás interesantes.

Dos individuos, armados de garrote, se defendían de otros dos armados de machetes conuqueros. Debajo de un totumo luchaban dos a brazo partido. Más adelante estaba uno en tierra, aturdido de un garro-

tazo. Otro lloraba amargamente porque le habían hecho una sangría en una mano. El dueño de la casa trataba de dominar con su voz aquel granizo de verazos, imprecaciones y denuestos.

En la sala, dos mujeres se habían desmayado; otra, que no se sentía bien del estómago seguramente, juzgó oportuno desahogarse allí mismo. En la alcoba se refugiaron algunas otras, y entre ellas, un zamarro, un zángano que se hizo el miedoso para arrastrar a su amada bajo la troje que servía de cama a los compadres de Méndez. Casi junto con nosotros llegó el jefe de la Policía con dos corchetes y los comisarios que halló al paso. Como sucede en estos casos, la presencia de tan eminentes personajes calmó instantáneamente los ánimos.

—¿Qué pasa aquí?

—Oiga usted, general—dijo el dueño de la casa—: estábamos muy tranquilos bailando, cuando sentimos que habían echado en la sala polvos de ají tostado.

—¿Quién los echó?

—Yo no sé; mi mujer fué la primera que sintió la picazón en las piernas, y comenzó a zapatear y a escobillar gritando: ¡Ay, mi mamita de mi arma! La comadre Cleta comenzó a estornudar, lo mismo que pavo con moquillo; Petronila se desgarró todo el *justán* rascándose, y yo estaba que ya no veía del lloreo de los ojos.

—Pero, ¿quién echó el ají?

—Yo no sé; *yo me creo* que fué Luciano, que está siempre de *lambío*; él fué quien lo echó en el baile de ña Rumalda.

—Pues bien: ahora van todos a la cárcel. ¡Ea, salgan, salgan!

Y cuando todos se fueron, compungidos y silenciosos, salió Luciano de debajo de la troje, con su muchacha del brazo, y rápido como una exhalación se perdió entre las brucas y los borrajones y ñongués del corral.

LXXIX

Había llegado el momento de la despedida; tenía que separarme de *Peonía*, y me sentía con miedo. ¿Cuándo volvería a ver a Luisa?

Un vago presentimiento, que en vano me esforcé por disipar, me decía que jamás verían mis ojos en sus ojos. Después del almuerzo, tuve ocasión de hablar a solas con ella.

—Estoy muy triste—me dijo—. Los días de dicha que han corrido para mí, no han sido sino presagios de crueles sufrimientos. ¿Por qué te he amado? ¿Por qué has puesto tus ojos en mí?

—¿Y qué tengo yo que no puedo amarte, vida mía? ¿Estoy condenado, acaso, a vivir en una eterna soledad?

—Nada tienes; pero yo no volveré a verte.

—¿No te he prometido volver dentro de diez días?

—Sí, pero no volverás.

—¿Por qué?

—Porque te lo exijo así.

—Pero yo no accedo. ¿Qué razones tienes para ello?

—Papá me ha reprendido duramente anoche ; me ha hecho cargos por los galanteos de Méndez, y yo —que no sé decir mentiras—le he confesado que te amo. Más valdría que nunca se me hubiera ocurrido semejante cosa, porque ha sido peor.

—¿Qué te ha dicho?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Deseo conocer el concepto que le merezco a mi tío a ese respecto.

—No es bueno, te lo aseguro.

—Ya me lo figuraba... Y bien : es preciso pensar en nosotros. *Tigre* se quedará aquí ; tiene un falso en el collar y ahí puedes poner un papel escrito, despachándolo inmediatamente ; por este medio me comunicarás cualquier cosa que te ocurra, y por lo demás, no te preocupes. ¡ Si todo fuera vencer !

Luisa suspiró profundamente ; una nube de infinita tristeza veló sus negras pupilas, y comenzó a llorar.

Ahora—me dije—es cuando te quiere, Carlitos ; y me paré rápidamente ; le eché la pierna a la mula y salí sin decirle adiós.

Mi tío, parado en el corredor, me gritaba :

—¡ Así te despidas de un barranco !

LXXX

Al tomar la carretera, me sacó de mi embarazosa situación una mujer que estaba al pie de una ceiba.

—Aguárdese, doctor—exclamó al verme.

—¿Qué se le ocurre a usted?

—¿No me conoce?

—No; jamás la he visto.

—¿Ni ha oído hablar de mí?

—Tampoco.

—Yo soy la *China*.

—¡Ah, sí!...

Y saqué del bolsillo una moneda que puse en su sucia y descarnada mano.

La *China* es una loca; mejor dicho, una idiota. Vive de la caridad, y recorre los caseríos como una visión infernal.

—Esto es muy poco—me dijo—, yo quiero para comprar un camión.

—¿Cuánto quieres?

—Tres pesos.

—Tómalos... ¿Y qué hacías tú ahí?

—Aguardándole a usted.

—¿Para eso?

—Sí, y para decirle que vaya a dormir esta noche a la Cruz del Gato: allí hay un *carite*, y se encontrará con una persona que quiere verle.

—¿Qué persona?

—No sé... allá la verá usted...

Y echó a correr en dirección a la hacienda.

Ahora estoy mejor—me decía, empujando la mula—; atrás un dolor; adelante un misterio. ¿Qué será esto?

Y sumido en tristes reflexiones hube de llegar a la Cruz del Gato.

LXXXI

Apenas comí me dirigí al *carite*.

—¿De quién es el chiquito?—pregunté a la señora Segunda, que salió a recibirme haciéndome doscientas morisquetas.

—Es un ahijado mío; por eso estoy yo aquí.

—¿Cuándo murió?

—Antier; esta es la tercera noche de velorio; mañana le enterramos; pero no se preocupe usted, que no está corrompido: acabamos de hervirlo en salmuera por segunda vez.

—¿Sí?... Pues entonces no hay cuidado.

—¿Usted recibiría un recado mío?...

—Supongo que sí... con la *China*...

—Sí, señor; le hice dar esta molestia porque como yo no estaba en casa, ni podía ir a *Peonía*, deseaba decirle adiós; y como yo sé que usted es medio parrandero, le di el pitazo para que pasara una buena noche.

—Mil gracias, amiga mía; pero yo no resistiré mucho, pues estoy trasnochado.

—¿Adónde, doctor?

—En el pueblo.

—Mírenlo allí... Pues bien: entonces nos acompañe un rato; baila unos golpes, come las hayacas y se va a dormir.

Pocos momentos después bailaba yo un golpe aragüeño con la madre del muertecito, quien, según costumbre, preside estas fiestas como una Pascua. Y a fe

que no hay por qué exigirle seriedad ni menos tristeza; aferradas en las creencias del catolicismo, las mujeres de nuestros campos ven la muerte de sus hijos pequeños casi casi como una dicha: son «ángeles» y van al cielo...

—¡Bendita religión, que así desata hasta los lazos con que la Naturaleza sujeta la existencia humana!

El cadáver parecía una ciruela pasa; estaba negro, por los dos cocimientos en salmuera que había sufrido, y por una capa de polvo levantado de la sala en el torbellino del zapateo y la escobilla. Dos bateas de hayacas, probablemente hervidas en la misma agua en que hirvieron el *carite*, y como él cubiertas de polvo, le servían de escolta a ambos flancos, haciendo sombra a cuatro velas clavadas en sendos litros vacíos.

En el intervalo del golpe que había bailado, la señora Segundona me ofreció un menjurje bajo la pomposa denominación de mixtela.

—Usted está chupado.

—¡Ah, no! no se lo figure.

—Y tiene razón, porque lo que deja detrás vale la pena.

—¿Y qué dejo yo detrás?

—La niña Luisa.

—No lo crea usted: no hay nada entre nosotros.

—Ay doctor, usted sabrá mucho, pero a mí no me engaña: en todo este plan no pasa nada que no llegue en el acto a mi noticia, y se lo voy a probar.

—A ver, cuénteme algo.

—Oiga, pues, y no me niegue la verdad.

Hizo una pausa; se aclaró el pecho, y cruzando la pierna, prosiguió:

—La primera noche que usted pasó en la hacienda sintió ruido en el corredor, ¿verdad?

—Sí.

—Después, fué usted a casa de Toribio y le estuvieron embromando con una historia... ¿Verdad?

—Sí.

—Después, encontró una mujer que salía en las altas horas de la madrugada... ¿Es verdad?

—Sí.

—Después, Casiano le disparó su escopeta en la cacería.

—Sí, es cierto.

—¿Y usted no sabe qué es eso?

—No.

—Pues yo se lo diré; pero vamos a bailar este golpe.

Y salimos a girar al son del arpa. La mujer me miraba con *curiosidad*, fijándose sus ojillos negros; estaba gozosa porque había puesto las bases de un plan diabólico.

Se felicitaba interiormente, de seguro, porque me tenía ya envenenado.

—Descansemos—la dije al cabo de algunas vueltas—; estoy sumamente fatigado.

—¡Fatigado!—repitió con una sonrisa llena de malicia—; usted es muy curioso; pero todavía no le digo nada.

Comprendí que quería divertirse conmigo como el gato con el ratón antes de devorarlo; y yendo igual

por lo menos la partida, la contesté afectando la mayor indiferencia :

—Ya probaré a usted que no ; me voy a dormir ; cuando usted crea que es tiempo, me llama y me dice lo que se la ocurra.

—¡ Oh, no, doctor ! Eso fué una broma y nada más ; acabemos de bailar el golpe y nos retiramos a la cocina.

—Acabemos, pues.

Y tornamos a arrojarnos en el torbellino del joropo.

LXXXII

Al terminar, me obsequió de nuevo mi pareja con un poquito de mixtela, servida en un pocillo sin asa. Después nos fuímos a la cocina y ella se puso a arreglar la mesa para la cena.

Sobre la piedra de moler maíz puso una batea, y sobre ésta un par de hayacas, una torta de cazabe y dos pichaguas. Echó por tierra el pilón, para que nos sirviera de asiento, y nos pusimos codo con codo, como dos inocentes tortolitos. No sé por qué me acordé en el acto del muerto, del sancocho de salmuera y las hayacas...

—Y usted, ¿ por qué no come ?

—Tengo pocas ganas.

—¿ Se acuerda de la niña Luisa ? Ella, la pobre-cita es muy buena ; no ofende a nadie ; es el paño de lágrimas de todos los pobres de la comarca ; pero aquella Andrea, doctor, esa es una fierecita, una pantera. ¿ No lo cree usted así ?

—No tengo motivos para juzgarla mal.

—No me engañe, doctor, que yo sé lo que le digo ; y sepa una cosa, que si no fuera por el deseo de servirle a usted me callaría la boca ; pero usted está ciego, y como me ha hecho sangre, yo me voy a tomar la libertad de contarle todo, para que sepa a qué atenerse.

El preámbulo avivaba mi curiosidad. ¿Qué tendría que decirme aquella maldita mujer ?

—Hable usted—la dije— ; la oiré más por complacerle que por el interés que usted supone en mí.

—Pues bien ; ya usted sabe que existe una historia en esa familia, que no quiso contarle la mujer de Toribio. Esa historia es que Andrea, su prima de usted, no está niña como se cree.

—Ya lo supongo ; lejos de estar niña, la creo una mujer hecha y derecha.

—Sí, señor ; pero no es a eso a lo que yo me refiero ; digo que Andrea no es una muchacha honrada.

—¿ Y en qué se funda usted para decirlo ?

—En que tuvo un hijo ; yo la asistí en su alumbramiento.

—¿ Y de quién es ese niño ?

—Si usted lo supiera...

Y se echó a reír ; se comprendía que gozaba.

—Pero creo que usted me lo dirá.

—Sí, señor ; le contaré ; su difunta tía, no sucumbió sólo al mal tratamiento de don Pedro ; es cierto que ella no era feliz, pero lo que precipitó su muerte fué el saber que su hija había tenido amores con un

peón de la casa, un catire llanero de nombre José del Carmen, que fué quien la hizo el servicio...

—¿Y dónde está ese hombre?

—Vive en Camatagua muy tranquilo...

—¿Y mi tío lo sabe?

—Ignora todo, absolutamente todo; la señora no quiso decirle nada a don Pedro, porque temía que matara a la niña en uno de sus arranques. ¿Cree usted que si lo supiera estaría viva esa pobre muchacha?

—Indudablemente que no... ¿Y el niño, qué se ha hecho?

—Está en Sarteneja; lo cría una mujer muy buena, a quien yo recomendé.

—Todo eso es muy grave...

—Todavía no he concluido; Andrea es de mala cabeza; ahora tiene otros amores.

—¿Con quién?

—Con Bartolo.

—¡Cómo!—exclamé espantado—. ¿Con ese negro?

—Sí, señor—contestó Segunda rebosando alegría en su diabólica sonrisa.

—¿Y lo sabe mi tío?

—Lo ignora; como ignora también los amores de misia Carmelita con...

—¿Con quién?

—Con Casiano.

—¿Se chancea usted?

—No, doctor; le hablo en serio.

—¿Pero ha medido usted toda la gravedad de lo que me comunica?

—Sí, señor; todo lo he medido; haga usted lo que quiera; yo respondo de todo.

Dijo y se levantó bruscamente; en vano traté de detenerla; rápida como una saeta se perdió entre las brucas del corral, gritándome entre carcajadas:

—No se asuste; Luisa es buena, y es la que le interesa a usted.

Aquellas revelaciones me enfermaron.

¿Qué era de la honradez de mi familia, tan decantada por los míos? ¿Qué quedaba de aquellas tradiciones aristocráticas, de que tanto se pagaba mi abuelo? ¡Ah! las aristocracias. Las aristocracias reconocidas por el progreso moderno son aquellas que se fundan o sobre el talento o sobre la virtud; de la primera no había habido en mi familia; debía ser la suya la segunda.

¿Y dónde estaba ahora? ¿Qué quedaba de aquel hogar, si todo era fango y podredumbre? ¡Ah! ¡La educación de nuestro pueblo! ¡Las preocupaciones estúpidas derramando su veneno por dondequiera! ¡Enseñad a la mujer a ser honrada, por temor o por halago, y habréis labrado su desgracia; hacedla buena por deber, y pondréis las sólidas bases de una dicha sin fin!

LXXXIII

Describir aquí las impresiones que me agitaban, es tarea superior a todo esfuerzo humano.

Por más que yo no pertenezca a esa escuela que

arranca de las preocupaciones, en ellas vive y por ella trabaja, tengo que resentirme de sus influencias, porque las ideas trasnochadas que bullen en el cerebro de dos millones de seres humanos, hacen sentir su honda funesta a aquellos que las rechazamos.

Indudablemente, las fallas de Andrea y Carmelita, los descuidos y las barbaridades de mi tío, no debían afectar moral ni materialmente a Luisa. Pero las conveniencias sociales estúpidas en todo lo que se refiere a la solidaridad de la familia, la envolvían con el mismo manto de oprobio. Por otra parte, mi familia, imbuída con ciertas ideas aristocráticas mal entendidas, llevaría a mal mis relaciones con Luisa; olvidarían que era mi prima, mi propia sangre, para ver en ella la víctima de ajenas faltas.

De cuando en cuando surgía en mí la duda. ¿Había faltado Luisa también? Sumergido en tan tristes reflexiones llegué a Caracas, presa de una fiebre violenta. Cuando mi madre me estrechó en sus brazos, comencé a llorar. En vano me interrogó; en mis ideas reinaba el más completo desorden; en mi pecho rugía una tempestad que en vano trataban de calmar mis lágrimas.

Mi madre se afanó mucho con mi enfermedad; el médico, llegado en el acto, combatió su opinión de que tuviese un tabardillo, como ella suponía; era una fiebre nerviosa, que pudiera atacar al cerebro más fuertemente que hasta entonces. Ocho días permanecí en tal estado; cuando la fiebre cedió, cuando se tornó el orden a mi mente, una ráfaga vino a despertar mi memoria. Era una hermosa mañana de mayo, de

las postreras de ese mes de perfumes voluptuosos y sonrisas inefables. Había llovido en la madrugada, y el sol naciente daba sus tibios besos a la húmeda atmósfera. Un rayo silencioso de ese sol entraba por el cristal de un balcón y se acurrucaba entre mis sábanas.

Mi madre acababa de darme una medicina y se había sentado a mi cabecera, en el viejo sillón de caoba, forrado de suela y orlado de tachuelitas de cobre, que adornó la alcoba nupcial de mi abuela.

—Hoy quiero levantarme y caminar—la dije—: ya me siento bien y, sobre todo, quiero huir de esta atmósfera de plomo, que me mata insensiblemente.

—No saldrás hasta que venga el médico—contestó ella.

—Tardará mucho?

—No; ya son las siete.

En efecto, pocos minutos después entraba el galeño, y habiéndome dado permiso para levantarme me apresuré a hacerlo.

Habíame sentado en la antesala; por la entornada puerta entraban los aromas del jardín.

Mi madre me miraba tristemente; acaso quería leer en mi rostro el por qué de aquella enfermedad.

—Estás muy abatido; en tus enfermedades jamás has perdido tu energía.

—Es, madre, porque jamás había estado enfermo del espíritu.

—¿Y ahora lo estás?

—¡Mucho!...

—Antes—me dijo en tono de dulce reconvención— me contabas todas tus penas; ahora huyes de mí.

—¡Ay!, la que me ahoga al presente no la mitigarás...

—¿Cómo no?...

Y se acercó a mí; me echó los brazos al cuello, y al besarme en la frente, murmuró:

—¡Pobre hijo mío!; ¿qué tienes?, di...

—Oye, pues, si te empeñas.

Y comencé a hablar de Luisa.

—Es un ídolo—la decía—que he levantado muy alto en mi corazón; un ídolo, que al caer de su pedestal puede producir un cataclismo.

—¿Y por qué ha de caer? Si la quieres y ella te quiere, ¿quién puede impedirlo?

Yo me sonreí con amargura; en aquel instante hablaba la madre.

—Sabes—repuse—que mi tío Pedro es un hombre bueno, pero exageradamente torpe y sobremanera desgraciado.

—Sí; es un hombre de caprichos, muy terco, muy sordo a la voz de la razón.

—Pues bien: mi tío Pedro ha tenido ciertos descuidos en su casa que han manchado su honor y labrado la desgracia de muchos seres.

Y la confié, no sin grandes esfuerzos, punto por punto, las revelaciones de Segunda.

A medida que avanzaba en mi relato, palidecía mi madre, se desbordaba su orgullo, había dejado de ser madre; era mujer. Cuando concluí se puso de pie; estaba lívida y estrujaba entre sus dedos la última receta del médico.

Con voz entrecortada por la cólera, y con un ade-

mán que revelaba la suprema expresión de una voluntad irrevocable, me dijo :

—¡Pues bien, no será! Pedro, inocente o culpable, ha arrojado un padrón de infamia sobre todos nosotros, y tú no debes pensar ni por un momento en que Luisa, hermana de una vagabunda como Andrea, e hijastra de una vagabunda como Carmelita, pueda ser tu esposa. Antes que todo, el honor de la familia ; ya lo sabes ; entre nosotros jamás ha habido prostitutas ; y ya que la fatalidad ha querido que las haya, no hemos de contribuir nosotros, y menos tú, que debes dar lustre a nuestro nombre, a semejante infamia.

—Pero madre, ¿qué culpa tiene Luisa en los deslices de su hermana y su madrastra? Por el contrario, es digna de recompensa su virtud, pues ha podido seguir el ejemplo que ha tenido tan cerca.

—No, hijo mío, no ; puede ella ser la misma honradez en persona ; pero... no, de ninguna manera. Mañana todos dirían, señalándote con el dedo : este está casado con una hermana de aquella meretriz... Vivimos en una sociedad respetable y debemos respetarla.

—¡Ay! madre, ¡Cuántos ejemplos puedo citarla! A..., M..., R..., N...

—Falso, son calumnias.

—Asimismo puede ser esto una calumnia...

—No, esto es verdad ; te lo repito ; no y no.

Y cuando se dirigía a la puerta llamando a mi

abuelo para contarle lo que sucedía, le saltó *Tigre* al pecho y empezó acariciarla. *Tigre* regresaba en momentos hartos tristes para mí.

LXXXIV

Mis previsiones estaban cumplidas: mi madre era el primer obstáculo en mis primeros amores. ¡Malditas sean las preocupaciones! ¡Maldito sea ese necio orgullo que esteriliza el sentimiento!

Una languidez mortal se apoderaba de mí; sentía otra vez la fiebre; y poco a poco se apagaban mis facultades. *Tigre*, mi fiel amigo, apoyó sus patas en mis rodillas, me bañó con su mirada leal y cariñosa, y cuando restregó sobre mi pecho su hermosa cabeza, llevé instintivamente la mano a su collar. Allí estaba un billete de Luisa, el único que conservo escrito de su mano.

«Sé—me decía en él—que estás enfermo, y sufro mucho porque estoy lejos de ti. Son los hombres tan inconstantes, que acaso haya muerto ya en tus recuerdos; sin embargo, te amo, te rindo el culto del primer amor, porque tú me has dejado un mundo de ensueños que embellecen mi existencia. ¿Volverás pronto? Ojalá pudiera verte... yo te miro siempre, siempre, porque no te apartas de mí un solo instante. Reponte y vente, que las brisas de estos valles te devolverán la salud perdida. ¿Verdad que tú no me ol-

vidarás, porque yo te quiero mucho? Recibe mi corazón».

Al acabar de leer por segunda vez aquel sencillo y encantador billete, sentí que mis ojos se velaban... después, no supe más de mí.

Una semana más tarde tornaba a levantarme. Tocaron a la puerta, y cuando creímos ver la apercaminada fisonomía del médico, nos hallamos, no sin asombro, frente a frente de un oficial de policía.

Tintorera, ese esbirro que vivirá eternamente en el odio del pueblo de Caracas, venía a prenderme. Se me acusaba de conspirador; a mí, que jamás había tomado cartas en política. Mi madre y mi abuelo le hicieron presente mi estado; el corchete contestó que era *orden superior* y la cumpliría de cualquier manera.

Había llegado para mí la hora del sufrimiento; por fortuna, el sufrimiento es una escuela de grandes enseñanzas; sólo tiene de malo ese ajeno que vierte en el alma y que amarga la existencia para siempre. ¡Desgraciados aquellos que no se han acostado una noche con hambre, lejos del hogar nativo y de los afectos más caros! ¡Desgraciados aquellos a quienes el desengaño no les ha impreso el sello del dolor, que no se extingue!

LXXXV

Estaba en la cárcel.

Mi ánimo, profundamente abatido, se sacudió con violencia. No tenía derecho—como no tiene ningún

hombre—de acongojarme en la adversidad; la pasión política, que no existía en mí, nació espontánea y robusta, con todos sus fuegos y todos sus orgullos.

Se me hacía mártir de una causa que tenía todas mis simpatías, porque era la buena; pero a la cual no había dado hasta entonces el concurso de mis facultades por repulsión a las intrigas de la lucha. Era necesario, pues, hacerme héroe.

El primer día de mi prisión lo pasé en las inmundas letrinas del cuartel de policía: en la noche, a las nueve, se me condujo a la Rotunda. Aquello estaba oscuro y en silencio. Atravesé por la prevención; se me hizo pasar por un buzón y a la mitad del corredor me detuvo el alcalde. Registraron mis bolsillos; las arrugas todas de mi ropa. Luego me empujaron por otro buzón y caí en la Redoma.

Apenas se alejó el alcalde, seguido de su guardia, salieron algunos presos y me recibieron con las interpelaciones de estilo.

—¿Quién es usted?

—¿Qué hay de nuevo por afuera?

—¿Cuándo y dónde le prendieron?

—¿Quiénes más están presos?

Y satisfechas esas y otras preguntas, se me acercó un viejo amigo, que llevaba ya cuatro años sumergido en aquellas soledades, y murmuró a mi oído:

—Mucho cuidado con lo que hables; tenemos espías.

El mismo amigo me condujo a su calabozo y me ofreció su tarima, una almohada y una cobija, mientras de casa me mandaban mi ajuar de cárcel.

Hablamos de política, de cosas conocidas para mí ; y concluyó con estas frases, que jamás he olvidado :

—No pasarán tres meses sin que este bribón de Guzmán esté caído : la revolución es formidable y en breve estallará.

¡ Oh, mirajes de la esperanza ! ¡ Después de eso luchamos más de seis años contra el tirano, sin lograr derrumbarle !

Mi compañero se durmió ; yo quedé abandonado a mí mismo. Eché una mirada hacia atrás, y no pude contener dos gruesas lágrimas ; después me reí de mí ; y reconcentrando todas mis facultades exclamé :

—¡ No importa !

Desde entonces es esa frase mi divisa ; desde entonces me río de todo ; y cada día que pasa, adverso o próspero, me deja cierto sedimento de desprecio por todo lo que me rodea.

LXXXVI

A las seis se abrió la reja y entró el alcaide con dos oficiales : la escolta quedó a pie firme en el corredor de afuera.

Nos formamos todos en el corredor interior, siguiendo la curva de la pared ; y el negro Cocho, esa visión fatídica que flota en la conciencia de los venezolanos como una evocación del infierno, paseó su mirada torva, preñada de odios, por la sinuosa formación : se mesó la lanosa chiva y mandó correr número. ¡ Habíamos noventa y ocho presos políticos

en aquella mazmorra! Después empezaron a vender el desayuno; los alcaides han tenido siempre un *ranchito*, en que se expenden los artículos de primera necesidad para los presos a precios décuples de los corrientes. En una lata que contuvo petróleo estaba el café; en una mochila de henequén el pan de trigo frío; en un pedazo de coleta sucio, el queso, hecho telas delgadas y pequeñas.

Yo observaba aquel cuadro, que por primera vez se desarrollaba a mi vista. Unos andaban en franela; otros de sobretodo; otros de capa; muchos sin zapatos, y todos eran hombres de alguna posición.

Algunos me conocían personalmente; no faltaban allí amigos de mi padre, que se me ofrecían con toda sinceridad. Y cuando estaba en estas cosas, ocupación u obligada del *mamantón*, me llamó el alcaide.

Una vez en el corredor pidió mi paltó y mi sombrero, y me dijo con su tono áspero e insolente:

—¡Sígame!

En la puerta de la cárcel estaba un coche y entré en él con Rafael Lovera, jefe de un cuerno de Policía, y el mismo Tintorera que me había llevado. Ni ellos me dirigieron la palabra ni yo les dije nada. Llegamos a la estación del ferrocarril de La Guaira. Allí estaban mi madre y mi abuelo; aquélla lloraba, éste estaba grave; parecía un burro viejo. Al abrazarme mi madre me dijo al oído:

—Hemos conseguido que te destierren, por el estado de tu salud.

—Ya estoy bueno—la contesté con altiva sequedad.

—Gracias a Dios, hijo ; que el destierro te cure de la otra enfermedad.

—Es muy difícil...

Y no hubo más tiempo para decirnos más nada ; el tren partía. Tintorera se sentó a mi derecha ; Lovera a mi izquierda. Pasé el mediodía en la cárcel de La Guaira ; en la tarde me embarcaron en un vapor inglés que zarpaba para Trinidad. ¡ Adiós, patria querida ! ¿ Hasta cuándo ?

LXXXVII

A todas estas, yo iba en el mayor estado de pobreza. Cuando puse el pie en el suelo trinitario, entre aquella turba de negros soeces e insolentes, apenas tenía dieciocho centavos en el bolsillo. Carecía por completo de relaciones en aquella isla ; y aunque había allí multitud de venezolanos, acomodados muchos de ellos, me abstuve de solicitar la protección de ninguno. Sabía por entonces, y una dolorosa experiencia me lo ha confirmado después, que el egoísmo y la envidia constituyen el fondo del carácter venezolano en el destierro ; defectos que se acentúan a medida que el individuo se eleva en categoría social. ¿ Cómo podía yo, que no llevaba equipaje, llegar a ningún hotel, siquiera fuera el de última categoría ? Es verdad que la generalidad lo hace así ; y de ahí depende la mala reputación de que gozamos en las Antillas ; pero la sola condición del desterrado tiene hartas humillacio-

nes para que fuese yo a aumentarlas con desaires y repulsas.

Quedéme, pues, allí, en Marina Square, a la sombra de los samanes, divertido con los zamuros que en Trinidad gozan de los mismos fueros y prerrogativas que los súbditos ingleses. A la hora del almuerzo me fuí a un ventorrillo y compré dos centavos de cambures y un bollo de pan; hice con eso mi colación y seguí entregado a mis meditaciones; a Luisa y a mi patria, las dos divinidades de mi culto. Como los antiguos paladines que luchaban por su Dios y por su dama, yo pensaba sólo en mi patria y en mi dama; porque esos afectos constituyen siempre la religión del proscrito.

Cuando vino la noche, pesada como plomo para mi espíritu, hube de acostarme en un banco de la plaza; y como el sereno en la isla es casi una llovizna, ya en la madrugada me vi forzado a guarecerme bajo el mismo banco, tendiéndome en el musgo. Por más que mi energía vibraba vigorosa y robusta, la materia se encorbaba al peso de los acontecimientos que trabajaban mi organismo. Al tercero día apareció de nuevo y más intensa que antes la fiebre que me había acometido en Caracas; entonces resolví arrastrarme hasta las puertas del hospital y dejar al tiempo que resolviera los problemas que tenía pendientes.

Serían las once de la mañana cuando una hermana de la caridad se me acercó y en un inglés dulce como el de Escocia, me preguntó si sufría.

—Mucho—la contesté.

—¿Es usted español?

—Venezolano, hermana.

Me puso la mano en la frente, me tomó el pulso y se fué. Luego vinieron dos sirvientes y me cargaron hacia adentro.

LXXXVIII

Un mes después, cuando salí del hospital, fui al correo a buscar cartas. No había allí ninguna. Por las estafetas de Venezuela no circulaba correspondencia para los enemigos de Guzmán.

Sin embargo, abrigaba la esperanza de saber de los míos, y comencé a indagar con los paisanos allí residentes. Algunos de ellos apenas me contestaban; otros me volvían la espalda y uno hubo que me enrostró el calificativo de *espía*. ¡Espía yo! Estaba anonadado. Sentí una ola de sangre en el cerebro, y me lancé sobre aquel infame.

Alguien me había sujetado por detrás; volví la vista y me encontré con uno de los que habían estado presos conmigo en Caracas.

—No se apure—me dijo—; deje usted a ese canalla y véngase conmigo.

—¿Que no me apure!... ¿Y no oye usted que me insulta? ¿Cree usted que yo deba tolerar semejante ultraje?

—Sí, por dos razones: sea la primera, que éste es eco inconsciente de los revolucionarios de Caracas; sea la segunda, que se acercan mejores días, y usted debe conservarse para vengarse.

—¿De manera que los revolucionarios de Caracas propalan semejantes calumnias?

—Esa turba de viejos egoístas, que han hecho de la Revolución un negocio, no se ocupan más que de sí propios; inventan calumnias y noticias falsas para entretener a los desterrados.

—Está bien, mi amigo; esperaré. Tengo una fuerza de voluntad incontrastable y un elemento político indestructible; soy joven, y esos señores, ya a las puertas del sepulcro, sentirán el peso de su vergüenza en los días serenos de la patria; hoy por hoy, hay que tolerarles todo, porque lo contrario sería complacer al epemigo.

Cuando nos separamos, teníamos aquel hombre y yo un vínculo más.

Aquella misma tarde, ayudado por él, conseguí entrar como dependiente en una panadería de Puerto España; allí aguardaría la hora del regreso a la patria, pensando en Luisa.

LXXXIX

Pasaba el tiempo y nada sabía de mi familia ni de Luisa; en tanto, me divertía o, mejor, me avergonzaba con los escándalos que daban en Puerto España los desterrados.

Cuanto se discutía en las Juntas circulaba públicamente en la ciudad, y el cónsul, que tenía agentes activos y bien pagados, transmitía al Gobierno de Caracas datos exactos. Se supo en cierta ocasión que

los directores de la Revolución habían emitido bonos por valor de dos millones, distribuyéndoselos entre sí, y el inspector de Policía llamó a algunos para averiguar la verdad de lo sucedido. Sin embargo, sólo a mí se me juzgaba indigno de la confianza de mis compañeros. Yo repetía mi consigna ordinaria: *¡No importa!* Y el tiempo, que es el mejor justificativo para la inocencia, así como el éxito lo es para la ambición, se encargó de cambiar el concepto en que se me tenía.

Mi conducta circunspecta fué formándome cierta aureola de consideración, que llegó a satisfacerme por completo cuando los que más rudamente me atacaron fueron los primeros en reconocer su falta. Sólo me mortificaba la idea de que Luisa me juzgaba ingrato; acaso ignoraba mi situación.

Afortunadamente, un día tuve noticias tuyas. Un buhonero italiano, marchante de mi tío Pedro, la había informado que pensaba ir a Puerto España en busca de mercancías, y ella resolvió escribirme.

La carta—de fecha bastante atrasada—y que perdí después en un incendio, era tierna, apasionada y sencilla. Muchas veces la leí, y muchas otras suspiré por Luisa.

En el desierto, en la cárcel, en las horas, en fin, en que la adversidad nos azota, es que más se siente la necesidad de un afecto.

En los días dichosos, podemos pasarnos sin un ser con quien compartir nuestra felicidad; en los días tristes saben menos amargas las penas, cuando tenemos unos ojos que nos miren con amor, unos la-

bios que sonrían con ternura y unos brazos que nos estrechen con pasión.

Así llegó Diciembre con sus risueñas auroras. El dos, muy de mañana, se presentó a la panadería el portero del consulado, a llamarme de parte del cónsul para un asunto urgente. Aquel agente de la tiranía me dijo, con el tono acre y despreciativo de las medianías que se encumbran:

—Ha muerto su abuelo de usted y usted tiene permiso del Gobierno para regresar a Venezuela.

Y me tendió el pasaporte y una carta orlada de negro. La carta era de mi madre: verdadero grito de dolor, verdadero arranque de desesperación; en sus menudos caracteres había todo el desorden desgarrador de los golpes que el cariño no prevé. Dos días después me embarqué para La Guaira.

XC

Mi madre estaba inconsolable: el abuelito había sido el refugio de su viudez; y cuando aguardaba larga vida para él, fundándose en su robustez, le vió caer herido por el rayo.

El quiso cerciorarse de la verdad de los sucesos de *Peonía*, y pasó cerca de un mes en Túy, con mis tíos. De allí regresó a morirse lenta y silenciosamente.

Desde que vino —me decía mi madre llorando— se encerró en su alcoba; abandonó sus libros de devoción, y huía de mí. En más de una ocasión sor-

prendí lágrimas en sus ojos; y muchas noches, acercándome sigilosamente al entreabierto postigo de su ventana, escuchéle hablando solo: «—¡Imposible, imposible! —murmuraba—. ¿Para qué sirve la vida?» El veinte de noviembre, a las siete, me llamó, se despidió de mí, me dió este pliego para ti, y otro para Nicolás. Hizo venir al sacerdote y expiró con serenidad admirable.

Yo escuché aquel relato con mal disimulada indiferencia; impensadamente estaba en *Peonia*, acariciando a Luisa; y en mi labio vagaba ese *no importa*, que ha sido mi compañero de triunfos y reveses.

Tigre, mi amigo *Tigre*, casi ciego y achacoso, sin mi mano amiga para acariciarlo, había venido tan a menos que era un esqueleto; apoyó la cabeza en mis piernas y lloraba. Abrí el pliego del abuelito: eran sus últimos consejos.

«Querido Carlos —decían los vacilantes caracteres—, me siento morir y voy a hablarte por última vez. Estudia Teología, que es la ciencia de la verdad; sé buen católico, apostólico, romano. Cuida mucho a tu madre y respétala y obedécela. Respetá mucho a la sociedad y sus prescripciones todas. Si resuelves formar familia, cuídate mucho de tu mujer y cuida mucho a tus hijos. No te cases con Luisa, porque «hijo de chusco no hierra bejuco». No te metas en política; deja que mande quien mandare, que los buenos tiempos de la República se acabaron con el Esclarecido: Sé feliz. Te bendice tu abuelo».

Tendíle el papel a mi madre, y mientras ella lo leía, acariciaba yo a *Tigre*. Cuando hubo terminado me preguntó qué pensaba hacer.

—No lo sé —la contesté—; pero te avisaré mañana.

—Vienes transformado, hijo; casi no te conozco.

—¿Qué quieres tú? ¡Así es el mundo! Todo pasa en la vida; y como se marchitan las flores, se secan los corazones.

Y me fui a mi cuarto.

XCI

Esa misma noche, sin avisar a mi madre, me puse en marcha para *Peonía*. Iba como alma que se lleva el diablo, devorando leguas. Cuando remontaba la última cumbre se me oprimió tanto el pecho, que hube de detenerme a respirar.

Un vago presentimiento se apoderó de mí; había recorrido ya varios peldaños en la larga escala del infortunio, y no aguardaba nada bueno. Sin embargo, sacudí el espíritu con un ¡*no importa!*, y trepé a la cima.

El sol se había ocultado tras las lejanas lomas, orlando el valle con encajes de fuego. Tibio aún el ambiente, parecía un suspiro de la tierra, en su adiós a la luz. Las adormideras, enredadas por el zarzal, plegaban sus menudas hojas. Las campánulas abrían sus pétalos morados al llanto de la noche, la eterna viuda de la leyenda guajira. Los bambúes, mecidos

por la brisa, dejaban que besaran la orla de su manto de esmeralda, las cristalinas linfas del Túy. Los torrentes, al despeñarse por los riscos de la ladera, ahogaban con sus gritos atronadores el postrer gorgjeo del azulejo.

Era la hora de las tristezas íntimas; cada suspiro de la brisa era un ¡ay! doliente y lánguido, como brotado de un pecho oprimido: cada onda de aroma embriagaba con melancólica dulzura.

Me desmonté, tendí el capote y me reconcentré en mis propios pensamientos. ¡Qué de ideas, ora tristes, ora alegres, pasaron por mi cerebro con la vertiginosa rapidez del rayo! La noche había teñido por completo ya; diríase que al descorrer su manto de abejas de luz —reina de la soledad y de la calma— quería presenciar un gran dolor.

Cuando fui a montar de nuevo en mi cabalgadura, me sorprendió un resplandor rojizo que llenaba el valle.

—¡Fuego —exclamé—; y precipitadamente comencé a bajar la cuesta.

El incendio aumentaba por instantes. Los cañaverales, al quemarse, semejaban disparos de cazadores en línea. Las llamas se alzaban como olas gigantescas y caían para erguirse más y más. Los perros aullaban aterrorizados, y de las pajizas chozas del vecindario salían gritos de angustia.

Al llegar al último tope vi el valle iluminado: el incendio era en *Peonía*.

Empujé la mula cuesta abajo, en toda la velocidad de su galope.

Hubiera querido darle alas al pesado injerto, para llegar en seguida; tenía que descender un zig-zag de más de dos kilómetros; por la recta, el incendio distaba apenas ochocientos metros. Y la mula flaqueaba; marchaba desde media noche, y, como toda bestia de alquiler, era un arpa desvencijada. A fuerza de picarla con la espuela llegué al plan, y al intentar darle nuevo empuje retrocedió espantada. Me acordé de mi tío Pedro: «Mujer y mula por la cintura», y mientras más la obligaba más reacia se mostraba.

—A pie —me dije— y que te lleve el diablo.

El fuego avanzaba, avanzaba devorándolo todo. Salté las cercas de piñón, y cuando tomaba la diagonal de un tablón de zocas, vi la casa arropada por las llamas.

Corrí más, y oí una detonación de escopeta seguida de un grito angustioso, terrible, inimitable:

—¡Me han matado, Carmelita, me han matado!

A ese grito siguió otro, suprema expresión del espanto y del dolor.

—¡Padre mío!...

Y a éste, otra detonación, y a la detonación otro grito:

—¡Dios mío!, ¡me matan! ¡Carlos, Carlos!...

Y cuando ya me faltaba el aliento, cuando una mujer con un niño corría por un callejón de la izquierda para arrojarle a las llamas y un hombre se escapaba por las zocas de la derecha, llegué al patio de *Peonía*.

El fuego devoraba la casa; las maderas carboni-

zadas crujían; los techos se desvencijaban con estrépito ensordecedor. Junto a un naranjo, estaba grupo harto aterrador. Mi tío Pedro, con el vientre destrozado por un puñado de guáimaras, agonizaba, y Luisa, herida de bala en el omoplato izquierdo, se revolcaba en un charco de sangre.

—¡Carmelita! ¡Carmelita! —murmuraba mi tío en su estertor.

—¡Carlos! ¡Carlos! —profería Luisa.

—¡Aquí estoy, ángel mío!

Y volvió a mí los entornados ojos.

—¡Me muero, Carlos!

—No, mi reina, has de vivir; aquí estoy yo.

Y la besé mucho, mucho, en la frente, ya marchita, y en los rasgados ojos, ya sin luz para mí.

Mi tío tenía contorsiones horribles; al fin expiró, llamando siempre a Carmelita. Tomé a Luisa en mis brazos y recosté en mi pecho su cabeza húmeda en sangre.

—¿Qué sientes? —la preguntaba en mi desesperación—. ¿Estás herida?

—¡Me muero! —contestaba.

—¿Qué ha sido, vida mía, todo esto?

—¡Un gran crimen! —gritó una voz a mi espalda.

Era mi tío Nicolás, que llegaba seguido de algunos peones y vecinos.

Al volverme hacia él me preguntó con estupor:

—¿Tú aquí?

—¡Sí, señor; yo aquí!

XCII

Mi tío, consternado, dominaba la escena con la vista, y se abrazó al cadáver de su hermano, llorando como un niño.

—Pobre Pedro —decía con voz entrecortada por sollozos que salían de su garganta como atropellándose.

—Carlos —murmuraba Luisa—, llegas por fin a recoger mi último suspiro, yo me siento feliz muriendo en tus brazos.

—No morirás, mi bien; largo es el trecho de vida que nos queda todavía.

Y la estrechaba contra mi pecho en tanto que ella me pasaba el desfallecido brazo por el cuello.

—¿Me amas? —la pregunté al oído.

Y dejó caer lánguidamente la cabeza contra mi corazón, contestándome con apagado acento:

—Mucho, mucho...

Mi tío Nicolás no se daba cuenta de lo que pasaba y yo hube de caracterizarme.

Mandé un peón a llamar a Méndez y a otro a buscar almohadas y ropas de cama a la Fundación y a traerse a Gracia, y con los demás trasladamos el cadáver de mi tío a un rancho cercano y a la pobre Luisa a la casa de un vecino.

Sobre la troje de la pequeña alcoba tendimos una estera de enea, y con mi capote la hicimos una al-

mohada. Después rasgué sus vestidos para verle la herida. Con aguardiente alcanforado le lavé la mórbida espalda y la puse el dedo pulgar en el surco de la bala para contenerle la sangre mientras hubiera algo mejor. Nicolás se consagró a su hermano muerto, a ese hermano que tanto le odió en vida. Allí se revelaba el hombre. Yo me dediqué a Luisa. Más tranquilo ya, la interrogué.

—Habíamos comido —me respondió— cuando sentimos fuego en los tablones de la vega. Yo estaba en mi cuarto, porque desde que te fuiste no salgo de él; papá llamó repetidas veces a Casiano y a Bartolo, y no le respondieron. Como estaba anonadado y enfermo desde la muerte de abuelito, no quiso salir a cerciorarse de lo que sucedía. A poco, el fuego estaba en la bagacera y en el trapiche, y después en la casa. Mi papá corrió al patio, llamando a Carmelita; yo busqué a Andrea y no la encontré. Al llegar al patio caía papá herido. Cuando me incliné a recogerle me hirieron a mí.

—¿Y no sospechas qué sea esto?

—Sí, pero te lo diré a ti solo, porque puedo equivocarme y no quiero morirme con un remordimiento.

Los que estaban allí salieron a un gesto mío. Al quedarnos solos me incliné más sobre mi pobre Luisa para que no se fatigase.

—Abuelito —prosiguió— le contó a papá una conversación que tuviste tú con Segunda, y papá le insultó y le lanzó de casa. Después insultó a Casiano y a Bartolo y llamó a Segunda para insultarla también.

—¿De manera que no creyó nunca en la falta de su mujer ni de su hija?

—Nunca.

—¿Y realmente faltaron?

—Sí, Carlos.

—¿Y por qué no me lo habías dicho?

—Porque a mí no me tocaba acusarlas.

—¿Y Casiano y Bartolo permanecieron en la hacienda después de eso?

—Estuvieron fuera algunas semanas; papá les llamó luego, les abrazó, lloró con ellos, les pidió perdón y les restituyó a sus puestos.

—¿Y la Curiosa?

—Quedó siempre desagradada... Eso me hizo sufrir tanto...

—¿Luego tú crees que fueron ellos tres los del crimen?

—Sí, ellos tres.

Y lanzó un ¡ay! desgarrador.

—¿Sufres?

—Sí, mucho; pero estoy contenta porque estás aquí.

¿Cómo está papá?...

—Está bien —la respondí haciendo un esfuerzo—; sus heridas no son graves.

—¡Gracias a Dios! Ahora, aunque yo muera...

—No morirás, hija mía.

Y la besé de nuevo.

—Bésame más, Carlos; será la última vez...

XCIII

La herida seguía manando sangre, y Luisa decaía visiblemente.

Como a las once y media, llegó Méndez, pálido, agitado. Me tendió el brazo y me estrechó fuertemente; pulsó a Luisa y me preguntó qué la había aplicado. Después que le contesté, agregó:

—Vamos a sondar la herida.

Yo seguía con la vista el semblante del médico, para leer en él la gravedad del caso; pero en aquella fisonomía de cera no había una nueva huella... Cuando terminó, dijo con voz temblorosa...

—Bien... Vamos a estancar la sangre...

Después me llamó a solas. Al encontrarnos en el patio, nos abrazamos, y él me dijo muy quedo:

—Se muere: la bala está sobre el corazón y descenderá rápidamente. Lloremos... Ambos la amábamos y ninguno ha de poseerla.

Y dejamos que corrieran nuestras lágrimas en silencio, estrechándonos cada vez con más fuerza. Así permanecimos algunos minutos. Luisa, que me llamaba, nos sacó de nuestro abandono.

—¿Cómo sigue papá?...

—Está bien —la contesté—. ¿Sientes algo?

—Se me oprime mucho el corazón... me muero...

La bala descende —pensé—; y alzando la voz:

—No, Luisa; estás bien; no te morirás...; pero si tienes esa idea, te mandaré buscar un sacerdote.

—¿Lo quieres así?

—Para mí no lo pediría; pero como tú profesas creencias opuestas a las mías...

—No le he hecho mal a nadie... No tengo nada de qué arrepentirme... ¿Me perdonas tú?

—¿Y qué tengo yo que perdonarte? —la pregunté llorando.

—¿Tú?... Te he hecho sufrir... lo sé...; pero tú me perdonarás, ¿verdad? Tú has sido mi dicha y mi ventura, mi orgullo y mi esperanza... ¿Me perdonarás?

—Sí —la contesté sollozando.

Y rocé mi frente con su frente y mis labios con los suyos.

Cerró sus ojos y del pecho se le escapó un ¡ay! que en vano quiso comprimir.

—¿Qué tienes?

—Nada... me muero... Quiero ver a papá ..

—No puede ser ahora... Por la mañana le verás.

—Cuando vayas a Caracas, abrazarás a Perucho en mi nombre... Dile a Andrea y a Carmelita que me perdonen como las perdono yo... Corta mis cabellos y guárdalos, y pon flores en mi nombre sobre la tumba de María. A papá, que me bendiga...

Y exhaló un quejido prolongado; se retorció, y al llevarse las manos al pecho, vertió un torrente de sangre por la reseca boca.

—¡Adiós!... —murmuró—, sé feliz.

Y en otro golpe de sangre expiró...

Méndez y mi tío Nicolás entraban.

—¡Dios la bendiga! —dijo éste.

—¡Tenía un alma de paloma! —exclamó Méndez.
Y los tres lloramos sobre aquel cuerpo que comenzaba a helarse.

~~~~~

—¡Qué hermosa agonía!...

Al día siguiente, muy temprano, trasladamos al pueblo los cadáveres en sendos chinchorros, acompañados por todos los vecinos. Hombres y mujeres lloraban porque Luisa era un ángel de bondad en la comarca.

A duras penas conseguimos dos ataúdes en el pueblo: en el de Luisa, que era el más pequeño y el que primero hallamos, puse muchas flores: azucenas y lirios, azahares y violetas. Para mi tío Pedro tomamos la urna de un propietario de los alrededores, quien habiéndose salvado de una pulmonía, nos la cedió juzgándola un mueble inútil para él en aquellos momentos de salud.

A puestas de sol les enterramos en sepulturas vecinas.

Mi tío se fué a despedir la concurrencia, cuando la última palada de tierra cayó sobre las urnas. Méndez y yo nos quedamos llorando silenciosamente.

El sepulturero nos despertó del abatimiento que nos dominaba. Al despedirme me dijo Méndez:

—Vete tranquilo; ¡yo cuidaré esa tumba!

Con el corazón destrozado dije adiós a todos aquellos sitios, embellecidos un solo día por el sol del amor primero; y cuando *Tigre* salió a recibirme en el corredor de casa, me abracé a su cuello y lloré mucho, mucho.

\* \* \*

Dos meses después pasaba por la Casa Amarilla y me sorprendió la presencia de Casiano con uniforme de general y Bartolo con el de capitán.

Ambos estaban en la Guardia de Guzmán.

Mi tío Nicolás aún estaba preso; el isleño Quevedo aseguraba que era responsable del crimen de *Peonía* por el pleito de deslinde.

¡Tal es la sanción entre nosotros!

Días más tarde, la Policía inquiría un asesinato en Curamichate y llevaba a la cárcel a todas las *incondicionales* de aquella calle.

Andrea rompía la marcha.

\* \* \*

Luego se pregunta ¡por qué la generación nueva toma la vida como un carnaval, y se ríe y se gasta en el placer!

¡Oh, compañeros! Mientras esos hombres decrepitos se reclinan para siempre en el gélido fondo del sepulcro, vamos por el camino de la orgía. El hogar está desorganizado; nuestros padres son nuestros propios enemigos; las sociedades que tienen para la virtud un calvario y una apoteosis para el vicio, deben perecer como las ciudades malditas!

## VENEZOLANISMOS QUE OCURREN EN ESTE LIBRO

---

*Aguacerito blanco*.—Impertinente.

*Amargo*.—Aguardiente aromatizado con cáscaras de cidra, limón o sauce; con semillas de fruta-de-burro o pimientilla; con hierbabuena o anís o malojillo. El aroma le da nombre.

*Amugar*.—Se dice de las caballerías cuando en señal de disgusto vuelven las orejas hacia atrás, casi hasta pegarlas al cuello.

*Arepa*.—Pan de maíz.

*Bolsones*.—Alforjas.

*Burro*.—Especie de artesa de madera, donde se ponen las cafías que han de entrar en los cilindros del trapiche. En los Estados Unidos lo llaman *mesa*.

*Cabullera*.—Cabullería.

*Cacha-blanca*.—Cuchillo grande y ancho, con empuñadura de hueso.

*Camisón*.—Se llama así el traje de mujer, cuya enagua está adherida al corpiño.

*Castragua*.—Ratón silvestre.

*Catire*.—Rubio.

*Coa*.—Abertura practicada en la tierra para depositar la semilla. También se denomina así la siembra de un año.

*Conuco*.—Terreno cultivado de cereales. Pequeñas posesiones rurales.

*Corte*.—Trabajo del día en los campos.

*Cotejo*.—Lagartijo.

*Champurrio*.—Mezcla de licores.

*Chinchorro*.—Hamaca de cabulla o hilo grueso, tejido de malla.

*Chipola*.—Aire de joropo.

*Chivarse o comer orégano*.—Enfurecerse.

*Chupado*.—Triste, amilanado. Se conjuga todo el verbo como reflejo.

*Chusco*.—Mono.

*Dejar el pelero*.—Huir.

*Dure*.—Asiento hecho del tronco de un árbol.

*Eco...!*—Exclamación de burla.

*Emburradora*.—La persona que pone las cañas en el burro del trapiche: regularmente es una mujer o un muchacho.

*Entiempada*.—Se dice de las hembras en la época del celo o de la brama.

*Entrépito*.—Entrometido. Intruso.

*Erica*.—Abeja americana.

*Estar nifia. Ser nifia*.—Estar virgen.

*Estrógamo*.—Estómago.

*Fustán*.—Enagua.

*Gamelote*.—Hierba áspera, alta y de fácil reproducción. Abunda en el Túy y en las orillas del Lago de Valencia. Algunos académicos rurales opinan que esta voz es corrupción de *gramalote*.

*Garrasí o uña de pavo*.—Pantalón rematado en puntas que semejan las uñas de un pavo. Lo usan nuestros Haneros.

*Golpe. Son*.—Pieza de joropo.

*Guáimaro*.—Munición gruesa usada en la caza.

*Guayuco*.—Tela que los indígenas se arrojan en la cintura y los muslos para cubrir su desnudez... Reemplaza a la hoja de higuera del Paraíso, y a la hoja de parra de las estatuas...

*Hacer sangre*.—Simpatizar.

*Incondicionales*.—Diéronse este nombre —en la ceguedad del servilismo— los amigos e instrumentos de Guzmán Blanco. Hoy se denomina así a las mujeres públicas de la más baja clase.

*Jalar de gaza*.—Apretar, constreñir, hostigar.

*Joropo*.—Baile nacional: música nativa; las figuras participan de las danzas africanas y de los bailes populares españoles.

*Lambio*.—Fresco, grosero.

*Lambiojo*.—Pequeña abeja americana, cuya peculiaridad consiste en picar los ojos a los hombres y animales, cuando se las molesta en sus casas de barro, de forma cónica, colgantes de los arbustos.

*Lebrillo*.—Aljofaina de barro, tosca.

*Liquilliqui*.—Blusa.

*Madrina*.—En el trabajo de los Hanos se llaman así las reses mansas que sirven para conducir las cerriles. También se llama madrina a toda partida que se arrea de un lugar a otro.

*Manare*.—Cedazo ordinario de cortezas de caña brava, con bordes de bejuco.

*Malojo*.—La mata de maíz apenas espigada, que se usa como pasto para las bestias de silla y tiro. Los académicos rurales dicen ser corrupción de *malahoja* o *maloja*.

*Mamantón*.—El que es preso por primera vez.

*Mandador*.—Poeta tosco.

*Medianeros*.—En los fundos de caña, los colonos que siembran a partir cosechas con el dueño de la finca.



*Mecha*.—Chanza.

*Meremere con pan caliente*.—Acción de castigar a los niños con rejo o chancleta.

*Miados*.—Obsequio que se da en las casas pobres, cuando nace un hijo. Regularmente es de aguardiente de caña con alhucema y miel de abejas.

*Misia, misea*.—Corrupción de *mi señora*. Se usa para las mujeres de alta posición.

*Moriche*.—Palma de las márgenes del Orinoco y sus grandes afluentes. De la fibra se hace una cabulla con la cual se fabrican chinchorros. En el Orinoco llaman *moriche* a un pájaro que equivale al turpial del Centro.

*Mujerero*.—Mujeriego.

*Novillo*.—Toro castrado que se destina al matadero.

*Na, ño*.—Abreviación de *doña*. Se emplea para los viejos pobres o de baja estofa. *Doña* se usa para las mujeres de mediana posición.

*Ornada*.—Corrupción de *jornada*. Golpe, son.

*Pelar*.—Errar el tiro; no dar en el blanco.

*Perrero*.—El que levanta la caza con los perros.

*Pichagua*.—Especie de cuchara de tapara.

*Pichirre*.—Mezquino, miserable.

*Pilón*.—Mortero hecho del tronco de un árbol, para quebrantar los granos del maíz y arrancarles el pergamino.

*Plan*.—Comarca, sitio, lugar.

*Plantilla*.—Planta nueva: dicese del café.

*Punto*.—Sitio de cada cazador en la batida.

*Punta*.—Partida de reses vacunas: en las marchas de nuestros ganados se hacen las puntas de diez reses para cada peón.

*Potrero*.—Potril. Dehesa.

*Rastrojo*.—Conuco abandonado.

*Roza*.—Se dice del terreno virgen descuajado y sembrado.

*Tapara*.—Calabaza seca de la fruta del totumo.

*Tierra de Jugo*.—Cemento general de Caracas.

*Yare*.—Agua, azúcar y ácido prúsico, extraídos de la yuca al hacer el cazabe.

*Zambe*.—Aire de joropo.

*Zoca*.—El retoño de la caña de azúcar: la segunda y tercera cosechas del fundo.

*Zorra*.—Carretón de bueyes de cuatro ruedas, con resorte de acero sobre los ejes.

## APENDICE

## Una carta del general M. V. Romerogarcía poco antes de su muerte.

---

Aracutaca, 16 de Marzo de 1917.

Señor Doctor

José Rafael Wendehake,

Panamá.

Estimado Doctor:

Recibí la suya del 24 del pasado Febrero. Lamento sinceramente su enfermedad y deseo que ya esté completamente bueno. Ojalá logre Ud. hacer algo en esa: no me gusta quitar a nadie sus ilusiones; pero Ud. me toca muy de cerca, y me veo en el caso de exponerle mis dudas con toda franqueza. Yo no he creído nunca en las profesiones liberales y en la médica mucho menos; yo sé desde hace mucho tiempo que los médicos son unos perpetuos sacrificados, en términos generales; en el caso concreto de usted creo que si no tiene 8 ó 10 mil dólares disponibles no ganará gran cosa en su profesión, y al lado de un colega ex-colombiano mucho menos.

Ese doctor A... debe ser una medianía muy mediana, le sacará el jugo a Ud. y lo soltará bagazo por estas o aquellas razones.

.....  
Cuanto a mí, veo las cosas de otra manera.

En el mundo hay dos zonas abiertas: una para el capitalista y otra para los jornaleros: el que no es capitalista ni jornalero y tiene por añadidura 53 años de edad está perdido en todas partes.

Hace dos años que desembarqué en Colombia con 5 dólares en el bolsillo y hace 8 que desembarqué en Trinidad con 40. Allí y aquí con 300 dólares yo me hubiera abierto paso.

Llegar ahora a Sto. Domingo en las mismas condiciones, es volver a principiar.

Cargo con el pecado de haber aceptado el negocio de R. en las condiciones en que me lo propuso; por falta de carácter, para que no dijeran que era holgazán, acepté y esa debilidad me costó una hija y mi reputación; pues para R. yo no soy sino un inepto, un sinvergüenza y un ladrón, como son Carlos y Rodolfo Wendehake, como fué Enrique y como es Félix y todos los que se ligan con él.

Una dolorosa experiencia me ha enseñado de que más vale malo conocido que bueno por conocer; por lo cual yo resuelvo quedarme aquí, suceda lo que sucediere. Estoy muy viejo, muy acabado y creo que mi vida no ha de durar mucho tiempo.

Por otra parte esta gente de aquí con el choque de la entrada de los Estados Unidos en la guerra han comenzado a ver claro y a prescindir de su egoísmo; yo estoy en vísperas de un negocio, y aunque sumamente desconfiado de los hombres, confío en la urgencia de las circunstancias, que, sin exageración, son pavorosas, abrumadoras, simple y sencillamente mortales.

Del exceso del mal nace el remedio.

Creo mejor que Ud. se dedique a auxiliar a la familia. Carola me escribió el 8 de Enero; recibí la carta el 24 de Febrero. Me dice que está con una hemorragia; que Antonio anda a gatas, que Julián está con urticarias, y que Doña Aurelia se envenenó con un pedazo de queso; «que ya no puede con su carga» (palabras textuales). Fígurese, pues, cómo estaré yo con semejante carta.

Aquí he buscado la vida de todas maneras: he sido hasta arriero: hace tres meses que no uso medias y hace un año que me cambio la ropa cada tres semanas.

Este país es sumamente pobre: aquí Bs. 300 son un capital. Aquí me quedo.

Consérvese bueno y crea en el sincero afecto de su cuñado,

*M. V. Romerogarcía,*

ANTONIO J. MENDIBLE.—Por telégrafo: «Mendibles». Comerciante en Artículos Americanos y del País.—Ventas al por Mayor y Menor.—Cobro de Giros.—Aracataca, Magdalena, Colombia.

Aracataca, Agosto 26 de 1917.

Señora

Carolina W. de Romerogarcía,  
Puerto España.

Muy recordada Carrollna:

Con el corazón lleno de dolor vengo por la presente en comunicarte la infausta noticia de la muerte del que fué mi buen y noble amigo General Romero.

En una pequeña posesión que empezaba a fundar cerca de esta población con la ayuda de nuestro amigo Doctor Barbosa sufrió un resbalón y a consecuencia de él se le estranguló la hernia de que sufría. Al día siguiente lo trajeron a ésta y no se perdió tiempo en llevarle al Hospital de la United Fruit en Santa Marta donde se le practicó el mismo día la operación con tan fatales resultados.

Lo llevamos al Hospital en tren expreso y por telégrafo lo suplicó el Doctor Barbosa y otros amigos de ésta al Director del Hospital que nos esperara con él a fin de ser el mayor esfuerzo en salvarle la vida a nuestro desgraciado amigo. Al día siguiente o sea el 22 en la mañana nos mandó a llamar al hotel el Director del Hospital y cuánto no sería nuestro dolor al enterarnos que a las 8 y 30 de ese día había expirado mi noble y viejo amigo con quien compartí tantos años de sufrimientos y de quien conservaré un eterno recuerdo.

Ese día en Santa Marta fué un día de lluvia torrencial y por esa causa no le pudimos hacer un entierro que fuera digno de los merecimientos y virtudes de este amigo querido, pero sin embargo en medio del agua lo acompañamos los dos amigos entre quienes vivió aquí, y dos

personalidades de los más sobresalientes de Santa Marta, Nicolás Dávila, Secretario General del Departamento y el señor José M. Valdeblánquez, Representante del Congreso.

Un consuelo grande he tenido en este dolor inmenso que me ocasiona la pérdida de Romero y es haber estado en capacidad de hacer por él todo lo que hubiera podido hacer un hijo querido. El Doctor Antonio J. Barbosa ha sido quizás más generoso y abnegado que yo ya que él no ha omitido ni gastos ni esfuerzos a fin de ver si se podía salvarle la vida y ya después de muerto fué quien conmigo y los dos amigos citados acompañamos el cadáver a la última morada.

El mismo día que murió Romero le avisamos al Cónsul en Santa Marta, suplicándole transmitir la noticia a fin de que llegara a ésa por telégrafo.

Amalia ha llorado a nuestro viejo con la ternura con que lo puede hacer una buena hija y lamenta que no le haya podido prestar ella los últimos servicios. En el Hospital donde murió es el mejor establecimiento de su clase en el país, así es pues que por asistencia y recursos no tenemos remordimientos.

Mis lágrimas y las de Amalia se confunden con las tuyas y las de tus hijos para llorar al que fué mi gran amigo, General Romero.

Tu amigo que siempre los recordará,

*Antonio José*

# PEONIA

(Continuación de la 1ª solapa)

obra narrativa —ya sin el convencionalismo y el europeísmo imitado que habían tenido las novelas de don Eduardo Blanco o don Julio Calcaño—; de exaltar una región de Venezuela, el llano, cuyo paisaje y vida emocional se hace desde entonces frecuente leit-motiv de nuestra literatura novelesca.

La posición, pues, de Manuel Vicente Romerogarcía en la historia de nuestra literatura es la del que señala rumbos definidos. De él arranca la novela que, por específicamente nacional, alcanzó dimensiones universales, como lo demuestra el magistral Prólogo que Edoardo Crema ha escrito para la presente edición de *Peonia*.



EDICIONES EDIME



MADRID-CARACAS



